

Sentencias de los Padres del Desierto



Capítulo I

De la manera de adelantar en la vida espiritual según los Padres

1 Preguntó uno al abad Antonio: «¿Qué debo hacer para agradar a Dios?»

El anciano le respondió: «Guarda esto que te mando: donde quiera que vayas, ten siempre a Dios ante tus ojos, en todo lo que hagas, busca la aprobación de las Sagradas Escrituras; y donde quiera que mores, no cambies fácilmente de lugar. Guarda estas tres cosas y te salvarás».

2 El abad Pambo preguntó al abad Antonio: «¿Qué debo hacer?». El anciano contestó: «No confíes en tu justicia; no te lamentes del pasado y domina tu lengua y tu gula».

3 Dijo San Gregorio: «De todo bautizado Dios exige tres cosas: una fe recta para el alma, dominio de la lengua; castidad para el cuerpo».

4 El abad Evagrio refiere este dicho de los Padres: «Una comida habitualmente escasa y mal condimentada, unida a la caridad, lleva muy rápidamente al monje al puerto de la apatheia».

5 Dijo también: «Anunciaron a un monje la muerte de su padre, y el monje dijo al mensajero: "Deja de blasfemar; mi padre es inmortal"».

6 El abad Macario dijo al abad Zacarías: «Dime, ¿cuál es el trabajo del monje?». «¿Y tú, Padre, me preguntas eso?», le respondió.

Y el abad Macario le dijo: «Tengo plena confianza en ti, hijo mío Zacarías, pero hay alguien que me impulsa a interrogarte».

Y contestó Zacarías: «Para mí, Padre, es monje aquel que se hace violencia en todo».

7 Decían del abad Teodoro de Fermo que aventajaba a todos en estos tres principios: no poseer nada, la abstinencia y el huir de los hombres.

8 El abad Juan el Enano dijo: «Me gusta que el hombre posea algo de todas las virtudes.

Por eso, cada día al levantarte, ejercítate en todas las virtudes y guarda con mucha paciencia el mandamiento de Dios, con temor y longanimidad, en el amor de Dios, con esfuerzo de alma y cuerpo y con gran humildad.

Sé constante en la aflicción del corazón y en la observancia, con mucha oración y súplicas, con gemidos, guardando la pureza y los buenos modales en el uso de la lengua y la modestia en el de los ojos.

Sufre con paciencia las injurias sin dar lugar a la ira. Sé pacífico y no devuelvas mal por mal.

No te fijes en los defectos de los demás, ni te exaltes a ti mismo, antes al contrario, con mucha humildad sométete a toda criatura, renunciando a todo lo material y a lo que es según la carne, por la mortificación, la lucha, con espíritu humilde, buena voluntad y abstinencia espiritual; con ayuno, paciencia, lágrimas, dureza en la batalla, con discreción de juicio, pureza de alma, percibiendo el bien con paz y trabajando con tus manos.

Vela de noche, soporta el hambre y la sed, el frío y la desnudez, los trabajos.

Enciértrate en un sepulcro como si estuvieses muerto, de manera que a todas las horas sientas que tu muerte está cercana».

9 El abad José de Tebas dijo:

«Tres clases de personas son gratas a los ojos de Dios: primero los enfermos que padecen tentaciones y las aceptan con acción de gracias.

En segundo lugar, lo que obran con toda pureza delante de Dios, sin mezcla de nada humano.

En tercer lugar, los que se someten y obedecen a su Padre espiritual renunciando a su propia voluntad».

10 El abad Casiano cuenta del abad Juan que había ocupado altos puestos en su congregación y que había sido ejemplar en su vida. Estaba a punto de morir y marchaba alegremente y de buena gana al encuentro del Señor. Le rodeaban los hermanos y le pidieron que les dejase como herencia una palabra, breve y útil, que les permitiese elevarse a la perfección que se da en Cristo.

Y él dijo gimiendo: «Nunca hice mi propia voluntad, y nunca enseñé nada a nadie que no hubiese practicado antes yo mismo».

11 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Hay algo bueno para que yo lo haga y viva en ello?».

Y el anciano respondió: «Sólo Dios sabe lo que es bueno.

Sin embargo, he oído decir que un Padre había preguntado al abad Nisterós el Grande, el amigo del abad Antonio: "¿Cuál es la obra buena para que yo la haga?".

Y él respondió: "¿Acaso no son todas las obras iguales? La Escritura dice: "Abraham ejercitó la hospitalidad, y Dios estaba con él. Elías amaba la hesyquia, y Dios estaba con él. David era humilde y Dios estaba con él".

Por tanto, aquello a lo que veas que tu alma aspira según Dios, hazlo, y guarda tu corazón».

12 El abad Pastor dijo: «La guarda del corazón, el examen de si mismo y el discernimiento, son las tres virtudes que guían al alma».

13 Un hermano preguntó al abad Pastor: «¿Cómo debe vivir un hombre?».

Y el anciano le respondió: «Ahí tienes a Daniel, contra el que no se encontraba otra acusación, más que el culto que daba a su Dios» (cf. Dn, 6, 56).

Dijo también: «La pobreza, la tribulación y la discreción, son las tres obras de la vida solitaria. En efecto, dice la Escritura: "Si estos tres hombres, Noé, Job y Daniel hubiesen estado allí...". (cf. Ez 14, 1420).

Noé representa a los que no poseen nada. Job a los que sufren tribulación. Daniel a los discretos. Si estas tres se encuentran en un hombre, Dios habita en él».

15 El abad Pastor dijo: «Si el hombre odia dos cosas, puede liberarse de este mundo».

Y un hermano preguntó: «¿Qué cosas son esas?».

Y dijo el anciano: «El bienestar y la vanagloria».

16 Se dice que el abad Pambo, en el momento de abandonar esta vida, dijo a los santos varones que le acompañaban:

«Desde que vine a este desierto, construí mi celda y la habité, no recuerdo haber comido mi pan sin haberlo ganado con el trabajo de mis manos, ni de haberme arrepentido de ninguna palabra que haya dicho hasta este momento. Y sin embargo, me presento ante el Señor como si no hubiese empezado a servir a Dios».

17 El abad Sisoés dijo: «Despréciate a ti mismo, arroja fuera de ti los placeres, libérate de las preocupaciones materiales y encontrarás el descanso».

18 El abad Chamé, a punto de morir, dijo a sus discípulos: «No viváis con herejes, ni os relacionéis con poderosos, ni alarguéis vuestras manos para recibir, sino más bien para dar».

19 Un hermano preguntó a un anciano: «Padre ¿cómo viene al hombre el temor de Dios?».

Y respondió el anciano: «Si el hombre practica la humildad y la pobreza y no juzga a los demás, se apoderará de él el temor de Dios».

20 Un anciano dijo: «Que el temor, la privación de alimento y el penthos moren en ti».

21 Dijo un anciano: «No hagas a otro lo que tú detestas. Si odias al que habla mal de ti, no hables tampoco mal de los demás. Si odias al que te calumnia, no calumnies a los demás. Si odias al que te desprecia, al que te injuria, al que te roba lo tuyo o te hace cualquier otro mal semejante, no hagas nada de esto a tu prójimo. Basta guardar esta palabra para salvarse».

22 Un anciano dijo: «La vida del monje es el trabajo, la obediencia, la meditación, el no juzgar, no criticar, ni murmurar, porque escrito está: "Ama Yahveh a los que el mal detestan". (Sal 96, 10).

La vida del monje consiste en no andar con los pecadores, ni ver con sus ojos el mal, no obrar ni mirar con curiosidad, ni inquirir ni escuchar lo que no le importa. Sus manos no se apoderan de las cosas sino que las reparten.

Su corazón no es soberbio, su pensamiento sin malevolencia, su vientre sin hartura. En todo obra con discreción. En todo esto consiste el ser monje».

23 Dijo un anciano: «Pide a Dios que ponga en tu corazón la compunción y la humildad.

Ten siempre presentes tus pecados y no juzgues a los demás. Sométete a todos y no tengas familiaridad con mujeres, ni con niños, ni con los herejes.

No te fíes de ti mismo, sujeta la lengua y el apetito y prívate del vino.

Y si alguno habla contigo de cualquier cosa, no discutas con él. Si lo que te dice está bien, di: "Bueno". Si está mal, di; "Tú sabrás lo que dices." Y no disputes con él de lo que ha hablado. Y así tu alma tendrá paz».

Capítulo II

De la hesyquia

1 El abad Antonio dijo: «Los peces que se detienen sobre la tierra firme, mueren. Del mismo modo los monjes que remolonean fuera de su celda, o que pierden su tiempo con la gente del mundo se apartan de su propósito de hesyquia.

Conviene, pues, que lo mismo que el pez al mar, nosotros volvamos a nuestra celda lo antes posible. No sea que remoloneando fuera, olvidemos la guarda de lo de dentro».

2 Dijo también: «El que permanece en la soledad y la hesyquia se libera de tres géneros de lucha: la del oído, la de la palabra y la de la vista. No le queda más que un solo combate: el del corazón».

3 El abad Arsenio, cuando todavía estaba en palacio, oró al Señor diciendo: «Señor, condúceme a la salvación».

Y escuchó una voz que le dijo: «Arsenio, huye de los hombres y te salvarás».

Una vez incorporado a la vida monástica, oró de nuevo con las mismas palabras. Y escuchó a la voz que decía: «Arsenio, huye, calla y practica la hesyquia; éstas son las raíces para no pecar».

4 El arzobispo Teófilo, de feliz memoria, vino un día con un juez al abad Arsenio. Y el arzobispo le interrogó para escuchar una palabra de él.

El anciano guardó un momento de silencio, y le respondió: «Si os digo una palabra, ¿la cumpliréis?». Se lo prometieron así.

Y el anciano les dijo: «Si oís decir que Arsenio está en determinado lugar, ¡no vayáis allí!».

Otra vez, el arzobispo quiso verle, envió antes a preguntar si le recibiría. El anciano mandó que le respondieran: «Si vienes te recibiré. Pero si te recibo a ti, recibiré a todo el mundo. Y entonces, ya no perteneceré más a este lugar».

Ante estas palabras, el arzobispo dijo: «Si voy a hacer que se marche, nunca jamás iré a ver a ese santo varón».

5 El abad Arsenio llegó un día a un cañaveral, y el viento agitaba las cañas. El anciano dijo a los hermanos: «¿Qué es eso que se mueve?». «Son las cañas», le respondieron.

«Ciertamente, si uno se encuentra en plena hesyquia y escucha el canto de un pájaro, su corazón ya no poseerá esa hesyquia. Siendo esto así, ¿que será de vosotros con el ruido de esas cañas?».

6 Se contaba del abad Arsenio que tenía su celda a treinta y dos millas de distancia, y que rara vez salía de ella, pues otros se encargaban de traerle lo que necesitaba.

Pero cuando Scitia fue devastado, marchó de allí llorando y dijo: «El mundo ha perdido Roma y los monjes han perdido Scitia».

7 Una vez que el abad Arsenio se encontraba en Canope, vino de Roma una matrona virgen, muy rica y temerosa de Dios, para verle. La recibió el arzobispo Teófilo y ella le pidió que intercediese ante el anciano para que la recibiera.

El arzobispo se llegó a él y le dijo: «Una matrona ha venido de Roma y quiere verte».

Pero el anciano no consintió en recibirla. Cuando la dama recibió la respuesta, hizo preparar su cabalgadura diciendo: «Confío en Dios que he de verle. En nuestra ciudad hay muchos hombres, pero yo he venido a ver no un hombre sino un profeta».

Y al llegar a la celda del anciano, por disposición divina, el anciano se encontraba providencialmente fuera de ella. Y al verle la matrona se arrojó a sus pies.

Pero él, indignado, la levantó y le dijo mirándola fijamente: «Si quieres ver mi rostro ¡míralo!». Pero ella, llena de confusión no le miró.

El anciano continuó: «¿No has oído hablar de mis obras? Eso es lo que hay que mirar. ¿Cómo te has atrevido a hacer una travesía tan larga? ¿No sabes que eres una mujer y que una mujer no debe salir a ninguna parte? Irás a Roma y dirás a las demás, mujeres: "He visto a Arsenio", y convertirás el mar en un camino para que las mujeres vengan a verme?».

Ella respondió: «Si Dios quiere que vuelva a Roma, no permitiré a ninguna mujer que venga aquí. Pero ruega por mí y acuérdate siempre de mí».

Arsenio le contestó: «Pide a Dios que borre de mi corazón tu recuerdo».

Al escuchar estas palabras ella se retiró llena de turbación, y al llegar a Alejandría cayó enferma a causa de la tristeza. Se comunicó su enfermedad al arzobispo, que vino para consolarla y le preguntó que le sucedía.

Ella le dijo: «¡Ojalá no hubiera ido allí! Dije al anciano: "Acuérdate de mí" y me respondió: "¡Pide a Dios que borre de mi corazón tu memoria!". Y me muero por ello de tristeza».

Y el arzobispo le dijo: «¿No te das cuenta de que eres una mujer y que el enemigo combate a los santos por las mujeres? Por eso te ha hablado así el anciano. Pero él rogará sin cesar por tu alma».

De este modo quedó curado el corazón de la buena mujer y volvió a su casa llena de alegría.

8 Dijo el abad Evagrio: «Arranca de ti las múltiples afecciones, para que no se turbe tu corazón y desaparezca la hesyquia».

9 En Scitia, un hermano vino al encuentro del abad Moisés, para pedirle una palabra. Y el anciano le dijo: «Vete y siéntate en tu celda; y tu celda te lo enseñará todo».

- 10 El abad Moisés dijo: «El hombre que huye del hombre es semejante a la uva madura; el que convive con los hombres, a la uva amarga».
- 11 El abad Nilo dijo: «El que ama la hesyquia permanece invulnerable a las flechas del enemigo; el que se mezcla con la muchedumbre, recibirá frecuentes heridas».
- 12 El abad Pastor dijo: «El origen de los males es la disipación». Dijo también: «Es bueno huir de las cosas corporales. Pues mientras uno está enfrascado en la lucha corporal, se parece al hombre que permanece de pie junto a un lago muy profundo: el enemigo le precipitará en él fácilmente en el momento que lo estime conveniente. Pero cuando se está lejos de las cosas corporales, se parece al hombre lejos del pozo; si el enemigo le arrastra para precipitarle en él, mientras tira de él con violencia, Dios le envía su ayuda».
- 13 Abraham, discípulo de abad Sisoés, le decía en cierta ocasión: «Padre, has envejecido, acerquémonos un poco al mundo habitado».
- Y el abad Sisoés le respondió: «Vayamos donde no haya mujer».
- Y su discípulo le contestó: «Fuera del desierto, ¿dónde existe lugar donde no haya mujer?».
- «Entonces, respondió el anciano, llévame al desierto».
- 14 Una abadesa dijo: «Muchos de los que estaban sobre el monte perecieron, porque sus obras eran las del mundo. Es mejor vivir con mucha gente y llevar, en espíritu, una vida solitaria, que estar solo y vivir, en espíritu, con la multitud».
- 15 Un anciano dijo: «El monje debe siempre procurarse la hesyquia para que pueda despreciar las desgracias corporales, si llegan a producirse».
- 16 Uno contó: «Tres amigos, llenos de celo, se hicieron monjes. Uno de ellos eligió reconciliar a los que tenían pleitos, según lo que está escrito: "Bienaventurados los que buscan la paz" (Mat 59). El segundo

se propuso visitar a los enfermos. El tercero se fue a poner en práctica la hesyquia en la soledad.

El primero, agotándose entre los pleitos de los hombres, no podía pacificar a todos. Desalentado se fue donde el que ayudaba a los enfermos y lo encontró también desanimado, incapaz de cumplir el mandamiento divino. De común acuerdo fueron al encuentro del que se había retirado al desierto, y le contaron sus tribulaciones y le rogaron que les dijera a qué situación había llegado.

Éste quedó un momento en silencio, y llenando una copa de agua les dijo: «Mirad este agua»; estaba turbia.

Y poco después añadió: «Mirad ahora cómo se ha vuelto transparente».

Se inclinaron sobre el agua y vieron en ella su rostro como un espejo. Y les dijo:

«Esto sucede al que mora en medio de los hombres: el desorden no le permite ver sus pecados, pero sí recurre a la hesyquia, sobre todo en el desierto, descubrirá sus pecados».

Capítulo III

De la compunción

1 Se contaba del abad Arsenio que durante toda su vida, cuando se sentaba para el trabajo manual, tenía un lienzo sobre el pecho, a causa de las lágrimas que corrían continuamente de sus ojos.

2 Un hermano rogó al abad Amonio: «Dime una palabra».

El anciano le dijo: «Adopta la mentalidad de los malhechores que están en prisión. Preguntan: "¿Dónde está el juez? ¿Cuándo vendrá?" y a la espera de su castigo lloran.

También el monje debe siempre mirar hacia arriba y conminar a su alma diciendo: "¡Ay de mí! ¿Cómo podré estar en pie ante el tribunal de Cristo? ¿Cómo podré darle cuenta de mis actos?". Si meditas así continuamente, podrás salvarte».

3 El abad Evagrio dijo: «Cuando estés en tu celda, recógete y piensa en el día de la muerte. Representate ese cuerpo cuya vida desaparece: piensa en esta calamidad, acepta el dolor y aborrece la vanidad de este mundo.

Sé humilde y vigilante para que puedas siempre perseverar en tu vocación a la hesyquia y no vacilarás. Acuérdate también del día de la resurrección y trata de imaginarte aquel juicio divino, terrible y horroroso.

Acuérdate de los que están en el infierno. Piensa en el estado actual de sus almas, en su amargo silencio, en sus crueles gemidos, en su temor y mortal agonía, en su angustia y dolor, en sus lágrimas espirituales que no tendrán fin, y nunca jamás serán mitigadas.

Acuérdate también del día de la resurrección e imagínate aquel juicio divino, espantoso y terrible y en medio de todo esto la confusión de

los pecadores a la vista de Cristo y de Dios, en presencia de los ángeles, arcángeles, potestades y de todos los hombres.

Piensa en todos los suplicios, en el fuego eterno, en el gusano que no muere, en las tinieblas del infierno, y más aún en el rechinar de los dientes, terrores y tormentos.

Recuerda también los bienes reservados a los justos, su confianza y seguridad ante Dios Padre y Cristo su Hijo, ante los ángeles, arcángeles, potestades y todo el pueblo. Considera el reino de los cielos con todas sus riquezas, su gozo y su descanso.

Conserva el recuerdo de este doble destino, gime y llora ante el juicio de los pecadores, sintiendo su desgracia y teme no caer tú mismo en ese mismo estado. Pero alégrate y salta de gozo pensando en los bienes reservados a los justos y apresúrate a gozar con éstos y en alejarte de aquéllos.

Cuídate de no olvidar nunca todo esto, tanto si estás en tu celda como si estás fuera de ella, ni lo arrojes de tu memoria y con ello huirás de los sórdidos y malos pensamientos».

4 El abad Elías dijo: «Temo tres cosas: una el momento en que mi alma saldrá del cuerpo; la segunda el momento de comparecer ante Dios; la tercera cuando se dicte sentencia contra mí».

5 El arzobispo Teófilo, de santa memoria, dijo al morir: «Dichoso tú, abad Arsenio, que siempre tuviste presente esta hora».

6 Se decía entre los hermanos que en el curso de una comida de hermandad, un hermano se echó a reír en la mesa. Y al verlo, el abad Juan lloró y dijo: «¿Qué tendrá en su corazón este hermano que se echa a reír cuando debería más bien llorar, puesto que come el ágape?».

7 El abad Jacobo dijo: «Así como una lámpara ilumina una habitación oscura, así el temor de Dios, cuando irrumpe en el corazón del hombre, le ilumina y le enseña todas las virtudes y mandamientos divinos».

8 Preguntaron unos padres al abad Macario, el egipcio: «¿Por qué tu cuerpo está siempre reseco, lo mismo cuando comes que cuando ayunas?».

Y dijo el anciano: «Así como el madero con el que se manejan los leños que arden en el fuego, acaba siempre por consumirse, así también cuando un hombre purifica su espíritu en el temor de Dios, este temor de Dios consume hasta sus huesos».

9 Los ancianos del monte de Nitria enviaron a un hermano a Scitia, al abad Macario, para rogarle que viniese donde ellos estaban. En caso de que él no viniera, que supiese que iría a verle una gran muchedumbre, pues querían visitarle antes de su partida hacia el Señor.

Cuando llegó al monte, una gran multitud de hermanos se congregó junto a él. Y los ancianos le pidieron una palabra para los hermanos.

Entonces Macario, anegado en lágrimas, les dijo: «Lloremos hermanos, dejemos que nuestros ojos se llenen de lágrimas, antes de que vayamos allí donde nuestras lágrimas quemarán nuestros cuerpos».

Y todos lloraron y se postraron rostro en tierra diciendo: «Padre, ruega por nosotros».

10 Viajando un día por Egipto, el abad Pastor vio a una mujer que lloraba amargamente junto a un sepultero y dijo: «Aunque le ofreciesen todo los placeres del mundo, no arrancaría su alma del llanto. De la misma manera el monje debe llorar siempre por sí mismo».

11 Otra vez el abad Pastor atravesaba, con el abad Anub, la región de Diolcos, llegaron cerca de los sepulcros y vieron a una mujer que se golpeaba violentamente y lloraba amargamente. Se detuvieron un momento para contemplarla.

Prosiguieron su camino y poco después encontraron a una persona y el abad Pastor le preguntó: «¿Qué le sucede a esa mujer para que llore de esa manera?».

El otro respondió: «Ha perdido a su marido, a su hijo y a su hermano».

Entonces el abad Pastor dijo al abad Anub: «Te digo que si el hombre no mortifica todos los deseos carnales y no consigue una aflicción como ésta, no puede llegar a ser monje. Pues para esa mujer su alma y toda su vida están en el llanto».

12 El abad Pastor dijo también: «La función del penthos es doble: cultiva y cuida» (cf. Gén 2, 15).

13 Un hermano preguntó al abad Pastor: «¿Qué debo hacer?».

El respondió: «Cuando Abraham llegó a la tierra prometida compró un sepulcro, y por este sepulcro recibió en herencia la tierra» (cf. Gén 23).

Y el hermano le dijo: «¿Qué sepulcro es éste?».

«Es, respondió el anciano, el lugar del phentos y de las lágrimas».

14 Atanasio, de santa memoria, rogó al abad Pambo que bajase al desierto de Alejandría. Cuando llegó allí, vio a una comedante y se puso a llorar. Los presentes le preguntaron por qué lloraba, y él les dijo: «Dos cosas me han turbado: primero la perdición de esa mujer; en segundo lugar, que no tengo tanto empeño en agradar a Dios como el que ésta tiene en agradar a los hombres depravados».

15 Un día el abad Silvano, sentado entre sus hermanos, entró en éxtasis y cayó rostro en tierra. Y después de largo rato, se levantó llorando.

Y los hermanos le preguntaron: «¿Qué te sucede padre?».

Y como insistiesen dijo: «He sido raptado al lugar del juicio y he visto a muchos que vestían nuestro hábito que iban a los tormentos y a muchos hombres del mundo que iban al Reino».

Desde entonces, el anciano se entregó al penthos y no quería salir de su celda. Y si le obligaban a salir, se cubría el rostro con su capucha diciendo: «¿Qué necesidad hay de ver esta luz temporal, que no sirve para nada?».

16 Sinclética, de santa memoria, dijo: «A los pecadores que se convierten les esperan primero trabajos y un duro combate y luego una inefable alegría.

Es lo mismo que ocurre a los que quieren encender fuego, primero se llenan de humo y por las molestias del mismo lloran, y así consiguen lo que quieren. Porque escrito está: "Yahveh tu Dios es un fuego devorador" (Dt 4, 24).

También nosotros con lágrimas y trabajos debemos encender en nosotros el fuego divino».

17 El abad Hiperiguio dijo: «El monje que vela, trabaja día y noche con su oración continua. El monje que golpea su corazón hace brotar de él lágrimas y rápidamente alcanza la misericordia de Dios».

18 Unos hermanos, en compañía de unos seculares acudieron al abad Félix y le rogaron que les dijese una palabra. El anciano callaba.

Como seguían insistiendo, les dijo: «¿Queréis escuchar una palabra?».

«Sí, padre», respondieron.

Y el anciano dijo entonces: «Ahora ya no hay palabra. Cuando los hermanos interrogaban a los ancianos y cumplían lo que éstos les decían, Dios inspiraba a los ancianos lo que debían decir. Ahora, como preguntan y no hacen lo que oyen, Dios ha retirado a los ancianos su gracia para que encuentren lo que deben hablar, pues no hay quien lo ponga por obra».

Al escuchar estas palabras, los hermanos dijeron entre sollozos: «Padre, ruega por nosotros».

19 Se contaba del abad Hor y del abad Teodoro que, estando cubriendo de barro el techo de una celda, se dijeron el uno al otro: «¿Qué haríamos si Dios nos visitase ahora mismo?». Y llorando abandonaron cada uno su trabajo y volvieron cada uno a su celda.

20 Un anciano contó que un hermano quería convertirse, pero su madre se lo impedía. Pero él no cesaba en su propósito y decía a su madre: «Quiero salvar mi alma».

Después de mucho resistirse, viendo que no podía impedir su deseo, la madre le dio el permiso. Hecho monje vivió negligentemente. Murió su madre y poco después él enfermó de gravedad.

Tuvo un rapto y fue llevado al lugar del juicio y encontró a su madre entre los condenados.

Ella se extrañó al verle y le dijo: «¿Qué es esto, hijo? ¿También te han condenado a venir aquí? ¿Qué ha sido de aquellas palabras que decías: "Quiero salvar mi alma?"».

Confuso por lo que oía, transido de dolor, no sabía qué responder a su madre.

La misericordia de Dios quiso que después de esta visión se repusiera y curara de su enfermedad. Y reflexionando sobre el carácter milagroso de esta visión se encerró en su celda y meditaba sobre su salvación. Hizo penitencia y lloró las faltas cometidas antes de su negligencia.

Su compunción era tan intensa que cuando le rogaban que aflojase un poco, no fuese que las muchas lágrimas perjudicasen su salud, rechazaba el ser consolado y decía: «Si no he podido soportar el reproche de mi madre, ¿cómo podré soportar mi vergüenza en el día del juicio en presencia de Cristo y de sus santos ángeles?».

21 Un anciano dijo: «Si fuese posible a las almas de los hombres morir de miedo, cuando venga Cristo después de la resurrección, todo el mundo moriría de terror y espanto. ¿Qué será el ver rasgarse los cielos y a Dios mostrando su ira y su indignación, y los ejércitos innumerables de ángeles y a toda la humanidad reunida? Debemos pues vivir en consecuencia, ya que Dios nos va a pedir cuentas de todos nuestros actos».

22 Un hermano preguntó a un anciano: «Padre, ¿por qué mi corazón es duro y no temo al Señor?». «A mi modo de ver, respondió el anciano, aquel que se reprocha a si mismo en su corazón alcanzará el temor a Dios».

Y le dijo el hermano: «¿Qué reproches?».

El anciano le respondió: «En toda ocasión el hombre debe recordar a su alma: acuérdate que tienes que comparecer delante de Dios. O también: ¿qué tengo yo que ver con los hombres? Estimo que si se persevera en estas disposiciones vendrá el temor de Dios».

23 Un anciano vio a uno que se reía y le dijo: «Debemos dar cuenta de toda nuestra vida ante el Señor de cielo y tierra, ¿y tú, ríes?»

24 Dijo un anciano: «Así como siempre llevamos con nosotros, dondequiera que vayamos, la sombra de nuestros cuerpos, del mismo modo debemos, en todo lugar, tener con nosotros las lágrimas y la compunción».

25 Un hermano pidió a un anciano: «Padre, dime una palabra». El anciano le dijo: «Cuando Dios hirió a Egipto, no había ninguna casa donde no existiera el penthos».

26 Un hermano preguntó a otro anciano: «¿Qué debo hacer?». Y le dijo el anciano: «Debemos llorar siempre». Sucedió que murió un anciano y volvió en sí después de varias horas. Y le preguntamos: «Padre ¿qué has visto allí?». Y él nos contó llorando: «Oí una lúgubre voz que repetía sin cesar: "¡Ay de mi, ay de mí!". Eso es lo que nosotros debemos decir siempre».

27 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Por qué mi alma desea las lágrimas como aquellas que he oído decir derramaban los Padres antiguos, y no vienen y eso turba mi alma?». Y el anciano respondió: «Los hijos de Israel tardaron cuarenta años en entrar en la tierra de promisión. Las lágrimas son como una tierra de promisión: si llegas a ellas ya no temerás la lucha. Por eso Dios quiso afligir al alma, para que siempre desee entrar en aquella tierra».

Capítulo IV

Del dominio de sí

1 Unos hermanos de Scitia quisieron ver al abad Antonio. Se embarcaron en una nave y se encontraron en ella un anciano que también quería ir donde Antonio. Pero los hermanos no lo sabían. Sentados en el barco hablaban de las sentencias de los Padres, de las Escrituras y de sus trabajos manuales. El anciano guardaba silencio.

Al llegar al puerto supieron que también él iba en busca del abad Antonio. Cuando se presentaron, el abad Antonio les dijo: «Buen compañero de viaje encontrasteis en este anciano».

Y luego dijo al anciano: «Padre, has encontrado unos buenos hermanos».

Pero el anciano le respondió: «Son buenos pero su habitación no tiene puerta. En su establo entra todo el que quiere y desata el asno».

Esto lo decía porque los hermanos hablaban de todo lo que pasaba por su cabeza.

2 El abad Daniel contaba que el abad Arsenio pasaba la noche en vela. Después de velar toda la noche, cuando al amanecer quería dormir, por las exigencias de la naturaleza, decía al sueño: «Ven, siervo malo», y sentado dormía furtivamente un poco y en seguida se levantaba.

3 El abad Arsenio decía: «Al monje le basta dormir una hora, si es un luchador».

4 El abad Daniel decía: «El abad Arsenio ha vivido muchos años con nosotros y cada año le suministrábamos una escasa ración de alimentos. Y sin embargo, siempre que íbamos a verle comíamos de ella».

5 Decía también el abad Daniel que el abad Arsenio no cambiaba más que una vez al año el agua de las palmas, contentándose con añadir lo necesario el resto de las veces. Hacía esteras con las palmas y las cosía hasta la hora de sexta.

Le preguntaron los ancianos por qué no cambiaba el agua de las palmas, que olía mal. Y les dijo: «A cambio de los perfumes y de los ungüentos olorosos que usaba en el mundo, es preciso que utilice ahora este agua que hiede».

6 Y contó también: «Cuando el abad Arsenio sabía que los frutos de cada especie estaban ya maduros, decía: "Traédmelos", y probaba una sola vez un poco de cada uno, dando gracias a Dios».

7 Se decía del abad Agatón que durante tres años se había metido una piedra en la boca, hasta que consiguió guardar silencio.

8 El abad Agatón viajaba un día con sus discípulos. Y uno de ellos encontró un saquito de guisantes en el camino, y dijo al anciano: «Padre, si quieres lo cojo».

Admirado Agatón, se volvió y dijo: «¿Lo has colocado tú ahí?». «No», respondió el hermano.

«Pues, ¡cómo, exclamó el anciano, quieres llevarte lo que no has puesto!».

9 Un día, un anciano vino al abad Aquilas, y viendo que arrojaba sangre por la boca, le preguntó: «¿Qué es esto, padre?».

Y dijo el anciano: «Una palabra de un hermano, que me ha contristado y que estoy intentando guardarla dentro de mí sin devolvérsela. Y he rogado a Dios que me la quitase, y se ha convertido en sangre dentro de mi boca. Y ya la he escupido y he recobrado la paz y olvidado mi disgusto».

10 Un día en Scitia, el abad Aquiles entro en la celda del abad Isaías y le encontró comiendo. Había puesto sal y agua en su plato.

Pero viendo que lo escondía detrás de una brazada de palmas le dijo: «Dime, ¿qué comías?».

El abad Isaías respondió: «Perdóname, Padre, estaba cortando palmas y he sentido calor, tomé unos granos de sal y los metí en la boca. Pero como no pasaba la sal que había puesto en mi boca, me he visto obligado a echar un poco de agua sobre la sal fina, para poder tragarla. Pero, ¡perdóname, Padre!».

Y el abad Aquiles dijo: «Venid a ver a Isaías comedor de sopa en Scitia. Si quieres tomar sopa, ¡vete a Egipto!».

11 El abad Ammoés estaba enfermo y tuvo que guardar cama muchos años. Pero nunca se permitió examinar el interior de su celda para ver lo que tenía. Le traían muchas cosas, como se hace con los enfermos, pero cuando su discípulo Juan entraba o salía, cerraba los ojos para no ver lo que hacía. Sabía que Juan era un monje de toda confianza.

12 El abad Benjamín, presbítero en las Celdas, fue un día a un anciano de Scitia y quiso darle un poco de aceite. Este le dijo: «Mira dónde está el vasito que me trajiste hace tres años: donde lo pusiste allí sigue». Al oír esto, nos admiramos de la virtud del anciano.

13 Se contaba lo siguiente del abad Dióscoro de Namisias: «Comía pan de cebada y de harina de lentejas. Y cada año se ponía la observancia de una práctica concreta. Por ejemplo, no ir en todo el año a visitar a nadie, o no hablar, o no tomar alimentos cocidos, o no comer ni frutas ni legumbres. Y así procedía en todas sus obras. Y apenas terminada una cosa, comenzaba otra, y siempre durante un año».

14 El abad Evagrio dijo que un anciano le había dicho: «Aparto de milos deleites carnales para evitar las ocasiones de ira. Pues sé muy bien que la cólera me combate con ocasión de estos deleites, turbando mi espíritu y ahuyentando el conocimiento de Dios».

15 Epifanio, obispo de Chipre, envió un día a decir al abad Hilarión: «Ven para que nos veamos antes de morir».

Se encontraron y mientras comían les trajeron un ave. El obispo se la ofreció al abad Hilarión, pero el anciano le dijo: «Perdona, Padre, pero desde que vestí este hábito no he comido carne».

Epifanio le respondió: «Yo, desde que tomé este hábito, no he permitido que nadie se acostara teniendo algo contra mí, ni he dormido nunca teniendo algo contra alguno».

E Hilarión le dijo: «Perdóname, tu práctica es mejor que la mía».

16 Decían del abad Eladio que había vivido veinte años en su celda sin levantar los ojos para ver el techo.

17 El abad Zenón, caminando un día a Palestina, sintió cansancio, y se sentó para comer junto a un campo de pepinos. Y su espíritu le empujaba diciendo: «Toma un pepino y cómelo. ¿Qué valor tiene un pepino?».

Pero él respondió a su pensamiento diciendo: «Los ladrones son llevados al suplicio. Pruébate a ti mismo para ver si puedes soportar los tormentos». Se levantó y se puso cinco días a pleno sol y mientras se tostaba decía: «No puedo soportar los tormentos».

«Pues si no puedes soportarlos, no robes para comer», concluyó.

18 Dijo el abad Teodoro: «La falta de pan extenua el cuerpo del monje». Pero otro anciano decía: «Las vigiliass lo extenuan más».

19 El abad Juan, que era de pequeña estatura decía: «Cuando un rey quiere tomar una ciudad a los enemigos, primero les corta el agua y los víveres, para que agotados de hambre capitulen. Lo mismo ocurre con las pasiones carnales: si el hombre vive en ayuno y hambre, los enemigos que tientan su alma se debilitan».

20 Dijo también: «Subía un día por el camino que lleva a Scitia, con un fardo de palmas. Vi un camellero gritando, que me empujaba a la cólera. Abandoné mi carga y huí».

21 El abad Isaac, presbítero de las Celdas, dijo: «Conozco a un hermano que, recogiendo la cosecha en un campo, quiso comer una espiga de trigo. Y dijo al dueño del campo: "¿Puedo comer una sola espiga?".

Éste, admirado, le respondió: "Padre, el campo es tuyo ¿y me preguntas?".». Hasta tanto llegaba la delicadeza de este hermano.

22 Un hermano preguntó al abad Isidoro, anciano de Scitia: «¿Por qué te temen tanto los demonios?». Y el anciano respondió: «Desde que soy monje me he esforzado en impedir que la cólera suba a mi garganta».

23 Decía también que durante más de cuarenta años, en los cuales se había sentido interiormente empujado al pecado, nunca había consentido ni a la concupiscencia, ni a la ira.

24 El abad Casiano contaba que el abad Juan fue a visitar al abad Esio, que vivió durante cuarenta años en la parte más alejada del desierto.

Amaba mucho a Esio y con la confianza que le confería este afecto le preguntó: «Vives hace mucho tiempo retirado y no es fácil que te moleste ningún hombre, dime: ¿qué has conseguido?».

Y él dijo: «Desde que vivo solo, nunca me vio el sol tomar alimento».

Y el abad Juan le contestó: «Ni a mi me ha visto jamás encolerizado».

25 Dijo también: «El abad Moisés nos contó esta historia que había escuchado al abad Serapión:

"En mi juventud vivía con mi abad Theonas. Comíamos juntos, y al final de la comida, por instigación del diablo, robé un panecillo y lo comí a escondidas, sin que lo supiera mi abad. Como seguí haciendo lo mismo durante algún tiempo, el vicio empezó a dominarme y no tenía fuerzas para contenerme. Tan sólo me condenaba mi conciencia y me daba vergüenza el confesárselo al anciano.

Pero por una disposición de la misericordia de Dios, unos hermanos vinieron a visitar al anciano buscando provecho para sus almas y le preguntaron sobre sus propios pensamientos.

El anciano respondió: "Nada hay tan perjudicial para los monjes y alegra tanto a los demonios como el ocultar sus pensamientos a los Padres espirituales". Luego les habló de la continencia.

Mientras hablaba, yo me puse a pensar que Dios había revelado al anciano lo que yo había hecho. Arrepentido, empecé a llorar, saqué del bolsillo el panecillo que tenía la mala costumbre de robar y arrojándome al suelo pedí perdón por el pasado y su oración para enmendarme en el futuro.

Entonces el anciano me dijo: "Hijo mío, sin que yo haya tenido necesidad de decir una sola palabra, tu confesión te ha liberado de esa esclavitud; y acusándote tú mismo, has vencido al demonio que entenebrecía tu corazón procurando tu silencio. Hasta ahora le habías permitido que te dominara sin contradecirle ni resistirle de ninguna manera. En adelante, nunca más tendrá morada en ti, porque ha tenido que salir de tu corazón a plena luz".

Todavía estaba hablando el anciano cuando se hizo realidad lo que decía: salió de mi pecho una especie de llama que llenó toda la casa de un olor fétido, hasta tal punto que los presentes pensaron que se había quemado una buena cantidad de azufre.

Y el anciano dijo entonces: «Hijo mío, con esta señal, el Señor ha querido darnos una prueba de la verdad de mis palabras y de la realidad de tu liberación».

26 Decían del abad Macario que cuando descansaba con los hermanos se había fijado esta norma: si había vino, bebía en atención a los hermanos, pero luego por cada vaso de vino pasaba un día sin probar agua.

Y los hermanos, pensando que le daban gusto, le ofrecían vino. Y el anciano lo tomaba con alegría para mortificarse después.

Pero uno de sus discípulos que conocía su norma, dijo a los hermanos: «Por amor de Dios, no le deis vino, que luego se atormenta en su celda».

Cuando los hermanos lo supieron, nunca más le dieron vino.

27 El abad Macario el mayor, decía en Scitia a los hermanos: «Después de la misa en la iglesia, huid, hermanos».

Y uno de ellos le preguntó: «¿Padre, dónde podremos huir más lejos de este desierto?».

El abad puso su dedo en la boca y dijo: «De esto, os digo, que tenéis que huir».

Y él entraba en su celda y cerrando la celda se quedaba solo.

28 Dijo el abad Macario: «Si queriendo reprender a alguno, te domina la ira, satisface tu propia pasión. Por salvar a tu prójimo, no debes perderte tu».

29 El abad Pastor dijo: «Si Nabuzardán, el jefe de cocina, no hubiese venido, no se hubiese incendiado el templo del Señor (cf. 2 Re 25,8). Del mismo modo, si la gula y la hartura en el comer no penetran en el alma, nunca sucumbirá el espíritu en su lucha contra el enemigo».

30 Se decía del abad Pastor que cuando le invitaban a comer iba a disgusto y contra su voluntad, para no desobedecer y contristar a sus hermanos.

31 Le contaban al abad Pastor que había un monje que no bebía vino. Y él les respondió: «El vino no convierte en absoluto a los monjes».

32 Dijo el abad Pastor: «Así como el humo expulsa a las abejas para retirar la dulce miel que han elaborado, así las comodidades corporales arrojan del alma el temor de Dios y le roban toda obra buena».

33 He aquí lo que un anciano contó del abad Pastor y de sus hermanos: «Vivían en Egipto. Su madre deseaba verlos, pero no podía conseguirlo. Un día se presentó ante ellos, cuando acudían a la iglesia. Al verla, volvieron a sus celdas y le dieron con la puerta en las narices. Entonces ella, de pie ante la puerta, se puso a gritar y a llorar para moverles a compasión.

Al escucharla, el abad Anub acudió al abad Pastor y le dijo: "¿Qué podemos hacer por esta anciana que llora ante la puerta?".

El abad Pastor acudió a la puerta y desde dentro escuchó sus lamentos, que verdaderamente movían a compasión. Y dijo: "¿Por qué lloras así, anciana?".

Ella, al oír su voz, redobló sus gritos y sus lamentos diciendo: "Deseo veros, hijos míos. ¿Qué puede suceder porque os vea? ¿Acaso no soy vuestra madre? ¿No os amamanté y mis cabellos no están ya completamente blancos?".

Al oír su voz los monjes se conmovieron profundamente. Y el anciano le dijo: "¿Prefieres vernos aquí o en el otro mundo?".

Y ella replicó: "Si no os veo aquí abajo, hijos míos, ¿os veré allí arriba?", y el abad Pastor le contestó: "Si tienes valor para no vernos aquí abajo, nos verás allí arriba".

Y la mujer se marchó alegre diciendo: "Si es seguro que he de veros allá arriba, no quiero veros aquí".

34 Se decía del abad Pior que comía caminando. Y al preguntarle uno por qué comía así, respondió que no comía como el que realiza una ocupación sino como el que realiza una cosa superflua.

A otro que le hizo la misma pregunta le contestó: «Es para que mientras como el alma no experimente ningún placer corporal».

35 Decían del abad Pedro Pionita, que vivía en las Celdas, que no bebía vino. Cuando se hizo viejo, le rogaban que tomase un poco. Como no aceptaba, se lo mezclaron con agua y se lo presentaron. Y dijo: «Creedme, hijos, que lo considero un lujo». Y se condenaba a sí mismo por tomar ese agua teñida de vino.

36 Se celebraron un día misas en el monte del abad Antonio, y se halló allí un poco de vino. Uno de los ancianos llenó una copita y se la llevó al abad Sisoés y éste se la bebió.

Recibió una segunda copa y la bebió también. Pero cuando le trajeron la tercera, la rechazó diciendo: «Alto, hermano, ¿acaso ignoras que existe Satanás?».

37 Un hermano pregunto al abad Sisoés: «¿Qué debo hacer? Porque cuando voy a la iglesia a menudo los hermanos me retienen por caridad para la comida».

Y dijo el anciano: «Es cosa peligrosa».

Y su discípulo Abraham le preguntó entonces: «Si se acude a la iglesia el sábado y el domingo y un hermano bebe tres copas, ¿es demasiado?».

«No lo sería si no existiese Satanás», respondió el anciano.

38 A menudo, su discípulo decía al abad Sisoés: «Padre, vamos a comer». Pero él contestaba: «Pero hijo mío, ¿no hemos comido?». «No, padre», replicaba el discípulo. Entonces, el viejo decía: «Si no hemos comido, trae lo necesario y comamos».

39 Un día el abad Sisoés decía con parrhesia: «Créeme; hace treinta años que no ruego a Dios por mis pecados, sino que le digo en mi oración: "Señor Jesucristo, defiéndeme de mi lengua". Pero hasta ahora, caigo por causa de ella y cometo pecado».

40 El abad Silvano y su discípulo Zacarías llegaron un día a un monasterio y, antes de despedirse, les hicieron tomar un poco de alimento.

Y en el camino, encontraron agua y el discípulo quiso beber, pero el abad Silvano le dijo: «Zacarías, hoy es ayuno».

«Padre, respondió Zacarías, ¿no hemos comido hoy?», y el anciano le contestó: «Aquella comida la hicimos por caridad, pero ahora, hijo, guardaremos nuestro ayuno».

41 Santa Sinclética dijo: «El estado que hemos elegido nos obliga a guardar la castidad más perfecta. Porque los seglares piensan que guardan castidad, pero es necedad ya que pecan con los otros sentidos, sus miradas son poco decentes y ríen desordenadamente».

- 42 Dijo también: «Así como las medicinas amargas alejan a los animales venenosos, el ayuno, con oración, arroja del alma los malos pensamientos».
- 43 Decía también: «No te dejes seducir por los placeres de los ricos de este mundo, como si estos goces encerraran alguna utilidad. Por ellos dan culto al arte culinario. Pero tú, estima en más las delicias del ayuno y de una comida vulgar. Ni siquiera te sacies de pan, ni desees el vino».
- 44 El abad Sisoés decía: «Nuestra verdadera vocación es dominar la lengua».
- 45 El abad Hiperiquio decía: «El león es terrible para los potros salvajes. Lo mismo el monje experimentado para los pensamientos deshonestos».
- 46 Decía también: «El ayuno es el freno del monje contra el pecado. El que lo abandona es arrastrado por el deseo de la mujer como un fogoso caballo».
- 47 Decía también: «Por el ayuno, el cuerpo desecado del monje eleva su alma de su bajeza y seca las fuentes de los placeres».
- 48 Dijo también: «El monje casto será honrado en la tierra y coronado por el Altísimo en el cielo».
- 49 El mismo dijo: «El monje que no retiene su lengua en los momentos de ira, tampoco dominará las pasiones de la carne cuando llegue el momento».
- 50 Decía también: «Es mejor comer carne y beber vino que comer la carne de los hermanos murmurando de ellos».
- 51 Decía también: «Que tu boca no pronuncie palabras malas, pues la viña no tiene espinas».

52 «La serpiente con sus insinuaciones arrojó a Eva del paraíso. Lo mismo ocurre al que habla mal del prójimo: pierde el alma del que le escucha y no salva la suya».

53 Un día de fiesta en Scitia, trajeron a un anciano un vaso de vino. El lo rechazó diciendo: «Aparta de mi esta muerte». Y al ver esto los que comían con él tampoco bebieron.

54 En otra ocasión trajeron un jarro de vino nuevo, para repartir un vaso a cada uno de los hermanos. Y al entrar un hermano y ver que estaban bebiendo vino, huyó a una gruta y la gruta se hundió.

Al oír el ruido, acudieron los demás y encontraron al hermano tendido en tierra medio muerto. Y comenzaron a reprenderle: «Te está bien empleado a causa de tu vanagloria».

Pero el abad le confortó diciendo: «Dejad en paz a mi hijo. Ha hecho una obra buena. Y vive Dios, que mientras yo viva no se reedificará esta gruta para que el mundo sepa que por causa de un vaso de vino se hundió la gruta de Scitia».

55 Un día el presbítero de Scitia acudió a visitar al obispo de Alejandría. Y cuando volvió le preguntaron los hermanos: «¿Qué pasa por la ciudad?».

El respondió: «Creedme hermanos, no he visto allí a nadie más que al obispo».

Al oírle se admiraron y le dijeron: «¿Qué ha sucedido con todo el resto de la población?».

Pero el presbítero les reanimó diciendo: «Me he dominado para no ver ningún rostro de hombre».

Este relato aprovechó a los hermanos y se guardaron de levantar sus ojos.

56 Un anciano vino a visitar a otro anciano, y éste dijo a su discípulo: «Prepáranos unas pocas lentejas». Y él las preparó.

Luego le dijo: «Tráenos pan», y lo trajo.

Y estuvieron hablando de cosas espirituales hasta la hora de sexta del día siguiente.

De nuevo el anciano dijo a su discípulo: «Hijo, prepáranos unas pocas lentejas».

Y el discípulo respondió: «Las tengo preparadas desde ayer».

Y levantándose se pusieron a comer.

57 Un anciano vino al encuentro de uno de los Padres. Éste preparó unas pocas lentejas y dijo: «Recitemos el oficio y luego comeremos».

Uno de ellos recitó todo el Salterio. El otro recitó de memoria, y por su orden, dos de los profetas mayores. Al amanecer, el visitante se marchó: se habían olvidado de comer.

58 Un hermano tuvo hambre desde por la mañana. Luchó consigo mismo, para no comer hasta la hora de tercia. A la hora de tercia se violentó para esperar hasta sexta. Preparó su pan y se sentó para comer. Pero enseguida se levantó diciendo: «Esperaré hasta la hora de nona». A la hora de nona hizo su oración y vio la tentación del Diablo salir de sí como una humareda. Y dejó de sentir hambre.

59 Un anciano cayó enfermo y no pudo tomar alimento durante muchos días. Su discípulo le pidió permiso para prepararle algo que le reconfortase. Fue y le preparó una papilla con harina de lentejas. Había allí colgado un vaso que contenía un poco de miel y otro lleno de aceite de lino que olía muy mal y que sólo servía para la lámpara. El hermano se equivocó y en vez de miel echó en la papilla el fétido aceite.

Al gustarlo el anciano no dijo nada y siguió comiendo en silencio. Y el hermano le insistía para que comiese más. Y el anciano haciéndose violencia volvió a comer. Insistió el hermano por tercera vez, pero el anciano rehusó diciendo: «De veras, hijo, no puedo más». El discípulo le animaba diciéndole: «Padre, está muy bueno, voy a comer contigo».

Y al probarlo, y comprender lo que había hecho, se arrojó rostro en tierra, diciendo: «¡Ay de mi, padre!, te he asesinado, y me has cargado con este pecado porque no has dicho nada».

Y el anciano respondió: «No te angusties, hijo; si Dios hubiera querido que comiese miel, tú hubieras puesto miel en esta papilla».

60 Se contaba de un anciano que un día tuvo deseos de comer un pepino. Lo tomó y se lo puso delante de sus ojos. Y aunque no sucumbió a su deseo, para dominarse hizo penitencia por haberlo deseado con exceso.

61 Un monje fue a visitar a su hermana que estaba enferma en un monasterio. Esta monja era muy observante. Y no consintió en ver a ningún varón, ni quiso dar ocasión a su hermano para que viniera en medio de las mujeres por causa de ella. Y mandó que le dijeran: «Vete, hermano, y ruega por mi. Con la gracia de Cristo te veré en el Reino de los cielos».

62 Un monje encontró a unas monjas en su camino. Y al verlas se apartó de la calzada. Pero la abadesa le dijo: «Si fueses un monje perfecto, no nos hubieras mirado y no hubieras sabido que éramos mujeres».

63 Un día los hermanos fueron a Alejandría, llamados por el arzobispo Teófilo, para que con su oración quedasen destruidos los templos paganos. Y mientras comían con él, les fue servida carne de vaca, y la comieron sin saber lo que era. Y tomando un trozo el arzobispo se la ofreció al anciano, que se sentaba a su lado, diciendo: «Come, Padre, que es un buen pedazo».

Pero los otros le respondieron: «Habíamos creído, hasta ahora, que se trataba de legumbres. Pero si es carne no comeremos más».

Y ninguno de ellos volvió a tomar nada.

64 Un hermano trajo panes tiernos e invitó a su mesa a unos ancianos. Y después de comer cada uno de ellos un panecillo, se detuvieron. El hermano, que conocía su gran abstinencia, empezó a suplicarles con

humildad: «Por amor de Dios, comed hoy hasta saciaros». Y cada uno comió otros diez panes. Esto muestra que si comieron por amor de Dios en esta ocasión, eran verdaderos monjes que iban muy lejos en su abstinencia.

65 Un día, un anciano enfermó gravemente y sus entrañas arrojaban sangre. Y un hermano trajo unas ciruelas pasas e hizo con ellas una compota y se la ofreció al anciano diciendo: «Come, que tal vez esto te siente bien».

El anciano mirándole lentamente le dijo: «De verdad te digo que me gustaría que Dios me mantuviera treinta años con esta enfermedad». Y no accedió, en modo alguno, a tomar un pequeño alimento a pesar de su grave enfermedad.

El hermano recogió lo que había traído y volvió a su celda.

66 Otro anciano vivía muy dentro del desierto. Vino a visitarle un hermano y lo encontró enfermo. Le lavó el rostro y preparó una comida con lo que él había traído.

Al ver esto, dijo el anciano: «Es verdad, hermano, había olvidado que los hombres encuentran consuelo en la comida».

El hermano le ofreció también un vaso de vino. El anciano al verlo se echó a llorar, diciendo: «No esperaba que tuviese que beber vino antes de mi muerte».

67 Un anciano había decidido no beber agua durante cuarenta días. Y cuando hacía calor lavaba su jarra y la colocaba delante de sus ojos. Los hermanos le preguntaron por qué hacía esto, y él les respondió: «Es para sufrir más viendo lo que tanto deseo sin gustarlo. Así mereceré mayor recompensa del Señor».

68 Un hermano viajaba con su madre, ya anciana. Llegaron a un río que la anciana no podía atravesar. Su hijo tomó su manto, envolvió con él sus manos, para no tocar con ellas el cuerpo de su madre y cargando con ella atravesó el río.

Su madre le dijo: «Hijo mío, ¿por qué envolviste así tus manos?».

Y él le respondió: «Porque el cuerpo de una mujer es fuego. Y si te hubiera tocado me hubiera venido el recuerdo de otras mujeres».

69 Un padre decía: «Conozco un hermano que ayunaba en su celda toda la semana de Pascua. Y cuando la tarde del sábado venía para la sinaxis, se escapaba en seguida de la comunión, para que los hermanos no le obligaran a comer con ellos. El sólo comía unas pocas hierbas cocidas con sal y sin pan».

70 Un día en Scitia, los hermanos fueron convocados para preparar las palmas. Uno de ellos enfermó por su gran austeridad de vida, se puso a toser y a escupir sin quererlo sobre un hermano suyo. Éste estaba tentado a decirle: «Basta ya, no escupas sobre mi».

Pero para dominarse, tomó el salivazo y llevándoselo a la boca, lo tragó. Y se dijo a sí mismo: «Una de dos: o no digas a tu hermano lo que puede contristarle, o come lo que aborreces».

Capítulo V

De la impureza

1 El abad Antonio decía: «Pienso que en el cuerpo existen movimientos carnales naturales. No operan si no se consiente en ellos, y se manifiestan en el cuerpo tan sólo como un movimiento sin pasión. Hay otros movimientos en el cuerpo que se fomentan y alimentan con la comida y la bebida y con ellas se excita el calor de la sangre para actuar.

Y por eso dice el Apóstol: "No os embriaguéis con vino, que es causa de libertinaje" (Ef 5,18). Y también el Señor en el Evangelio dice a sus discípulos: "Guardaos de que no se hagan pesados vuestros corazones por el libertinaje y la embriaguez». (Luc 21,34).

«Finalmente se da otra especie de movimientos carnales entre los que luchan en la vida monástica: provienen de las insidias y de la envidia del demonio».

«Conviene, pues, saber que existen tres clases de movimientos carnales. Unos, de la naturaleza; otros, de la abundancia en el comer; los terceros, del demonio».

2 El abad Geroncio de Petra dijo: «Muchos de los que son tentados de deleites corporales, aunque no pequen corporalmente, pecan de pensamiento. Y aunque conserven la virginidad corporal, fornican en su alma. Por eso, carísimos, bueno es hacer lo que está escrito: "Por encima de todo cuidado, guarda tu corazón"». (Prov. 5).

3 El abad Casiano dijo: «El abad Moisés nos ha enseñado esto: "Es bueno no ocultar los pensamientos, sino descubrirlos a los Padres espirituales que tienen discernimiento de espíritu, pero no a los que sólo son ancianos por la edad. Porque muchos monjes, que fiándose sola-

mente de la edad manifestaron sus pensamientos a quienes no tenían experiencia, en vez de consuelo encontraron desesperación"».

4 Había un hermano muy celoso de su perfección. Turbado por el demonio impuro, acudió a un anciano y le descubrió sus pensamientos. Éste, después de oírle, se indignó y le dijo que era un miserable, indigno de llevar el hábito monástico el que tenía tales pensamientos.

Al oír estas palabras, el hermano, desesperado, abandonó su celda y se volvió al mundo. Pero por disposición divina se encontró con el abad Apolo.

Éste, al verle turbado y muy triste, le preguntó: «Hijo mío, ¿cuál es la causa de una tristeza tan grande?».

El otro, avergonzado, al principio no le contestó nada. Pero ante la insistencia del anciano, por saber de qué se trataba, acabó por confesar: «Me atormentan pensamientos impuros; he hablado con tal monje y, según él, no me queda ninguna esperanza de salvación. Desesperado, me vuelvo al mundo».

Al oír esto el padre Apolo, como médico sabio, le exhortaba y le rogaba con mucha fuerza: «No te extrañes, hijo mío, ni te desesperes. Yo también, a pesar de mi edad y de mi modo de vivir soy muy molestado por esa clase de pensamientos. No te desanimes por estas dificultades, que se curan, no tanto por nuestro esfuerzo como por la misericordia de Dios. Por hoy, concédeme lo que te pido y vuelve a tu celda».

El hermano así lo hizo. El abad Apolo se encaminó a la celda del anciano que le había hecho caer en desesperación. Y quedándose fuera, suplicó a Dios con muchas lágrimas: «Señor, tú que suscitas las tentaciones para nuestro provecho, traslada la lucha que padece aquel hermano a este viejo, para que aprenda por experiencia, en su vejez, lo que no le enseñaron sus muchos años, y se compadezca de los que sufren esta clase de tentaciones».

Terminada su oración, vio un etíope de pie junto a la celda, que lanzaba flechas contra el viejo. Éste, al ser atravesado por ellas, se puso a andar de un lado a otro como si estuviese borracho. Y como no

podiese resistir, salió de su celda y por el mismo camino que el joven monje se volvía al mundo.

El abad Apolo, sabiendo lo que pasaba, salió a su encuentro y le abordó diciendo: «¿Dónde vas, y cuál es la causa de tu turbación?».

El otro sintió que el santo varón había comprendido lo que le pasaba y por vergüenza no decía nada. El abad Apolo le dijo: «Vuelve a tu celda y de ahora en adelante reconoce tu debilidad. Y piensa en el fondo de tu corazón, o que el diablo te ha ignorado hasta ahora, o que te ha despreciado porque no has merecido luchar contra él, como los varones virtuosos. ¿Qué digo combates? Ni un sólo día has podido resistir sus ataques. Esto te sucede porque cuando recibiste a ese joven atormentado por el enemigo común, en vez de reconfortarle en su diabólico combate con palabras de consuelo, lo sumiste en la desesperación, olvidando el sapientísimo precepto que nos manda: "Libra a los que son llevados a la muerte y retén a los que son conducidos al suplicio". (Prov. 14,11). Y también has olvidado la palabra de nuestro Salvador: "La caña cascada no la quebrará, ni apagará la mecha humeante" (Mar 12, 20). Nadie podría soportar las insidias del enemigo, ni apagar o resistir los ardores de la naturaleza, sin la gracia de Dios que protege la debilidad humana. Pidámosle constantemente para que por su saludable providencia aleje de ti el azote que te ha enviado, pues es quien nos envía el sufrimiento y nos devuelve la salud. Golpea y su mano cura, humilla y levanta; mortifica y vivifica; hace bajar a los infiernos y los vuelve a sacar». (Cf. 1 Re 2).

Dicho esto, el anciano se puso en oración y el viejo se vio enseguida libre de sus tentaciones. Luego el abad Apolo le aconsejó que pidiese a Dios una lengua sabia, para que supiera hablar cada palabra a su tiempo.

5 Uno preguntó al abad Siro de Alejandría sobre los pensamientos impuros. Y él le respondió: «Si no tuvieses estos pensamientos no habría esperanza para ti, pues si no tienes pensamientos es porque cometes actos impuros. Me explico: "Si uno no lucha de pensamiento contra el pecado y no se opone a ellos con todas sus fuerzas, peca con su

cuerpo. El que peca con su cuerpo no sufre molestias de sus pensamientos"».

- 6 Un anciano preguntó a un hermano: «¿No tienes costumbre de hablar con mujeres?». Y dijo el hermano: «No. Pero los pintores antiguos y modernos son los que provocan mis pensamientos así como algunos recuerdos me turban con imágenes de mujeres».

El anciano le dijo: «No temas a los muertos, pero huye de los vivos, es decir, del consentimiento y de los actos pecaminosos. Y sobre todo, ora más».

- 7 El abad Matoés contaba que un hermano le dijo que era peor la maledicencia que la impureza. Yo le respondí: «Muy fuerte es tu afirmación».

Y el hermano me dijo: «¿Por qué?». Y le dije: «La maledicencia es un mal, pero se cura rápidamente pues el que la comete hace penitencia diciendo: "He hablado mal", y se acabó. Pero la impureza lleva naturalmente a la muerte».

- 8 Decía el abad Pastor: «Como el guardaespaldas está junto al príncipe, preparado para cualquier eventualidad, así también conviene que el alma esté siempre preparada contra el demonio de la impureza».

- 9 Un hermano vino un día al abad Pastor y le dijo: «Padre, ¿qué debo hacer? Tengo tentaciones de impureza. He acudido al abad Ibistión y me ha dicho: "No debes permitir que permanezcan en tu alma"».

Y el abad Pastor le dijo: «El abad Ibistión vive arriba en el cielo con los ángeles y no sabe que tú y yo somos combatidos por la impureza. Si el monje se mantiene en el desierto reteniendo su lengua y su apetito, puede estar tranquilo, no morirá».

- 10 Se cuenta de la abadesa Sara que durante trece años fue violentamente combatida por el demonio de la impureza. Y jamás pidió en su oración verse libre de esa lucha. Solamente decía: «Señor, dame fortaleza».

11 Se contaba también de ella: Un día, este mismo demonio le atacó más encarnizadamente que otras veces, sugiriéndole pensamientos de las vanidades del mundo. Pero ella, sin apartarse del temor de Dios y de sus propósitos de abstinencia, subió a la terraza para orar. Y se le apareció corporalmente el espíritu de fornicación y le dijo: «Me has vencido, Sara». Y ella respondió: «No te he vencido yo; ha sido Cristo, mi Señor».

12 Un hermano fue atacado de impureza y la tentación era como un fuego que ardía, día y noche, en su corazón. Él luchaba sin condescender ni consentir con su pensamiento. Mucho tiempo después, la tentación desapareció sin conseguir nada, gracias a la perseverancia del hermano. Y enseguida una luz apareció en su corazón.

13 Otro hermano fue atacado de impureza. Se levantó de noche y fue a visitar a un anciano. Le contó sus pensamientos y el anciano le consoló. Confortado en ese consuelo volvió a su celda.

Y de nuevo el espíritu de fornicación volvió al ataque. Y de nuevo acudió al anciano. Y la cosa se repitió muchas veces. El anciano no le desanimaba, sino que le decía lo que le podía ser útil en su situación: «No cedas al diablo ni aflojes en tu lucha. Por el contrario, a cada ataque del demonio, ven a buscarme y el demonio derrotado se alejará. Pues nada alegra más al demonio que el que se oculten sus tentaciones. Y nada le molesta más que el que le descubran sus pensamientos».

Por once veces vino el hermano al anciano acusándose de sus pensamientos. La última vez el hermano dijo al anciano: «Sé caritativo conmigo y dime una palabra».

Entonces el anciano le respondió: «Créeme, hijo, si Dios permitiese que los pensamientos que combaten mi alma pudiesen pasar a la tuya, no podrías soportarlos y caerías muy bajo».

Dichas estas palabras, por la gran humildad del anciano, se apaciguó el espíritu de impureza en el hermano.

- 14 Otro hermano fue combatido de impureza. Luchó y redobló su abstinencia y durante catorce años se guardó de consentir a sus malos deseos. Luego vino a la asamblea y descubrió delante de todos lo que padecía. Y todos recibieron el mandato de socorrerle. Hicieron penitencia y oraron a Dios por él durante una semana y se apaciguó su tentación.
- 15 Un anciano decía de los pensamientos de impureza: «Eremita, ¿quieres salvarte después de tu muerte? Vete, trabaja, vete, mortifícate, busca y encontrarás. Vigila, llama y se te abrirá. En el mundo los atletas son coronados cuando se han curtido en la lucha y han demostrado su fortaleza. A veces, uno lucha contra dos, y estimulado por los golpes logra la victoria. ¿Has visto cuánta fuerza ha conseguido con sus ejercicios físicos en el gimnasio? Pues bien, tú también mantente firme y fuerte y el Señor combatirá contigo contra tu enemigo».
- 16 Del mismo tema de los pensamientos impuros dijo otro anciano: «Haz como el que pasa por la calle o por delante de una taberna y percibe el olor de la cocina y de los asados. El que quiere entra y come; el que no quiere sólo huele y se va. Haz tú lo mismo, rechaza ese mal olor, levántate y ora diciendo: "Hijo de Dios, ayúdame". Haz esto mismo para ahuyentar los otros pensamientos. Por otra parte no somos extirpadores de los pensamientos, sino combatientes».
- 17 Otro anciano decía de los pensamientos de impureza: «Los padecemos por negligencia. Pues si consideramos que Dios habita en nosotros, no dejaríamos entrar nada extraño en nuestra alma. Cristo, que mora en nosotros y vive con nosotros, es testigo de nuestra vida. Por eso nosotros que lo llevamos con nosotros y le contemplamos, no debemos descuidarnos, sino santificarnos, como Él es santo. Mantengámonos sobre la piedra, y el maligno se estrellará contra ella. No temas, que no te puede vencer. Canta con valentía: "Los que confían en Yahveh son como el monte Sión, que es incommovible, estable para siempre"». (Sal 124, 1).
- 18 Un hermano preguntó a un anciano: «Si un monje cae en pecado, se angustia porque de progresar en la virtud pasa a un estado peor y

tiene que trabajar para levantarse. Al contrario, el que viene del mundo, como parte de cero, siempre progresa».

El anciano le respondió: «El monje que sucumbe ante la tentación es como una casa que se derrumba. Y si reconsidera su vocación, reedifica la casa destruida. Encuentra muchos materiales útiles para el edificio, tiene los cimientos, piedras, arena y todas las otras cosas necesarias para la construcción, y así rápidamente levanta la casa. El que ni ha cavado, ni ha echado los cimientos, ni tiene nada de aquello que es necesario, ha de ponerse a la obra con la esperanza de terminarla un día.

Lo mismo sucede si el monje sucumbe a la tentación. Si se vuelve a Dios, tiene toda la ayuda de la meditación de la ley divina, de la salmodia, del trabajo manual, de la oración y otras muchas cosas que son fundamentales. Al contrario, el novicio, mientras aprende todo esto, continúa en su estado primitivo».

19 Un hermano atormentado por el espíritu impuro, fue a visitar a un anciano muy notable y le rogaba, diciendo: «Hazme la caridad de rogar por mí, pues soy muy tentado de impureza». El anciano oró al Señor.

Pero el hermano volvió por segunda vez repitiendo las mismas palabras. El anciano, por su parte, insistió en la oración al Señor diciendo: «Señor, revélame la causa de la acción del diablo contra este hermano, porque te lo he pedido, y no ha encontrado todavía la paz».

Y el Señor le descubrió lo que le sucedía a aquel hermano. Vio al hermano sentado y a su lado el espíritu de fornicación, y como si jugase con él. Y el ángel enviado en su ayuda estaba en pie indignado contra el hermano, porque no se postraba ante Dios, antes se complacía en sus pensamientos volcando en ellos toda su atención.

El anciano comprendió que la culpa era toda del hermano y le dijo: «Tú consientes en tus pensamientos». Y le enseñó cómo debía resistir a aquellos pensamientos. E instruido el hermano por la doctrina de aquel anciano y con la ayuda de su oración, encontró descanso para su tentación.

20 En cierta ocasión el discípulo de un anciano notable fue tentado de impureza. El anciano que veía su sufrimiento, le dijo: «¿Quieres que ruegue al Señor para que te libere de esta lucha?».

El discípulo le respondió: «Padre, veo que estoy padeciendo mucho, pero siento también el fruto que saco de esta lucha. Por eso pide al Señor en tus oraciones que me dé la fuerza para resistir».

Y su abad le dijo: «Ahora veo, hijo mío, lo mucho que has adelantado y que me has superado a mí».

21 Se cuenta que un anciano bajó a Scitia, con su hijo que todavía no había sido destetado, el cual, como se crió en el monasterio, no sabía que existieran mujeres.

Cuando se hizo hombre, los demonios le presentaban de noche figuras de mujeres, y él admirado se lo comunicó a su padre. En cierta ocasión subió con su padre a Egipto y al ver mujeres le dijo: «Éstas son las que se me presentaban de noche en Scitia».

Y el anciano le dijo: «Hijo, estos son monjes que viven en el mundo. Usan un hábito distinto del de los ermitaños».

Y se extrañó el anciano de que los demonios le hubieran presentado imágenes de mujeres en Scitia, y enseguida se volvieron a su celda.

22 En Scitia, se encontraba un hermano muy probado por las tentaciones. El enemigo le traía la memoria de una hermosa mujer y le atormentaba mucho. Y sucedió, por disposición divina, que otro hermano bajó de Egipto a Scitia. Y hablando entre ellos le comunicó la muerte de cierta persona. Era precisamente aquella mujer que turbaba al hermano.

Al oírlo, tomó su manto y de noche acudió al lugar donde la habían enterrado. Cavó la tumba, limpió con su manto la sangre putrefacta de ella, y se volvió a su celda con ella. El olor era intolerable, pero él ponía ante sí aquella podredumbre y combatía sus pensamientos, diciendo: «Mira lo que tanto deseabas. Ya lo tienes, sáciate con ello».

Y se impuso el tormento de ese hedor hasta que cesó dentro de su alma aquella lucha.

23 Una persona vino un día a Scitia para hacerse monje. Traía con él a su hijo que acababa de ser destetado. Cuando el niño se hizo adulto, los demonios empezaron a atacarle y a tentarle. Y dijo a su padre: «Voy a volver al mundo; pues no puedo dominar mis pasiones carnales».

Su padre le animaba, pero él volvió a la carga: «No puedo aguantar más; padre, déjame marchar».

Su padre le insistió: «Hijo, escúchame una vez más. Toma cuarenta panes y hojas de palma para cuarenta días de trabajo. Vete al interior del desierto, estate allí cuarenta días y que se cumpla la voluntad de Dios».

Obediente a su padre se fue al desierto, y permaneció allí, trabajando y tejiendo palmas secas y comiendo pan seco. Después de veinte días de hesyquia vio una aparición diabólica. Se puso en pie delante de él una especie de mujer etíope, de aspecto repugnante y fétido. Su hedor era tan insoportable que no lo podía aguantar y la arrojó lejos de sí.

Y ella le dijo entonces: «Soy la que aparezco dulce en el corazón de los hombres. Pero por tu obediencia y perseverante ascesis, Dios no me ha permitido seducirte, sino que te di a conocer mi hedor».

Él se levantó y, dando gracias a Dios, volvió a su padre y le dijo: «No quiero volver al mundo, padre. He visto la obra del diablo y he sentido su hedor».

Su padre, que había sabido lo ocurrido por una revelación, le dijo: «Si te hubieras quedado allí cuarenta días y hubieras guardado mi mandato hasta el final, hubieras visto cosas más extraordinarias».

24 Un anciano moraba muy dentro del desierto. Tenía una pariente que hacía muchos años deseaba verle. Ella se enteró del lugar donde moraba, y se puso en camino hacia el desierto. Encontró a unos camellos, se unió a ellos y con ellos se adentró en el desierto. Era llevada por el diablo.

Llegando a la puerta del anciano se dio a conocer, diciendo: «Soy yo, tu pariente» y se quedó con él.

Otro monje que moraba en la parte inferior del desierto, llenaba su jarra de agua a la hora de la comida; y de pronto se cayó la jarra y se derramó el agua. Y por inspiración de Dios, se dijo: «Iré al desierto y contaré a los ancianos esto que me ha sucedido con el agua». Se puso en marcha y como se hiciese tarde durmió en un templo pagano que había junto al camino.

Y durante la noche oyó a los demonios que decían: «Esta noche haremos caer a aquel monje en la impureza».

Al oírlo, se afligió mucho y llegándose al anciano lo encontró triste. Y le dijo: «¿Qué he de hacer, Padre? Lleno mi jarra de agua y a la hora de la comida se derrama toda».

El anciano le respondió: «Vienes a preguntarme por qué se te cae la jarra. Y yo ¿qué debo hacer, pues esta noche he caído en la fornicación?».

«Lo sabía», le respondió el otro. «¿Tú, cómo lo sabes?», le dijo el anciano.

«Dormía en un templo y oí a los demonios hablar de ti», le contestó.

Y el anciano dijo: «Me vuelvo al mundo».

Pero el hermano le suplicaba: «No, Padre, quédate aquí; despide a esa mujer. Lo que te ha ocurrido ha sido obra del enemigo».

El anciano le escuchó y se animó. Redobló su penitencia con muchas lágrimas, hasta que recobró su estado anterior.

25 Un anciano dijo: «El desprendimiento, el silencio y la meditación en secreto, engendran pureza».

26 Un hermano preguntó a un anciano: «Si alguno cae en tentación, ¿qué pasa con el escándalo de los demás?».

Y el anciano le contó esta historia: «Había un diácono muy conocido en un monasterio de Egipto. Un magistrado, perseguido por el go-

bernador, vino con toda su familia al monasterio. Bajo la acción del maligno el diácono pecó con la mujer del magistrado y todos los hermanos se llenaron de vergüenza.

El diácono fue a ver a un anciano y le contó lo sucedido. El anciano tenía una celda interior oculta. Cuando la vio el diácono le dijo: "Entiéndrame aquí mismo vivo y no se lo digas a nadie".

Y entró en aquella celda oscura e hizo allí verdadera penitencia. Mucho tiempo después aconteció que no se produjo la crecida del Nilo. Y mientras todos rezaban las letanías, le fue revelado a uno de los ancianos, que el agua del río no subiría, si no venía a rezar con ellos el diácono que estaba escondido en la celda de uno de los ancianos. Al oírlo, se admiraron mucho y fueron a sacarle del lugar donde estaba.

Oró y subió el agua. Y los que se habían escandalizado de él, quedaron después edificados de su penitencia, y glorificaron a Dios».

27 Dos hermanos fueron a la ciudad para vender lo que habían fabricado. En la ciudad se separaron y uno de ellos cayó en la fornicación.

Poco después llegó el otro hermano y le dijo: «Hermano, regresemos a nuestra celda».

«No voy», respondió el otro.

«¿Por qué no, hermano?».

«Porque cuando me dejaste, dijo el otro, me vi tentado y pequé de impureza».

Pero su hermano, queriéndoselo ganar, se puso a decirle: «También a mí me ha sucedido lo mismo, y después de dejarte he fornicado también. Pero volvamos y hagamos juntos penitencia con toda nuestra fuerza, y Dios nos perdonará aunque seamos pecadores».

Al volver a su celda, contaron a los ancianos lo que les había ocurrido, y éstos les señalaron la penitencia que debían cumplir.

Uno de ellos, sin embargo, no hacía penitencia por sí, sino por el otro hermano, como si también él hubiera pecado.

Viendo Dios su penitencia y su caridad, a los pocos días descubrió a uno de los ancianos que por la gran caridad de aquel hermano, que no había pecado, había perdonado al que había fornicado. Esto en verdad es dar su vida por el hermano.

28 Un hermano fue un día a decir a un anciano: «Padre, mi hermano me abandona para ir no sé dónde y sufro por ello».

El anciano le animaba: «Hermano, llévalo con paz, y Dios viendo tu sufrimiento y tu paciencia, lo traerá de nuevo junto a ti. Sabes que la severidad y la dureza no valen para hacer cambiar de idea a nadie. Pues el demonio no arroja al demonio. Más bien será con benignidad como conseguirás atraerlo. Dios mismo atrae a sí a los hombres por la persuasión». Y le contó lo que sigue:

«Dos hermanos vivían en la Tebaida y habiendo uno de ellos pecado de impureza dijo al otro: "Voy a regresar al mundo".

El otro llorando le dijo: "No permito, hermano, que te vayas, pierdas el fruto de tu trabajo y de tu virginidad".

Pero el primero no lo aceptó: "No me quedaré, me iré. O vienes conmigo y de nuevo volveré contigo o déjame marchar y me quedaré en el mundo".

El hermano fue a contar lo que le ocurría a un anciano venerable. "Vete con él, le dijo el anciano, y Dios por causa de tus sufrimientos no permitirá que sucumba".

Y los dos hermanos volvieron al mundo. Llegaron a una aldea y viendo Dios la pena de aquel que por caridad y afecto acompañaba a su hermano, arrancó del otro su mal deseo. "Hermano, le dijo, volvamos al desierto. Supongamos que hubiese pecado con una mujer, ¿qué hubiera sacado de ello?". Y volvieron indemnes a su celda».

29 Un hermano tentado por el demonio fue a decir a un anciano: «Estos dos hermanos viven juntos y se portan mal». El anciano se dio cuenta que el demonio le engañaba y mandó llamar a los dos hermanos. Al llegar la noche, les preparó una esteta y los cubrió con una manta, diciendo: «Los hijos de Dios tienen el alma grande y santa». Luego

dijo a su discípulo: «Encierra a este hermano solo en una celda, pues tiene el vicio del que acusa a los otros».

30 Un hermano dijo a un anciano: «¿Qué debo hacer, pues me mata un pensamiento vergonzoso?».

El anciano le respondió: «Cuando una mujer quiere destetar a su hijo se frota los senos con algo amargo, y cuando el niño viene a mamar, como de costumbre, siente ese gusto amargo y se va. Tú también, pon algo amargo en tus pensamientos».

Y el hermano le preguntó: «¿Cuál es esa cosa amarga que debo poner?».

«La meditación de la muerte y de los tormentos preparados para los pecadores en el siglo venidero», dijo el anciano.

31 Un hermano consultó a un anciano acerca de los pensamientos de impureza. Y el anciano le respondió: «Nunca he tenido tentaciones en esa materia».

Y el hermano desalentado fue a contarlo a otro anciano: «Mira lo que me ha dicho aquel monje, y me ha escandalizado porque lo que me ha dicho supera las fuerzas de la naturaleza».

El anciano le dijo: «No te ha dicho eso sin motivo este hombre de Dios. Vuelve a él, pídele perdón y que te aclare el sentido de sus palabras».

El hermano volvió arrepentido al anciano, hizo una metanía y le dijo: «Perdóname, Padre, pues me porté como un tonto contigo y me marché sin despedirme. Te ruego me expliques por qué no te has visto nunca combatido por la impureza».

El anciano le contestó: «Desde que soy monje nunca me he saciado de pan, ni de agua, ni de sueño. Y el tormento de todas estas privaciones no me ha permitido sentir el apetito de la impureza».

El hermano se fue muy aprovechado de la respuesta del monje.

32 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué debo hacer? Pienso continuamente cosas impuras, que no me dejan ni una hora de descanso y mi alma está muy afligida».

El anciano le dijo: «Cuando los demonios siembren en tu corazón esos pensamientos, y tú te des cuenta, no discutas en tu interior. Lo propio del demonio es sugerir el mal. Pero aunque no dejen de molestarte no te pueden forzar. De ti depende el consentir o no».

«Mas, ¿qué he de hacer?, respondió el hermano, porque soy débil y me domina esta pasión».

«Atiende a lo que voy a decirte, respondió el anciano, ¿sabes lo que hicieron los madianitas? Adornaron a sus hijas con sus mejores galas, y las expusieron delante de los israelitas, pero no obligaron a nadie a pecar con ellas, sino los que quisieron cohabitaron con ellas. Los demás se indignaron y se vengaron con la muerte de aquellos que quisieron inducirles a la fornicación. Así hay que combatir a la impureza. Cuando empiece a hablar en el fondo de tu corazón no le respondas. Levántate, ora y haz penitencia, diciendo: "¡Hijo de Dios, ten piedad de mí!"».

Dijo el hermano: «Padre, hago meditación, pero no siento la compunción del corazón, porque no entiendo el sentido de las palabras».

Y el anciano le dijo: «Sigue meditando. Oí al abad Pastor y a otros Padres estas palabras: "El encantador no entiende las palabras que pronuncia, pero la serpiente las oye, las entiende, se humilla y se somete al encantador".

Hagamos lo mismo, aunque ignoremos el sentido de las palabras que pronunciamos; los demonios las escuchan, se espantan y huyen».

33 Decía un anciano: «Los pensamientos de impureza son frágiles como el papiro. Si vienen sobre nosotros y los rechazamos sin consentir en ellos, se quiebran sin esfuerzo. Pero si cuando se presentan nos deleitamos con ellos y consentimos, se hacen como el hierro y es difícil destruirlos. Por eso es necesario tener discreción en nuestro pensar, para que sepamos que para el que consiente no hay esperanza de salvación. En cambio para los que no consienten les está reservada la corona».

34 Dos hermanos combatidos de impureza, abandonaron el monasterio con intención de contraer matrimonio.

Pero luego se dijeron el uno al otro: «¿Qué hemos ganado abandonando nuestro estado angélico por este estado de corrupción, al que seguirá el fuego y los tormentos? Volvamos al desierto y hagamos penitencia de lo que hemos intentado hacer».

De vuelta al desierto, confesaron su falta y rogaron a los Padres que les impusieran una penitencia. Los ancianos les encerraron un año entero y a cada uno se le daba la misma cantidad de pan y la misma medida de agua, pues los dos parecían tener las mismas fuerzas. Al terminar su penitencia salieron los dos. Y los Padres vieron que uno de ellos estaba pálido y muy triste; el otro, en cambio, robusto y muy alegre. Y se admiraron porque los dos habían recibido la misma cantidad de comida y de bebida.

Y preguntaron al que estaba triste y abatido: «¿En qué pensabas en tu celda?».

Y respondió: «En el mal que había hecho y en el castigo que me sobrevendría, y el temor hacía que la piel se adhiriese a mis huesos».

Hicieron la misma pregunta al otro y contestó: «Daba gracias a Dios por haberme librado de las miserias de este mundo y de las penas del siglo venidero y por haberme devuelto a este estado angélico. Y me llenaba de alegría al pensar continuamente en Dios».

Los ancianos dijeron: «Ante Dios la penitencia de los dos tiene el mismo valor».

35 Un anciano cayó gravemente enfermo en Scitia, y los hermanos le servían. Y al ver el trabajo que les daba, dijo: «Iré a Egipto para no molestar a estos hermanos».

Pero el abad Moisés le aconsejó: «No vayas porque caerás en la impureza».

El anciano se entristeció y le dijo: «Mi cuerpo está muerto, ¿y tú me dices esto?». Y se marchó a Egipto.

Al conocer su llegada, los habitantes de los alrededores le trajeron muchos presentes. Y vino también una virgen fiel para servir al anciano enfermo. Poco después, sintiéndose mejor, pecó con ella y ésta concibió.

Los vecinos del lugar le preguntaron de quién era aquel niño y ella contestó: «Es del viejo». Pero ellos no querían darle crédito.

Y el anciano les dijo entonces: «Si, es mío. Cuidad al niño cuando ella dé a luz».

Después de nacer el niño y ya destetado, el anciano tomó al niño sobre sus hombros y volvió a Scitia en un día de gran fiesta. Y entró en la iglesia ante toda la multitud de los hermanos. Éstos al verle se echaron a llorar.

Y él les dijo: «¿Veis este niño? Es hijo de mi desobediencia. Tened cuidado, hermanos míos, que yo he hecho esto en mi vejez, y rogad por mí». Y volviendo a su celda, se entregó a su antiguo modo de vida.

36 Los demonios tentaron muy violentamente a un hermano. Tomando la forma de hermosas mujeres, durante cuarenta días se esforzaron sin interrupción por hacerle cometer el pecado. Pero como él resistió virilmente el combate, sin dejarse vencer en lo más mínimo, Dios, que contemplaba aquella hermosa lucha, le concedió la gracia de no padecer en adelante ninguna tentación carnal.

37 Un anacoreta vivía en el Bajo Egipto, y era muy célebre porque vivía solo en su monasterio, en un lugar desértico. Y por instigación del diablo, una mujer depravada que oyó hablar de él dijo a unos jóvenes: «¿Qué me queréis dar y haré caer a vuestro anacoreta?». Y ellos concertaron lo que le darían.

Salió por la tarde y llegó a la celda simulando haberse extraviado. Llamó, salió a abrir el ermitaño y al verla se turbó. Y le dijo: «¿Cómo has llegado hasta aquí?».

Ella respondió llorando: «Me he extraviado».

Conmovido el monje la hizo pasar al patio. Luego, él entró en su celda y cerró por dentro. Pero la infeliz gritaba: «Padre, unas bestias feroces me devoran».

El monje se turbó de nuevo, y temiendo el juicio de Dios, se decía: «¿De dónde me viene esta desgracia?». Y abriendo la puerta la introdujo dentro. Y empezó el diablo a tentarle con ella, como si le lanzara flechas al corazón. Y entendiendo el anciano que las tentaciones venían del demonio, se decía a si mismo: «Los caminos del enemigo son tinieblas; el Hijo de Dios es luz». Y levantándose encendió su lámpara.

Pero como la pasión le devoraba, dijo: «Los que hacen eso van al suplicio. Prueba, pues, si puedes soportar el fuego eterno». Y puso su dedo sobre la llama. Éste arde y quema, pero no lo siente, por el fuego violento de su pasión carnal. Y continuó así hasta el amanecer quemando todos sus dedos.

Entre tanto la infeliz, al ver lo que hacia, atemorizada, se quedó como una piedra. Por la mañana llegaron los jóvenes y preguntaron al monje: «¿Vino una mujer ayer noche?». «Sí, respondió, está durmiendo aquí».

Entraron y la encontraron muerta. Y gritaron: «¡Padre, está muerta!».

Entonces, el monje apartó su manto y les mostró las manos, diciendo: «Mirad lo que ha hecho conmigo esta hija de Satanás: me ha hecho perder todos mis dedos». Y les contó lo sucedido y añadió: «Está escrito: no devuelvas mal por mal».

Y poniéndose en oración la resucitó. La mujer se convirtió y llevó una vida casta el resto de su vida.

38 Un hermano se vio tentado de impureza, abandonó el desierto, llegó a cierta aldea de Egipto, vio a la hija de un sacerdote pagano y se enamoró de ella, y dijo a su padre: «Dámela por mujer».

Él le respondió: «No te la puedo dar sin consultar antes con mi dios». Y acudiendo al demonio, al cual adoraba, le dijo: «Un monje ha acudido a mi, porque quiere casarse con mí hija. ¿Se la doy por esposa?».

Y el demonio le respondió: «Pregúntale si reniega de su Dios, de su bautismo y de su profesión de monje».

Y el sacerdote acercándose al hermano le dijo: «Reniega de tu Dios, de tu bautismo y de tu estado de monje y te daré mi hija». El monje accedió, y al punto vio una paloma que salía de su boca y subía al cielo.

Volvió el sacerdote al demonio y le dijo: «Ha prometido hacer aquellas tres cosas».

Pero el demonio respondió: «No le des como esposa a tu hija, pues su Dios no le ha abandonado y le sigue ayudando todavía».

El sacerdote volvió a decir al hermano: «No te puedo dar a mi hija, porque tu Dios te ayuda todavía y no te ha abandonado».

Al oír esto el hermano pensó: «Si Dios me demuestra tanta bondad, habiendo yo, infeliz, renegado de Él, de mi bautismo y de mi profesión de monje, verdaderamente bueno es este Dios que me ayuda así ahora que soy tan perverso. Entonces, ¿por qué voy a apartarme de Él?». Y volviendo en sí, recobró la calma y volvió al desierto para contar a un anciano venerable lo que le había sucedido.

Y el anciano le dijo: «Quédate conmigo en esta cueva, ayuna tres semanas seguidas, y yo rogaré a Dios por ti». El anciano hizo penitencia por el hermano y oró a Dios diciendo: «Os ruego, Señor, que me deis esta alma y que aceptéis su penitencia». Y Dios escuchó su oración.

Al terminar la primera semana, el anciano se presentó al hermano, y le preguntó: «¿Has visto algo?». Y el joven respondió: «Sí, he visto una paloma arriba en el cielo, muy por encima de mi cabeza». Y el anciano le aconsejó: «Vigila y ruega intensamente a Dios».

Al final de la segunda semana volvió el anciano a preguntar al hermano: «¿Has visto algo?». «He visto la paloma que se acercaba a mi cabeza», respondió el hermano. Y el anciano le recomendó el dominio de su mente y la oración ferviente.

Al terminar la tercera semana, volvió de nuevo el anciano para preguntarle: «¿Has visto algo más?». Y le respondió el hermano: «Vi la paloma posarse sobre mi cabeza. Alargué la mano para cogerla, pero echó a volar y entró en mi boca».

Entonces el anciano dio gracias a Dios y dijo al hermano: «Dios ha aceptado tu penitencia. En adelante vigila y ten cuidado de ti».

El hermano le contestó: «Desde ahora me quedaré contigo hasta la muerte».

39 Un anciano de Tebas contó lo que sigue: «Soy hijo de un sacerdote pagano. Siendo niño iba al templo y veía a menudo a mi padre entrar allí para ofrecer sacrificios al ídolo. Y un día, entré furtivamente detrás de él y vi a Satanás sentado y rodeado de todo su ejército de pie ante él. Y uno de los jefes se acercó para adorarle.

"¿De dónde vienes?", le preguntó Satanás, y el demonio le respondió: "He estado en tal región y he provocado guerras y grandes perturbaciones, con mucho derramamiento de sangre, y he venido a comunicártelo".

Sarán le preguntó: "¿Cuánto tiempo has empleado en esto?". "Treinta días", respondió el diablo.

Y Satanás mandó azotarlo, mientras decía: "¡Tanto tiempo para hacer esto!".

Y otro demonio se adelantó para adorarle, y Satanás le preguntó: "¿De dónde vienes?". "Del mar. He levantado tempestades, hundido muchas naves y matado a muchos hombres, y he venido a contártelo", respondió.

"¿En cuánto tiempo?", preguntó Satanás. "En veinte días", le contestó. Y mandó azotarlo, diciéndole: "En tantos días, ¿sólo hiciste esto?".

Y un tercer demonio se postró para adorarle. Y le dijo: "¿De dónde vienes?". "He estado en tal ciudad. En unas bodas he provocado disputas y he hecho que se derramara mucha sangre. Además maté al esposo y he venido a decírtelo".

Y preguntó Sarán: "¿En cuánto tiempo?". "En diez días", contestó.

Y también fue azotado por haber tardado tanto tiempo.

Se acercó a adorarle otro demonio, y volvió a preguntar Satanás: "¿De dónde vienes?". "He estado en el desierto. Hace cuarenta años que luché contra un monje, y por fin esta noche le he hecho caer en impureza".

Al oír esto, Satanás se levantó, le abrazó y, quitándose su corona, se la colocó en la cabeza y le hizo sentar en su mismo trono mientras le decía: "¡Bravo, has hecho una gran hazaña!".

Cuando oí y vi esto, me dije a mi mismo: "Ciertamente es una gran cosa el estado monacal"».

40 Un anciano que había vivido casado en el mundo, después de su retiro al desierto se veía frecuentemente tentado por el recuerdo de su mujer, y se lo contó a los Padres.

Éstos, sabiendo que era esforzado y que hacía más de lo que se le pedía, le impusieron una tarea capaz de debilitar su cuerpo hasta el punto que no pudiese levantarse. Por disposición de Dios, vino un Padre para establecerse en Scitia. Pasó junto a la celda del anciano, la vio abierta y pasó de largo admirándose de que nadie saliese a su encuentro. Volvió sobre sus pasos y llamó diciendo: «No sea que esté enfermo el hermano que vive en esta celda».

Luego entró y lo encontró muy enfermo. Y le dijo: «¿Qué te pasa, Padre?».

El otro le contó su historia: «He vivido en el mundo y ahora el enemigo me atormenta con el recuerdo de mi mujer. Se lo conté a los Padres y me han impuesto una serie de prácticas penosas. He querido cumplirlas en obediencia plena, pero me faltan las fuerzas y sin embargo la tentación crece».

A estas palabras, el anciano se entristeció y le dijo: «En verdad, los Padres, como personas autorizadas, tuvieron sus razones para imponerte estos trabajos que te agotan. Pero según mi humilde entender, deja todo esto, toma algo de alimento a su tiempo y repara tus fuer-

zas. Reza el oficio divino y abandónate en Dios, ya que con tus solas fuerzas no podrás triunfar. Nuestro cuerpo es como un vestido. Si no se le cuida se echa a perder».

El hermano hizo lo que se le dijo, y pocos días después le dejó la tentación.

41 Un anacoreta, muy avanzado en la vida espiritual, vivía hacia mucho tiempo cerca de Antinoé. Y muchos se aprovechaban tanto de sus palabras como de sus ejemplos.

Por eso el diablo le envidiaba, como le ocurre con todos los varones virtuosos. Y bajo capa de piedad le sugirió que no debía de ayudarse ni ser servido de los demás, sino que, al contrario, él debía servir a los otros.

Y el demonio le sugirió esta idea: «Ya que no ayudas a los demás por lo menos sírvete a ti mismo. Vende en la ciudad las cestas que fabricas, compra lo que necesites y vuelve a tu soledad para que no seas gravoso a nadie».

Se lo sugería el diablo porque envidiaba su hesychia, el mucho tiempo que consagraba a Dios y el provecho que muchos sacaban de ello. Por eso el demonio tenía prisa en tenderle una trampa para hacerle caer.

El ermitaño, pensando que era una buena idea, se dispuso a salir de su monasterio. Y aunque todos le admiraban, sin embargo, desconocía esta clase de trampas.

Mucho tiempo después encontró una mujer y dada su falta de experiencia y cautela, le engañó y se enamoró de ella. Se fue a un lugar retirado, con el diablo sobre sus pasos, y pecó junto a un río. Y pensó en la alegría del enemigo con ocasión de su ruina, cayó en desesperación porque había ofendido tan gravemente al Espíritu de Dios, y recordando a los santos ángeles y a tantos Padres venerables, que aunque vivían en las ciudades habían triunfado del demonio, se afligió mucho porque no podía parecerse a ninguno de ellos, olvidando que Dios da su fortaleza a los que se convierten a Él con devoción.

En su ceguera, no viendo como curar su pecado, quiso arrojarse al río para dar alegría completa al demonio. Por el intenso sufrimiento de su alma enfermó también su cuerpo. Y si no le hubiera socorrido la misericordia de Dios, hubiera muerto sin penitencia, con gran gozo del enemigo.

Vuelto finalmente en sí, se propuso llevar a cabo una penosa penitencia rogando a Dios con llanto y lágrimas. Volvió al monasterio, clavó la puerta de su celda y se puso a llorar a Dios con súplica incesante como se hace con los muertos. Su cuerpo se debilitó a fuerza de velar y ayunar, pero él no mitigaba su penitencia, pues no tenía la seguridad de que fuese suficiente.

Los hermanos, tratando de ayudarle, venían a verle y llamaban a la puerta, pero él les contestaba que no podía abrir: «He hecho voto de hacer durante un año una vida de absoluta penitencia. Orad por mí», les decía. No sabía qué responder sin que ellos se escandalizasen por lo ocurrido, ya que era tenido por todos como un monje respetable y de gran virtud. Y durante todo el año practicó un riguroso ayuno y una dura penitencia.

Por Pascua, la noche misma de la Resurrección, tomó una candela nueva y la puso en un cántaro nuevo. Lo tapó con una tapadera y se puso en oración desde el atardecer diciendo: «Oh Dios, compasivo y misericordioso, que quieres salvar aun a los mismos paganos para que vengan al conocimiento de la verdad, me refugio en ti, Salvador de los fieles. Ten piedad de mí que tanto te ofendí, proporcioné un gozo grande al enemigo y he muerto por obedecerle. Tú, Señor que te apiadas de los impíos y de los que carecen de misericordia, Tú que mandas tener misericordia con el prójimo, ten piedad de mi abyección. Para Ti no hay nada imposible y mira que mi alma es llevada como polvo al borde del infierno. Ten piedad de mí, pues eres benigno y misericordioso con esta criatura tuya.

Tú, que resucitarás los cuerpos de los que ya no viven el día de la Resurrección, ¡escúchame, Señor, que mi corazón desfallece y mi alma es muy desgraciada! Mi cuerpo, que tanto he manchado, está extenuado. Ya no tengo fuerzas para vivir porque me falta la esperanza. Perdona este pecado por el cual he hecho penitencia, pecado doble porque he desesperado.

Devuélveme la vida, que estoy arrepentido, y ordena a tu fuego encender esta lámpara. Para que seguro de tu misericordia y de tu perdón por todo el resto de mi vida, guarde tus mandamientos, no me aparte de tu santo temor y te sirva con mayor fidelidad que antes».

Y orando con muchas lágrimas la noche misma de la Resurrección del Señor, se levantó para ver si se había encendido la candela. Y descubriendo el vaso vio que no se había encendido.

Cayó de nuevo rostro en tierra, rogando a Dios con estas palabras: «Sé, Señor, que la batalla la preparaste para que fuese coronado. Pero no supe mantenerme firme, y teniendo en más los placeres de la carne, he preferido los tormentos de los impíos.

Perdóname, Señor, de nuevo confieso a tu bondad mi infamia, delante de los ángeles y delante de todos los justos y la confesaré también delante de todos los hombres si no fuera escándalo para ellos. Señor, ten piedad de mi para que pueda enseñar a los demás, Señor, dame la vida».

Repitió tres veces esta oración y fue escuchado.

Y levantándose encontró encendida la candela, con gran brillo. Y ebrio de esperanza, y confortado de gozo su corazón, admiró la gracia de Dios que así le perdonaba sus pecados y daba así satisfacción a su alma como se lo había pedido.

Y decía: «Te doy gracias, Señor, porque has tenido piedad de mi que no soy digno siquiera de vivir en este mundo, y que con este nuevo y maravilloso milagro me has devuelto la confianza. Tú perdonas misericordiosamente a las almas que has creado».

Y perseverando en su oración amaneció el día. Y alegrándose de este modo en el Señor se olvidó de la comida. El fuego de su lámpara se mantuvo durante toda su vida, añadiéndole aceite cuando era necesario, y velando para que no se apagase.

Y de nuevo habitó en el Espíritu divino, y se hizo insigne ante los demás, dando testimonio de su humildad por la confesión y acción de gracias a Dios con gran alegría. Finalmente, unos días antes de su muerte tuvo revelación de su tránsito al Padre.

Capítulo VI

El monje no debe poseer nada

1 Un hermano había renunciado al mundo, distribuyó sus bienes a los pobres, pero se reservó una pequeña parte.

Vino el abad Antonio, que había tenido conocimiento de ello y le dijo: «Si quieres hacerte monje, vete a ese pueblo, compra carne, cubre con ella tu cuerpo, y vuelve».

El hermano lo hizo así y los perros y los pájaros le desgarraron el cuerpo. De vuelta ante el anciano, éste le preguntó si había hecho lo que le había mandado. Y al mostrarle su cuerpo destrozado, san Antonio le dijo: «Los que renuncian al mundo y quieren tener dinero, cuando los demonios les atacan los despedazan de este modo».

2 Contó el abad Daniel que un día vino un magistrado al abad Arsenio trayéndole el testamento de un senador, pariente suyo, que le dejaba una inmensa fortuna. Arsenio tomó el testamento y quiso romperlo, pero el magistrado se echó a sus pies y le dijo: «Por favor te lo pido, no lo rompas, que me va en ello la cabeza».

El abad Arsenio respondió: «Yo he muerto antes que él, puesto que él acaba de morir, ¿cómo pudo nombrarme su heredero?». Y le devolvió el testamento sin aceptar nada.

3 Un día, en Scitia, cayó enfermo el famoso abad Arsenio, y tuvo necesidad de una insignificante cantidad de dinero. Y como no tenía nada en absoluto lo tomó de uno, como de limosna, y exclamó: «Te doy gracias, Señor, porque por tu santo nombre me has hecho digno de llegar a esta situación para que, sintiendo necesidad, pidiese limosna».

4 Se contaba del abad Agatón que había empleado mucho tiempo en construir su celda con sus discípulos. Cuando la terminó vinieron a instalarse en ella.

Pero desde la primera semana vio algo que no le resultaba útil, y dijo a sus discípulos lo que el Señor había dicho a sus apóstoles: «Levantaos y vámonos de aquí». (Jn 14,31). Los discípulos se molestaron mucho y dijeron: «Si tenias voluntad de marchar de aquí, ¿para qué nos hemos tomado tanto trabajo y tanto tiempo en construir esta celda? La gente va a escandalizarse de nosotros y van a decir: "Otra vez se van, nunca se asientan en un sitio"».

Viéndoles tan abatidos les dijo: «Aunque algunos se escandalicen otros se edificarán y dirán: "Dichosos éstos que emigraron por causa de Dios, despreciando todas las cosas. Por lo tanto os digo que el que quiera venir que venga, yo me voy"».

Ellos se echaron por tierra y le pidieron que les permitiera acompañarles.

5 El abad Evagrio contaba: «Un hermano que no tenía nada más que un Evangelio, lo vendió para alimentar a los pobres. Y decía una sentencia digna de recordarse: "He vendido la palabra misma que manda: vende lo que tienes y dáselo a los pobres"». (Mat 19,21).

6 El abad Teodoro de Fermo tenía tres buenos códices. Fue a visitar al abad Macario y le dijo: «Tengo tres códices y su lectura me aprovecha mucho. Los ancianos me los piden también para leerlos y sacan provecho. Dime qué debo hacer».

El anciano le dijo: «Buenas son esas cosas, pero lo mejor de todo es no poseer nada».

Y al oírlo, el abad Teodoro se fue, vendió los tales códices y dio el dinero a los pobres.

7 Contaba un Padre que el abad Juan el Persa, por su mucha virtud, había alcanzado una profunda sencillez e inocencia.

Vivía en Arabia, cerca de Egipto. Un día pidió prestado un sólido y compró lino para trabajar. Vino un hermano y le suplicó: «Padre, dame un poco de lino para que me haga una rúnica». Y se lo dio con alegría.

Otro vino a pedirle otro poco de lino para hacerse un vestido y se lo dio también.

Otros muchos vinieron a pedirle y a todos les daba con sencillez y alegría.

Más tarde se presentó el dueño del dinero que había recibido prestado, reclamando su moneda. Y le dijo el anciano: «Ahora te la traigo». Pero como no tenía nada que devolver, se fue al abad Jacobo, el ecónomo, para pedirle un sólido.

Y por el camino encontró en el suelo un sólido, pero no lo tocó. Hizo oración y se volvió a su celda. Y de nuevo volvió el hermano y empezó a enfadarse por causa del dinero prestado. Y le dijo: «Te lo devolveré».

Se puso de nuevo en camino y encontró la moneda en el mismo sitio de antes, y de nuevo hizo oración y se volvió a su celda. Y de nuevo volvió a enfadarse el hermano, y el anciano le dijo: «Espera todavía una vez más y te traeré tu dinero».

Volvió al mismo sitio y encontró allí el sólido. Hizo oración y lo tomó. Y acudió al abad Jacobo y le dijo: «Padre, al venir hacia aquí, encontré esta moneda en el camino. Hazme la caridad de preguntar por los alrededores si alguno la ha perdido y si aparece dueño entrégaselo».

El ecónomo anunció durante tres días el hallazgo pero nadie reclamó el sólido. Entonces Juan dijo al abad Jacobo: «Si nadie lo reclama se lo daré a aquel hermano porque se lo debo. Pues cuando venía a tu celda para que me prestases dinero para pagar mi deuda, lo encontré en el camino».

Y se admiró el abad Jacobo de que, agobiado por su deuda, al encontrar la moneda en el camino no la tomase al punto para devolverla a su acreedor. Pero todavía era más de admirar en él que si venía algu-

no y le pedía algo prestado, no se lo daba él mismo, sino que decía al hermano que le pedía: «Vete, y toma lo que te haga falta».

Y cuando le devolvían lo que había prestado, decía: «Ponlo de nuevo en su sitio». Y si no le devolvía nada el que había recibido el préstamo, el anciano nunca se lo recordaba.

8 Contaba uno de los Padres que una vez vino a la iglesia de las Celdas, en tiempos del abad Isaac, un hermano vestido con un hábito muy corto. Y al verlo el anciano lo expulsó diciendo: «Este es un lugar para monjes. Tú eres del mundo y no puedes quedarte aquí».

9 El abad Isaac decía a los hermanos: «Nuestros Padres y el abad Pambo usaban vestidos viejos y remendados. Ahora usáis vestidos lujosos: ¡Marchaos de aquí! Habéis desertado de vuestra vida de monjes». Y al llegar el tiempo de la cosecha, les dijo: «No os volveré a dar ningún consejo, porque no hacéis ningún caso».

10 Contaba el abad Casiano que un hombre llamado Sinclético renunció al mundo y repartió sus bienes entre los pobres.

Pero guardó una parte para sí, pues no quería abrazar la perfecta humildad del renunciamiento total ni la regla de la vida común de los monasterios.

Basilio, de santa memoria, le dijo: «Has dejado de ser senador, pero no te has hecho monje».

11 Un hermano preguntó al abad Pistamón: «¿Qué debo hacer? Se me hace muy duro vender el trabajo de mis manos.»

Y éste le respondió: «El abad Sisoés y todos los demás vendían su trabajo. No hay ningún mal en ello. Pero cuando vendas, di primero el precio de la mercancía, y si quieres bajarlo un poco, es cosa tuya, pues así encontrarás paz».

Y el hermano repuso: «Si por otros medios consigo lo necesario para vivir, ¿te parece bien que me despreocupe del trabajo manual?».

El anciano le contestó: «Aunque tengas recursos, no descuides el trabajo. Haz todo lo que puedas, pero con paz.

- 12 Un hermano pidió al abad Serapión: «Dime una palabra». El anciano le dijo: «¿Qué quieres que te diga? Has tomado lo que era de las viudas y los huérfanos, y lo has colocado en tu ventana». En efecto, la había visto llena de libros.
- 13 Preguntaron a santa Sinclética, de feliz memoria: «¿Es un bien no poseer nada?». Y dijo ella: «Es un bien para los que son capaces de ello. Porque los que lo pueden soportar padecen en su carne, pero poseen la paz del alma. Lo mismo que los vestidos de tela fuerte se lavan y blanquean cuando se les pisa con los pies y se les retuerce con las manos, así el alma fuerte se robustece cada vez más por la pobreza voluntaria».
- 14 El abad Hiperequio dijo: «El tesoro del monje es la pobreza voluntaria. Atesora para ti, hermano, en el cielo. Allí se te concederá un descanso sin fin».
- 15 Había en Jerusalén un santo varón, llamado Filagrio, que trabajaba esforzadamente para ganar su pan. Y mientras estaba en la plaza intentando vender el fruto de su trabajo, uno perdió una bolsa que contenía mil piezas de oro. La encontró el anciano y la dejó en el mismo lugar diciendo: «Pronto vendrá de nuevo por aquí el que la ha perdido». Y como era de esperar volvió llorando. El anciano le tomó aparte y le devolvió su bolsa. El otro le rogaba que aceptase una parte, pero el anciano se negó en redondo. Entonces se puso a gritar: «¡Venid y ved lo que ha hecho este hombre de Dios!». Pero el anciano se escapó a escondidas y salió de la ciudad para que no supiesen lo que había hecho y le honrasen por ello.
- 16 Preguntó un hermano a un anciano: «¿Qué debo hacer para salvarme?». El anciano se despojó de su túnica, se ciñó la cintura y levantó las manos al cielo, diciendo: «Así debe desnudarse el monje de todas las cosas materiales, para crucificarse frente a las tentaciones y los ataques del enemigo».
- 17 Uno rogó a un anciano que aceptase dinero para las necesidades que pudieran sobrevenirle. Él no quería pues le bastaba con el producto

de su trabajo manual. Pero el otro insistía y le suplicaba que lo aceptase para atender a las necesidades de los pobres. Y el anciano le dijo: «Sería un doble oprobio para mí: recibir sin tener necesidad y recoger vanagloria repartiendo lo que no es mío».

18 Un día vinieron unos griegos a la ciudad de Ostracina para repartir limosnas. Reunieron a los ecónomos de la iglesia para que les indicasen quiénes estaban en mayor necesidad. Los llevaron a un leproso y quisieron darle dinero.

Pero él no quiso recibirlo diciendo: «Tengo unas pocas palmas. Las trenzo y hago esteras y con mi trabajo gano mi pan».

Los llevaron entonces a la celda de una viuda, que vivía con sus hijas. Llamaron a la puerta y acudió una de las hijas que estaba desnuda. Su madre había salido a trabajar, pues era lavandera. Los griegos ofrecieron a la hija vestidos y dinero, pero ella no lo quería aceptar, pues su madre le acababa de decir: «Ten confianza, que Dios ha querido que encuentre trabajo para hoy y tendremos nuestra comida». Llegó la madre y le rogaban que aceptase, pero no quiso.

Y dijo: «Tengo a Dios que cuida de mis necesidades, ¿y queréis quitármelo vosotros hoy?».

Ellos al ver su fe, dieron gloria a Dios.

19 Un varón insigne vino de incógnito a Scitia trayendo dinero y pidió a un presbítero que lo repartiese entre los hermanos. El presbítero le dijo: «Los hermanos no lo necesitan». Como su insistencia resultase inútil puso la bolsa con las monedas de oro en la puerta de la iglesia.

Y el presbítero dijo: «El que tenga necesidad que tome lo que estime conveniente». Pero nadie tocó el dinero, y algunos ni siquiera lo miraron.

Y el anciano dijo al donante: «Dios ha aceptado tu ofrenda. Vete y da tu dinero a los pobres».

Y el buen hombre se marchó muy edificado.

20 Uno ofreció dinero a un anciano y le dijo: «Toma esto para tus gastos, eres ya viejo y estás enfermo». En efecto, estaba enfermo de lepra. Pero el anciano respondió: «¿Vienes después de sesenta años a quitarme a mi proveedor? Tanto tiempo como hace que padezco mi enfermedad y nunca me ha faltado nada. Dios me da lo necesario y me alimenta». Y no quiso recibir nada.

21 Los ancianos contaban que un hortelano trabajaba su huerto y todo lo que ganaba lo distribuía en limosnas. Sólo guardaba lo necesario para alimentarse.

Más tarde, Satanás se infiltró en su corazón, diciendo: «Guarda para ti algún dinero, para que cuando envejecas o caigas enfermo puedas atender a tus necesidades». Y se puso a ahorrar llenando de monedas de oro un cántaro.

Cayó enfermo y se le engangrenó un pie. Gastó en médicos todo lo que había guardado pero no le aprovechó nada. Vino más tarde un médico famoso y le dijo: «Si no te cortan el pie se pudrirá». Y señalaron el día para la operación.

Pero la noche anterior, volviendo en sí, se arrepintió de lo que había hecho, gimió y lloró diciendo: «Acuérdate, Señor, de mis buenas obras de otro tiempo, cuando trabajaba en mi huerta para socorrer a los pobres».

A estas palabras, se le apareció el ángel del Señor y le dijo: «¡He pecado, Señor! Perdóname y no lo volveré a hacer».

Entonces el ángel le tocó el pie y sanó al punto. Y levantándose de madrugada se fue al campo a trabajar. El médico, según lo convenido, vino con su instrumental para cortarle el pie. Y le dijeron: «Salió de mañana a trabajar en su huerto».

Extrañado el médico fue a la huerta donde su paciente estaba trabajando. Y viéndole cavar la tierra glorificó a Dios que le había devuelto la salud.

22 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Me permites guardar dos monedas de oro para el cuidado de mis enfermedades?».

El anciano vio que su deseo era guardarlas, y le dijo: «Bueno».

Vuelto a su celda, el hermano se sintió intranquilo, y se preguntó: «¿Crees que el anciano dijo la verdad o no?». Y volvió de nuevo a la celda del anciano y arrepentido le rogaba insistentemente: «En el nombre del Señor, dime la verdad, pues estoy atribulado a causa de ese dinero».

El anciano le respondió: «Te he dicho que lo guardarás porque he visto que ése era tu deseo. Sin embargo, no es bueno guardar más de lo que el cuerpo necesita. Si guardas esas dos piezas de oro, en ellas pones tu esperanza, y si las pierdes, Dios no se ocupará de ti. Depositemos en Dios nuestros cuidados, pues él cuida de nosotros».

Capítulo VII

De la paciencia y de la fortaleza

1 El santo abad Antonio, estando en el desierto, cayó en la acedia y a la vez sufría una gran oscuridad en su alma. Y decía a Dios: «Quiero salvarme y no me lo permiten mis pensamientos. ¿Qué debo hacer con esta tribulación, cómo me salvaré?». Y salió fuera. Y vio a uno que se le parecía mucho, que estaba sentado trabajando. Luego se levantaba de su trabajo y oraba. Y de nuevo se sentaba, tejía una estera de palmas y se levantaba otra vez a orar.

Era un ángel del Señor que había sido enviado a Antonio para corrección y salvaguarda. Y oyó la voz del ángel que le decía: «¡Haz esto y te salvarás!». Y con estas palabras se llenó de alegría y de confianza. Y obrando así, encontró la salvación que buscaba.

2 Un hermano preguntó al abad Agatón: «Tengo que cumplir una orden, pero es en un lugar en el que tendré que luchar mucho. Quiero ir allí para obedecer la orden, pero temo la lucha». El anciano le dijo: «En tu lugar, Agatón cumpliría la orden y ganaría la guerra».

3 El abad Amonio, decía: «He estado catorce años en Scitia, pidiendo día y noche al Señor que me diese fuerza para vencer la ira».

4 El abad Besarión decía: «He estado de pie sobre espinas cuarenta días y cuarenta noches sin dormir».

5 Un hermano, que vivía solo, se sintió turbado, y acudió al abad Teodoro de Fermo y le contó su situación.

El abad le dijo: «Vete, humilla tu mente, sométete y convive con otros». Subió pues al monte para vivir con otros hermanos, y vuelto

otra vez al anciano le dijo: «Tampoco encuentro la paz viviendo con otros hermanos».

Y le contestó el anciano: «Si no encuentras la paz ni en la soledad, ni en la compañía de otros hermanos, ¿por qué quisiste hacerte monje? ¿No fue para sufrir penas? Dime, ¿cuánto tiempo hace que llevas este hábito?».

Y dijo el otro: «Ocho años».

A lo que respondió el anciano: «Créeme, hace setenta años que visto este hábito, y ni un solo día he podido encontrar descanso. Y tú, ¿quieres conseguirlo en ocho?».

6 Otro hermano le preguntó: «Si de pronto ocurriese una catástrofe, ¿te asustarías, Padre?». Y dijo el anciano: «Aunque el cielo se derrumbase sobre la tierra, Teodoro no tendría miedo». Había pedido intencionalmente a Dios que le quitase el miedo. Por eso le hizo aquella pregunta el hermano.

7 Se contaba del abad Teodoro y del abad Lucio de Nono de Alejandría que pasaron cincuenta años animándose el uno al otro, diciendo: «Pasado el invierno nos iremos de aquí».

Y cuando llegaba el verano decían de nuevo: «Pasado el verano nos marcharemos». Y de este modo durante toda su vida vivieron como Padres dignos de memoria eterna.

8 Contaba el abad Pastor que el abad Juan, de pequeña estatura, había pedido al Señor que le librase de todas sus pasiones. Lograda esta paz del alma, fue a un anciano y le dijo: «He aquí un hombre tranquilo que no padece lucha ninguna».

Pero el anciano le contestó: «Vete y pide al Señor que te envíe batallas, porque el alma adelanta luchando».

Y cuando volvió a empezar la lucha, el abad Juan ya no pedía verse libre de ella, sino que decía: «Señor, dame paciencia para soportar estas luchas».

9 El abad Macario vino al encuentro del abad Antonio al monte. Llamó a la puerta, salió Antonio y le preguntó: «¿Quién eres?». «Soy Macario», dijo.

Antonio cerró la puerta dejándole fuera. Y cuando hubo constatado su paciencia le abrió. Y alegrándose de su presencia, le dijo: «Hace mucho tiempo que deseaba verte pues he oído grandes cosas de ti».

Llegada la tarde, el abad Antonio preparó unas palmas para él solo. Macario le dijo: «Dame y yo las prepararé para trabajar».

Pero Antonio le contestó: «No tengo preparadas más que éstas». Entonces Macario se preparó él solo un gran montón.

Y sentados largo tiempo hablaban de cosas útiles para el alma, mientras tejían, y las esteras, por una ventana, caían a una gruta. Y al levantarse por la mañana, Antonio vio la enorme cantidad de esteras que había fabricado el abad Macario y lleno de admiración le besó las manos diciendo: «Una gran virtud sale de estas manos».

10 Un día, Macario bajó a Scitia a un lugar llamado Terenuth. Entró a dormir en un templo, donde desde antiguo había enterrados cadáveres de paganos. Y puso uno de los cuerpos debajo de su cabeza para que le sirviera de almohada.

Pero los demonios, celosos por su audacia, quisieron asustarle y simulon llamar a una mujer: «¡Eh, señora, decían, vente al baño con nosotros!».

Y otro demonio, como si fuera uno de los muertos, respondió: «No puedo, tengo un peregrino sobre mi». Pero el anciano no se acobardó, sino que seguro de si mismo golpeaba aquel cuerpo y le decía: «Levántate y vete si puedes».

Al oír esto los demonios gritaron: «Nos has vencido». Y huyeron avergonzados.

11 El abad Matoés decía: «Prefiero un trabajo ligero, pero continuo, que un trabajo penoso que se acabe enseguida».

12 Se contaba que el abad Milo vivía en Persia con dos discípulos. Dos hijos del emperador salieron de caza como tenían por costumbre y echaron sus redes cuarenta millas a la redonda para matar todo lo que encontrasen dentro de ellas. Encontraron a un anciano con dos discípulos dentro de la red y al verle velludo y con aspecto salvaje, se extrañaron y le preguntaron: «¿Eres un hombre o un espíritu?».

Él respondió: «Soy un hombre, un pecador que me he retirado aquí para llorar mis pecados. Adoro al Hijo de Dios vivo».

Ellos le dijeron: «No hay más dioses que el Sol, el Fuego y el Agua. Adórales, y ven a ofrecerles sacrificios».

Pero el anciano les respondió: «Estáis equivocados. Esas cosas son sólo criaturas. Pero os ruego que os convirtáis, reconozcáis al verdadero Dios, creador de ellas y de todo lo demás».

Ellos se rieron de él y le decían: «¿A un condenado, a un crucificado, llamas tu verdadero Dios?». «Sí, dijo; al que crucificó el pecado y destruyó la muerte, a ese llamo Hijo de Dios».

Entonces le torturaron junto con sus compañeros para obligarles a sacrificar. Después de atormentarlos decapitaron a los dos hermanos, pero al anciano siguieron torturándole varios días. Luego le pusieron de pie en cierto lugar y le arrojaban flechas, como si fuese un blanco, el uno por delante y el otro por detrás.

El anciano les anunció: «Puesto que os habéis puesto de acuerdo para matar a un inocente, mañana, en un instante, a esta misma hora, vuestra madre se quedará sin hijos y se verá privada de vuestro cariño. Os mataréis el uno al otro con vuestras propias flechas».

Ellos despreciando sus palabras salieron de caza al día siguiente. Salió un ciervo de las redes y montaron en sus caballos en su persecución para cazarlo. Y lanzando tras él sus flechas se atravesaron mutuamente el corazón y murieron como les había anunciado el anciano.

13 El abad Pastor decía: «En la tentación se conoce al monje».

14 El abad Pastor contaba que el presbítero Isidoro de Scitia dijo un día a la asamblea de los hermanos: «Hermanos, ¿no hemos venido aquí para trabajar? Y ahora veo que aquí no hay trabajo. Por tanto, cojo mi tienda y voy a donde haya trabajo. Así encontraré la paz».

15 Santa Sinclética dijo: «Si vives en un monasterio con otros, no mudes de lugar. Te sería perjudicial. Porque así como una gallina, si deja de calentar y cubrir sus huevos, se quedará sin pollitos, de la misma manera, el monje o la virgen dejan enfriar y morir su fe trasladándose de un lugar a otro».

16 Dijo también: «El diablo, cuando no ha podido turbar al alma tentándola de pobreza, utiliza las riquezas para seducirla. Y cuando no lo consigue con afrentas y oprobios, usa la alabanza y la gloria. Si con la hartura y los deleites corporales no consigue seducirla, intenta derrotarla por las molestias que vienen contra nuestra voluntad. Envía enfermedades graves contra el que ha de ser tentado, para que con ello se acobarden los monjes y se aparten del amor de Dios.

Pero aunque apalee tu cuerpo y lo incendie con fiebres intensas, aunque además te atormente con sed intolerable, si por ser pecador padeces todo esto, acuérdate de las penas del siglo venidero, del fuego eterno y de las angustias del juicio. Y así no te desalentarás por las cosas que al presente te suceden, antes al contrario, alégrate porque te ha visitado Dios. Y pon en tu boca aquellas celebérrimas palabras: "Me castigó, me castigó Yahvé, pero a la muerte no me entregó" (Sal 117, 18).

Si eres hierro, por el fuego aplicado contra ti perderás la herrumbre. Y si eres justo y sufres todo esto, pasarás de una gran virtud a otra mayor. Eres oro, pero el fuego te hará más puro. Se te ha dado el ángel de Satanás, aguijón de tu carne (cf. Cor 12, 7). Salta de gozo, viendo que has merecido recibir un don semejante al que recibió san Pablo.

Si padeces fiebres, si sufres el rigor del frío, recuerda lo que dice la Escritura: "Por el fuego y el agua atravesamos; mas luego nos sacaste para cobrar aliento" (Sal 66, 12). Si te sucedió lo primero, espera

lo segundo obrando en toda virtud. Grita las palabras del profeta: "Yo soy pobre y desdichado" (Sal 68, 30). Por esta clase de tribulaciones serás más perfecto, pues dice también: "En la angustia, Tú me abres la salida" (Sal 4, 2).

Entrenemos nuestras almas al máximo con esta clase de ejercicio, porque tenemos ante nuestros ojos a nuestro enemigo».

17 Dijo en otra ocasión: «Cuando las enfermedades vengan a molestar-nos, no nos entristezcamos porque los dolores y la debilidad nos impiden estar en pie para la oración y el canto de los salmos en alta voz. Todas estas cosas nos son necesarias para destruir nuestros deseos carnales. Porque los ayunos y la penitencia nos fueron impuestos por causa de nuestros torpes deleites. Pero si la enfermedad reprime todo esto, la observancia de todos estos trabajos se hace superflua. Como un medicamento fuerte y eficaz corta la enfermedad, así la enfermedad del cuerpo mitiga los vicios. Y en esto consiste la virtud, en sobrellevar las enfermedades con hacimiento de gracias a Dios. Si perdemos los ojos no nos entristezcamos demasiado.

Hemos perdido un instrumento de avidez, pero con los ojos del alma contemplemos la gloria de Dios. ¿Nos quedamos sordos?, no nos aflijamos. Hemos perdido el escuchar cosas vanas. ¿Se debilitan nuestras manos?, preparemos las del alma para luchar contra las tentaciones del enemigo. ¿Ataca la enfermedad todo nuestro cuerpo? La salud del hombre interior crece».

18 Dijo también: «En el mundo, a los que cometen algún crimen los envían a la cárcel, aun en contra de su voluntad.

También nosotros encerrémonos por nuestros pecados, para que este castigo voluntario nos aparte de las penas futuras. Si ayunas, no encuentres pretextos para decir que debilitado caíste enfermo, pues también los que no ayunan contraen las mismas enfermedades. ¿Has empezado una buena obra? No la abandones por los impedimentos del enemigo. Tu paciencia aniquilará al enemigo. Porque los que empiezan a navegar, despliegan las velas, y al principio encuentran

viento favorable. Pero luego sopla un viento contrario. Pero no por ello los marineros arrojan su cargamento al mar, ni abandonan la nave. Aguantan un poco o luchan contra la tempestad y de nuevo encuentran el rumbo exacto. También nosotros, cuando nos sintamos llevados por el espíritu contrario, despleguemos como vela la cruz y realizaremos sin peligro la travesía de esta vida».

19 Se decía que la bienaventurada Sara, abadesa y virgen, vivió sesenta años junto a un río y nunca se inclinó para mirarlo.

20 Decía el abad Hiperequio: «Que broten siempre de tu boca himnos espirituales y que la meditación asidua alivie el peso de las tentaciones que te vengan. Un ejemplo claro de esto es el caminante cargado con un pesado equipaje: cantando, olvida el cansancio del camino».

21 Dijo también: «Conviene que nos armemos contra las tentaciones, porque vienen de muchas clases. Así, cuando vengan demostraremos que estamos preparados para la lucha».

22 Decía un anciano: «Cuando el hombre es tentado, se multiplican por todas partes sus tribulaciones, para que se desanime y murmure». Y el anciano contó lo siguiente: «Vivía un hermano en su celda y fue tentado. Cuando le veían nadie quería saludarle ni recibirle en su celda. Si tenía necesidad de pan nadie se lo prestaba. Y sí volvía de la siega, nadie le invitaba a tomar un refrigerio, como era costumbre. En plena canícula volvió un día de las faenas del campo y no tenía nada de pan en su celda. Y en todas estas cosas daba gracias a Dios. Viendo Dios su paciencia, le libró de la guerra de las tentaciones. Y he aquí que llamó a su puerta uno que traía de Egipto un camello cargado de pan. Al verlo el hermano se echó a llorar, diciendo: "¡Señor, no soy digno de sufrir un poco por ti!". Pasada la tentación los hermanos le acogieron en sus celdas y asambleas, y le reconfortaron».

23 Un anciano decía: «No avanzamos en la virtud porque no conocemos nuestras limitaciones y porque no tenemos paciencia en las obras que emprendemos. Queremos alcanzar la virtud sin esfuerzo alguno».

24 «¿Qué debo hacer?, preguntó un hermano a un anciano, pues mis pensamientos me impiden permanecer una hora seguida en mi celda».

Y el anciano le contestó: «Vuelve a tu celda, hijo mío, trabaja allí con tus manos, ruega a Dios sin cesar, arroja tus preocupaciones en el Señor y que nadie te induzca a salir de allí».

Y añadió: «Un joven del mundo, cuyo padre aún vivía, quería hacerse monje. Se lo pidió insistentemente a su padre pero éste no consintió.

Más tarde, agobiado por unos íntimos amigos, accedió a regañadientes. Partió el joven y entró en un monasterio. Y hecho monje empezó a cumplir con toda perfección todas las obligaciones del monasterio, ayunando todos los días.

Luego empezó a no tomar nada durante dos días y a comer una sola vez por semana. Su abad al verle se maravillaba y bendecía a Dios por esta abstinencia y este fervor.

Poco tiempo después, el hermano empezó a suplicar al abad: "Por favor, Padre, permíteme que vaya al desierto". "No pienses en ello, pues no puedes soportar esa prueba, ni las tentaciones y artimañas del demonio. Y cuando te acometa la tentación no tendrás allí a nadie para que te ayude en las tribulaciones que descargará contra ti el enemigo". Él insistió en que le dejara marchar.

Viendo el abad que no podía retenerlo, después de hacer oración, le dejó marchar. El hermano le pidió: "Padre, concédeme que me enseñen el camino que debo seguir".

El abad le señaló dos monjes del monasterio y partieron los tres. Caminaron por el desierto un día y luego otro. Agotados por el calor se tumbaron en el suelo. Y mientras dormían un poco, vino un águila que les tocó con sus alas, se les adelantó un poco y luego se posó en tierra. Los monjes se despertaron, y al ver el águila dijeron al hermano: "Es tu ángel. ¡Levántate y síguele!".

El hermano se despidió de ellos y se llegó hasta donde estaba el águila, la cual enseguida reanudó su vuelo para posarse un estadio más allá. Y el hermano volvió a seguirla, y el águila voló de nuevo y se posó no lejos de allí.

Y esto se repitió durante tres horas. El hermano siguió al águila hasta el momento en que giró a la derecha y desapareció. El hermano, sin embargo, continuó su camino y vio tres palmeras, una fuente y una pequeña gruta. "Éste, exclamó, es el lugar que Dios me ha preparado".

Entró y se acomodó. Comía dátiles y bebía agua de la fuente. Y vivió allí seis años sin ver a nadie. Pero un día, se le presentó el diablo bajo las apariencias de un abad viejo, de terrible aspecto. Al verlo el hermano tuvo miedo y se postró en oración. Cuando se levantó le dijo al diablo: "Oremos otra vez hermano".

Cuando se levantaron preguntó el diablo: "¿Cuánto tiempo llevas aquí?". "Seis años", le respondió. Y le dijo el demonio: "He sido tu vecino y hasta hace cuatro días no he podido saber que vivías aquí. Tengo mi celda no muy lejos y hace once años que no salía de ella hasta hoy, que supe que vivías tan cerca. Y me dije: 'Voy a ver a este hombre de Dios y hablemos de lo que toca a la salvación de nuestras almas'".

Y creo hermano que no ganamos nada quedándonos en nuestras celdas, porque no recibimos el cuerpo y la sangre de Cristo y temo que nos alejemos de Él si nos apartamos de estos misterios. A tres millas de aquí hay un monasterio con un sacerdote. Vayamos todos los domingos o cada dos semanas, recibamos el cuerpo y la sangre de Cristo y volvamos a nuestras celdas".

Le agradó al hermano esta recomendación diabólica y llegado el domingo vino el diablo y dijo: "Vamos, ya es hora". Y se fueron al citado monasterio donde había un sacerdote, entraron en la iglesia y se pusieron en oración.

Y al levantarse el hermano no vio al que le había traído, y pensó: "¿Dónde se habrá ido? Tal vez se haya ido a hacer sus necesidades". Esperó un buen rato pero no volvió.

Salió fuera y como no conseguía encontrarlo, preguntó a los hermanos del monasterio: "¿Dónde está el abad que ha entrado conmigo en la iglesia?". Pero ellos le respondieron: "No hemos visto a nadie más que a ti".

Entonces cayó en la cuenta el hermano que era el demonio, y pensó: "Mira con cuanta astucia me ha sacado el diablo de mi celda. Pero no importa, pues he venido para una buena obra. Recibo el cuerpo y la sangre de Cristo y me vuelvo a mi celda".

Acabada la misa, quiso volver a su ermita, pero el abad del monasterio le retuvo diciendo: "No te dejaremos marchar hasta que hayas comido con nosotros". Y después de comer volvió a su retiro.

De nuevo se le presentó el diablo disfrazado como un joven de mundo que empezó a examinarle de pies a cabeza, mientras decía: "¿Es éste? No, no es". Y el hermano le dijo: "¿Por qué me miras así?".

Y él le contestó: "Ya veo que no me conoces. Después de tanto tiempo, ¿cómo ibas a conocerme? Soy hijo de un vecino de tu padre. ¿Tu padre no es fulano de tal? ¿Y tu madre no se llama mengana? ¿Y tu hermana y tú no tenéis tal y tal nombre? ¿Y los criados no son éste y aquél? Tu madre y tu hermana murieron hace tres años. Tu padre acaba de morir y te ha nombrado heredero diciendo: '¿A quién dejaré mis bienes sino a mi hijo, santo varón, que dejó el mundo para seguir a Dios? Dejo a él toda mi fortuna. Si alguno teme al Señor y sabe donde está, dígame que venga a distribuir mis bienes entre los pobres para la salvación de mi alma y de la suya'. Salió mucha gente a buscarte, pero no te encontraron. Yo he venido aquí para cierto negocio y te he reconocido. No te demores, ve, vende todo y cumple la voluntad de tu padre".

El hermano contestó: "No es necesario que vuelva al mundo".

"Si no vienes, respondió el diablo, y esa fortuna se pierde, tendrás que dar cuenta delante de Dios. ¿Qué hay de malo en que vayas, repartas como buen administrador esos bienes entre los pobres y necesitados para que no se dilapide entre meretrices y gente de mal vivir lo que estaba destinado a los pobres? ¿Qué dificultad hay para que vayas, repartas las limosnas según la voluntad de tu padre y para salvación de tu alma y vuelvas a tu celda?". Y el demonio acabó por persuadir al hermano para que volviese al mundo. Le acompañó hasta la ciudad y luego le abandonó.

El hermano quiso entrar en su casa, creyendo que su padre estaba

muerto, pero en aquel momento el padre salía vivo de su casa. Al verlo no le reconoció y le preguntó: "¿Quién eres tú?". El monje se turbó y no sabía qué responder. Su padre insistía para saber de dónde venía y entonces lleno de confianza le dijo: "Soy tu hijo". Y el padre le preguntó: "¿Para qué has vuelto?".

Le dio vergüenza confesar la razón de su venida y le contestó: "He venido por amor tuyo, porque estaba deseando verte". Y se quedó allí.

Poco tiempo después cayó en la fornicación. Castigado muy duramente por su padre, el infeliz no se arrepintió y se quedó en el mundo.

Por tanto, hermano, esto te digo: el monje nunca debe salir de su celda por instigación de otro y bajo ningún pretexto».

25 Unos hermanos preguntaron a uno de los famosos Padres del desierto: «Padre, ¿cómo puedes estar aquí soportando este trabajo?». El anciano les dijo: «Todo el trabajo del tiempo que llevo aquí no se puede comparar a un solo día de los tormentos que esperan al pecador en la otra vida».

26 Un anciano decía: «Los monjes antiguos no cambiaban fácilmente de residencia a no ser por una de estas tres causas: sí alguno estaba en contra de ellos y a pesar de hacer todo lo posible por darle gusto no podían aplacarle; si les ocurría el ser alabados por mucha gente, o si caían en tentación de impureza».

27 Un hermano dijo al abad Arsenio: «¿Qué debo hacer, pues estoy afligido por este pensamiento: si no puedes ayunar ni trabajar, al menos visita a los enfermos, que esto es digno de recompensa?».

Conoció al anciano la insinuación diabólica, y le dijo: «Vete, come, bebe y duerme, pero no salgas de tu celda». Sabía que la fidelidad a la celda lleva al monje a la perfección.

Tres días después el monje fue preso de acedia. Pero encontró unas pequeñas palmas, las cortó y al día siguiente se puso a hacer con ellas una estera.

Al sentir hambre se dijo: «Ya quedan pocas palmas, las terminaré de tejer y entonces comeré». Y al terminar se dijo de nuevo: «Leeré un poco y luego comeré». Y cuando terminó su lectura pensó: «Recitemos algunos salmos y después comeré sin escrúpulos».

Así, poco a poco, con la ayuda de Dios fue progresando hasta conseguir llegar al cumplimiento de su obligación. Y adquirió seguridad para vencer los malos pensamientos.

28 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Por qué soy presa de la acedia cuando estoy en mi celda?». Y el anciano le dijo: «Porque todavía no has contemplado la esperanza de la resurrección ni los tormentos del infierno; pues si llegases a ver esto, tu celda estaría llena de gusanos y tú sumergido en ellos y no padecerías acedia».

29 Los hermanos rogaban a un anciano que descansara de su rudo trabajo; pero él les respondió: «Creedme, hijos, a la vista de los grandes y maravillosos dones de Dios, Abraham se lamentó de no haber luchado más contra las dificultades».

30 Un hermano dijo a un anciano: «Mi imaginación vaga de un lado para otro y estoy atribulado». El anciano respondió: «Permanece en tu celda y tus pensamientos volverán a estar en orden. Cuando una asna está atada, su borriquillo se mueve de aquí para allá, pero vuelve siempre donde su madre, dondequiera que esté. Lo mismo ocurre con los pensamientos de aquel que por amor a Dios aguanta con paciencia en su celda. Pueden vagar un poco pero de nuevo vuelven a él».

31 Un anciano moraba en el desierto y tenía el agua a doce millas de distancia de su celda. Un día, al ir a buscar agua se desanimó, y dijo: «¿Qué necesidad tengo de tanto trabajo? Vendré y me instalaré junto al agua».

Apenas dijo estas palabras, se volvió y vio a uno que le seguía y contaba sus pasos. «¿Quién eres?», le preguntó.

Y el otro dijo: «Soy un ángel del Señor y he sido enviado a contar tus pasos y darte la recompensa».

Al oírlo el anciano se animó de nuevo celo y puso su celda más lejos todavía del lugar del agua.

32 Los Padres decían: «Si te viene una tentación en el lugar donde habitas, no abandones el lugar en el tiempo de la tentación, porque si lo abandonas encontrarás ante ti, en todas partes, lo que querías apartar. Ten paciencia hasta que pase la tentación, para que tu marcha no sea ocasión de escándalo y pueda perjudicar a los que viven a tu alrededor».

33 Un hermano que vivía en un cenobio era de temperamento inquieto y montaba fácilmente en cólera. Y se dijo un día: «Me iré y viviré en un lugar solitario. Como no tendré nadie con quien hablar ni a quien escuchar estaré tranquilo y se apaciguará mi ira». Se fue y vivía en una gruta. Un día, después de llenar de agua su jarra, la colocó en el suelo y sucedió que la jarra se vino abajo. La llenó una segunda vez y se cayó de nuevo. La llenó por tercera vez y volvió a caerse. Ardiendo de ira, tomó el recipiente y lo rompió. Vuelto en sí, cayó en la cuenta de que había sido juguete del demonio de la ira y dijo: «A pesar de estar solo me ha vencido. Volveré al cenobio, pues la lucha y la paciencia son necesarias en todas partes, pero, sobre todo, lo que yo necesito es la ayuda de Dios». Y volvió a su monasterio.

34 Un hermano preguntó a un anciano: «Padre, ¿qué debo hacer? No hago nada de lo que debe hacer un monje. Soy negligente, como, bebo, duermo. Me acometen muchos pensamientos torpes, paso de un trabajo a otro, de unos pensamientos a otros pensamientos».

El anciano le dijo: «Quédate en tu celda y haz lo que puedas procurando no perder la paz. Lo poco que ahora haces equivale a los grandes trabajos del abad Antonio en el desierto; porque creo en Dios que el que permanece en la celda por su amor, vigilando su conciencia, se encuentra en la misma situación que Antonio».

35 Le preguntaron a un anciano cómo debía obrar un monje fervoroso para no escandalizarse al ver que algunos hermanos volvían al mundo.

Y respondió: «El monje debe observar cómo los perros cazan a las liebres. Uno de ellos ve una liebre y la sigue. Los otros, que sólo han visto correr al perro, le siguen durante cierto tiempo, pero luego, cansados, se vuelven. Sólo el perro que ha visto a la liebre la persigue hasta que la alcanza. La dirección de su carrera no se modifica porque los otros se vuelvan atrás. No le importan ni los precipicios, ni las selvas, ni las zarzas. Le arañan y pinchan las espinas, pero no descansa hasta que ha logrado su presa.

Así debe de ser el monje que busca a Nuestro Señor Jesucristo. Mira sin cesar a la cruz y pasa por encima de todos los escándalos que encuentra, hasta llegar al Crucificado».

36 Decía un anciano: «Un árbol no puede dar fruto si se le trasplanta a menudo de un lugar a otro. Tampoco el monje que emigra con frecuencia puede dar fruto abundante».

37 Un hermano que estaba tentado de abandonar su monasterio se lo contó a su abad. Este le contestó: «Vuelve a tu celda, haz oblación de tu cuerpo a las paredes de tu celda y no salgas de ella. No te preocupes de tu tentación. Piensa lo que quieras, pero que tu cuerpo no salga de la celda».

38 Decía un anciano: «La celda de un monje es el horno de Babilonia, donde los tres jóvenes encontraron al Hijo de Dios. Es también la columna de nube desde la que Dios habló a Moisés».

39 Durante nueve años un hermano fue atormentado por el deseo de abandonar su monasterio. Cada mañana preparaba sus cosas como para marchar. Y cuando llegaba la tarde, decía: «Mañana me marchó de aquí». Pero por la mañana pensaba: «Venzámonos un poco y aguantemos hoy aquí por el Señor». Hizo esto día tras día durante nueve años, y entonces el Señor le libró de su tentación.

40 Un hermano sucumbió a una tentación, y en su abatimiento, abandonó la regularidad monástica. Y aunque deseaba volver a empezar de nuevo su observancia regular, su estado de ánimo se le impedía, y se

decía: «¿Cuándo volveré a encontrarme como antes?». Y desalentado no hacía nada para empezar a vivir como monje. Se llegó a un anciano y le contó lo que le sucedía.

El anciano, después de escucharle, le puso este ejemplo: «Un hombre tenía una propiedad y por su negligencia se hizo improductiva llenándose de abrojos y espinas. Quiso más tarde cultivarla, y dijo a su hijo: "Vete y rotura aquel campo". El hijo fue a la finca, pero al ver tanto cardo y tanta espina, se desanimó y dijo: "¿Cuándo conseguire dejar limpio todo este campo?". Y se echó a dormir. Y esto lo repitió durante muchos días. Más tarde, vino el padre para ver el trabajo y se encontró con que ni siquiera había empezado. Y preguntó a su hijo: "¿Por qué no has hecho nada hasta ahora?". Y el joven le respondió: "Al llegar aquí y ver tanto cardo y tanta espina, me sentí sin ánimos para empezar el trabajo y me eché a dormir". El padre le dijo: "Hijo mío, limpia cada día el espacio que ocupes tumbado en el suelo. Tu trabajo avanzará así poco a poco, sin que te desanimes". El joven lo hizo así y en poco tiempo quedó limpio el campo.

Tú también, hermano, trabaja poco a poco y no te dejes llevar del desaliento. Dios por su infinita misericordia te volverá a tu primer estado».

Al oír esto el hermano se fue y con gran paciencia hizo lo que el anciano le había enseñado. Y encontró la paz avanzando en la virtud por la gracia de Nuestro Señor Jesucristo.

41 Un anciano enfermaba a menudo. Pero un año no tuvo enfermedad alguna. Y él estaba muy afligido y lloraba diciendo: «Dios me ha abandonado, no me ha visitado este año».

42 Un anciano contaba que un hermano fue tentado durante nueve años. Tan angustiado estaba que llegó a desesperar de su salvación y él mismo se condenaba: «He perdido mi alma y, ya que estoy condenado, me vuelvo al mundo».

Y en el camino oyó una voz que le decía: «Las tentaciones que has padecido durante nueve años eran tus coronas. Vuelve a donde estabas y te libraré de tus tentaciones».

El hermano comprendió entonces que no hay que desesperar por los pensamientos que a uno le vienen. Estos pensamientos son más bien nuestra corona, sí sabemos llevarlos con paciencia.

43 Un anciano que vivía en la Tebaida, en una cueva, tenía un aventajado discípulo. Por la tarde, el anciano tenía la costumbre de instruirle enseñándole lo que convenía a su alma. Y después de los consejos finales, oraban juntos y le enviaba a dormir.

Un día, unos piadosos seglares, que conocían la gran penitencia del anciano, vinieron a verle. Y después de ser consolados por él se marcharon. Y por la tarde, después de su marcha, terminada la misa, el anciano, según su costumbre fue a instruir al hermano.

Pero mientras hablaba, se quedó dormido. El hermano esperó pacientemente a que el anciano despertase para hacer la oración acostumbrada, pero el anciano no despertaba. Después de una larga espera, el hermano fue tentado de irse a dormir, pero se hizo violencia, resistió a la tentación y se quedó.

Por segunda vez le vino el deseo de irse a dormir, pero se mantuvo firme. Lo mismo le ocurrió hasta siete veces, pero permaneció junto al anciano.

A media noche despertó el anciano, y le encontró sentado a su lado. «¿Te has quedado, le dijo, hasta ahora sin marcharte?».

«Sí, Padre, le contestó, porque no me lo habías mandado». Y le dijo el anciano: «¿Por qué no me has despertado?». «No me he atrevido, dijo el joven, por temor a molestarte».

Se levantaron, rezaron maitines y, terminada la oración, el anciano despidió al discípulo. Y al quedarse solo tuvo una visión: vio un lugar glorioso y en él un trono y sobre el trono siete coronas.

El anciano preguntó: «¿De quién son esas coronas?». Y el que le mostraba la visión le dijo: «El lugar y el trono son de tu discípulo. Se los ha concedido Dios por su fervorosa conducta. Las siete coronas las ha conquistado esta noche».

Al oír esto, el anciano quedó admirado y temblando llamó a su discípulo y le mandó: «Dime lo que has hecho esta noche».

Y el otro respondió: «Perdóname, Padre, porque no he hecho nada».

El anciano pensando que no se lo quería decir por humildad, insistió: «No te dejaré en paz hasta que me digas lo que has hecho o lo que has pensado esta noche». El hermano no tenía conciencia de lo que había hecho y no sabía qué decir.

Y de nuevo repitió al anciano: «Perdóname, Padre, no he hecho nada. Tan sólo que he tenido siete veces deseos de irme a dormir, pero como no me habías despedido, como de costumbre, no me fui».

Al oír esto el anciano comprendió al punto que había sido coronado por Dios cada una de las veces que había resistido a su deseo. Al hermano, para su mayor provecho, no le dijo nada, pero lo contó a otros Padres espirituales para que sepamos que por unos pensamientos de poca monta, Dios nos da una corona.

Es bueno, pues, que el hombre se haga violencia en todo por Dios, porque como escrito está: «El Reino de los cielos sufre violencia y los violentos lo conquistan». (Mt 11,12).

44 Un anciano anacoreta cayó enfermo. Como no tenía a nadie que le ayudara se levantaba y comía lo poco que encontraba en su celda. Pasaron varios días sin que nadie viniera a visitarle. Transcurridos treinta días sin recibir ayuda, el Señor envió un ángel para que le sirviera. Y después de otros siete días, cayeron en la cuenta los Padres, y se dijeron: «Vayamos y veamos, no sea que esté enfermo». Cuando llamaron a la puerta el ángel desapareció.

El anciano, desde dentro, gritó: «Alejaos de aquí, hermanos». Pero ellos, levantando la cancela de la puerta, entraron y le preguntaron por qué gritaba.

Y él les dijo: «He estado enfermo durante treinta días sin que nadie me visitara, y hace siete días que el Señor envió un ángel para que me sirviera, el cual se ha marchado cuando habéis llegado vosotros». Y dicho esto, descansó en paz.

Los hermanos se admiraron mucho y glorificaron a Dios, diciendo: «Dios no abandona a los que esperan en El».

45 Decía un anciano: «Si te sobrevienen enfermedades corporales no te desanimes, porque si el Señor quiere debilitar tu cuerpo ¿por qué llevarlo a mal? ¿Acaso no piensa en ti en toda ocasión y en cualquier circunstancia? ¿Puedes tú vivir sin El? Ten, pues, paciencia y pídele lo que te conviene, es decir, hacer siempre su santa voluntad, y come con paciencia lo que te den por caridad».

46 Uno de los Padres contó lo que sigue: «Estando en Oxirinco, vinieron unos pobres, un sábado por la tarde, para recibir el ágape. Se acostaron luego y uno de ellos sólo tenía una estera. Había colocado la mitad debajo y con la otra mitad se tapaba, pues hacia mucho frío. Y al salir al servicio, le oí que suspiraba y se quejaba de frío, pero se consolaba diciendo: "Señor, ¡te doy gracias! Cuántos ricos están en la cárcel cargados de cadenas o con los pies en el cepo y no pueden hacer libremente sus necesidades. Pero yo soy como el emperador, extendiendo mis pies y voy donde me da la gana". Mientras decía estas palabras, yo estaba escuchándole. Y entrando en la celda se lo conté a los hermanos que al oírlo se edificaron mucho».

47 Un hermano preguntó a un anciano: «Si me vienen dificultades en un lugar donde no tenga a nadie a quien acudir para descubrirle mi tentación, ¿qué debo hacer?».

El anciano le respondió; «Fíate de Dios, que él enviará su ángel y su gracia. Él mismo será tu consuelo sí se lo pides con amor».

Y añadió: «He oído que en Scitia ocurrió algo de esto.

Había allí un monje que padecía continuas tentaciones. Y como no tenía cerca ninguna persona que le inspirase confianza para abrirse con ella, una tarde preparó su maleta para marcharse. Pero esa misma noche se le presentó la gracia de Dios bajo la forma de una doncella que le decía: "No te vayas. Quédate aquí conmigo. No te sucederá ningún mal de todo eso que has oído".

El monje creyó en estas palabras, permaneció allí y al punto quedó curado su corazón».

Capítulo VIII

No se debe hacer nada para ser visto

1 El abad Antonio oyó contar que un monje joven había hecho un milagro en el camino. Había visto a unos ancianos que caminaban fatigados y mandó a los onagros que vinieran y los transportasen hasta la morada del abad Antonio.

Los mismos ancianos se lo contaron al abad Antonio y éste replicó: «Creo que ese monje es un navío sobrecargado de riquezas, pero no sé si podrá llegar a puerto».

Poco después el abad Antonio se echó de repente a llorar y lamentarse arrancándose los cabellos. Y al verlo así sus discípulos le dijeron: «¿Por qué lloras, Padre?».

El anciano respondió: «Una gran columna de la Iglesia acaba de caer». Se refería a aquel monje joven.

Y añadió: «Id donde él y ved lo que ha sucedido».

Los discípulos fueron y lo encontraron sentado sobre una estera, llorando su pecado.

Al ver a los discípulos de Antonio, les dijo: «Decid al anciano que pida a Dios que me conceda diez días para reparar mi pecado».

Pero murió cinco días después.

2 Unos monjes alabaron a un hermano delante del abad Antonio. Cuando éste fue a visitarle, quiso probarlo viendo si soportaba una injuria. Y cuando vio que no, le dijo: «Te pareces a una casa con una hermosa fachada, pero que por detrás está desvalijada por los ladrones».

3 Se decía del abad Arsenio y del abad Teodoro de Fermo que por enci-

ma de todo aborrecían la vanagloria. El abad Arsenio no acudía fácilmente a las llamadas de sus visitantes. El abad Teodoro sí acudía, pero era como una espada para él.

- 4 El Padre Eulogio, presbítero, que había sido discípulo del arzobispo Juan, ayunaba dos días seguidos y a veces lo alargaba toda la semana. No comía más que pan y sal y por eso era alabado por los hombres. Se fue a Panefo, donde vivía el abad José, pensando encontrar allí una mayor austeridad. El anciano le recibió con alegría y le preparó lo mejor que tenía para mostrarle su afecto.

Los discípulos de Eulogio le dijeron: «El Padre sólo come pan y sal». El abad José siguió comiendo sin decir palabra. Eulogio y sus discípulos estuvieron tres días allí y no les oyeron ni orar, ni cantar salmos, pues su trabajo espiritual era secreto, y se marcharon desedificados.

Por disposición divina se echó la niebla, se equivocaron de camino y se encontraron de nuevo sin quererlo en el monasterio del anciano. Y antes de llamar le oyeron cantar la salmodia. Siguieron un rato escuchando y luego llamaron a la puerta. El anciano les recibió de nuevo con gran alegría y los que acompañaban a Eulogio tomaron una jarra, y como hacía mucho calor se la ofrecieron para que bebiera. Era una mezcla de agua de mar y de agua de río y no la pudo beber.

Entrando dentro de sí, Eulogio hizo una metanía y pidió al anciano que le explicase su modo de proceder, diciéndole: «¿Qué significa todo esto, Padre? ¿Por qué antes no cantabas salmos, y empezasteis a hacerlo al marchar nosotros, y cuando quise beber agua la encontré salada?».

El anciano le respondió: «El hermano es algo distraído y por error mezcló agua de mar».

Pero Eulogio rogaba al anciano que le dijese la verdad. Y el abad José le respondió: «Aquel vasito de vino es lo que pide la caridad. Este agua es la bebida ordinaria de los hermanos».

Y con estas palabras le enseñó a tener discreción en sus juicios y apartó su espíritu de las consideraciones humanas. Y empezó a hacer vida común, comiendo de todo lo que le presentaban.

Aprendió también a obrar en secreto y dijo al anciano: «Ciertamente vuestra conducta está lejos de toda hipocresía».

5 El abad Zenón, discípulo del abad Silvano, decía: «No habites en un lugar famoso, ni vivas con un hombre de gran reputación, ni pongas cimientos a la celda que te construyas».

6 Un hermano se llegó al abad Teodoro de Fermo y durante tres días estuvo rogándole que le dijese una palabra. Pero no le respondió y el hermano se marchó triste.

Y el discípulo de Teodoro le preguntó: «¿Por qué no le has hablado? Se ha marchado muy triste».

Y el anciano contestó: «Créeme, no le he dicho nada porque es un traficante que quiere gloriarse con las palabras de los demás».

7 Un hermano preguntó al abad Teodoro: «¿Me permites, Padre, que no tome pan durante unos días?». El anciano le respondió: «Haces bien. Yo también lo hice». Y el hermano añadió: «Voy a llevar unos guisantes al molino para hacer harina con ellos». Y el abad Teodoro le dijo: «Si vas al molino haz pan para ti. ¿Pero qué necesidad tienes de ir?».

8 Otro hermano se llegó también al abad Teodoro y empezó a hablar e inventar cosas de las que no tenía ninguna experiencia. El anciano le dijo: «Todavía no has encontrado barco, ni has colocado en él tu equipaje, ni has empezado a navegar, y he aquí que ya has llegado a la ciudad de destino. Cuando hayas puesto por obra todo eso de lo que me has estado hablando, entonces podrás empezar a hablar de ello».

9 Contaba el abad Casiano que un hermano fue a ver al abad Serapión y el anciano le invitó a la oración de comunidad. Pero el hermano rehusó diciendo que era un pecador, indigno de llevar el hábito de monje. El anciano quiso lavarle los pies, pero él repitiendo las mismas palabras no se lo permitió.

Entonces el anciano le dio de comer y le hizo con todo cariño esta amonestación: «Hijo mío, si quieres adelantar en la vida espiritual quédate en tu celda, vigila y trabaja con tus manos. Te conviene mucho más quedarte en la celda que salir de ella».

Al oír esto, el hermano se irritó, y su rostro mudó de color hasta el punto de que no lo pudo ocultar al anciano.

El abad Serapión le dijo entonces: «Hasta ahora decías: "Soy pecador" y te considerabas indigno de vivir, y porque te avisé con caridad, ¿te enfadas de ese modo? Si de verdad quieres ser humilde, aprende a soportar virilmente lo que te imponen los demás y no a decir palabras odiosas contra ti mismo».

Al oír esto el hermano se arrepintió ante el anciano y se marchó muy aprovechado.

10 Un día el gobernador de la provincia oyó hablar del abad Moisés, y se fue a Scitia para verle. Le anunciaron su visita al anciano, pero él se marchó a los pantanos. Acudió allí el gobernador con los suyos y lo encontró y le dijo: «Dinos, anciano, ¿dónde está la celda del abad Moisés?».

Y éste le contestó: «¿Para qué queréis verle? Es un loco y un hereje».

El gobernador volvió a la iglesia y dijo a los clérigos: «He oído hablar muy bien del abad Moisés y por eso he venido a verle. Pero hemos encontrado a un viejo que iba a Egipto y le hemos preguntado dónde estaba la celda del abad Moisés y nos ha contestado: "¿Para qué le buscáis? Es un loco y un hereje"».

Al oír esto se entristecieron los clérigos y le dijeron: «¿Qué aspecto tenía ese viejo que os ha dicho esas cosas del abad Moisés?».

«Era un viejo grande y moreno que usaba un vestido muy viejo», respondieron los recién llegados.

Y los hermanos les contestaron: «Ese es el abad Moisés. Y como no quería recibirnos por eso dijo eso de sí mismo». Y el gobernador se marchó muy edificado.

11 Un hermano preguntó al abad Matoés: «Si voy a un lugar para quedarme allí, ¿cómo debo comportarme?». El anciano le respondió: «Donde quiera que estés no quieras hacerte notar por ninguna cosa, diciendo por ejemplo: "No acudo a la asamblea de los hermanos, o no como esto o aquello". Estas cosas te darán un vano honor, pero después tendrás muchas molestias, pues la gente acude allí donde oye decir que suceden estas cosas».

12 El abad Nisterós el Grande caminaba por el desierto con un hermano. Vieron una serpiente y huyeron. «¿También tú tienes miedo, Padre?», dijo el hermano. Y el anciano le respondió: «No tengo miedo, hijo, pero es bueno haber huido de la serpiente, porque así no he tenido que escapar del demonio de la vanagloria».

13 El gobernador de la provincia quiso un día visitar al abad Pastor, pero éste no lo consentía. Entonces el juez detuvo al hijo de su hermana como si fuera un malhechor y le metió en la cárcel diciendo: «Si viene el anciano a pedir que lo suelte, le pondré en libertad».

La madre del muchacho acudió a su hermano, el abad Pastor, y se puso a llorar delante de la puerta de su celda. Pero éste no le dio respuesta alguna. Y ella movida por el dolor le increpaba: «Si tienes un corazón de bronce y no te mueven mis súplicas, ten al menos compasión de tu sangre».

Pero él mandó decirle: «Pastor no engendró hijos». Y ella se marchó.

Al oír estas cosas el juez dijo: «Basta que diga una palabra y soltaré a su sobrino».

Pero el anciano hizo que le respondieran: «Examina la causa de acuerdo con la ley. Si merece la muerte, muera. Si no la merece, haz lo que quieras».

14 Dijo también el abad Pastor: «Enseña a tu corazón a cumplir lo que a otros enseñas con tus palabras». Y añadió: «Los hombres cuando hablan parecen perfectos. Al cumplir lo que dicen no lo son tanto».

15 El abad Adelfio, que fue obispo de Nitópolis, subió al monte para

visitar al abad Sisoés. Y como tenía que marchar, el abad Sisoés le preparó de mañana la comida. Era día de ayuno, y mientras ponían la mesa, llamaron a la puerta unos hermanos.

El abad dijo a su discípulo: «Dales un poco de papilla, porque vendrán cansados». Y el abad Adelfio intervino: «Que esperen un poco, para que no vayan diciendo que el abad Sisoés come desde la mañana».

El anciano le miró sorprendido y dijo al hermano: «Vete y dales la papilla».

Al ver la papilla los recién llegados dijeron: «¿Tenéis huéspedes? ¿O acaso el anciano come con vosotros?».

Y el hermano contestó: «Si». Y ellos, entristecidos, dijeron: «Que Dios os perdone el haber permitido al anciano comer a esta hora. ¿No sabéis que lo expiará durante muchos días?».

Al oír esto el obispo hizo una metanía ante el anciano y le dijo: «Perdóname, Padre. He pensado a la manera de los hombres. Tú has obrado según Dios».

Y el abad Sisoés le contestó: «Si Dios no glorifica al hombre, la gloria de los hombres no tiene ninguna consistencia».

16 El abad Amón, de Raitún, dijo al abad Sisoés: «Cuando leo las Escrituras, me preocupo de adornar mi pensamiento para estar preparado y poder responder a las preguntas».

El anciano le contestó: «Eso no es necesario. Cuida más bien de la pureza del corazón, que ella dará seguridad a tus palabras».

17 Un día el gobernador de la provincia vino a visitar al abad Simón. Entonces éste tomó la correa que le servía de cinturón y subió a una palmera para podar. Cuando llegaron los visitantes le dijeron: «¿Dónde está el anciano que vive aquí como anacoreta?». Y él respondió: «Aquí no hay ningún anacoreta». Y el gobernador al oír esto se volvió por donde había venido.

18 En otra ocasión vino a visitarle otro gobernador. Los clérigos se adelantaron para decirle: «Padre, prepárate, porque el gobernador ha oído hablar de ti y viene para pedirte la bendición».

Y él les dijo: «Bien, me prepararé». Se vistió de saco, tomó pan y queso, se sentó a la puerta de su celda y se puso a comer.

Llegó el gobernador con su escolta y al verle le despreciaron diciendo: «¿Este es el ermitaño del que hemos oído decir tantas cosas?». Y al punto, se dieron media vuelta y se volvieron a la ciudad.

19 Santa Sinclética dijo: «Lo mismo que un tesoro descubierto enseguida desaparece, así también cualquier virtud queda destruida cuando se hace notar o se hace pública. Como el fuego deshace la cera, así también la alabanza hace perder al alma su vigor y la energía de las virtudes».

20 Decía también: «Como es imposible la coexistencia de la hierba y el grano, también es imposible que den fruto para el cielo los que buscan la gloria humana».

21 Un día de fiesta los hermanos de las Celdas comían juntos en la iglesia. Uno de ellos dijo al que servía: «Yo no como nada cocido sino tan sólo sal».

Y el sirviente llamó a otro hermano y le dijo delante de todos: «Este hermano no come nada cocido, tráele sal».

Y se levantó un anciano y le dijo: «Más te valiera haber comido a solas carne en tu celda, que escuchar estas palabras delante de tantos hermanos».

22 Un hermano muy austero, que no comía más que pan, fue a visitar a un anciano. Y llegaron también, muy a propósito, otros peregrinos. Y el anciano preparó para todos un poco de papilla. Se pusieron a comer y aquel hermano tan austero tomó tan sólo un garbanzo durante la comida.

Y al levantarse de la mesa, el anciano le llamó aparte y le dijo: «Hermano, cuando visites a alguno, no des a conocer allí tu modo de proceder. Si lo quieres guardar quédate en tu celda y no salgas nunca de ella».

El hermano obedeció al anciano y en adelante hacia en todo vida común cuando se encontraba con otros hermanos.

23 Dijo un anciano: «El cuidado por agradar a los hombres hace perder todo el aprovechamiento espiritual y deja al alma seca y descarnada».

24 Un anciano decía: «Si quieres ser libre, o huyes de los hombres, o te burlas del mundo y de los hombres. Y para ello tendrás que hacerte el loco en muchas ocasiones».

Capítulo IX

No hay que juzgar a nadie

- 1 Un hermano del monasterio del abad Elías sucumbió ante una tentación y fue expulsado. Y se fue al monte con el abad Antonio. Permaneció con él algún tiempo, y luego Antonio le envió de nuevo al monasterio de donde había venido. Pero en cuanto lo vieron los hermanos lo volvieron a expulsar.

Regresó el hermano a donde estaba el abad Antonio y le dijo: «Padre, no me han querido admitir».

El anciano les mandó decir: «Un navío naufragó en el mar y perdió su cargamento. Con mucho esfuerzo el barco ha llegado a tierra, y ahora vosotros ¿queréis hundir esa nave que ha llegado a la orilla sana y salva?».

Cuando supieron que era el abad Antonio el que lo enviaba, inmediatamente lo recibieron.

- 2 Un hermano había pecado y el sacerdote le mandó salir de la iglesia. Se levantó el abad Besarión y salió con él, diciendo: «Yo también soy pecador».

- 3 El abad Isaac vino de la Tebaida a un cenobio. Vio cometer una falta a un hermano y lo juzgó. Vuelto al desierto, vino un ángel del Señor y se puso en la puerta de su celda, diciendo: «No te dejaré entrar».

El anciano preguntó la causa y el ángel del Señor le contestó: «Dios me ha enviado para que te pregunte: ¿dónde quieres que envíe a ese hermano culpable al que has condenado?». Y al punto el abad Isaac se arrepintió y dijo: «He pecado, perdóname».

Y el ángel le dijo: «Levántate, Dios te ha perdonado. Pero en adelante no juzgues a nadie antes de que lo haya hecho Dios».

4 Un hermano de Scitia cometió un día una falta. Los más ancianos se reunieron y enviaron a decir al abad Moisés que viniese. Pero él no quiso venir.

El presbítero envió a uno para que le dijera: «Ven, pues te esperan todos los hermanos».

Y vino, tomó consigo una espuerta viejísima, la llenó de arena y se la echó a la espalda.

Los hermanos saliendo a su encuentro le preguntaban: «¿Qué es esto, padre?».

Y el anciano les dijo: «Mis pecados se escurren detrás de mí, y no los veo, y ¿voy a juzgar hoy los pecados ajenos?».

Al oír esto los hermanos no dijeron nada al culpable y lo perdonaron.

5 El abad José preguntó al abad Pastor: «Dime ¿cómo llegaré a ser monje?». Y el anciano le dijo: «Si quieres encontrar la paz en este mundo y en el otro, di en toda ocasión: "¿Quién soy yo?" y no juzgues a nadie».

6 Un hermano le preguntó también: «Si veo una falta de un hermano, ¿es bueno ocultarla?». Y le dijo el anciano: «Cada vez que tapamos el pecado de nuestro hermano, Dios tapa también el nuestro. Y cada vez que denunciemos las faltas de los hermanos, Dios hace lo mismo con las nuestras».

7 En cierta ocasión un hermano cometió una falta en un cenobio. En las cercanías vivía un anacoreta que no salía de su celda desde hacía mucho tiempo. Y el abad del monasterio fue a hablarle de aquel hermano culpable.

Y él dijo: «Expúlsalo». Se le arrojó de la congregación y se refugió en una fosa y allí lloraba desconsolado. Pasaron unos hermanos que iban a visitar al abad Pastor y le oyeron llorar. Bajaron a donde esta-

ba y le vieron inmerso en un gran dolor y le aconsejaron que fuese a ver a aquel anacoreta.

Pero él rehusó diciendo: «Moriré aquí».

Al llegar los hermanos donde estaba el abad Pastor se lo contaron, y éste les pidió que volviesen donde el hermano y le dijiesen: «El abad Pastor te llama».

Y el hermano se puso en camino. Al ver su dolor, el anciano se levantó, le abrazó y con gran alegría le invitó a comer. Luego envió a uno de sus hermanos para que fuese al anacoreta con este mensaje: «Me han hablado mucho de ti y hace muchos años que quiero verte, pero por nuestra mutua pereza no hemos podido vernos. Pero ahora, gracias a Dios, tenemos una oportunidad. Tómate la molestia de venir hasta aquí para que podamos vernos.» Pues, en efecto, el ermitaño nunca salía de su celda.

Al recibir este mensaje el eremita pensó: «Si el anciano no tuviese alguna revelación de Dios para mí, no me hubiese llamado a buscar». Se levantó y fue a su encuentro.

Después de saludarse mutuamente con gran alegría se sentaron. Y el abad Pastor comenzó a decir: «Dos hombres vivían en un mismo lugar y cada uno tenía en su casa un difunto.

Pero uno de ellos dejó su muerto y se fue a llorar por el difunto del otro».

A estas palabras el anciano se arrepintió acordándose de lo que había hecho, y dijo: «Pastor esta arriba en el cielo. Yo abajo en la tierra».

8 Un hermano preguntó al abad Pastor: «¿Qué debo hacer, pues cuando estoy en la celda siento que me falta valor?». Y el anciano le dijo: «No desprecies ni condenes a nadie y Dios te dará la paz, y tu vida en la celda será tranquila».

9 Un día se reunieron los Padres en Scitia para tratar de un hermano que había cometido una falta. Pero el abad Pior callaba. Luego se levantó, salió, tomó un saco, lo llenó de arena y se lo echó a la espalda. Y

poniendo en una cestilla un poco de arena la llevaba delante de si. A los Padres que le preguntaban qué significaba aquello les dijo: «Este saco que tiene tanta arena son mis pecados. Como son míos me los puse a mi espalda para no penar ni llorar por ellos. Este poco de arena de la cesta, son los pecados de este hermano, los pongo ante mis ojos y me cebo en ellos para condenar a mi hermano. No es esto lo que debería hacer. Debería llevar delante de mí mis pecados para pensar en ellos y pedirle a Dios que me los perdone.»

Al oírle los Padres dijeron: «Verdaderamente este es el camino de la salvación».

10 Un anciano dijo: «No juzgues al impuro si eres casto, porque al hacerlo, tú también pisoteas la ley. Porque el que dijo: "No fornicarás", dijo también: "No juzgarás"».

11 Un sacerdote de una basílica acudió a la celda de un anacoreta para celebrar la Eucaristía y darle la comunión. Vino luego uno a visitar al ermitaño y le habló mal de aquel sacerdote. El eremita se escandalizó y cuando, según costumbre, vino para celebrar la eucaristía no le quiso recibir. Al ver esto el sacerdote se marchó.

Entonces el anacoreta oyó una voz que le decía: «Los hombres se han adueñado de mi facultad de juzgar». Y en un raptó vio un pozo de oro y un cubo de oro y una cuerda también de oro y el pozo contenía un agua estupenda. Vio también un leproso que sacaba agua y la echaba en un vaso. El anciano deseaba beber, pero no podía porque el que sacaba el agua era un leproso y no se atrevía.

Oyó de nuevo la voz que le decía: «¿Por qué no bebes de ese agua? ¿Qué importa que la saque un leproso? Él solamente llena el cubo y lo vacía en el vaso».

Volvió en sí el eremita, reflexionó sobre el significado de esta visión, llamó al sacerdote y le pidió que celebrase la eucaristía como hasta entonces.

12 Dos hermanos llevaban en un cenobio una vida ejemplar y cada uno de ellos había merecido ver en el otro la gracia divina. Pero un vier-

nes, uno de ellos salió del monasterio y vio a uno que comía por la mañana.

El hermano le dijo: «¿Cómo siendo viernes comes a esta hora?».

Al día siguiente se celebró la misa como de costumbre, pero el otro hermano, al ver a su compañero se dio cuenta de que la gracia divina se había ido de él y se entristeció mucho.

Al volver a la celda le preguntó: «¿Que has hecho, hermano, que no he visto en ti la gracia de Dios como la veía antes?».

El otro respondió: «No tengo conciencia de ninguna acción ni de ningún pensamiento culpable».

El otro insistió: «¿Tampoco has dicho nada malo?».

Y acordándose, el compañero le respondió: «Sí, ayer vi a uno que comía por la mañana y le dije: "¿A esta hora comes un viernes?". Éste es mi pecado. Hagamos penitencia los dos juntos durante dos semanas y pidamos a Dios que me perdone».

Lo hicieron así y dos semanas más tarde el hermano vio de nuevo cómo la gracia de Dios volvía a su hermano. Se consolaron mucho y dieron gracias a Dios que es el único bueno.

Capítulo X

De la discreción

1 Decía el abad Antonio: «Algunos han quebrantado su cuerpo a fuerza de abstinencia, pero su falta de discreción les ha alejado de Dios».

2 Unos hermanos vinieron al abad Antonio para descubrirle sus imaginaciones y visiones y saber si eran verdaderas o falsas. Traían con ellos un asno que murió en el camino.

Antes de que pudieran decirle nada, el abad les preguntó: «¿Cómo ha muerto el asno en el camino?». Y ellos asombrados le dijeron: «¿Cómo sabes que ha muerto, Padre?». Y él dijo: «Los demonios me lo han dicho».

Precisamente, respondieron ellos, veníamos a hablarte de nuestras visiones. La mayoría de las veces llegan a hacerse realidad, pero tememos ser engañados. El anciano les convenció con el ejemplo del asno que sus visiones eran del demonio.

Un cazador que cazaba fieras en el bosque, vio al abad Antonio en recreo con los hermanos y se escandalizó. El anciano quiso demostrarle que conviene algunas veces ser condescendiente con los hermanos y le dijo: «Pon una flecha en tu arco y ténsalo». Y lo hizo así. Y de nuevo Antonio le dijo: «Sigue tensándolo». Y el cazador le obedeció. Y el abad insistió de nuevo: «Tensa aún más». El cazador lo volvió a tensar, pero dijo al abad Antonio: «Si lo tenso más, se romperá el arco».

Y entonces el abad Antonio le dijo: «Lo mismo ocurre en el servicio de Dios. Si se aprieta excesivamente, los hermanos pronto desfallecen. Conviene, pues, de vez en cuando relajar la tensión».

Al oír esto el cazador se arrepintió y se aprovechó mucho de la lección del anciano. Los hermanos, reconfortados, volvieron a sus celdas.

3 Un hermano pidió al abad Antonio: «Ruega por mi». Y el anciano le contestó: «Ni Dios ni yo tendremos compasión de ti, si tú no tienes cuidado de ti mismo y se lo pides a Dios».

4 Dijo también el abad Antonio: «Dios no permite que esta generación sufra el ataque del demonio porque sabe que son débiles y no lo pueden soportar».

5 El abad Evagrio preguntó un día al abad Antonio: «Nosotros, con tanta erudición y ciencia, no poseemos ninguna virtud. ¿Cómo aquellos ignorantes que viven en Egipto poseen tantas?». Y el abad Arsenio le contestó: «No tenemos nada porque nos hemos dedicado a las ciencias y disciplinas de este mundo. Aquellos zafios de Egipto adquieren las virtudes con su esfuerzo personal».

6 El abad Arsenio, de feliz memoria, solía decir: «Un monje, peregrino en un país lejano, no se mezcle en cosa alguna y tendrá paz».

7 El abad Marcos preguntó al abad Arsenio: «¿Es bueno no tener en la celda ninguna clase de víveres? He visto a un hermano que tenía unas legumbres en su celda y las estaba arrancando». Y el abad Arsenio respondió: «Sí, es una cosa buena, pero depende de las disposiciones de cada uno. Por eso, si ese hermano no tuviera fuerza para soportarlo, debería volver a plantar sus legumbres».

8 Contaba el abad Pedro, que fue discípulo del abad Lot: «Un día estaba yo en la celda del abad Agatón, y vino un hermano a decirle: "Deseo vivir con los hermanos, pero dime cómo tengo que convivir con ellos".

Y el anciano le dijo: "Como el primer día de tu incorporación a la comunidad, conserva tu condición de extraño todos los días de tu vida, de manera que nunca tengas parrhesia con ellos".

El abad Macario le preguntó: "¿Cuál es pues el fruto de esas familiaridades?".

El anciano dijo: "La parrhesia se parece a un viento devastador. Cuando se levanta, todos huyen de él porque seca hasta el fruto de los árboles".

E insistió el abad Macario: "¿Pero tan nociva es la familiaridad?".

"Sí, contestó el abad Agatón, no hay pasión peor que la parrhesia. Es la madre de todas las pasiones. El monje que quiere avanzar en su vocación debe huir de ella, aunque esté solo en su celda"».

9 El abad Daniel decía: «En el momento de morir, el abad Arsenio nos dio este encargo: "No celebréis el ágape por mí, pues si yo en mi vida lo he hecho en verdad por mí, lo encontrare».

10 Se contaba del abad Agatón que fueron a verle unos hermanos porque habían oído decir de él que era una persona de gran discreción. Y queriendo ver si montaba en cólera, le dijeron: «¿Eres tú Agatón? Hemos oído que eres un fornicario y un soberbio». Y él contestó: «Así es».

Y volvieron a decirle: «¿Eres tú Agatón el charlatán y calumniador?». Y respondió: «Yo soy». Y de nuevo le dicen: «¿Eres tú Agatón el hereje?». Y les dijo: «No, no soy hereje». Y le preguntaron entonces: «Dinos, ¿por qué habiéndote dicho tantas palabras injuriosas las has llevado con paciencia, y en cambio al llamarte hereje no lo has soportado?». Y Agatón respondió: «Las primeras injurias me las atribuyo, porque ello resulta de provecho para mi alma. En cuanto que me llaméis hereje no lo admito, porque significa separación de Dios, y yo no quiero por nada de este mundo separarme de Dios». Al oírle se admiraron de su discreción y se fueron muy edificados.

11 Le preguntaron un día al abad Agatón: «¿Qué es mejor, el trabajo corporal o el cuidado interior del alma?». Y respondió el abad: «Los hombres son como los árboles. El trabajo corporal es como el follaje, la guardia interior del alma del fruto. Por lo tanto, como está

escrito: "Todo árbol que no dé buen fruto será cortado y arrojado al fuego" (Mt 3,10), conviene, pues, poner todo nuestro empeño en el fruto, es decir, en el cuidado del alma. Pero también tenemos necesidad de la sombra y de la belleza de las hojas, que son el trabajo corporal». El abad Agatón era muy inteligente y laborioso. El mismo se abastecía de todo y, aunque muy asiduo en el trabajo, se contentaba con muy poco en el comer y en el vestir.

12 Tuvo lugar en Scitia una asamblea para arreglar cierto asunto. Terminada la asamblea, el abad Agatón se presentó a los hermanos y les dijo: «No habéis acertado en el juicio». Ellos le dijeron: «¿Quién eres tú y qué es lo que dices?». Y él respondió: «Soy hijo de hombre; escrito está: "¿De veras pronunciáis justicia, juzgáis según derecho a los hijos de Adán?"». (Sal 58).

13 El abad Agatón dijo: «El hombre irascible, aunque resucite muertos, no agrada a Dios por causa de su ira».

14 Un día vinieron tres ancianos a visitar al abad Aquilas y uno de ellos tenía mala fama. Uno de los hermanos dijo: «Padre, hazme una red para ir a pescar». Y el abad le dijo: «No te la hago». Y el segundo le pidió: «Sí, Padre, háznosla para que tengamos un recuerdo tuyo en nuestro monasterio». Y el abad le respondió: «No tengo tiempo».

El tercer anciano, el de mala fama, le pidió: «Hazme una red para que tenga una bendición de tus manos». Y al punto Aquilas le contestó: «Te haré una». Los dos primeros, que no habían tenido éxito en su petición, le tomaron aparte y le preguntaron: «¿Por qué cuando nosotros te lo hemos pedido, no has querido hacerlo y en cambio a este otro le has dicho: "Te la haré"». Y el anciano les respondió: «A vosotros os he dicho que no porque no tengo tiempo y sé que no os vais a enfadar por mi respuesta. Este otro, si le hubiera dicho que no, habría pensado: "El anciano ha sabido mi mala fama y por eso no ha querido hacerme la red". Y por eso me he puesto enseguida a preparar el hilo necesario. Así he tranquilizado su alma para que no cayese en la tristeza».

15 Un anciano había pasado cincuenta años sin comer pan y sin beber apenas agua. Y decía: «He matado la impureza, la avaricia y la vanagloria».

Y habiéndolo sabido el abad Abraham vino a su encuentro y le dijo: «¿Has dicho tú estas palabras?». Y el otro respondió: «Sí».

Y le preguntó el abad Abraham: «Si entras en tu celda y encuentras en tu lecho a una mujer, ¿puedes tú no pensar que se trata de una mujer?». «No, dijo el viejo, pero luché contra mi pensamiento para no tocarla».

Y le dijo el abad Abraham: «Entonces no has matado la impureza, puesto que la pasión sigue viviendo, tan sólo la has encadenado. Y si vas por el camino y encuentras piedras, trozos de vasijas y entre ellos oro, al verlo ¿puedes tomarlo también por piedras?».

«No, volvió a responder el otro, pero resisto a la tentación de recogerlo».

E insistió Abraham: «La pasión vive, aunque está atada». Y prosiguió: «Si oyes de dos hermanos que uno te estima y habla bien de ti, el otro te odia y te calumnia, si los dos se llegan a ti, ¿recibirás a los dos de la misma manera?». «No; pero me haría violencia para tratar lo mismo al que me odia y al que me ama».

Y el abad Abraham concluyó: «Las pasiones siguen viviendo. Lo único que consiguen los santos varones es encadenarías».

16 Uno de los Padres contó que en las Celdas vivía un anciano vestido de saco y que trabajaba sin descanso. Un día se acercó a ver al abad Amonas, que al verle cubierto de saco le dijo: «Esto no te sirve de nada». Y el anciano le confió: «Me atormentan tres pensamientos: uno me empuja a retirarme a algún lugar del desierto, otro a peregrinar donde no me conozcan, un tercero a encerrarme en una celda sin ver a nadie y comiendo sólo pan cada dos días». El abad Amonas le respondió: «No te conviene hacer ninguna de esas tres cosas. Al contrario, continúa en tu celda, come un poco todos los días teniendo en tu corazón las palabras de aquel publicano que se lee en el Evangelio (Lc 18,13), y así te podrás salvar».

- 17 Decía el abad Daniel: «Cuanto más fuerte está el cuerpo, más seca está el alma». Y añadía: «Cuanto más se cuida el cuerpo más frágil se torna el alma. Cuanto más frágil está el cuerpo, más cuidada está el alma».
- 18 El abad Daniel contó también que cuando estaba en Scitia el abad Arsenio, había allí un monje que robaba lo que tenían los ancianos. El abad Arsenio, queriendo ganar su alma y asegurar la paz de los hermanos, lo llevó a su celda y le dijo: «Te daré todo lo que quieras, pero no robes», y le dio oro, dinero, muchas chucherías y todo lo que tenía en su cofre. Pero el otro siguió robando, y los ancianos al ver que no se corregía lo expulsaron diciendo: «Si se encuentra un hermano que tiene una enfermedad corporal, hay que soportarlo, pero si se trata de un ladrón y avisado no se enmienda, hay que expulsarlo, por que no solamente hace daño a su alma sino que perturba a todos los que viven en ese mismo lugar».
- 19 El abad Evagrio, al comenzar su vida monástica, fue a visitar a un anciano y le dijo: «Padre, dime una palabra para que me salve». El anciano le respondió: «Si quieres salvarte, cuando vayas a ver a alguna persona no hables antes de que él te pregunte». Evagrio, compungido por estas palabras, pidió perdón al anciano y le dijo: «Créeme, he leído muchos libros y en ninguno de ellos encontré tanta sabiduría». Y se marchó muy aprovechado.
- 20 Decía el abad Evagrio: «La mente inestable y que divaga se consolida por la lectura, las vigilancias y la oración. El fuego de la concupiscencia se apaga con el ayuno, el trabajo y la vigilancia. La cólera, fuente de perturbaciones, se la reprime con salmos, dulzura y misericordia. Pero todos estos remedios deben aplicarse en el tiempo oportuno y en la medida conveniente; porque sí no se aplican oportunamente y con medida aprovechan poco tiempo. Y lo que dura poco, hará mal que bien».
- 21 Un día que el abad Efrén pasaba por la ciudad, una prostituta que había sido enviada por alguno, empezó a halagarle, deseando, si fuera posible, arrastrarlo al pecado, y si no lo conseguía, por lo menos

inducirle a la ira, ya que nadie le había visto nunca airado, ni tampoco disputar con otra persona. El le dijo: «Sígueme». Y la llevó a una plaza llena de gente donde le dijo: «Ven aquí para que satisfaga tus deseos». Ella, al ver tanta gente dijo: «¿Cómo vamos a fornicar aquí, delante de tanta gente? Sería muy vergonzoso». Y el abad le respondió: «Si te da vergüenza delante de los hombres, ¿cuánto más debemos avergonzarnos delante de Dios que "ilumina los secretos de las tinieblas"». (1 Cor 4,5). La mujer se retiró avergonzada y sin poder lograr sus perversos propósitos.

22 Unos hermanos se acercaron un día al abad Zenón y le preguntaron: «¿Qué significa eso que está escrito en el libro de Job: "Ni los cielos son puros a los ojos de Dios?"». (Job 15,15). El anciano respondió: «Los hombres dejan de contemplar sus pecados para mirar al cielo. Por tanto, este es el significado de lo que preguntáis: "Sólo Dios es puro, y por eso el cielo no es puro delante de El"».

23 Decía el abad Teodoro de Fermo: «Si un amigo tuyo cae en un pecado de impureza, si puedes dale una mano y levántalo. Pero si cae en un error contra la fe y no te escucha, apártate en seguida, rechaza su amistad, no sea que si te demoras te arrastre con él al abismo».

24 El mismo abad Teodoro fue a ver al abad Juan, que era eunuco de nacimiento. Durante la conversación dijo el abad Teodoro: «Cuando vivía en Scitia nuestra tarea principal era el alma, el trabajo manual era secundario. Mas ahora el trabajo del alma se hace como de pasada».

25 Un padre vino un día al abad Teodoro y le dijo: «Un hermano se ha vuelto al mundo». «No te extrañes de eso, le respondió el abad Teodoro. Admírate si oyes alguna vez que un hermano consiguió huir de las garras del enemigo».

26 El mismo abad Teodoro decía: «Muchos eligen descansar aquí abajo, antes de que Dios le conceda el descanso».

27 Decían del abad Juan, el enano, que dijo un día a su hermano mayor: «Quiero estar seguro y sin preocupaciones como los ángeles, que no trabajan y sirven continuamente a Dios». Se quitó sus vestidos y se fue al desierto. Al cabo de una semana volvió y llamó a la puerta de su hermano. Este, sin abrir, preguntó: «¿Quién eres?».

«Soy yo, Juan» respondió. Y su hermano le contestó: «Juan se ha convertido en ángel y ya no está entre los hombres». Pero él insistía: «Soy yo». Pero no le abrió y le dejó que sufriera un buen rato. Luego le abrió y le dijo: «Si eres hombre, tienes necesidad de trabajar para vivir, pero si eres ángel, ¿por qué tienes necesidad de entrar en la celda?». Juan hizo una metanía diciendo: «Hermano, perdóname porque he pecado».

28 Un día unos ancianos entre los que se encontraba Juan, el enano, vinieron a Scitia. Y mientras comían, un sacerdote muy venerable se levantó para ofrecer a cada uno un vaso de agua. Pero nadie consintió en ello más que Juan el enano. Los otros se extrañaron y le dijeron: «¿Cómo tú, el más pequeño de rodos, te has dejado servir por este anciano tan venerable?». Y Juan le contestó: «Cuando me levanto para ofrecer agua, me alegra que rodos beban, pues así recibiré mi recompensa. Por esa misma razón he aceptado, para que el que se levantó a servir recibiera su recompensa y no se sintiera triste porque nadie aceptara». Al oírle todos se admiraron de su discreción.

29 Un día el abad Pastor preguntó al abad José: «¿Qué debo hacer cuando me vienen tentaciones: resisto o las dejo entrar?». El anciano le dijo: «Déjalas entrar y lucha contra ellas».

Pastor volvió a su celda a Scitia. Y llegó allí un monje de la Tebaida que contó a los hermanos que había preguntado al abad José: «¿Cuando me venga la tentación, resisto o la dejo entrar?». Y el abad le había dicho: «De modo alguno las dejes entrar. Arrójalas inmediatamente».

Al oír el abad Pastor la respuesta que el abad José había dado a este monje de la Tebaida, volvió a Panefo y se quejó al abad José: «Pa-

dre, yo re abrí mi corazón, y me has dado una respuesta distinta a la que le has dado a ese hermano de la Tebaida».

Y le preguntó el anciano: «¿Sabes que re amo?». «Sí, lo sé», respondió Pastor. «¿No me pediste que te dijera lo que sentía, como si se tratase de mí mismo? Pues mira: sí vienen las tentaciones y das y recibes golpes en la lucha contra ellas, sales más experimentado. Te he hablado, pues, como yo lo veo. Pero a otros no les conviene que dejen acercarse a las tentaciones, sino que deben rechazarlas inmediatamente».

30 El abad Pastor contó también: «En una ocasión fui a la Baja Heraclea para ver al abad José. Había en su monasterio una higuera espléndida y por la mañana me dijo: "Ve, coge higos y come". Era viernes y no comí por causa del ayuno y le pregunté: "En nombre del Señor: explícame por qué me has dicho: 'Ve y come. No he ido por causa del ayuno, pero estoy avergonzado por no haber cumplido tu orden, pues pienso que no me lo has mandado sin una razón para ello". El me respondió: "Los Padres más antiguos, al principio, no mandan cosas razonables a sus hijos, sino más bien cosas disparatadas. Si ven que hacen esos disparates, ya sólo les mandan cosas útiles, pues han visto que obedecen en todo"».

31 Un hermano preguntó al abad José: «¿Qué debo hacer? No puedo soportar ninguna cosa penosa, ni trabajar ni dar limosna». «Si no puedes hacer nada de eso, guarda tu conciencia de todo mal para con el prójimo, y así re salvarás, pues Dios busca al alma que no tiene pecado».

32 El abad Isaac de Tebas decía a sus hermanos: «No traigáis niños aquí. Por causa de los niños, cuatro iglesias se han quedado vacías».

33 El abad Longinos hizo la siguiente consulta al abad Lucio: «Tengo tres mociones: la primera irme a peregrinar». Y el anciano le contestó: «Si no retienes la lengua, donde quiera que vayas no serás buen peregrino. Pero refrena aquí tu lengua y serás peregrino aquí mismo». «La segunda, dijo el abad Longinos, es romper el ayuno sólo

cada dos días». Y el abad Lucio le respondió: «El profeta Isaías dice: "Aunque inclines tu cabeza como un junco no por ello será aceptado tu ayuno (Isaías 58,5). Guarda más bien el corazón de los malos pensamientos». Y de nuevo dijo el abad Longinos: «Mi tercer propósito es huir de la vista de los hombres». Y le conminó el abad Lucio: «Si no enmiendas antes tu vida, viviendo entre los hombres, tampoco viviendo solo conseguirás enmendarte».

34 Decía el abad Macario: «El recordar el mal que nos han hecho los hombres, impide a nuestra mente el acordarnos de Dios. Pero si recordamos los males que nos causan los demonios, seremos invulnerables».

35 El abad Matoés decía: «Satanás ignora qué pasión seducirá más a tu alma. Por eso siembra cizaña sin saber qué cosechará. Arroja unas veces semillas de impureza, otras de maledicencia y de todas las demás pasiones.

Luego infiltra en el alma aquella pasión hacia la cual ve que se inclina más. Pues si supiera las inclinaciones del alma no sembraría en ella pasiones distintas y variadas».

36 El abad Natira, discípulo del abad Silvano, se comportaba con moderación en lo relativo a las necesidades corporales mientras vivió en su celda del monte Sinaí.

Pero cuando fue nombrado obispo de Farán se impuso un régimen mucho más austero. Y le dijo su discípulo: «Padre, cuando estábamos en el desierto, no te mortificabas tanto». Y le contestó el anciano: «Hijo, allí había soledad, quietud, pobreza, y por eso quería gobernar mi cuerpo para que no cayera enfermo y tuviese que buscar lo que no tenía a mano. Pero aquí en el mundo, existen toda clase de recursos, y si cayese enfermo, muchos vendrían a ayudarme para que no pierda mi salud».

37 Dijo un hermano al abad Pastor: «Estoy inquieto aquí y por eso quiero abandonar este lugar». Y le preguntó el anciano: «¿Cuál es el mo-

tivo de esa turbación?». Y le respondió el hermano: «He oído algunas cosas de un hermano y me han escandalizado». Y el anciano le dijo: «¿Es que no son verdad esas cosas que oíste?». «Sí Padre, son verdad, pues el hermano que me las ha dicho es fiel».

Y el abad Pastor le dijo: «No es digno de confianza el que te lo dijo, pues si fuese fiel no hubiera hablado así. Dios oyó el clamor de Sodoma, pero no lo creyó hasta que bajo y lo vio con sus ojos». (Gén 18). Y el hermano respondió: «Yo también lo vi con mis ojos». Al oír estas palabras el anciano miró al suelo, tomó una brizna de hierba y preguntó al hermano: «¿Qué es esto?». «Hierba».

Luego el anciano miró el techo de la celda y le dijo: «¿Qué es aquello?». «Una viga que sostiene el techo de la celda». Y dijo el abad: «Mere en tu corazón que tus pecados son como esa viga y los del hermanos de quien me hablas como esa brizna de hierba».

El abad Sisoés al conocer esta respuesta, se admiró mucho y dijo: «¿Cómo podemos felicitarte, abad Pastor? Eres una piedra preciosa, pues tus palabras están llenas de gracia y de gloria».

38 Los sacerdotes de la región vinieron un día a visitar a los monjes de los monasterios vecinos. En uno de ellos vivía el abad Pastor. Se le presentó el abad Anub y le dijo: «Pidamos a estos sacerdotes que reciban en caridad con nosotros los dones de Dios». El abad Pastor, que estaba de pie, no le contestó y el abad Anub salió muy triste. Los que estaban sentados junto al abad Pastor le dijeron: «¿Por qué no le has respondido?» y el abad les dijo: «No me toca a mi. Yo ya estoy muerto y los muertos no hablan. No me consideréis como si estuviese entre vosotros».

39 Un hermano salió en peregrinación del monasterio del abad Pastor y llegó a la celda de un anacoreta. Era hombre de gran caridad con todos y venían muchos a verle. El hermano le contó muchas cosas del abad Pastor y al conocer su virtud el eremita quiso visitarle. El hermano llegó a Egipto y algún tiempo después llegó a este país en peregrinación el citado ermitaño y se presentó ante aquel hermano que le había visitado anteriormente, pues éste le había indicado dón-

de moraba. Al ver al ermitaño, el hermano se extrañó y se llenó de alegría.

El anacoreta le dijo: «Muestra tu caridad para conmigo y llévame al abad Pastor».

El hermano lo llevó a su presencia y lo presentó diciendo: «Un hombre ilustre, de gran caridad y muy honrado en su país ha venido con el deseo de verte».

El anciano Pastor le recibió amablemente y después de saludarle se sentaron. El peregrino empezó a hablar de las Sagradas Escrituras y de cosas espirituales y celestiales, pero el abad Pastor le volvió el rostro y no le respondió palabra. Al ver que no le hablaba, el eremita salió muy triste y dijo al hermano que le había acompañado: «He hecho el viaje en balde. He venido a ver al anciano y no se digna hablarme».

El hermano entró en la celda del abad Pastor y le dijo: «Padre, este ilustre varón tan célebre en su país, ha venido por ti, ¿por qué no le hablas?».

Y el anciano le contestó: «Es un hombre de arriba y habla de cosas del cielo. Yo soy de abajo y hablo de cosas de la tierra. Si me hubiese hablado de pasiones del alma ciertamente le hubiera respondido, pero si me habla de cosas espirituales, yo no sé de esas cosas».

El hermano salió y dijo al eremita: «El anciano no habla fácilmente de la Escritura, pero si le hablas de las pasiones del alma responderá». El anacoreta, conmovido, entró de nuevo y dijo al abad: «Padre, ¿qué debo hacer, pues me dominan las pasiones?».

El anciano le miró con alegría y le dijo: «Bienvenido seas ahora. Te hablaré de ello y oirás cosas interesantes».

El otro, muy edificado, decía: «Éste es el camino de la caridad». Y se volvió a su país dando gracias a Dios por haber merecido ver y conversar con un varón tan santo.

40 Un hermano dijo al abad Pastor: «He cometido un gran pecado y quiero hacer penitencia durante tres años». El abad le dijo: «¡Es mu-

cho tiempo!». Y le dijo el hermano: «¿Me aconsejas que haga tan sólo un año?». «Es mucho», fue de nuevo la respuesta del anciano. Los presentes decían: «¿Acaso bastarán cuarenta días?». El anciano dijo de nuevo: «Es mucho tiempo». Y añadió: «Creo que cuando un hombre se arrepiente de todo corazón y no vuelve a cometer el pecado del que se arrepiente, Dios se contenta con tres días de penitencia».

- 41 El abad Amón consultó en cierta ocasión al abad Pastor acerca de los pensamientos impuros y sobre los vanos deseos que nacen en el corazón del hombre. El anciano le respondió: «¿Acaso se jacta el hacha frente al hombre que corta con ella? (Is 10,15). Pues bien, tú no alargues tu mano a ellos y resultarán inofensivos».
- 42 Sobre el mismo asunto le consultó el abad Isaías, y el abad Pastor le dijo: «Los vestidos encerrados en un baúl durante largo tiempo, se apolillan. Lo mismo ocurre a los pensamientos de nuestro corazón. Si no los ponemos por obra físicamente, desaparecen o se apolillarán con el tiempo».
- 43 Sobre el mismo tema le preguntó el abad José, y el abad Pastor le respondió: «Si se encierra en un recipiente una serpiente o un escorpión y se cubre el recipiente, al cabo de cierto tiempo los animales mueren. Lo mismo ocurre con los malos pensamientos que el demonio hace germinar en nosotros; con paciencia, poco a poco, aquel que los padece consigue ahogarlos».
- 44 El abad José preguntó un día al abad Pastor: «¿Cómo hay que ayunar?». Y le contestó: «Me gusta que el que se alimenta coma con regularidad, pero privándose un poco para no saciarse». Y le dijo el abad José: «Pero cuando eras joven ¿no ayunabas dos días seguidos?». Y le respondió el anciano: «Créeme, he ayunado durante tres días y durante una semana, pero todo esto lo experimentaron los ancianos más notables y descubrieron que es bueno comer todos los días, privándose un poco cada día. Y nos dejaron este camino real, que es más llevadero y más fácil».

45 Dijo el abad Pastor: «No vivas en un lugar donde veas que existen algunos que te tienen envidia. No harás allí ningún progreso en la virtud».

46 Un hermano vino al abad Pastor y le dijo: «Siembro mi campo y reparto mi cosecha». Y el anciano le dijo: «Haces una buena obra». El hermano salió enfervorizado y multiplicó su trabajo y sus limosnas. Lo oyó el abad Anub y dijo al abad Pastor: «¿No tienes temor de Dios para hablar así a ese hermano?». Y el anciano calló.

Dos días después el abad Pastor mandó llamar al hermano y le dijo en presencia del abad Anub: «¿Qué me preguntaste el otro día?, porque estaba distraído». El hermano replicó: «Te dije que siembro mi campo y reparto lo que recojo».

Y le respondió el abad Pastor: «Creía que se trataba de un hermano tuyo seglar, pero sí se trata de ti, ese no es negocio de un monje». El hermano al oírlo se entristeció mucho y dijo: «No hago, ni sé hacer otra cosa más que ésta, ¿y no voy a poder sembrar mi campo?».

Cuando marchó el hermano, el abad Anub pidió perdón al abad Pastor, y éste le dijo: «Desde el principio sabía que no era ese negocio de monje, pero de acuerdo con sus disposiciones le animé a crecer en caridad. Pero ahora se va triste, y seguirá haciendo el mismo trabajo porque no sabe hacer otra cosa».

47 Un hermano preguntó al abad Pastor: «¿Qué significa aquella Escritura: "¿Todo aquel que se encolerice contra su hermano sin motivo?"». (Mt 5,22). Y respondió: «En todo aquello con lo que te haya querido ofender tu hermano, mientras no te arranques tu ojo derecho y lo arrojes, sin motivo te enfadas con él. Pero si alguno quisiera apartarte de Dios, entonces enfádate con él».

48 Decía el abad Pastor: «Si un hombre peca y no lo niega, sino que lo reconoce y dice: "He pecado", no le reprendas, pues destruirás su buen propósito. Por el contrario, dile más bien: "No te entristezcas, hermano, ten cuidado en adelante" y anímale a hacer penitencia».

49 El abad Pastor dijo: «La prueba es un bien. Las pruebas hacen a los hombres más experimentados».

50 Dijo también: «El que enseña una cosa y no hace lo que enseña, se parece a un pozo que sacia y limpia a los demás y no puede lavarse a sí mismo. Todas las impurezas e inmundicias se quedan en él».

51 Decía también: «Es hombre aquel que se conoce a sí mismo». Y añadió: «Hay personas que parecen guardar silencio, pero su corazón condena a los demás. En realidad están hablando sin cesar. Otros hablan desde la mañana hasta la noche y sin embargo guardan silencio». Esto dijo porque él nunca hablaba más que para el provecho de los que oían.

52 Dijo también: «Supongamos que tres hermanos viven juntos. Uno de ellos practica a la perfección la hesyquia y el recogimiento. El otro está enfermo pero da gracias a Dios. El tercero, con sincero corazón sirve a los otros dos. Pues bien, los tres son semejantes en el premio de su vida, como si los tres hiciesen lo mismo».

53 Decía también: «El mal nunca ha expulsado al mal. Si alguno te hace algún mal, hazle tú un bien, para destruir su mal con tu buena acción».

54 Dijo también: «El que se queja, no es monje. Devolver mal por mal no es propio de un monje. El iracundo, no es monje».

55 Un hermano vino al abad Pastor y le dijo: «Me vienen muchos malos pensamientos y me pongo en peligro».

Entonces el anciano le empujó hacia el aire libre y le dijo: «¡Despliega tu vestido y encierra en él el aire!». El hermano respondió: «¡No puedo hacer tal cosa!».

Y repuso el anciano: «Pues si no puedes hacer eso, tampoco puedes impedir que te vengan los malos pensamientos, pero lo que si puedes hacer es resistirlos».

56 Un hermano vino al abad Pastor y le hizo la siguiente consulta: «Me acaban de enviar la parte de la herencia que me corresponde, ¿qué hago con ella?».

El abad Pastor le dijo: «Vete y vuelve dentro de tres días y entonces te contestaré».

El hermano volvió el día señalado, y el anciano le dijo: «¿Qué quieres que te diga hermano? Si te digo que lo des a una iglesia, los clérigos se lo gastarían en succulentas comidas. Si te aconsejo que se lo des a tus familiares, no tendrás recompensa alguna. Pero si te recomiendo que se lo des a los pobres, te sentirás seguro. Vete y haz lo que quieras, yo no tengo ningún interés en este asunto».

57 Dijo también: «Si te viene un pensamiento relativo a lo que es necesario para la vida del cuerpo y lo satisfaces una primera vez y más tarde una segunda, ¿qué hay que hacer si vuelve por tercera vez? No le prestes atención pues es un pensamiento vano».

58 Un hermano preguntó al abad Pastor: «Si veo una cosa, ¿crees que debo decirla?». El anciano le respondió: «Escrito está: "El que responde antes de escuchar se busca necedad y confusión" (Prov 18,13). Habla si te preguntan. Si no te preguntan, calla».

59 El abad Pastor contó este dicho del abad Amón: «Hay personas que llevan un hacha toda su vida y son incapaces de talar un árbol. Otros saben cortar y con pocos golpes derriban un árbol. Este hacha, añadía, es la discreción».

60 Decía también el abad Pastor: «La voluntad del hombre es un muro de bronce y una roca que se interpone entre Dios y él. Si renuncia a ella, podrá decirse a sí mismo lo que está escrito en el Salmo: "Con mi Dios escalo la muralla y Dios es perfecto en sus caminos" (Sal 18.30 y 31). Pero si trata de justificar su voluntad, el hombre está en peligro».

61 Un hermano hizo al abad Pastor la siguiente pregunta: «El estar con mi abad perjudica mi alma. ¿Qué me aconsejas, sigo con él?».

Sabía el abad Pastor que el alma del hermano se estaba deteriorando junto a su abad, y se extrañaba de que el hermano le preguntase si debía quedarse con él. Y le dijo: «Si quieres, quédate».

Y el otro volvió para quedarse con su abad. Pero vino de nuevo a ver al abad Pastor y le dijo: «Estoy causando daño a mi alma».

Sin embargo el abad Pastor no le dijo: «Aléjate de tu abad». Vino el hermano por tercera vez y dijo: «Creedme, no puedo seguir con él».

Y el anciano le dijo entonces: «Ahora acabas de salvarte. Vete y no sigas más con él». Y añadió: «Un hombre al ver que su alma sufre detrimento no tiene necesidad de preguntar. Se consulta sobre los pensamientos ocultos para que los ancianos puedan dar su juicio, pero de los pecados manifiestos no hay necesidad de preguntar. Hay que arrancarlos inmediatamente».

62 El abad Abraham, discípulo del abad Agatón, preguntó al abad Pastor: «¿Por qué me atacan de esta manera los demonios?». Y le contestó el abad Pastor: «¿Te atacan los demonios? Los demonios no nos atacan cuando hacemos nuestra propia voluntad, porque nuestra voluntad entonces se ha identificado con la de los demonios y ellos nos empujan a cumplirla. ¿Quieres saber con quién luchan los demonios? Con Moisés y los que se parecen a él».

63 Contaba el abad Pastor que un hermano preguntó al abad Moisés: «¿Cómo un hombre puede morir para su prójimo?». Y el anciano le respondió: «Si el hombre no asienta en el fondo de su corazón que lleva tres años en la sepultura, no lo conseguirá».

64 Un hermano preguntó al abad Pastor: «¿Cómo debe un monje vivir en su celda?». Y el anciano le dijo: «Vivir en la celda, en lo que toca al exterior, consiste en trabajar con las manos, comer una sola vez al día, guardar silencio y meditar. Pero para progresar interiormente en la celda, hay que despreciarse siempre, donde quiera que uno vaya, observar las horas del servicio divino y no descuidarse en lo tocante a las faltas ocultas. Si el monje descansa del trabajo manual, que vaya a cumplir con el servicio divino y que lo termine con paz. Final-

mente, busca la compañía de los buenos monjes que viven a tu alrededor y huye la de los malos».

65 Vinieron dos hermanos al abad Pambo y uno de ellos le preguntó: «Padre, ayuno dos días seguidos y como tan sólo dos panecillos, ¿crees que salvaré mi alma? ¿O es una ilusión?». Y el otro hermano dijo a su vez: «Recojo con mi trabajo dos cargas diarias de legumbres, me quedo con una pequeña parte para comer y el resto lo reparto como limosna, ¿crees que me salvaré o es pura ilusión?».

Y aunque insistían en sus preguntas no les contestó. Cuatro días más tarde, cuando estaban a punto de partir, los clérigos les dijeron: «No os entristezcáis, hermanos, pues Dios quiere recompensaros. Es costumbre del anciano no contestar inmediatamente, sino esperar a que Dios le inspire lo que debe decir».

Volvieron de nuevo a la celda del abad y le dijeron: «Padre, ruega por nosotros».

Y él les dijo: «¿Os marcháis ya?». «Sí», le respondieron.

Y después de mirarles, y como si se atribuyese a sí mismo las obras de ellos, se puso a escribir en el suelo, y decía: «Pambo ayuna dos días y come tan sólo dos panecillos, ¿crees que por eso es monje? ¡No!». Y siguió diciendo: «Pambo recoge cada día dos cargas de legumbres y las reparte como limosna, ¿crees que por eso es monje? ¡Tampoco!». Se calló unos instantes y les dijo: «Hacéis una obra buena, pero si guardáis vuestra conciencia ante vuestro prójimo, entonces os salvareis».

Y edificados con estas palabras se fueron muy contentos.

66 Un hermano preguntó al abad Pambo: «¿Por qué los demonios me impiden hacer bien a mi prójimo?». El anciano le dijo: «¡No hables así!, pues harías mentiroso a Dios. Antes di: "No quiero practicar la misericordia" ya que Dios previno tu objeción y dijo: "Os he dado poder de pisar sobre serpientes y escorpiones, y sobre toda potencia enemiga" (Lc 10,19). ¿Por qué no aplastas, tú también, a los espíritus inmundos?».

67 Dijo el abad Paladio: «El alma que desea vivir según la voluntad de Cristo, debe aprender con cuidado lo que no sabe y enseñar con claridad lo que sabe. El que no quiere hacer ninguna de estas cosas pudiendo hacerlo, es un insensato. El apartarse de Dios empieza por el hastío de la doctrina, cuando ya no se busca aquello que anhela el alma que ama a Dios».

68 Un hermano preguntó al abad Sisoés: «¿Por qué no me dejan en paz las pasiones?». Y le contestó el anciano: «Porque sus instrumentos están dentro de ti. Devuélveles sus herramientas y se irán».

69 Un hermano fue al monte Sinaí para visitar al abad Silvano. Vio allí a unos hermanos que estaban trabajando y dijo al anciano: «Obrad, no por el alimento perecedero». (Jn 6,27). «María ha elegido la parte buena». (Lc 10,42).

El anciano dijo a su discípulo Zacarías: «Envía a ese hermano a una celda donde no haya nada». Y al llegar la hora de nona, el hermano atisbaba la puerta para ver si venían a llamarle para la comida. Pero como no venía nadie, se levantó, fue a donde estaba el anciano y le dijo: «Padre, ¿no han comido hoy los hermanos? «Sí, ya han comido», contestó el abad. «Y, ¿por qué no me has llamado?».

El anciano le respondió: «Tú eres un hombre espiritual y no necesitas esta clase de alimentos. Nosotros somos hombres carnales y necesitamos comer; por eso trabajamos con nuestras manos. Tú has elegido la mejor parte, lees todo el día y no quieres tomar alimento material».

Al oír esto el hermano se echó por tierra y arrepentido dijo: «Perdóname, Padre».

El abad añadió: «María tiene necesidad de Marta. Gracias a Marta es alabada María».

70 Decía Santa Sinclética: «Los que amasan riquezas materiales con su trabajo y con los peligros del mar, cuanto más han ganado más quieren tener. Estiman en nada lo que tienen y tienden con toda su alma hacia lo que les falta. Nosotros que no tenemos nada de lo que debe-

ríamos buscar, no queremos adquirir lo que necesitamos para alcanzar el temor de Dios».

- 71 Dijo también: «Existe una tristeza útil y una tristeza dañosa. La útil nos hace llorar nuestros pecados y las debilidades de nuestro prójimo para que no desfallezcamos en nuestro deseo de perfección. Este es el carácter de nuestra verdadera tristeza. Existe otra tristeza que viene del enemigo. Este nos inspira, sin motivo alguno, una tristeza que llaman tedio. Hay que echar fuera este espíritu con oraciones y salmos frecuentes».
- 72 Decía también: «Una dura abstinencia puede ser sugerida por el demonio, pues también sus secuaces la practican. ¿Cómo distinguiremos, pues, la abstinencia de procedencia divina, la verdadera, de la tiránica y diabólica? Evidentemente por la moderación. Guarda durante toda tu vida una misma regla para tu ayuno. No ayunes cuatro o cinco días seguidos para perder luego tu virtud con abundantes comidas. Esto alegra al demonio. Lo que se hace sin medida es corruptible. No gastes todas las municiones de una sola vez, si no quieres verte desarmado y ser hecho prisionero. Nuestro cuerpo es el arma y nuestra alma el soldado. Vigila al uno y a la otra, para que estés preparado para cualquier eventualidad».
- 73 Dos ancianos de la región de Pelusa vinieron un día a visitar a la abadesa Sara. Y mientras caminaban se decían el uno al otro: «Humillemos a esa vieja». Y le dijeron: «Ten cuidado de no ensoberbecerte pensando: «Unos varones, unos ermitaños, vienen a verme a mí que soy mujer». Pero la abadesa Sara les contestó: «Soy mujer por el sexo, pero no por el espíritu».
- 74 La abadesa Sara decía: «Si pidiese a Dios que todos los hombres estén contentos de mí, tendría que ir a pedirles perdón a todos ellos. Prefiero pedirle que mi corazón se conserve puro con todos».
- 75 El abad Hiperequios dijo: «El verdadero sabio es aquel que enseña a los demás con sus obras, no con sus palabras».

76 Un día vino un monje que había ocupado en Roma un alto puesto en palacio. Se instaló en Scitia, cerca de la iglesia, y tenía consigo un criado que le servía. Viendo el sacerdote de la iglesia su debilidad y sabiendo que estaba acostumbrado a una vida muelle, le enviaba lo que el Señor le daba o era ofrecido a la iglesia. Después de veinticinco años pasados en Scitia llegó a ser un varón contemplativo que leía en el interior de los corazones y había alcanzado una gran reputación. Al conocer su fama vino a verle uno de los grandes monjes de Egipto que esperaba encontrar en él una gran abstinencia.

Entró, le saludó y después de hacer oración juntos, se sentaron. El egipcio vio que el otro estaba elegantemente vestido, su lecho era de papiro con una alfombra a sus pies y una blanda almohada para su cabeza. Sus pies estaban limpios y calzados con sandalias. Y se escandalizó en su interior, pues no era esa la costumbre del lugar, sino que acostumbraban a vivir con gran austeridad y penitencia. El anciano romano tenía el don de la contemplación y el carisma del discernimiento de espíritus y comprendió que el monje de Egipto se había escandalizado interiormente de él.

Dijo entonces a su criado: «Prepara una buena comida, por causa de este Padre que acaba de llegar». Y el hermano puso a cocer unas legumbres. A la hora conveniente se pusieron a la mesa. El romano tenía un poco de vino a causa de su debilidad y lo bebieron también. Al llegar la tarde, rezaron doce salmos y se acostaron. Y otro tanto hicieron a media noche.

A la mañana siguiente se levantó el egipcio y dijo: «Ruega por mí», y se marchó muy mal impresionado. Y cuando se encontraba a cierta distancia, quiso el anciano de Roma curarle, y le mandó llamar.

Le recibió de nuevo con gran amabilidad y empezó a preguntarle: «¿De qué país eres?». «Soy de Egipto». «¿De qué ciudad?». «No soy de ciudad, ni nunca viví en ciudad». «Y antes de ser monje, ¿qué hacías en el lugar donde vivías?». «Cuidaba los campos». «¿Y dónde dormías?». «En el campo». «¿Y tenías una cama para dormir?». «Cómo iba a tener una cama para dormir en el campo?». «¿Y cómo dormías?». «Sobre el suelo». Y el romano siguió preguntando: «¿Qué comías en el campo, y qué bebías?». «¿Qué se puede comer y beber

en el campo?». «¿Cómo vivías pues?». «Comía pan seco, alguna sazón si la encontraba y bebía agua». «Era un oficio duro, dijo el anciano y añadió: "¿Había baños para poderte bañar allí?"». «No, contestó el otro, me lavaba en el río cuando tenía ganas».

Cuando el anciano de Roma obtuvo respuesta de este largo interrogatorio y conoció su vida y su género de trabajo anterior, queriendo ayudarle, le contó la vida que había llevado mientras vivía en el mundo. «Este miserable que ves, nació en la gran ciudad de Roma y ocupó un elevado puesto en el palacio del emperador».

Apenas oyó el comienzo de su narración, el egipcio se conmovió profundamente y escuchaba con gran atención lo que el otro le decía. El romano añadió: «Dejé Roma y vine a este desierto. Tenía grandes palacios e inmensas riquezas y las desprecié para venir a esta pequeña celda».

Y prosiguió: «Tenía lechos cubiertos de oro y preciosamente guarnecidos. Y a cambio de ello Dios me dio esta cubierta de papiro y esta piel. Mis vestidos eran de precio inestimable y en su lugar uso estos harapos». Le dijo también: «Gastaba mucho dinero en comer y a cambio Dios me ha dado estas pocas legumbres y este jarro de vino. Tenía muchos criados para que me sirvieran y en su lugar, Dios ha movido a este único para que me acompañe.

Por todo baño me contento con echar un poco de agua a mis pies y uso sandalias a causa de mi enfermedad. En vez de arpas, cítaras y otros instrumentos músicos que alegraban mis banquetes, digo doce salmos durante el día y otros tantos por la noche. Y para expiar los pecados de mi vida pasada, ahora presento a Dios en el recogimiento mi pobre e inútil servicio. Por favor, Padre, no te escandalices de mi flaqueza.»

Al oír todo esto, el de Egipto volvió en sí y dijo: «¡Ay de mí!, que de muchas tribulaciones y grandes trabajos en el mundo vine más bien a encontrar descanso en la vida monacal. Y tengo ahora lo que no tenía entonces. Tú por propia voluntad has venido de disfrutar grandes placeres en el mundo a sufrir, y de mucha honra y riquezas a pobreza y humildad.»

El monje se fue muy aprovechado, se hizo amigo suyo y venía a menudo a visitarle para aprovecharse de sus enseñanzas. Era hombre de discernimiento y lleno del buen olor del Espíritu Santo.

77 Decía un anciano: «Las palabras solas no bastan. Hoy hay mucha palabrería en los hombres de nuestro tiempo. Pero se necesitan obras. Estas son lo que Dios busca, no palabras que no dan fruto.»

78 Un hermano preguntó a los Padres: «¿Se mancha uno pensando cosas sucias?» Después de estudiar entre ellos la cuestión, unos decían: «Sí, se mancha». Otros decían: «No, porque sí se mancha no podemos salvarnos, ya que somos ignorantes. Esto toca a la salvación y para esto basta con no hacer materialmente lo que pensamos.»

El hermano que había hecho la pregunta no quedó satisfecho con esta variedad de respuestas de los Padres, y se fue a un Padre muy experimentado y le consultó sobre el asunto. Y el anciano respondió: «A cada uno se le pedirá cuenta según su medida».

Y el hermano dijo al anciano: «Por Dios te pido que me expliques estas palabras». El anciano le dijo: «Supongamos que hubiese aquí una joya muy preciosa. Entran dos hermanos de los cuales uno tiene gran virtud, después de una vida muy probada, y el otro apenas es un principiante en el camino de la virtud. Si el deseo del perfecto se excita al ver la joya aquella y dice dentro de sí: "Quiero poseer esa joya", y no sigue en su deseo sino que lo aleja enseguida de sí, no se mancha. Si el otro que no ha llegado todavía a un alto grado de virtud, desea la joya, y rumia su pensamiento porque su deseo le empuja, pero sin embargo no coge la joya, tampoco se mancha».

79 Decía un anciano: «Si uno habita en una región sin dar fruto en ese sirio, el mismo lugar le arrojará porque no ha producido el fruto del país».

80 Dijo un anciano: «Si alguno hace una cosa siguiendo su voluntad, buscando lo que no es según Dios, si lo hace por ignorancia podrá después volver al camino del Señor. Pero el que se obstina en seguir su voluntad y no la de Dios, y no quiere escuchar a los demás por-

que se fía de su propio saber, éste difícilmente llegara al sendero del Señor».

- 81 Se le preguntó a un anciano: «¿Qué camino es ese que se lee en la Escritura: "¡Qué estrecha es la entrada y qué angosto el camino que lleva a la vida!"». (Mt 7,14). Y el anciano contestó: «El camino angosto y estrecho es hacerse violencia y quebrantar por amor de Dios su propia voluntad». Es lo que está escrito de los Apóstoles: "Ya lo ves, nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido"». (Mt 19,27).
- 82 Decía un anciano: «Como el estado del monje es superior al del seglar, así también el monje peregrino debe ser en todo un espejo para los monjes sedentarios».
- 83 Uno de los Padres decía: «Si un buen obrero se queda en un lugar donde no existen obreros, no puede progresar en su oficio. Lo único que podrá hacer es esforzarse para no olvidar lo que sabe. Pero si un perezoso vive con un buen operario, progresará. Y si no adelanta, por lo menos no va hacia atrás».
- 84 Dijo un anciano: «El hombre que habla, pero no tiene palabras, se parece a un árbol cubierto de hojas, pero que no tiene frutos. Así como un árbol que está lleno de frutos, también tiene hojas, de igual modo, el hombre que hace obras buenas, hablará en consecuencia».
- 85 Contaba un anciano que un hermano cometió un pecado grave. Moviéndose a penitencia fue a contarle a un anciano, pero no le confesó su falta, sino que le preguntó: «¿Si a uno le vienen tales pensamientos, se salvará?». El anciano, que carecía de discernimiento, le respondió: «Ha perdido su alma». Al oírlo el hermano se dijo: «Si he perdido mi alma me vuelvo al mundo». Pero en el camino, decidió ir a abrirse con el abad Silvano, que era famoso por su discreción. Fue a verle, pero tampoco le contó su pecado, sino que le dijo lo mismo que al primero, es decir: «¿Si a uno le vienen tales pensamientos, se salvará?».

El abad Silvano abrió su boca y, apoyándose en la Escritura, le dijo: «No se trata de juzgar los pensamientos, sino el pecado». Al oír estas palabras el hermano se animó, y recuperada la esperanza le confesó su culpa. Después de escucharle el abad Silvano, como buen médico, le puso en el alma una cataplasma hecha de sentencias de la Sagrada Escritura, que aseguran que la penitencia es posible para aquellos que de verdad se convierten a Dios por un amor verdadero.

Después de algunos años, el abad Silvano encontró a aquel anciano que había desanimado al hermano. Le contó lo sucedido y añadió: «Aquel hermano, que se desesperó con tu respuesta y se volvía al mundo, es hoy una espléndida estrella en medio de los hermanos».

He contado esta historia, para que sepamos el gran peligro que se corre cuando uno manifiesta sus pensamientos, o sus faltas, a uno que carece de discreción.

86 Decía un anciano: «No nos condenamos porque entren en nosotros malos pensamientos, sino porque hacemos mal uso de ellos. Sucede que naufragamos por causa de unos pensamientos, pero también que somos coronados por causa de ellos».

87 Un anciano dijo: «No des ni recibas nada de la gente del mundo. No tengas trato con mujeres ni demasiada familiaridad con los niños».

88 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué debo hacer, porque me tientan muchos pensamientos y no sé cómo resistirlos?». Y el anciano le dijo: «No luches contra todos, sino contra uno solo. Todos los pensamientos del monje tienen una sola cabeza. Es necesario examinar cuál y de qué naturaleza es ese pensamiento, y luchar contra él. De ese modo todos los demás pensamientos pierden su fuerza».

89 Decía un hermano a propósito de los malos pensamientos: «Por amor de Dios, hermanos, reprimamos los malos pensamientos como reprimimos las malas obras».

90 Un anciano dijo: «El que quiere vivir en el desierto debe ser maestro. El que necesita ser enseñado puede recibir daño en ese género de vida».

91 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Cómo puedo encontrar a Dios? ¿En los ayunos, en el trabajo, en las vigilias o en la misericordia?». Y el anciano le contestó: «En todas esas cosas que has enunciado y en la discreción. Porque te digo que muchos castigaron su carne, pero como lo hicieron sin discreción se fueron con las manos vacías. Nuestra boca huele mal a causa del ayuno, sabemos toda la Escritura y recitamos de memoria a David; pero no tenemos lo que Dios busca, es decir, humildad».

92 Un hermano dijo a un anciano: «Padre, pregunto a los ancianos y me hablan de la salvación de mi alma, pero no retengo nada de sus palabras. ¿Para qué me sirve preguntarles si no saco ningún provecho? ¡Estoy totalmente echado a perder!». Había allí dos vasos vacíos.

El anciano le dijo: «Toma uno de estos vasos, llénalo de aceite, quema dentro estopa, vacía el vaso y ponlo en su sitio». Así lo hizo. Y el anciano le dijo: «Haz lo mismo otra vez». Y después de que repitiera la misma operación varias veces, le dijo el anciano: «Trae los dos vasos y mira cuál de los dos está más limpio». Y respondió el hermano: «Aquel en el que he puesto el aceite». «Lo mismo le sucede al alma, dijo el anciano, que pregunta. Aunque no retenga nada de lo que oye, se purifica más que la que no hace preguntas».

93 Un hermano practicaba la hesyquia en su celda y los demonios quisieron seducirle «sub especie» de ángeles que le invitaban a acudir a la «synaxis», y para ello le enseñaban una luz. Pero el hermano fue a ver a un anciano y le dijo: «Padre, los ángeles vinieron con una luz y me persuaden para que vaya a la synaxis».

Y el anciano le aconsejó: «No les escuches, hijo mío, que son demonios. Cuando vengan a molestarte, diles: "Yo me levanto cuando quiero, pero a vosotros no os escucho"».

Con el consejo del anciano el hermano volvió a su celda. La noche siguiente volvieron los demonios y le seducían según su costumbre. Él, como le habían mandado, respondió diciendo: «Yo voy cuando quiero; a vosotros no os escucho». Ellos le dijeron: «Ese mal viejo, ese mentiroso, te ha seducido. Un hermano vino para que le prestase dinero y le dijo que no tenía y no le dio nada, y era mentira, porque sí tenía dinero. Ya ves que es un mentiroso».

Al amanecer el hermano volvió al encuentro del anciano y se lo contó. El anciano le contestó: «Es verdad que tenía dinero, y que vino un hermano para que se lo prestase, y no se lo di porque sabía que si se lo daba dañaría a su alma: preferí faltar a un mandamiento que quebrantar diez. Hubiéramos podido tener muchas molestias por su causa si hubiera recibido dinero de mí. Tú no escuches a los demonios que quieren seducirte». Y muy confortado con las palabras del anciano, el hermano volvió a su celda.

94 Un día, tres hermanos vinieron a ver a un anciano de Scitia. Uno de ellos le dijo: «Padre, he aprendido de memoria el Antiguo y el Nuevo Testamento». El anciano le contestó: «Has llenado el aire de palabras». El segundo le dijo: «He copiado a mano todo el Antiguo y el Nuevo Testamento». Y el anciano le respondió: «Has llenado de papeles tus venas». El tercero dijo: «En mi hogar ha crecido la hierba». Y el anciano contestó: «Has echado de ti la hospitalidad».

95 Contaban los Padres que un anciano muy venerable, si venía alguno a consultarle alguna cosa, le decía con gran seguridad: «Mira que ocupó el lugar de Dios y que actuó como juez, ¿qué quieres que haga por ti? Si vienes a decirme: "Ten piedad de mí", Dios te dice: "Si quieres que yo tenga piedad de ti, ten tú piedad de tus hermanos y yo la tendré de ti. Si quieres que te perdone, perdona tú a tu prójimo". ¿Acaso va a ser Dios quien te ponga pleito? Seguro que no. Si queremos salvamos, la salvación depende de nosotros».

96 Se dice que en las Celdas había un anciano muy penitente y un día en que estaba celebrando sus oficios, vino a su celda un santo varón y le oyó, desde fuera, cómo luchaba contra las tentaciones: «¿Hasta cuán-

do, decía, he de perderlo todo por una sola palabra?». El que estaba fuera pensó que estaba discutiendo con algún otro y llamó a la puerta para entrar y pacificarlos. Pero al entrar constató que no había nadie más que el anciano en el interior. Como tenía mucha confianza con el anciano, le preguntó: «¿Con quién discutías, Padre?». El otro contestó: «Con mis pensamientos, porque he confiado a mi memoria catorce libros y he oído fuera una palabrita y cuando he venido a rezar el oficio olvidé todo aquello. Y sólo aquella palabrita que oí fuera me vino a la memoria a lo largo de todo el rezo. Y por eso me enfadaba con mi pensamiento».

97 Los hermanos de un cenobio vinieron al desierto y se llegaron a la celda de un ermitaño que los recibió con gran alegría. Según la costumbre de los eremitas, al verlos tan cansados, les preparó comida fuera de la hora. Les trajo lo que tenía en la celda e hizo que descansaran. Al atardecer rezaron doce salmos y otro tanto hicieron por la noche. Mientras velaba, el anciano les oyó que decían entre sí: «Los anacoretas se dan mejor vida en el desierto que nosotros en nuestro convento».

A la mañana siguiente, cuando salían para visitar a otro ermitaño cercano, el anciano les dijo: «Saludadle de mi parte y decidle: "No riegues las legumbres"». El otro, al oírlo, entendió el sentido y les tuvo trabajando en ayunas hasta muy tarde.

Y ya casi de noche, recitó un largo oficio, y luego les sacó lo que tenía diciendo: «Descansemos un poco a causa de vosotros, pues estáis cansados del trabajo». Y añadió: «No tenemos costumbre de comer todos los días, pero, a causa de vosotros, tomaremos un poco». Y les sacó pan seco y sal diciendo: «Por vosotros, hoy tenemos festín», y añadió un poco de vinagre a la sal.

Y al levantarse de la mesa, estuvieron rezando salmos hasta la madrugada. Y dijo el ermitaño: «A causa de vosotros no podemos cumplir nuestra regla; tenéis que descansar un poco porque sois peregrinos». Al llegar la mañana quisieron marcharse, pero él les rogaba: «Quedaos algún tiempo con nosotros, pero si por causa de vuestras reglas no podéis hacerlo durante mucho tiempo, por lo menos pasad aquí

dos o tres días según la costumbre del desierto».

Pero ellos, adivinando que no les iba a dar descanso, huyeron a escondidas.

- 98 Un hermano preguntó a uno de sus Padres: «Si me dejo vencer por el sueño y se me pasa la hora del oficio, mi alma, avergonzada, no se atreve a recuperarlo». Y el anciano le dijo: «Si te duermes hasta la mañana, cuando te despiertes, levántate, cierra las puertas y ventanas y recita tu oficio, porque escrito está: "Tuyo es el día, tuya también la noche" (Sa 74,16). Todo tiempo es bueno para dar gloria a Dios».
- 99 Decía un anciano: «Un hombre come mucho pero se queda con hambre. Otro come poco y queda saciado. Pues bien, el que come mucho y queda con hambre, tiene mayor recompensa que el que come poco y se sacia».
- 100 Un anciano dijo: «Si te sucede tener con otro hermano unas palabras desagradables, y él lo niega diciendo: "No he dicho esas palabras", no discutas con él ni le respondas: "Sí, las has dicho", porque se enfadaría y te dirá: "Sí, las he dicho, ¿y que?"».
- 101 Un hermano consultó a un anciano: «Mi hermana es pobre. Si le doy limosna, ¿no es ella como otro pobre cualquiera?». Y le dijo el anciano: «No». Y el hermano preguntó: «Por qué, Padre?». Y el anciano respondió: «Porque la sangre te tira un poco».
- 102 Decía un anciano: «El monje no debe oír a los que hablan mal de otros, ni ser él mismo detractor, ni escandalizarse».
- 103 Un anciano dijo: «No te agrada todo lo que te digan, ni te prestes a cualquier conversación. Sé tardo para crecer y pronto para decir la verdad».
- 104 Un anciano decía: «Si a un hermano que está en su celda le viene un pensamiento, y dándole vueltas dentro de su corazón no acierta a descifrar su sentido, ni tampoco se lo aclara Dios, vienen los demo-

nios y le hacen creer lo que ellos quieren acerca de ese pensamiento».

105 Decían algunos ancianos: «Al principio, cuando nos reuníamos para hablar de cosas de provecho para nuestras almas, nos levantábamos más animados y nos acercábamos al cielo. Ahora nos reunimos para murmurar y nos arrastramos mutuamente al abismo».

106 Otro Padre decía: «Si nuestro hombre interior vigila, podrá cuidar al hombre exterior. Pero si no es así, ¿cómo podremos guardar nuestra lengua?».

107 El mismo Padre dijo: «La obra espiritual es necesaria, pues para eso vinimos. Cuesta mucho trabajo decir con la boca lo que no cumplimos de obra».

108 Decía otro anciano: «Es absolutamente necesario que el monje esté en la celda ocupado interiormente. Si se ocupa de las cosas de Dios puede, de vez en cuando, venir el diablo, pero no encuentra sitio para quedarse. Si por el contrario el enemigo le domina y llega a esclavizarle, el espíritu de Dios vuelve de nuevo con frecuencia, pero si no le hacemos sitio, se irá por nuestra culpa».

109 Un día unos monjes bajaban de Egipto a Scitia para visitar a los ancianos. Y se escandalizaron cuando les vieron comer con impaciencia, pues estaban muertos de hambre por un ayuno excesivo. Uno de los presbíteros se dio cuenta y quiso curarles antes de que marcharan. Y en la iglesia se puso a predicar al pueblo: «Ayunad y prolongad vuestro ayuno, hermanos».

Los hermanos que habían venido de Egipto se querían marchar, pero él les retuvo. Apenas comenzaron su ayuno, la cabeza empezó a darles vueltas, pues les hizo ayunar dos días seguidos. Los hermanos de Scitia ayunaron toda la semana. Al llegar el sábado, los egipcios se pusieron a comer con los ancianos de Scitia. Y como los egipcios se abalanzasen sobre la comida, uno de los ancianos les cogió las manos y les dijo: «Comed con medida, como monjes».

Pero uno de los egipcios apartó su mano diciendo: «Déjame que me muero. No he comido nada cocido en toda la semana». Y le dijo el anciano: «Si vosotros comiendo cada dos días habéis desfallecido hasta este punto, ¿por qué os habéis escandalizado de los hermanos que ayunan toda una semana al verlos romper su ayuno?».

Los monjes de Egipto hicieron una metanía ante los ancianos y se fueron alegres y edificados de su abstinencia.

110 Un hermano renunció al mundo, vistió el hábito de monje y enseguida se recluyó, diciendo: «Quiero estar solo». Al saberlo los ancianos vecinos vinieron y le hicieron salir y le mandaron recorrer las celdas de los hermanos y hacer una metanía delante de cada uno, diciendo: «Perdóname, no soy un anacoreta. Hace muy poco tiempo que he empezado a ser monje».

111 Decían los ancianos: «Si ves a un joven subir al cielo por su propia voluntad, agárrale del pie y tíralo al suelo, pues no le conviene».

112 Un hermano dijo a un anciano venerable: «Padre, quisiera encontrar un anciano a mi gusto para vivir con él». Y el anciano le dijo: «Es una buena búsqueda, señor mío». El otro seguía afirmando que ese era su deseo, sin entender lo que el anciano había querido insinuarle. Pero cuando vio el anciano que el hermano continuaba en su idea creyendo que pensaba rectamente, le dijo: «Entonces, si encuentras un anciano a tu gusto, ¿quieres quedarte con él?». Y el otro le contestó: «Eso es exactamente lo que quiero, si encuentro uno que me convenga». Entonces el anciano le dijo: «No es para hacer la voluntad de ese anciano, sino para que él haga la tuya y así encontrar tú descanso en él». El hermano comprendió lo que el anciano quería decirle y levantándose se arrojó al suelo e hizo una metanía, diciendo: «Perdóname, Padre, que me he ensoberbecido sin medida, creyendo que hablaba sensatamente, cuando la realidad es que no tengo nada bueno».

113 Dos hermanos carnales renunciaron al mundo. El más joven de los dos fue el primero en convertirse. Uno de los Padres vino a visitar-

les, trajeron un barreño y el más joven se acercó para lavar los pies al anciano. Pero éste, tomándole de la mano le apartó e hizo que fuera el hermano mayor el que realizara aquella buena obra, según la costumbre del monasterio. Los hermanos que estaban presentes, le dijeron: «Padre, el más joven ha sido el primero en convertirse y tiene prioridad». Pero el anciano les respondió: «Pues bien, retiro la prioridad al más joven para dársela al que le precede en edad».

114 Decía un anciano: «Los profetas escribieron libros.

Nuestros Padres vinieron después de ellos y trabajaron mucho sobre esos libros. Sus sucesores los aprendieron de memoria. Ha venido una generación, la actual, que lo escribió todo en papeles y pergaminos que ha dejado descansar ociosos en sus ventanas».

115 Un anciano decía: «Nuestra capucha es el símbolo de la inocencia. El escapulario que cubre la espalda y el cuello es figura de la cruz. El cinturón con el que nos ceñimos, es señal de la fortaleza. Viva-mos pues conforme a lo que nuestro hábito significa, que si todo lo hacemos con celo, no desfalleceremos nunca».

Capítulo XI

De la vigilancia

1 Un hermano hizo una pregunta al abad Arsenio para escuchar una palabra suya. Y el anciano le dijo: «Lucha con todas tus fuerzas para que tu conducta interior se acomode a la voluntad de Dios y venza las pasiones del hombre exterior». Dijo también: «Si buscamos a Dios se nos aparecerá. Y si lo retenemos se quedará junto a nosotros».

2 El abad Agatón decía: «Un monje no debe permitir que su conciencia le acuse de cosa alguna». Cuando murió permaneció tres días inmóvil, con los ojos abiertos.

Los hermanos le sacudieron un poco y le preguntaron: «¿Padre, dónde estás?». Y respondió: «Estoy ante el tribunal de Dios».

Y le dijeron los hermanos: «Padre, ¿tú también temes?». Y contestó: «Me he esforzado con toda mi alma en guardar los mandamientos de Dios, pero soy hombre, y no sé si mis obras fueron agradables a Dios».

Los hermanos le dicen: «¿No confías en que tus obras fueron según Dios?». Y el anciano dijo: «No estaré seguro hasta que no esté delante de Dios. Una cosa es el juicio de Dios y otra el juicio de los hombres».

Y como los hermanos le quisieron preguntar más cosas, les dijo: «Por caridad, no me habléis más, estoy ocupado». Y dicho esto murió con gran alegría. Y le vieron entregar su espíritu como un amigo que saluda a sus amigos íntimos. Había sido vigilante en todo y decía: «Sin vigilancia no se adelanta en ninguna virtud».

- 3 Cuando el abad Amoés iba a la iglesia no permitía que su discípulo caminase a su lado. Debía seguirle de lejos y si se acercaba para preguntarle alguna cosa, le respondía con brevedad y enseguida lo enviaba detrás de sí. Decía: «No sea que hablando de algo que sea de utilidad al alma, nos deslicemos en algún tema que no sea conveniente. Por eso no te permito que te quedes a mi lado».
- 4 Al comenzar una entrevista, preguntó el abad Amoés al abad Arsenio: «¿Cómo me ves en este momento?». Arsenio le contestó: «Como un ángel, Padre». Más tarde le volvió a preguntar: «Y ahora, ¿cómo me ves?». Y Arsenio le dijo: «Como si fueras Satanás, porque aunque tu conversación ha sido buena, ha sido como una espada para mí».
- 5 El abad Alonio decía: «Mientras el hombre no diga en su corazón: "En este mundo estamos sólo Dios y yo", no tendrá paz ni descanso en su vida».
- 6 Dijo también: «Si el hombre quiere de verdad, en un solo día, de la mañana a la noche, puede alcanzar la medida de la divinidad».
- 7 El abad Besarión dijo en el momento de su muerte: «Un monje debe ser todo ojos como los querubines y serafines».
- 8 Un día caminaban juntos el abad Daniel y el abad Amoés. Y dijo el abad Amoés: «Padre, ¿crees que también nosotros, algún día, nos asentaremos en una celda?». El abad Daniel respondió: «¿Quién nos puede quitar a Dios? Dios ahora está fuera, y también en la celda está Dios».
- 9 El abad Evagrio decía: «La oración sin distracción es una gran cosa. Pero mayor es la salmodia sin distracción».
- 10 Decía también: «Acuérdate de tu muerte y no te olvides de los castigos eternos. Así ninguna falta manchará tu alma».
- 11 Dijo el abad Teodoro de Ennato: «Si Dios nos imputa las negligencias en el tiempo de oración y las distracciones que padecemos durante la

salmodia, no podemos ser salvos».

- 12 El abad Teonás decía: «Porque nuestra alma se distrae y se aparta de la contemplación de Dios, somos esclavos de nuestras pasiones carnales».
- 13 Un día, unos hermanos quisieron tentar al abad Juan el Enano, porque no permitía que su mente se entretuviese con pensamientos vanos, ni hablaba de cosas de este mundo. Le dijeron: «Demos gracias a Dios porque este año ha llovido mucho, las palmas tienen el agua necesaria y empiezan a dar ramas. Así los hermanos encontrarán lo que necesitan para su trabajo manual». El 'abad Juan les respondió: «Lo mismo ocurre cuando el Espíritu Santo baja al corazón de los santos. Reverdecen en cierto modo, se renuevan y dan hojas de temor de Dios».
- 14 Un día el abad Juan preparó cuerdas para hacer dos espueñas. Pero las empleó todas en una sola y no cayó en la cuenta hasta que llegó a la pared. Su espíritu estaba totalmente embebido en la contemplación de Dios.
- 15 Había en Scitia un anciano de gran vigor corporal, pero que no era muy cuidadoso para retener lo que oía. Fue al abad Juan el Enano y le consultó sobre este problema de su falta de memoria. Escuchó sus palabras, volvió a su celda y olvidó lo que le había dicho el abad Juan. Volvió otra vez para preguntarle, le escuchó de nuevo, regresó a su celda y en cuanto llegó se le olvidó lo que había oído.

Fue y vino muchas veces pero siempre se olvidaba de lo que le decía. Más tarde se encontró con el anciano y le dijo: «¿Sabes, Padre, que he vuelto a olvidar lo que me dijiste? Pero para no molestarte no he querido volver». El abad Juan le dijo: «Vete y enciende esa candela». Y la encendió. Y le dijo de nuevo: «Trae otras candelas y enciéndelas con ella». Y lo hizo así. Y entonces el abad Juan le dijo al anciano: «¿Se ha visto perjudicada esa candela porque en ella encendiste las otras?». «No».

«Pues tampoco Juan sufrirá detrimento aunque toda Scitia venga a verme. Eso no me apartará del amor de Dios. Por tanto, siempre que quieras, no dudes en venir».

Así, por la paciencia de ambos, Dios curó al anciano de su falta de memoria. Los monjes de Scitia tenían a gala animar a los que luchaban contra alguna pasión, y echaban sobre sí sus penas. Y de ello salían ganando los dos.

16 Un hermano vino a preguntar al abad Juan: «¿Qué debo hacer? Un hermano viene a menudo a buscarme para que vaya a trabajar con él. Yo soy débil y sin fuerzas y me consumo en ese trabajo. ¿Qué debo hacer para cumplir el mandato del Señor?». El anciano le respondió: «Caleb, hijo de Yefunné dijo a Josué, hijo de Nun: "Cuarenta años tenía yo cuando Moisés, siervo de Yahvé, me envió contigo a este país. Ahora tengo ochenta y conservo todo mi vigor de entonces para combatir, para ir y venir" (Jos 14,7. 10. 11). Por tanto, si puedes, vete, sal y entra. Pero si no lo puedes hacer, quédate en la celda llorando tus pecados. Si te encuentran así llorando no te obligarán a salir».

17 El abad Isidoro, presbítero de Scitia, decía: «Cuando era joven y moraba en mi celda, no contaba el número de salmos que recitaba al decir el Oficio. Pasaba en ello el día y la noche».

18 Contaba el abad Casiano que un monje que vivía en el desierto había pedido a Dios la gracia de no dormirse cuando se ocupaba en asuntos de su alma, y sucumbir inmediatamente al sueño si le venían palabras de odio o de maledicencia, para no escuchar ese veneno. Decía el anciano que el diablo se afana por hacer decir a los hombres palabras ociosas y es el enemigo de toda doctrina espiritual. Y para explicarlo ponía este ejemplo:

«Un día yo hablaba de cosas provechosas para el alma con mis hermanos y se durmieron tan profundamente que no podían ni levantar los párpados de sus ojos. Deseando hacerles caer en la cuenta de que era el demonio, empecé a hablar de cosas vanas y en seguida se sacudie-

ron muy alegres el sueño. Yo gimiendo les dije entonces: "Hasta ahora hemos estado hablando de cosas del cielo y todos vuestros ojos estaban dominados por un profundo sueño, pero cuando se trató de cosas vanas, enseguida os pusisteis a escuchar: por eso, queridos hermanos, sabiendo que es cosa del demonio, vigilad y tened cuidado de no ser presa del sueño cuando escucháis o hacéis alguna cosa espiritual"».

19 El abad Pastor, cuando era joven, fue a un anciano para hacerle tres preguntas. Pero al llegar a donde vivía el anciano, se le olvidó una de ellas y tuvo que volverse a su celda. Pero cuando alargó la mano para coger el picaporte, se acordó del asunto que se le había olvidado. Retiró la mano y volvió donde el anciano. El anciano le dijo: «Hermano, te has dado mucha prisa en volver». Y Pastor le contó como al alargar la mano para coger el picaporte de la puerta, había recordado la pregunta, e inmediatamente, sin abrir la celda, había regresado. La distancia era muy considerable. El anciano le dijo: «Si, eres un verdadero pastor del rebaño. Tu nombre se pronunciará en todo Egipto».

20 El abad Amón vino a ver al abad Pastor y le dijo: «Si voy a la celda de mi vecino, o él viene a la mía para tratar algún asunto, tenemos mucho miedo, los dos, de dejarnos llevar a alguna conversación profana e impropia de un monje». Y el anciano le dijo: «Haces bien. Los jóvenes tienen necesidad de vigilancia». Y el abad Amón le preguntó: «¿Qué hacían los ancianos?». Y le contestó el abad Pastor: «A los ancianos aprovechados y firmes en la virtud no les venía a los labios ninguna cosa profana de qué hablar». Y dijo el abad Amón: «Entonces, si me veo obligado a hablar con mi vecino, ¿te parece bien que hable con él de las Sagradas Escrituras o de las Sentencias de los ancianos?». Y el abad Pastor le respondió: «Si no puedes callar, es mejor que hables de las Sentencias de los ancianos que de las Escrituras, pues esto encierra peligros no pequeños».

21 Preguntado el abad Pastor acerca de las faltas, respondió: «Si practicas una ascesis enérgica en el temor de Dios y eres vigilante, no encontrarás en ti faltas».

- 22 Cuando el abad Pastor se preparaba para el Oficio, se sentaba antes durante una hora, para aclarar sus pensamientos. Y luego salía.
- 23 El abad Pastor contaba que un hermano fue a preguntar al abad Paisio: «¿Qué debo hacer por mi alma que se ha vuelto insensible y no teme a Dios?». Y el anciano le dijo: «Vete, únete a un hombre temeroso de Dios, y su compañía te enseñará a temer a Dios».
- 24 Dijo también: «El temor de Dios es principio y fin. Está escrito: "Principio del saber el temor de Yahvé" (Sal 110,10). Y cuando Abraham terminó su altar, le dijo el Señor: "Ahora ya sé que eres temeroso de Dios"». (Gén 22,12).
- 25 Decía también el abad Pastor: «Huye del hombre que en la conversación no cesa de discutir».
- 26 Dijo también: «En cierta ocasión, conté al abad Pedro, discípulo del abad Lot: "Cuando estoy en la celda mi alma está en paz. Viene un hermano, me cuenta lo que sucede fuera y se turba mi alma". Y el abad Pedro me dijo que el abad Lot, a esa misma pregunta le había respondido: "Tu llave es la que abre mi puerta". Y que él le había preguntado: "¿Qué significan estas palabras?". Y él contestó: "Si viene a verte un hermano y tú le preguntas: ¿Cómo estás, a dónde vienes, qué tal estos y aquellos hermanos, te han recibido bien o no?', entonces abres la puerta de la boca de tu hermano y escuchas lo que no quieres". "Así es, le dije yo, pero ¿qué tengo que hacer cuando venga a mi celda un hermano?". Y me dijo el anciano: "El penthos es una doctrina universal. Donde no existe el penthos es imposible guardar el alma". Y yo le dije entonces: "Cuando estoy en mi celda el penthos está conmigo, pero sí viene a verme alguno o salgo de mi celda, ya no lo encuentro". Y el anciano contestó: "Todavía no tienes dominio sobre el penthos, sino que dispones de él en algunas ocasiones". Y le pregunté: "¿Qué significa eso?". Y me dijo el abad Lot: "Si el hombre lucha con todas sus fuerzas para lograr una cosa, si la busca, a cualquier hora que la necesite la encontrará"».

- 27 Un hermano dijo al abad Sisoés: «Quiero guardar mi corazón». Y él le respondió: «¿Cómo podremos guardar nuestro corazón, si nuestra lengua encuentra la puerta abierta?».
- 28 El abad Silvano moraba en el monte Sinaí. Un día, su discípulo, que quería ausentarse para cierto negocio suyo, le dijo: «Deja correr el agua y riega el huerto». El abad Silvano salió para dar suelta al agua, y cubriéndose el rostro con su capucha, por lo que no veía más allá de sus pies. Un hombre le vio de lejos y se dio cuenta de lo que hacía. Se le acercó y le preguntó: «Dime, Padre, ¿por qué te cubres el rostro con el capuchón para regar el huerto?». Y el anciano le dijo: «Para que mis ojos no vean los árboles, y así mi mente no se distraiga al mirarlos y descuide mi trabajo».
- 29 Preguntó el abad Moisés al abad Silvano: «¿Puede el hombre, todos los días, iniciar su conversión?». El abad Silvano le respondió: «Si el hombre es laborioso, cada día y a cada hora, puede iniciar su conversión».
- 30 Los hermanos preguntaron un día al abad Silvano qué método había seguido para alcanzar una tal prudencia. Y respondió: «Nunca permití entrar en mi corazón un pensamiento que me irritase».
- 31 El abad Serapión decía: «Los soldados que están delante del emperador no pueden mirar ni a derecha ni a izquierda. Lo mismo el monje cuando está en presencia de Dios y se aplica continuamente en su temor, ninguna amenaza del enemigo le podrá asustar».
- 32 Santa Sinclética decía: «Seamos vigilantes. Los ladrones penetran por los sentidos de nuestro cuerpo, aunque nosotros no queramos. ¿Cómo dejará de ennegrecerse la casa, si el humo exterior encuentra las ventanas abiertas?».
- 33 Dijo también: «Hay que estar armado por todas partes contra los demonios. Porque entran desde fuera, se mueven dentro y nuestra alma lo tiene que sufrir todo. Lo mismo que un barco se ve, a veces, sacudido por la enorme masa de las olas, desde el exterior, y otras veces

se ve arrastrado al fondo por el peso del agua que se mete en su interior, también nosotros nos perdemos por nuestras malas obras externas unas veces y otras nos vemos arruinados por la malicia de nuestros pensamientos.

Conviene, por tanto, que vigilemos no sólo los ataques exteriores de los espíritus inmundos, sino que arrojemos también la inmundicia de nuestros pensamientos interiores».

34 Decía también: «No tenemos seguridad en este mundo. El apóstol nos dice: "Así pues, el que crea estar en pie, mire no caiga". (1 Co 10, 12). Navegamos en la incertidumbre, porque como dice el Salmista: embargo, en el mar hay sitios llenos de peligros y sitios tranquilos. Nosotras, parece ser que navegamos por zonas tranquilas y los del mundo por zonas peligrosas. Además, nosotras caminamos de día guiadas por el sol de justicia, mientras ellos navegan en la noche de la ignorancia. Sin embargo, ocurre a menudo que la gente del mundo, que navega en la tempestad y en la oscuridad, salva su nave gritando a Dios y vigilando, por temor al peligro. Y nosotras, instaladas en la tranquilidad, nos hundimos por nuestra negligencia abandonando el timón de la justicia».

35 El abad Hiperequios dijo: «Piensa siempre en el Reino de los Cielos, y pronto lo tendrás en heredad».

36 Dijo también: «Que la vida del monje sea imitación de los ángeles, es decir, que queme y consuma los pecados».

37 Decía el abad Orsio: «Pienso que si el hombre no guarda su corazón, se olvidará de lo que oye y ve, y se descuidará. Y finalmente el enemigo, encontrando sitio dentro de su alma, le suplantarán. Una lámpara en la que se ha preparado aceite y una mecha, dará luz. Pero si por negligencia no se puso aceite, poco a poco se apagará y las tinieblas podrán más que ella. Si llega un ratón y quiere roer la mecha, mientras no esté completamente apagada no lo puede hacer a causa del calor del fuego. Pero si ve que la mecha se ha apagado y ya no conserva el calor del fuego, al querer llevarse la mecha, tirará

al suelo también la lámpara. Si la lámpara es de barro se romperá, pero si es de bronce su dueño puede repararla.

Lo mismo ocurre con el alma negligente. Poco a poco el Espíritu Santo se aparta de ella, hasta que se apaga del todo su fervor. Entonces el enemigo consume y devora los buenos deseos del alma y arruina ese cuerpo de pecado. Pero si el hombre, por el amor que tiene a Dios, es bueno y sencillamente se ha visto arrastrado por la negligencia, Dios, que es infinitamente misericordioso, aviva en él su espíritu y el recuerdo de las penas preparadas para los pecadores en el siglo venidero y cuida de que sea vigilante y en adelante preceda con suma cautela, hasta el día de su venida».

38 Un anciano vino a ver a otro anciano y mientras hablaban, uno de ellos dijo: «Yo estoy muerto al mundo». Y el otro le contestó: «No te fíes de ti hasta que hayas salido de este cuerpo, pues aunque tú digas de ti que estás muerto, Satanás no está muerto».

39 Decía un anciano: «El monje debe, cada día, por la mañana y por la tarde, pensar qué ha hecho y qué no ha hecho de lo que Dios quiere. Así debe examinar el monje toda su vida y hacer penitencia. Así vivió el abad Arsenio».

40 Dijo un anciano: «El que pierde oro o plata, puede recuperarlo. Pero el que desaprovecha una ocasión, no la volverá a encontrar».

41 Decía un anciano: «El soldado y el cazador que salen a su trabajo, no piensan si éste está herido y aquel otro sano. Cada uno lucha por sí solo. Así debe proceder el monje».

42 Un anciano dijo: «Nadie puede herir al que está al lado del emperador. Tampoco Satanás puede hacernos el menor daño si nuestra alma está unida a Dios, pues escrito está: "Volveos a mí y yo me volveré a vosotros (Za 1,3). Pero como con frecuencia nos envanecemos, el enemigo se apodera de nuestra miserable alma y la arroja en el fango de las pasiones».

- 43 Un hermano dijo a un anciano: «No siento ninguna lucha en mi corazón». Y el anciano le respondió: «Eres como la puerta de una ciudad. Entra todo el que quiere y por donde quiere y sale cuando quiere y como quiere, sin que tú te enteres de nada de lo que hacen. Si tuvieras una puerta bien cerrada y si impidieses la entrada a los malos pensamientos, los verías estar en pie fuera y luchando contra ti».
- 44 Se cuenta de un anciano que cuando sus pensamientos le decían: «Descansa hoy, mañana harás penitencia», él les contradecía diciendo: «No, hoy hago penitencia; mañana haré la voluntad de Dios».
- 45 Un anciano decía: «Si no vigilamos nuestro exterior es imposible guardar nuestro interior».
- 46 Dijo un anciano: «Tres son las artimañas de Satanás que preceden a todos los pecados: la primera es el olvido, la segunda la negligencia, la tercera la concupiscencia. Porque si viene el olvido engendra negligencia, de la negligencia nace la concupiscencia y ésta hace caer al hombre. Pero si la mente vigila para no caer en el olvido, no caerá en la negligencia. Si no es negligente, no sentirá la concupiscencia. Si no le domina la concupiscencia, no caerá nunca con la gracia de Dios».
- 47 Un anciano decía: «Aplicáte al silencio y no pienses cosas vanas. Acostado o levantado date a la meditación, con temor de Dios. Si esto haces no temerás el ataque de los enemigos».
- 48 Decía un anciano a un hermano: «El diablo es el enemigo y tú eres la casa. El enemigo no cesa de arrojar sobre ti todo lo sucio que encuentra, y de volcar sobre ti todas sus inmundicias. A ti te toca no descuidarte y echar fuera todo lo que él te arroja. Si te descuidas, tu casa se llenará de basura y no podrás entrar en ella. Por eso, desde el principio, elimina, poco a poco, lo que él te arroje, y tu casa estará limpia por la gracia de Cristo».
- 49 Uno de los ancianos dijo: «Cuando a un animal se le tapan los ojos, da vueltas alrededor del molino, porque si tuviese los ojos descubier-

tos no daría vueltas. También el diablo, cuando consigue cegar los ojos del hombre, lo humilla con toda clase de pecados. Pero si no se cierran los ojos, es más fácil escapar de él».

50 Decían los ancianos: «Siete monjes moraban en el monte del abad Antonio. Cuando llegaba el tiempo de los dátiles uno de ellos se encargaba de espantar a los pájaros. Y uno de aquellos ancianos, el día que le tocaba guardar los dátiles, gritaba: "Salid de dentro los pensamientos malos, y pájaros, ¡fuera!"».

51 Un hermano de las Celdas preparó las palmas, pero al sentarse para hacer las esteras le vino el pensamiento de ir a visitar a un anciano.

Y reflexionando interiormente dijo: «Iré dentro de unos días». Y de nuevo le insinuaba su pensamiento: «¿Y si muere entre tanto, qué harás?». «Iré ahora a hablar con él, aprovechando el verano». Pero de nuevo pensó: «No es ahora el momento. Cuando hayas cortado los juncos para las esteras, entonces será la ocasión». Y de nuevo se dijo: «Extiendo estas palmas y voy». Y pensó otra vez: «Hoy hace buen día».

Se levantó, dejó las palmas en agua, tomó su melota y marchó. Tenía por vecino de celda un anciano que leía los corazones y al verle caminar con tanta prisa le gritó: «¡Prisionero, prisionero!, ¿dónde vas tan corriendo? Ven aquí». Y cuando llegó donde estaba, le dijo el anciano: «Vuelve a tu celda».

El hermano le contó el vaivén de su pensamiento y luego volvió a su celda. Entró en ella, se postró en tierra e hizo una metanía. Hecho esto los demonios empezaron a gritar con grandes voces: «¡Nos has vencido, monje, nos has vencido!». La estera sobre la que se había postrado pareció incendiarse y los demonios desaparecieron como el humo. Así el hermano aprendió sus malas artes.

52 Un anciano se moría en Scitia y los hermanos rodeaban su lecho. Le vistieron su hábito llorando, pero el abrió los ojos y se echó a reír. Y esto mismo se repitió tres veces.

Al verlo los hermanos le preguntaron: «Padre, ¿por qué nosotros lloramos y tú te ríes?». El les dijo: «He reído la primera vez porque vosotros tenéis miedo a la muerte. La segunda porque no estáis preparados. La tercera porque paso del trabajo al descanso, y vosotros lloráis». Dichas estas palabras cerró los ojos y descansó en el Señor.

53 Un hermano de una de las celdas vino a uno de los Padres y le dijo que sus pensamientos le atormentaban. El anciano le dijo: «Has arrojado por tierra esa herramienta maravillosa que es el temor de Dios y tienes en la mano una vara de caña, que son los malos pensamientos. Toma en ella más bien el fuego del temor de Dios y cuando se te acerque el mal pensamiento, arderá como caña en el fuego del temor de Dios. El mal no tiene ningún poder contra los que temen a Dios».

54 Uno de los Padres decía: «No puedes amar sí antes no has odiado. Porque si no. odias al pecado, no podrás cumplir con la justicia, pues escrito está: "Apártate del mal y obra el bien" (Sal 37,27). Porque en todo esto lo que importa es la voluntad del alma. Adán, estando en el paraíso, desobedeció el mandamiento del Señor, mientras que Job, sentado en su estercolero, lo observó. Por eso Dios sólo busca en el hombre su buena voluntad para que le posea siempre».

Capítulo XII

Se debe orar continuamente y con vigilancia

1 Se decía del abad Arsenio que el sábado por la tarde, cuando empezaba el día del Señor, volvía su espalda al sol, levantaba sus manos al cielo y oraba hasta que en la mañana del domingo el sol, al levantarse, iluminaba su rostro. Y sólo entonces iba a sentarse.

2 Unos hermanos preguntaron al abad Agatón: «Padre, ¿cuál es la virtud que exige más esfuerzo en la vida religiosa?».

El les respondió: «Perdonadme, pero estimo que nada exige tanto trabajo como el orar a Dios. Si el hombre quiere orar a su Dios, los demonios, sus enemigos, se apresurarán a interrumpir su oración, pues saben muy bien que nada les hace tanto daño como la oración que sube hacia Dios. En cualquier otro trabajo que emprenda el hombre en la vida religiosa, por mucho esfuerzo y paciencia que dicho trabajo exija, tendrá y logrará algún descanso. La oración exige un penoso y duro combare hasta el último suspiro».

3 El abad Dulas, discípulo del abad Besarión, contaba: «Un día fui a la celda de mi abad y le encontré de pie en oración y con las manos levantadas al cielo. Permaneció así durante catorce días. Luego me llamó, y me dijo: "Sígueme". Y fuimos al desierto. Yo sentía sed y le dije: "Padre, tengo sed". El tomó su cantimplora, se apartó de mí a la distancia de un tiro de piedra, hizo oración y me la trajo llena de agua. Después fuimos a la ciudad de Lyco para visitar al abad Juan. Terminados los saludos hicimos oración. A continuación los dos ancianos se sentaron y empezaron a hablar de una visión que habían tenido. El abad Besarión dijo: "Dios ha decidido destruir los templos". Y así ocurrió. Fueron destruidos».

- 4 Decía el abad Evagrio: «Si estás desanimado, ora. Ora con temor y temblor, con ardor, sobriedad y vigilancia. Así es preciso orar, especialmente a causa de nuestros enemigos invisibles, que son malos y se aplican a todo mal, pues sobre todo en este punto de la oración se esfuerzan en ponernos dificultades».
- 5 Dijo también el abad Evagrio: «Cuando te venga un mal pensamiento en la oración no busques otra cosa en ella. Afila la espada de las lágrimas contra el que te combate».
- 6 El abad del monasterio que Epifanio, de santa memoria, obispo de Chipre, tenía en Palestina, le envió a decir: «Gracias a tus oraciones no hemos descuidado la Regla. Hemos rezado cuidadosamente tercia, sexta, nona y vísperas». Pero el obispo le contestó: «Veo que hay horas en las que dejáis de hacer oración. El verdadero monje debe orar sin interrupción, o al menos salmodiar en su corazón».
- 7 El abad Isaías decía: «El presbítero de Pelusa celebró un ágape. Los hermanos se pusieron a comer y a charlar entre sí en la iglesia. El sacerdote les increpó: "¡Callad, hermanos! Conozco a un hermano que come con vosotros y su oración sube como fuego en la presencia del Señor.
- 8 El abad Lot vino a ver al abad José y le dijo: «Padre, me he hecho una pequeña regla según mis fuerzas. Un pequeño ayuno, una pequeña oración, una pequeña meditación y un pequeño descanso. Y me aplico según mis fuerzas a liberarme de mis pensamientos. ¿Qué más debo hacer?». El anciano se puso en pie, levantó sus manos al cielo y sus dedos se convirtieron en diez lámparas de fuego. Y le dijo: «Si quieres, puedes convertirte del todo en fuego».
- 9 Unos monjes euquitas, es decir «orantes», vinieron un día a ver al abad Lucio, a Ennato. El anciano les preguntó: «¿Qué clase de trabajo manual hacéis?». Y ellos le dijeron: «No hacemos ningún trabajo manual, sino que, como dice el apóstol, oramos constantemente». (Cf 1 Tes 5,17).

El anciano les dijo: «¿No coméis?». Y ellos contestaron: «Sí, comemos». Y el anciano les preguntó: «¿Y cuándo coméis, quién ora por vosotros?». De nuevo les preguntó el anciano: «¿No dormís?». Y contestaron: «Dormimos». «Y cuando dormís, ¿quién ora en vuestro lugar?». Y no supieron qué responderle.

El anciano les dijo entonces: «Perdonadme, hermanos, pero no hacéis lo que decís. Yo os enseñaré cómo trabajando con mis manos oro constantemente. Me siento con la ayuda de Dios, corto unas palmas, hago con ellas unas esteras y digo: "Ten piedad de mí, oh Dios, según tu amor, por tu inmensa ternura borra mi delito" (Sal 51,1). ¿Es esto una oración o no?». Ellos dijeron: «Sí». El anciano continuó: «Paso todo el día trabajando y orando mental o vocalmente y gano unos dieciséis denarios. Pongo dos delante de mi puerta y con el resto pago mi comida. El que recoge aquellos dos denarios, ora por mí mientras que yo como o duermo. Y así es como cumplo, con la gracia de Dios, lo que está escrito: "Orad constantemente"». (1 Tes 5,17).

10 Preguntaron unos al abad Macario: «¿Cómo debemos orar?». Y él les dijo: «No es preciso hablar mucho en la oración, sino levantar con frecuencia las manos y decir: "Señor, ten piedad de mí, como tú quieres y como tu sabes". Si tu alma se ve atribulada, di: "¡Ayúdame!". Y como Dios sabe lo que nos conviene, se compadece de nosotros».

11 Se contaba que si el abad Sisoés no se daba prisa en bajar sus manos cuando se ponía en pie para orar, su espíritu se veía transportado a las alturas. Por eso, si oraba en compañía de algún hermano, bajaba enseguida las manos temeroso de caer en éxtasis y permanecer así largo tiempo.

12 Decía un anciano: «La oración asidua cura enseguida el alma».

13 Uno de los Padres decía: «Es imposible que uno vea su rostro en un agua turbia. Tampoco el alma, si no se purifica de pensamientos extraños, puede contemplar a Dios en la oración».

14 Un anciano vino un día al monte Sinaí, y cuando se marchaba salió a su encuentro un hermano que le dijo llorando: «Estamos muy afligidos, Padre, por la sequía, porque no llueve». Y le dijo el anciano: «¿Por qué no oráis y pedís la lluvia a Dios?». Y le dijo el otro: «Ya oramos y rogamos continuamente a Dios, pero no llueve». Y replicó el anciano: «Creo que no habéis orado con atención, ¿quieres comprobarlo? Ven, pongámonos de pie los dos juntos y oremos». Levantó las manos al cielo, oró y al punto empezó a llover. Al ver esto el hermano, se echó a temblar y se arrojó a sus pies. El anciano, empero, se escapó de allí rápidamente.

15 Los hermanos contaban: «Un día fuimos a ver a unos ancianos. Después de hacer oración, según costumbre, nos saludamos y nos sentamos para conversar juntos. Terminada la reunión, en el momento de marchar, pedimos el tener de nuevo juntos un rato de oración.

Uno de aquellos ancianos nos dijo: «¿Cómo, pero no habéis orado ya?». Le dijimos: «Sí, Padre, hemos hecho oración al llegar, pero desde entonces hasta ahora no hemos hecho más que hablar». Y él nos dijo: «Perdonadme, hermanos, pero está sentado entre vosotros un hermano que mientras hablaba ha hecho ciento tres oraciones».

Y después de decirnos esto, hicimos oración y nos despidieron.

Capítulo XIII

Hay que practicar la hospitalidad y la misericordia con alegría

1 Un día unos Padres vinieron a Panefo para ver al abad José y consultarle sobre la manera de recibir a los hermanos que estaban de paso. Si debían moderar la abstinencia y alegrarse con ellos. Y antes de que le hiciesen la pregunta, dijo el anciano a su discípulo: «Observa lo que voy a hacer hoy y ten paciencia». Puso dos asientos de haces de juncos atados, uno a la derecha y otro a la izquierda, y les dijo «Sentaos». Entró en su celda y se vistió de harapos. Salió, pasó por medio de ellos, entró de nuevo en su celda y se vistió con los mismos vestidos que tenía antes. Volvió a salir y se sentó en medio de ellos. Los Padres estaban extrañados de su comportamiento y le preguntaron qué significaba todo aquello. Y él les dijo: «¿Habéis visto lo que he hecho?». Le dijeron: «Si». Y prosiguió el anciano: «¿He cambiado yo al vestirme de harapos?». «No». Y les preguntó de nuevo: «¿Me he comportado peor al vestirme con el traje nuevo».

Y repitieron: «No». «Por tanto, dijo el anciano, soy el mismo con los dos vestidos. Ni el primero me ha cambiado, ni el segundo me ha perjudicado. Así debemos proceder cuando recibimos a los hermanos, como se lee en el Santo Evangelio: "Lo del César devolvédsele al César y lo de Dios a Dios" (Mt 22,21). Cuando se presentan los hermanos debemos recibirles con alegría, cuando estamos solos practicamos el penthos». Al oírle quedaron admirados, pues el abad José, antes de ser preguntado, sabía lo que traían en el corazón. Y dieron gracias a Dios.

2 El abad Casiano dijo: «Hemos venido de Palestina a Egipto para ver a uno de los Padres, y mientras cumplía sus deberes de hospitalidad, le preguntaron: "¿Por qué cuando recibes a los hermanos no guardas la regla del ayuno, como es costumbre en Palestina?". El anciano nos

respondió: "El ayuno lo tengo siempre a mano, mientras que a vosotros no os puedo tener siempre aquí. El ayuno, aunque es útil y necesario, está dejado a nuestra voluntad, mientras que la plenitud de la ley de Dios nos exige el cumplimiento de la caridad. Al recibir en vosotros a Cristo, debo testimoniaros con el mayor afecto todo lo que toca a la caridad. Cuando os haya despedido podré reincorporarme a la disciplina del ayuno. ¿Pueden acaso los invitados a la boda estar tristes mientras el novio está con ellos? Días vendrán en que les será arrebatado el novio; ya ayunarán entonces"». (Mt 9,15).

3 Decía también: «Fuimos un día a visitar a un anciano, que nos invitó a comer. Y aunque ya estábamos saciados, nos exhortaba a seguir comiendo. Le dije que no podía más, y él me contestó: "Hoy he puesto la mesa seis veces para recibir a hermanos de paso, y para animarlos yo he comido con ellos y todavía tengo hambre. Y tú que tan sólo has comido una vez, ¿estás ya tan lleno que no puedes comer más?"».

4 Un día, en Scitia, se publicó un ayuno de una semana, como preparación a la Pascua, y durante esa semana vinieron unos monjes de Egipto para ver al abad Moisés. El les preparó una pequeña papilla. Los vecinos vieron el humo y dijeron a los clérigos de la Iglesia: «Moisés no guarda la ley: está cocinando una papilla». Los clérigos dijeron: «Cuando venga, hablaremos con él». Al llegar el sábado, los clérigos, que conocían la gran virtud del abad Moisés, le dijeron delante de todo el pueblo: «Abad Moisés, has desobedecido el mandato de los hombres, pero para cumplir mejor el mandamiento de Dios».

5 Un hermano fue a visitar al abad Pastor la segunda semana de Cuaresma. Le abrió su corazón y encontró la paz en sus respuestas. El hermano le dijo al final: «He dudado un poco en venir a verte hoy». «¿Por qué?», le preguntó el anciano. «Temía encontrar cerrada la puerta porque estamos en Cuaresma». Y el abad Pastor le respondió: «No hemos aprendido a cerrar la puerta de madera sino más bien a tener cerrada la puerta de nuestra boca».

6 Un hermano dijo al abad Pastor: «Cuando doy a uno de mis hermanos

un poco de pan o cualquier otra cosa, los demonios ensucian mi ofrenda, para que parezca que lo hago para dar gusto a los hombres».

El anciano le dijo: «Aunque lo hiciésemos por agradar a los hombres, debemos dar a los hermanos lo que necesitan». Y le contó esta parábola:

«Dos labradores vivían en una misma aldea. Uno de ellos sembró, pero recogió poco y sucio. El otro no quiso sembrar y no recogió nada. Si sobreviene el hambre en la región, ¿cuál de los dos podrá defenderse mejor?».

El hermano respondió: «El que recogió algo, aunque poco y sucio». Y el anciano concluyó: «Hagamos lo mismo.

Sembremos lo poco e inmundo que tenemos para no morir en tiempo de hambre».

7 Un hermano vino a ver a un ermitaño, y al marchar le dijo: «Perdóname, Padre, porque te he impedido guardar tu regla». Pero el anciano le respondió: «Mi regla es recibirte con hospitalidad y despedirte con paz».

8 Un anacoreta, muy observante, vivía cerca de una comunidad de hermanos. Unos monjes vinieron al monasterio en el que vivía aquella comunidad y fueron a ver al eremita. Y le hicieron comer fuera de la hora acostumbrada. Luego los hermanos le dijeron: «Padre, ¿no estás contristado?». Y él les respondió: «Yo sólo estoy triste cuando hago mi propia voluntad».

9 Vivía en Scitia un anciano, muy cerca del camino del desierto. Y su trabajo consistía en que cuando venía un monje del desierto, con toda confianza y caridad le invitaba a reponer sus fuerzas en su celda. Un día pasó un anacoreta y le invitó a comer con él. Pero el otro no quiso tomar nada, diciendo: «Yo ayuno». El anciano apenado, le dijo: «Te ruego que no desprecies a tu siervo ni apartes tus ojos de mí. Pero ven a hacer oración conmigo. Hay aquí un árbol que se inclinará durante la oración que vamos a hacer de rodillas cada uno de no-

sotros. Seguiremos el parecer de aquel sobre el que se incline el árbol». El ermitaño se arrodilló y se puso en oración, pero no sucedió nada. Se arrodilló después el anciano que le había invitado a comer y al punto se dobló el árbol. Al verlo se alegraron mucho y dieron gracias a Dios que hace siempre maravillas.

10 Dos hermanos fueron a visitar a un anciano. Este tenía la costumbre de no comer todos los días. Al verles les recibió con gran alegría, y les dijo: «El ayuno tiene su recompensa, pero el que come por caridad cumple dos mandamientos: deja de hacer su propia voluntad y cumple el precepto de dar de comer a los hermanos».

11 Un anciano vivía en un lugar desierto de Egipto. Lejos de él vivía un maniqueo, que era sacerdote para los herejes de esta secta. Este quiso visitar a una persona de su secta, pero la noche le sorprendió en aquel lugar donde vivía aquel varón santo y ortodoxo. Y estaba deseando llamar a su puerta para pasar la noche con él. Sabía que el otro no ignoraba que era maniqueo y por eso se resistía a su deseo, no fuese que no quisiera recibirle. Obligado por la necesidad llamó. Al abrir, el anciano le reconoció, le recibió con gran alegría, le invitó a orar, y después de darle de cenar le condujo a un aposento donde pudiese dormir. Durante la noche, el maniqueo estaba admirado pensando en todo esto y decía: «¿Cómo es que no ha tenido la menor suspicacia contra mi? Verdaderamente es un siervo de Dios». Al levantarse por la mañana, se echó a sus pies y le dijo: «A partir de hoy soy ortodoxo y no me separaré jamás de ti». Y desde entonces se quedó con él.

12 Un monje de Tebas había recibido de Dios la gracia de distribuir a los pobres lo que cada uno necesitaba. Un día fue a un pueblo para celebrar el ágape, y se le acercó una mujer que vestía muy miserablemente. Al verla tan pobremente vestida hundió hasta el fondo de su bolsa las manos para llenarlas lo más posible y poder de este modo darle una medida abundante, pero sus manos se cerraron y recogió muy poco. Vino otra que iba bien vestida y, al ver sus vestidos, metió la mano con intención de darle poco.

Pero sus manos se abrieron y sacó mucho. El monje solicitó información acerca de estas dos mujeres y supo que la que usaba buenos vestidos era una dama distinguida que había caído en la miseria, y que se vestía así para no perjudicar la reputación de sus hijos. La otra se había cubierto de harapos para mendigar y poder recibir más.

13 Un monje tenía un hermano que vivía muy pobremente en el mundo. Le entregaba todo el producto de su trabajo, pero cuanto más le daba más se empobrecía su hermano. Y fue a contárselo a un anciano que le aconsejó: «Si me quieres escuchar, no le des nada más en adelante, sino dile: "Hermano, mientras he tenido algo te he ayudado, pero a partir de ahora, trabaja y ayúdame con lo que ganes con tu trabajo". Y tú, recibe lo que te traiga, dáselo a un peregrino o a un anciano pobre, y ruégales que oren por él». El monje hizo lo que se le había dicho. Cuando vino a verle su hermano le dijo lo que el anciano le había recomendado, y el otro se marchó triste. Pero un día vino a traerle unas pocas legumbres de su huerto. El hermano las tomó y se las llevó a los ancianos pidiéndoles que orasen por su hermano. Luego, después de recibir la bendición, volvió a su casa. Más tarde le trajo legumbres y tres panes y el hermano hizo lo mismo que la vez anterior.

Recibida la bendición, se volvió. Volvió por tercera vez trayendo mucho dinero, vino y pescado. Al ver todo esto, el hermano se admiró, llamó a los pobres y les regaló abundantemente. Luego dijo a su hermano seglar: «¿No necesitas algunos panes?». «No, señor, porque cuando recibía de ti algo, una especie de fuego entraba en mí casa y lo consumía. Pero ahora que no recibo nada de ti, vivo en la abundancia, y Dios me bendice». El monje fue a contárselo todo al anciano que le había aconsejado, que le respondió: «¿No sabes que el trabajo del monje es un fuego y que donde quiera que entra quema? Es más útil para tu hermano que haga limosna de lo que gana con su trabajo, y consiga así que los santos pidan por él. Gracias a su bendición, el fruto de su trabajo se multiplica».

14 Decía un anciano: «Si uno hace con frecuencia buenas obras, el demonio puede meterle en el alma una especie de escrúpulo en las cosas pequeñas, para que pierda la recompensa de todas las otras buenas obras que hace.

Estaba yo un día en Oxirinto con un sacerdote que hacía muchas limosnas. Se presentó una viuda y le pidió un poco de trigo. Y él le dijo: "Trae un celemin, para que te dé una medida". Ella trajo uno, pero el sacerdote lo examinó, lo midió con la mano y le dijo: "Es muy grande", y la viuda se sintió muy avergonzada. Cuando se hubo marchado la viuda, yo le dije: "Padre, ¿acaso ese trigo se lo has dado prestado a esa viuda?". Y el contestó: "No; se lo he regalado". Y entonces yo le dije: "Pues si se lo has dado gratis, ¿por qué has sido tan escrupuloso en ese mínimo detalle de la medida y has hecho pasar esa vergüenza a esa pobre mujer"».

15 Un anciano vivía en común con otro hermano. Tenía muy buen corazón. Sobrevino el hambre en aquella región y empezaron los vecinos a acudir en demanda de ayuda. El anciano daba pan a todos los que venían. Al ver su modo de proceder, el otro hermano le dijo: «Dame mi parte de pan y haz lo que quieras con la tuya». El anciano repartió los panes, y siguió haciendo limosna como hasta entonces con la parte suya. Y acudieron muchos al oír que el anciano daba limosna a todo el que le pedía. Dios al ver su comportamiento bendijo sus panes. El otro hermano, que había recibido su parte y que no daba nada a nadie, consumió su parte y dijo al anciano: «Aunque es muy poco lo que queda de mis panes, recíbeme y empecemos de nuevo a vivir en común». El anciano le contestó: «Haré lo que tú quieras». Y empezaron de nuevo a vivir en común. Y de nuevo faltaron los alimentos, y otra vez empezaron a venir pobres pidiendo limosna. Un día entró el hermano en la despensa y vio que faltaba el pan. Se presentó un pobre y pidió limosna. El anciano le dijo al hermano: «Dales pan».

Pero el hermano respondió: «Padre, ya no queda nada». El anciano insistió: «Entra y busca». El hermano entró de nuevo en la despensa, miró con atención y vio que el armario en el cual solían estar los panes estaba lleno de ellos. Al verlo se asustó, tomó un pan y se lo dio al pobre. Y al conocer la fe y la virtud del anciano dio gloria a Dios.

Capítulo XIV

De la obediencia

1 El abad Arsenio dijo un día al abad Alejandro: «Cuando termines de cortar las palmas, ven para que comamos, pero si vienen forasteros, come con ellos». El abad Alejandro trabajaba despacio y con moderación. Cuando llegó la hora de comer todavía quedaban palmas por cortar, pero queriendo observar el mandato del anciano esperó a acabar todas las palmas. El abad Arsenio, al ver que tardaba, tomó su comida, pensando que habían venido peregrinos y estaría comiendo con ellos. Bastante avanzada la tarde, el abad Alejandro llegó a la celda del abad Arsenio. Y éste le dijo: «¿Has tenido forasteros?».

Y contestó: «No». «¿Y por qué no has venido?». Y respondió: «Porque me dijiste que viniera cuando terminase de cortar las palmas. Pensando en tu mandato, no he venido hasta este momento en que acabo de terminar mi trabajo». El anciano admiró la fidelidad de su obediencia, y le dijo: «Descansa, come algo para que podamos rezar la salmodia, y bebe agua. Si no tu cuerpo se debilitará muy pronto».

2 El abad Abraham fue a visitar al abad Arés. Mientras hablaban entró un hermano y preguntó al abad Arés: «¿Qué debo hacer para salvarme?». Y el abad Arés le dijo: «En todo este año no comas más que pan y sal por la tarde. Después vienes y hablaremos». El hermano marchó y cumplió lo que le había dicho.

Al terminar el año volvió de nuevo a ver al abad Arés, y aconteció que también ese día estaba allí el abad Abraham. Y el abad Arés dijo al hermano: «Este año ayuna comiendo sólo cada dos días».

Y cuando marchó el hermano, dijo el abad Abraham al abad Arés: «¿Por qué impones una carga liviana a los demás hermanos y a éste le pones un yugo tan pesado?».

Y contestó el anciano: «Los otros que vienen a consultarme, se van como han venido. Este viene a escuchar mi parecer por amor de Dios. Es un monje muy fervoroso que hace con sumo cuidado todo lo que le digo. Por eso le propongo la palabra de Dios».

3 Se cuenta que el abad Juan el Enano se retiró a Scitia para convivir en el desierto con un monje originario de Tebas. Un día, su abad tomó un leño seco, lo plantó, y le dijo: «Cada día, echa un balde de agua al pie del leño hasta que dé frutos». El agua estaba lejos y aunque Juan salía por la tarde no volvía hasta la mañana siguiente. Tres años más tarde, el leño empezó a dar señales de vida y dio fruto. El anciano recogió el fruto y lo llevó a la asamblea de los hermanos, y les dijo: «Tomad y comed el fruto de la obediencia».

4 Se decía de Juan, que fue discípulo del abad Pablo, que era un monje de una gran obediencia. En cierto lugar había una tumba y en ella vivía una leona muy feroz. El anciano vio por los alrededores los excrementos de la leona y dijo a Juan: «Vete y trae esos excrementos». Y éste le preguntó: «¿Y que hago, Padre, si me encuentro con la leona?». El anciano le dijo en broma: «Si te ataca, árala y la traes aquí». Al atardecer, salió el hermano y la leona vino sobre él. De acuerdo con la orden del anciano, Juan la atacó para sujetarla. La leona huyó y él la persiguió diciendo: «Espera, que mi abad me ha dicho que te ate». Y después de atraparla la ató. Mientras tanto, el anciano estaba esperándole y al darse cuenta de su tardanza empezó a inquietarse. Y Juan llegó muy tarde con la leona atada. Al verlo el anciano se admiró, pero quiso humillarle y le reprendió severamente: «Idiota, ¿para qué me traes ese perro tonto?». Luego soltó la leona y la dejó escapar a su guarida.

5 Se contaba que el abad Silvano tenía en Scitia un discípulo, llamado Marco, muy probado en la obediencia.

Era amanuense. El abad le quería mucho a causa de su obediencia, pero esta preferencia la llevaban mal los otros discípulos. Los ancianos de los alrededores, oyeron que Silvano amaba a Marco más que a los otros y se molestaron. Un día vinieron a verle con intención de re-

prochárselo. Silvano les recibió, salió de su celda y llevándolos consigo empezó a llamar en la celda de todos sus discípulos, diciendo: «Ven, hermano, te necesito». Y ninguno de ellos le obedeció inmediatamente. Llegaron a la celda de Marco, llamó y dijo: «¡Marco!». Este al oír la voz del anciano salió al punto fuera y el abad lo envió a hacer un trabajo cualquiera. Luego dijo a los ancianos: «¿Dónde están los otros hermanos?». Luego entró en la celda de Marco y encontró un cuaderno que acababa de empezar y estaba escribiendo la letra omega, pero al oír la llamada del anciano no dejó correr más la pluma y dejó a medio terminar la letra que había empezado. Entonces los ancianos le dijeron: «Verdaderamente, Padre, al que tú amas, también nosotros le amamos, porque Dios le ama».

6 Un día la madre de Marco, el discípulo del abad Silvano, vino a verle y traía consigo un gran séquito y abundantes regalos. Y dijo al anciano que salió a su encuentro: «Padre, dile a mi hijo que salga, para que pueda verle». Entró el anciano y dijo a Marco: «Sal para que te vea tu madre».

Marco estaba vestido de un saco roto y lleno de remiendos y tenía el rostro negro por el humo y el hollín de la cocina. Para obedecer a su abad salió, pero cerró los ojos y así saludó a su madre y a los que le acompañaban diciendo: «Buenos días». Pero ninguno de ellos, ni su misma madre, le reconoció. Ella mandó de nuevo decir al abad: «Padre, mándame a mí hijo para que lo vea». El abad Silvano dijo a Marcos: «¿No te he dicho que salieras para que te vea tu madre?». Y Marco le respondió: «He salido, como tú me lo has mandado, Padre. Ahora te pido, por favor, que no vuelvas a decirme que salga, para que no pienses que soy desobediente». Salió el anciano y dijo a la madre: «Tu hijo es el que ha salido y os ha saludado diciendo: "Buenos días"». Luego la consoló y la despidió.

7 Un día vinieron cuatro hermanos de Scitia, vestidos con túnicas de piel para visitar al abad Pambo. Cada uno habló de las virtudes de sus compañeros, sin que estuviese presente aquel de quien hablaban. Uno de ellos ayunaba muy a menudo, otro no poseía nada, el tercero era sumamente caritativo. Del cuarto dijeron que durante veintidós

años había vivido permanentemente bajo la obediencia de los ancianos. El abad Pambo les dijo: «La virtud de éste es mayor que la de los otros. Porque vosotros por vuestra propia voluntad habéis alcanzado la virtud que ahora tenéis. Pero éste renunció a su voluntad y se hizo esclavo de la del prójimo. Estos hombres son mártires si perseveran hasta el fin».

- 8 Uno vino al abad Sisoés de Tebas con el deseo de hacerse monje. El anciano le preguntó si tenía alguna cosa en el mundo. El le respondió: «No tengo más que un hijo único».

Y le dijo el anciano: «Vete, arrójalo al río y entonces te harás monje». El marchó para ahogarlo, pero el hermano mandó tras él a un hermano para que se lo impidiera.

Cuando el padre estaba a punto de arrojar al río a su hijo, el hermano le dijo: «¡Quieto! ¿Qué vas a hacer?». Y él contestó: «El abad me ha dicho que lo tire al río». Y el hermano le contestó: «Pero ahora el abad dice: "No lo arrojes"». Dejando allí a su hijo, volvió adonde estaba el anciano. Y gracias a su perfecta obediencia llegó a ser un monje de gran virtud.

- 9 Dijo santa Sinclética: «Entre los que vivimos en comunidad, preferimos con mucho la obediencia a la ascesis. La continencia lleva consigo arrogancia, en cambio la obediencia va acompañada de humildad».

- 10 Dijo también: «Debemos guiar nuestra alma por el camino del discernimiento. En la vida de comunidad no debemos buscar el salir siempre con la nuestra, ni hacernos esclavos de nuestra propia voluntad. Porque, por decirlo de alguna manera, nos hemos condenado al exilio, nos hemos fiado de Aquel que por la fe reconocemos como nuestro Padre, apartándonos de las cosas de este mundo. No busquemos nada en esa tierra que hemos abandonado. Allí encontramos la gloria y comida abundante. Aquí hasta nos llega a faltar el pan».

- 11 El abad Hiperequios decía: «El oficio del monje es la obediencia. El que la posee, consigue lo que pide y se presenta con confianza ante

el Crucificado. Porque el Señor subió así a la cruz: obedeciendo hasta la muerte». (Fil 2,8).

- 12 Decían los Padres: «Si uno tiene confianza en otro y se somete a él, no debe preocuparse de los mandamientos de Dios, sino abandonar toda su voluntad en manos de su Padre espiritual. Pues obedeciéndole a él en todo, no incurrirá en pecado contra Dios».
- 13 Un anciano dijo: «Dios pide a los cristianos que obedezcamos a las Escrituras divinas, porque en ellas encontrarán el modelo de cómo deben hablar y obrar y de acomodarse a los superiores y padres espirituales».
- 14 Un hermano de Scitia marchaba para la recolección. Se acercó a un anciano notable y le dijo: «Padre, ¿qué debo hacer durante la recolección?». «Si te lo digo, ¿me obedecerás?», le preguntó el anciano. El hermano respondió: «Si, te obedeceré». El anciano le dijo: «Pues bien, si te fías de mí, levántate, renuncia a la siega, ven y te diré lo que tienes que hacer». El hermano renunció a ir a la siega y volvió donde el anciano. Este le dijo: «Entra en tu celda y quédate allí durante cincuenta días consecutivos. Come una sola vez al día y tan sólo pan y sal. Yo te indicaré luego otra cosa». Lo hizo así y de nuevo volvió donde el anciano. Este, sabiendo que era un hermano fervoroso, le enseñó cómo debía comportarse en la celda.

El hermano bajó a su celda, y se postró en tierra tres días y tres noches, llorando en la presencia de Dios. Luego, cuando sus pensamientos le decían: «Has hecho grandes progresos y te estas convirtiendo en un gran monje», él para dominar sus malos pensamientos, ponía ante sí con humildad sus pecados, y decía: «Y, ¿qué va a ser de mí con tantos pecados como he cometido?». Si por lo contrario le venía al pensamiento que había sido muy negligente en la guarda de los mandamientos de Dios, él decía en su interior: «Haré algún pequeño servicio a mi Dios y confío en que tendrá misericordia de mí». De este modo venció al demonio de los malos pensamientos y aquél se le apareció visiblemente después, y le dijo: «Te has reído de nosotros». Y El hermano le preguntó: «¿Por qué?». Y le contestó el demonio:

«Porque si te exaltamos, recurras a la humildad. Si te humillamos, te elevas al cielo».

15 Los ancianos decían: «En los que comienzan a convertirse, Dios no busca nada tanto como el trabajo de la obediencia».

16 Un anacoreta tenía un proveedor que vivía en el pueblo vecino. Y en una ocasión tardó en venir el proveedor y empezaron a faltar al anciano las cosas necesarias. Pasó el tiempo, el proveedor no venía y el anciano se quedó sin lo que necesitaba para comer y para su trabajo manual.

Apenado, al no tener con qué trabajar ni qué comer, dijo a su discípulo: «¿Quieres ir al pueblo a llamar al proveedor que suele traernos lo que necesitamos?». «Haré lo que mandes», respondió el discípulo. «¿Quieres ir al pueblo y hacerle venir?». Y él respondió: «Haré lo que tú quieras».

Temía sin embargo el ir al pueblo por temor a escandalizarse de algo, pero por no desobedecer a su Padre, accedió a ir. El anciano le dijo: «Vete, y confía en que el Dios de tus padres te protegerá de toda tentación». Hicieron oración y le despidió. El hermano fue al pueblo, preguntó donde vivía el proveedor y se acercó a su casa. No había nadie en la casa, excepto una hija del proveedor, la cual al oír llamar a la puerta salió a abrir.

Mientras le preguntaba por su padre, ella le invitó a entrar en la casa, al mismo tiempo que le empujaba hacia dentro. El no accedía a entrar, pero ella insistió tanto que al fin consiguió que entrase. Una vez dentro le abrazó y le incitaba a unir su cuerpo al suyo. Al verse arrastrado a la impureza, y profundamente turbado por sus deseos carnales, clamó a Dios, llorando: «¡Señor, por las oraciones de mi Padre, líbrame de esta tentación!». Dicho esto se encontró, al punto, junto al río que llevaba al monasterio, y volvió sin mancha junto a su abad.

17 Dos hermanos carnales vinieron a vivir en un monasterio. Uno de ellos era notable por su continencia. El otro por su perfecta obediencia.

cia. Su Padre le decía: «¡Haz esto!», y lo hacía. «Haz aquello», y lo hacía. «Come por la mañana», y comía. Se le tenía en gran estima en el monasterio por su perfecta obediencia. El aguijón de la envidia picó a su hermano, el asceta, y se dijo para sí: «Voy a ver hasta dónde llega su obediencia». Y se fue al abad del monasterio y le dijo: «Deja que mi hermano me acompañe para ir a tal sitio». Y el abad le dejó ir. El asceta tomó consigo a su hermano y quiso ponerle a prueba. Llegaron a un río, en el que había gran número de cocodrilos, y le dijo: «Baja y atraviesa el río». El otro bajó en seguida. Los cocodrilos lamieron su cuerpo, pero no le hicieron daño alguno. Al verlo su hermano le dijo: «Sal del río».

Continuaron su camino y encontraron en él un cadáver. Y dijo el asceta a su hermano: «Si tuviésemos algunos vestidos podríamos cubrirle con ellos». Pero el obediente respondió: «Mejor será que hagamos oración y tal vez resucitará». Se pusieron a orar intensamente y el muerto resucitó. Y el hermano asceta se glorió de ello diciendo: «A causa de mi austeridad ha resucitado este muerto».

Dios reveló todo al abad del monasterio, cómo había tentado a su hermano con los cocodrilos y cómo había resucitado el muerto. Y a su llegada al monasterio el abad dijo al asceta: «¿Por qué te has portado así con tu hermano? Por su obediencia ha resucitado aquel muerto».

18 Un seglar, que tenía tres hijos, renunció al mundo y vino al monasterio, dejando a sus tres hijos en la ciudad. Pasados tres años en el monasterio, empezó a acordarse y preocuparse por ellos. No le había dicho al abad que tenía tres hijos. Este al verle triste le preguntó: «¿Por qué estás triste?». El le contó que tenía tres hijos en la ciudad y que quería traerlos al monasterio. El abad le mandó que los trajera. Al volver a la ciudad, encontró que dos de ellos habían muerto y que sólo quedaba uno. Lo tomó consigo y volvió al monasterio. Buscó al abad, pero no lo encontró y preguntó a los hermanos dónde estaba. Le dijeron que estaba en la panadería y tomando con él a su hijo, que había traído, se fue con él a la panadería. El abad al verle llegar le saludó, tomó al hijo, lo abrazó y preguntó a su padre: «¿Le quieres mucho?». «Sí». Al oír esto el abad le dijo: «Si le quieres, tómalo y échalo en el horno, cuando esté ardiendo». El padre tomó a su hijo

y lo arrojó en el horno ardiente. Al punto el horno se convirtió en rocío. Por este hecho fue glorificado en aquel tiempo, al igual que el patriarca Abraham.

- 19 Un anciano dijo: «El hermano que vive bajo obediencia de un Padre espiritual tiene mayor mérito que el que vive en el desierto». Y añadió: «Un Padre contó que había visto cuatro órdenes en el cielo. El primero era el de los enfermos que dan gracias a Dios. El segundo el de los que practican la hospitalidad poniendo todo cuidado en este servicio. El tercero el de los anacoretas que viven en soledad sin tratar con los hombres. El cuarto el de los que por amor de Dios se someten a la obediencia de los Padres espirituales. Este grupo de los obedientes llevaban un collar y una corona de oro y tenían mayor gloria que los demás. Yo pregunté al que me enseñaba todo aquello: "¿Por qué este grupo, que es el menos numeroso, tiene mayor gloria que los otros?". Y él me respondió: "Los que practican la hospitalidad obran según su propia voluntad.

Lo mismo les ocurre a los que se retiran al desierto, se apartan del mundo por su gusto. Pero este grupo que se entrega a la obediencia, renunciando a su voluntad, depende de Dios y de los mandatos de su Padre espiritual, y por eso tiene mayor gloria". Por eso, hijos, es tan buena la obediencia hecha por Dios. Seguid pues, hijos míos, aunque sea en parte, los pasos de esta virtud. La obediencia es salvación para todos los fieles. La obediencia es madre de todas las virtudes. La obediencia nos descubre el Reino de los Cielos. La obediencia abre los cielos y levanta a los hombres de la tierra. La obediencia comparte su morada con los ángeles. La obediencia es el alimento de todos los santos. Con ella se amamantaron y por ella llegaron a la perfección».

Capítulo XV

De la humildad

- 1 El abad Antonio escrutaba la profundidad de los juicios de Dios, y preguntó: «Señor, ¿por qué algunos mueren después de una vida corta, mientras otros alcanzan una prolongada ancianidad? ¿Por qué unos carecen de todo y otros nadan en la abundancia? ¿Por qué los malos viven en la opulencia y los justos padecen extrema pobreza?». Y vino una voz que le dijo: «Antonio, ocúpate de ti mismo. Así son los juicios de Dios y no te conviene conocerlos».

- 2 El abad Antonio dijo al abad Pastor. «La gran obra del hombre es poner sobre si mismo su culpa ante Dios, y esperar la tentación hasta el último momento de su vida».

- 3 Decía el abad Antonio: «He visto tendidos sobre la tierra todos los lazos del enemigo, y gimiendo he dicho: "¿Quién podrá escapar de todos ellos?". Y oí una voz que respondía: "La humildad"».

- 4 Un día vinieron unos ancianos a ver al abad Antonio. Entre ellos se encontraba el abad José. El abad Antonio quiso ponerles a prueba y les presentó un pasaje de la Escritura. Y empezando por los más jóvenes les preguntaba por el sentido del mismo. Cada uno contestaba lo que podía, pero él les decía: «No, no lo has encontrado todavía». En último lugar se dirigió al abad José y le preguntó: «¿Qué crees tú que significan esas palabras?».

El respondió: «No lo sé». Y el abad Antonio le dijo: «Tan sólo el abad José ha encontrado el camino al responder que no lo sabía».

- 5 Un día los demonios acorralaron al abad Arsenio, que se encontraba en su celda, y le hacían sufrir mucho. Acudieron los hermanos que

acostumbraban a servirle y estando fuera de la celda le oyeron gritar al Señor, diciendo: «¡Señor, no me abandones! No he hecho nada bueno a tus ojos, pero por tu bondad, Señor, concédeme empezar a bien vivir».

6 Se decía del abad Arsenio que en palacio nadie usaba mejores vestidos que él. Pero entre los monjes nadie los llevaba peores.

7 Uno vio que un día el abad Arsenio consultaba sobre sus propios pensamientos a un anciano de Egipto y le dijo: «¿Cómo tú, abad Arsenio, que tienes una cultura y una erudición tan elevada en textos latinos y griegos, vienes a consultar a este rústico?». Y él respondió: «Aprendí cultura latina y griega para el mundo, pero todavía no he podido aprender el alfabeto de este rústico».

8 Los ancianos contaban que un día regalaron a los hermanos de Scitia unos pocos higos. Y como eran tan pocos, no le enviaron nada al abad Arsenio, para que no lo tomase como ofensa. El abad Arsenio lo supo, y no acudió, según la costumbre, a la asamblea de los hermanos, diciendo: «Me habéis excomulgado al no darme nada del regalo que el Señor ha enviado a los hermanos, del cual no fui digno de participar». Al oírle se edificaron todos de la humildad del anciano. Vino el sacerdote y le llevó algunos higos y le acompañó a la reunión rebosante de alegría.

9 Decían los ancianos que nunca nadie pudo hacerse una idea justa de la vida que llevó el abad Arsenio. Cuando vivía en el Bajo Egipto, como era asediado por la muchedumbre, decidió abandonar su celda. No tomó nada consigo, y dijo a sus discípulos, Alejandro y Zoilo: «Tú, Alejandro, toma un barco, y tú, Zoilo, ven conmigo hasta el río y busca una embarcación que vaya a Alejandría, y así irás al encuentro de tu hermano». Zoilo, turbado por estas palabras, no dijo nada y así se separaron.

El anciano bajó a la región de Alejandría y allí cayó gravemente enfermo. Mientras tanto, los discípulos se decían el uno al otro: «¿Crees que uno de nosotros ha hecho sufrir al anciano y por eso se

ha apartado de nosotros?». Y no encontraban en ellos ninguna cosa desagradable, ni ninguna desobediencia.

Cuando el anciano recobró la salud, se dijo: «Volveré con mis Padres». Y regresó a un lugar llamado Petra, donde se encontraban los ya citados discípulos. Y estando junto al río, vino una joven etíope, se acercó y tocó su melota. El anciano la reprendió, pero ella le gritó: «¡Si eres monje, vete al monte!». El anciano se contristó por estas palabras y se repetía a sí mismo: «¡Arsenio, si eres monje, vete al monte!». Y entretanto llegaron Alejandro y Zoilo, sus discípulos. Cayeron a sus pies, el anciano se postró también y los tres se pusieron a llorar.

El anciano, dijo: «¿No oísteis que he estado enfermo?». Ellos respondieron: «Sí, ya lo oímos». Y el anciano repuso: «¿Y por qué no habéis venido a verme?». Alejandro contestó: «No hemos podido soportar la separación. A causa de ella muchos nos han hecho sufrir, diciendo: "Si no hubieran sido desobedientes, el anciano nunca se hubiera separado de ellos".

Y el anciano les dijo: «Yo supe que esto se decía de vosotros, pero de ahora en adelante se dirá: "La paloma no hallando donde posar el pie, tomó donde él (Noé) al arca"». (Gén 8,9). Con estas palabras los discípulos se consolaron mucho y permanecieron con él hasta el último día de su vida.

Cuando le vieron a punto de morir, los discípulos se atribularon mucho, pero él les dijo: «Todavía no ha llegado la hora. Cuando llegue ya os lo diré. Os llevaré ante el tribunal de Cristo, si permitís que alguno haga de mi cuerpo una reliquia».

Y ellos le dijeron: «¿Qué haremos si no sabemos amortajar ni enterrar a un muerto?». Y el anciano les dijo: «¿No vais a saber echarme una soga al pie y llevarme arrastrando al monte?». Cuando iba a entregar su espíritu, le vieron llorar y le dijeron: «¿De verdad, Padre, también tú temes la muerte?».

Y él les respondió: «En verdad, el temor que siento en este momento no ha dejado de acompañarme desde que me hice monje. Si, tengo mucho miedo».

Y así descansó en paz. En los labios de Arsenio siempre estaban estas palabras: «¿Para qué dejaste el mundo?». Y también: «Siempre me he arrepentido de haber hablado, nunca de haber callado».

Al conocer la muerte de Arsenio, el abad Pastor, se echó a llorar, diciendo: «Dichoso tú, abad Arsenio, porque has llorado sobre ti mismo en esta vida. El que no llora sobre sí en este mundo, llorará eternamente en el otro. En efecto, sea aquí voluntariamente, sea allí obligados por los tormentos, es imposible no llorar».

10 Contaba el abad Daniel que el abad Arsenio nunca había consentido tratar alguna cuestión de la Escritura, siendo así que hubiera podido hacerlo magníficamente si hubiera querido. Ni tampoco escribía fácilmente una carta.

Cuando, de tarde en tarde, acudía a la iglesia, se colocaba detrás de una columna para que nadie le viese el rostro y para que nadie le distrajera. Su aspecto era angélico, como Jacob, con hermosos cabellos blancos, cuerpo elegante, aunque delgado. Tenía una barba muy poblada, que le llegaba hasta la cintura. Se le habían caído las pestañas de los ojos a causa de sus muchas lágrimas. Era alto, pero encorvado por sus muchos años, pues murió a la edad de noventa y cinco años, cuarenta de los cuales vivió en el palacio del emperador Teodosio el Grande, de feliz memoria, padre de Arcadio y de Honorio, cuarenta en Scitia, diez en Troes, encima de Babilonia, cerca de la ciudad de Menfis y tres años en Canope de Alejandría.

Otros dos años vivió de nuevo en Troes, terminando allí su vida en la paz y el temor de Dios, pues era un hombre de bien, lleno de Espíritu Santo y de fe.

11 Contó el abad Juan que el abad Anub y el abad Pastor y sus demás hermanos carnales eran monjes en Scitia. Y cuando llegaron los maticos y asolaron aquel lugar, se alejaron de allí y fueron a un lugar llamado Terenuth, mientras decidían dónde se establecerían. Y permanecieron algunos días allí, en un templo antiguo.

El abad Anub dijo al abad Pastor: «Por caridad, durante esta semana vivamos tú y tus hermanos aparte y yo con los míos, practicando la hesychia, sin ir de visita los unos a los otros».

Y el abad Pastor respondió: «Haremos lo que tú quieras». Y lo hicieron así. Había en el templo una estatua de piedra. Cada día por la mañana, al levantarse, el abad Anub apedreaba el rostro de la estatua, y por la tarde decía: «Perdóname». Y lo hizo así a lo largo de toda la semana.

El sábado se reunieron todos los hermanos, y el abad Pastor dijo al abad Anub: «Padre, he visto que durante toda esta semana apedreabas el rostro de esa imagen y luego le hacías una metanía. Un hombre de fe no hace eso».

El anciano le respondió: «Lo he hecho por vosotros. Cuando me viste apedrear el rostro de esa estatua, ¿me ha dicho algo, ha montado en cólera?». Y dijo el abad Pastor: «No». «Y cuando le he hecho una metanía, ¿se ha conmovido o me ha dicho: "No te perdono"? «No, respondió el abad Pastor».

Y el abad Anub prosiguió: «Nosotros somos siete hermanos. Si queréis que vivamos juntos, seamos como estatua que no se aflige por las afrentas. Pero si no queréis hacer esto, cuatro puertas hay en este templo: que cada uno salga por donde quiera y vaya donde quiera».

Al oír esto se echaron a los pies del abad Anub y le dijeron: «Hemos vivido juntos toda la vida, trabajando y haciendo todo de acuerdo con las palabras que nos había dicho el anciano. Nombré a uno de nosotros ecónomo y comíamos lo que él nos preparaba, y jamás ocurrió que nadie dijera: "Trae otra cosa" o "no quiero comer esto". Y así hemos pasado todo el tiempo de nuestra vida en paz y descanso».

12 Se cuenta que vinieron unas personas a pedirle al abad Amonas que hiciera de juez entre ellos. Pero el anciano les hizo creer que no estaba en su sano juicio. Una mujer dijo entonces a otra que estaba a su lado: «Este viejo está loco». Lo oyó el anciano y llamándola le dijo: «Tantos trabajos como he padecido en varios desiertos para conseguir esta locura, y tú ¿quieres que la pierda hoy por causa tuya?».

13 El abad Afi, obispo de Oxirinco, cuando era monje llevaba una vida excesivamente dura. Nombrado obispo, quiso llevar en la ciudad la misma vida que en el desierto, pero no tuvo fuerzas para ello. Y se

postró en la presencia del Señor, diciendo: «¿Acaso, Señor, se ha alejado de mi tu gracia por causa del episcopado?». Y tuvo esta revelación: «No, pero cuando estabas en el desierto, y no había hombres, Dios era tu sostén. Ahora en el mundo los hombres se ocupan de ti».

14 Contó el abad Daniel que había en Babilonia un hombre principal cuya hija estaba poseída del demonio. El padre tenía en gran estima a cierto monje, y éste le dijo: «Nadie puede curar a tu hija, fuera de unos anacoretas que yo conozco. Pero si vas donde ellos no accederán a hacerlo por humildad. Vamos a hacer esto: cuando vengan a vender las cosas que fabrican, diles que quieres comprar alguna cosa, y cuando entren en tu casa para recibir el dinero, les diremos que hagan oración, y creo que así se salvará tu hija». Salieron a la plaza, pero sólo encontraron a un discípulo de los ancianos, que estaba vendiendo cestos. Lo llevaron con ellos a casa, como si fuesen a fijar el precio de las cestas, pero en cuanto entró en la casa, vino la joven posesa y dio una bofetada al monje. Este se volvió y le puso la otra mejilla, de acuerdo con el precepto divino, y entonces el demonio, desarmado, empezó a gritar: «¡Oh violencia!, los mandamientos de Jesucristo me expulsan de aquí». Y al punto quedó curada la joven. Cuando llegaron los ancianos les contaron lo sucedido y dieron gloria a Dios, diciendo: «La soberbia del demonio se viene abajo habitualmente ante la humildad de los mandatos de Cristo Jesús».

15 Decía el abad Evagrio: «El comienzo de la salvación es condenarse a sí mismo».

16 El abad Serapión decía: «He padecido muchos más trabajos corporales que mi hijo Zacarías, y no he llegado tan alto como él en la humildad ni en el silencio».

17 El abad Moisés dijo al hermano Zacarías: «¿Dime qué debo hacer». Al oírle, se echó a sus pies y le dijo: «Padre, ¿tú me lo preguntas a mí?». El anciano la contestó: «Créeme, Zacarías, hijo mío, he visto que descendía sobre ti el Espíritu Santo y esto es lo que me impulsa a preguntarte».

Entonces, Zacarías se quitó el capuchón, lo puso bajo sus pies y mientras lo pisaba decía: «Si el hombre no es pisoteado de esta manera, no puede ser monje».

18 Contaba el abad Pastor que el abad Moisés preguntó al hermano Zacarías, cuando éste estaba a punto de morir: «¿Qué ves?». Y él contestó: «Veo que no hay nada mejor que callar, Padre». Y le respondió el abad: «Es verdad, hijo mío, guarda silencio». A la hora de su muerte, el abad Isidoro que estaba junto a él mirando al cielo, dijo: «Alégrate, hijo mío Zacarías, porque se han abierto para ti las puertas del Reino de los cielos».

19 El obispo de Alejandría, Teófilo, de santa memoria, vino en cierta ocasión al monte Nitria, y el abad del monte vino a su encuentro. El obispo le preguntó: «¿Qué ventaja has encontrado en esta forma de vida, Padre?». Y el anciano respondió: «Acusarme y reprenderme a mi mismo sin cesar». «No hay otro camino más seguro», le dijo el obispo.

20 Una vez, el abad Teodoro comía con los hermanos. Recibían las copas con reverencia, pero sin decir nada, ni siquiera el «perdóname» de costumbre. Entonces, el abad Teodoro dijo: «Los monjes han perdido su título de nobleza, la palabra "perdóname».

21 Se contaba del mismo abad Teodoro que después de ordenado diácono en Scitia no consentía en ejercer su ministerio, y escapaba de aquí para allá. Pero los ancianos lo traían de nuevo y le decían: «No abandones tu ministerio».

Pero el abad Teodoro les respondió: «Dejadme, voy a orar a Dios, y si Él me indica que debo quedarme aquí, y cumplir con este ministerio, lo haré». Y en su oración decía a Dios: «Si es tu voluntad, Señor, que me quede en este ministerio, muéstramelo».

Y vio una columna de fuego que se elevaba de la tierra hasta el cielo, y oyó una voz que decía: «Si puedes ser como esta columna, ve a cumplir tu ministerio».

Estas palabras le movieron a no cumplir jamás su oficio de diácono. Cuando volvió a la iglesia, los hermanos hicieron ante él una metanía, diciendo: «Si no quieres hacer de diácono, por lo menos sostén el cáliz».

Pero Teodoro no aceptó y dijo: «Si no me dejáis en paz, me marchó de aquí». Y le dejaron tranquilo.

22 Dijo el abad Juan, el Enano: «La puerta de Dios es la humildad. Nuestros Padres tuvieron que sufrir muchas humillaciones y entraron alegres en la ciudad de Dios». Y añadió: «La humildad y el temor de Dios superan a todas las virtudes».

23 El abad Juan de Tebas decía: «Ante todo, el monje debe ser humilde, porque este es el primer mandato del Salvador, cuando dice: «Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos». (Mt 5,3).

24 Los hermanos de Scitia se reunieron un día y Melquisedec. Se olvidaron de avisar al abad Coprés. Sin embargo los hermanos le llamaron luego y le preguntaron sobre el tema. Pero él se golpeó tres veces la boca, y dijo: «¡Ay de ti, Coprés!, que has descuidado hacer lo que te mandó hacer el Señor, y pretendes ocuparte de lo que no te pide». Al oírle los hermanos se fueron cada uno a su celda.

25 El abad Macario contaba de sí mismo: «Vivía en una celda en Egipto, pero me llamaron e hicieron clérigo de una aldea. No quería quedarme para el ministerio y escapé a otro lugar. Y venía un seglar muy religioso, que se llevaba lo que yo hacía con mi trabajo manual y me procuraba lo que yo necesitaba. En aquella aldea, una joven de vida dudosa, tentada por el diablo, tuvo una caída. Y al quedar encinta le preguntaron de quién era lo que había engendrado. Ella dijo: "Aquel ermitaño se acostó conmigo".

Los habitantes del pueblo salieron a prenderme y me condujeron a la aldea. Me colgaron al cuello cántaros, pucheros y asas de jarros y me hicieron recorrer el pueblo mientras me golpeaban y gritaban: "Este monje ha ultrajado a nuestra hija, echadle, arrojadle de aquí".

Y me golpearon hasta dejarme casi muerto. Llegó uno de los ancianos y les dijo: "¿Hasta cuándo vais a seguir golpeando a este monje forastero?". El que solía proveerme de lo que necesitaba, iba detrás, lleno de vergüenza porque muchos también le insultaban, diciendo: "Mira lo que ha hecho este monje de quien tú dabas toda clase de garantías".

Los padres de la muchacha dijeron: "No te soltaremos hasta que prometas bajo juramento que mantendrás a nuestra hija". Dije a aquel que me proveía de lo necesario que saliera fiador por mí, y lo hizo. Volví a mi celda, le di todos los cestos que tenía, y le dije: "Véndelos, y da el dinero a mí mujer, para que pueda comer". Yo me decía a mí mismo: "Macario, has encontrado una mujer y es necesario que trabajes más para mantenerla". Y trabajaba no sólo de día sino también de noche y lo que ganaba se lo enviaba.

Cuando le llegó a aquella desgraciada el tiempo de dar a luz, pasó muchos días con grandes dolores, pero no paría. Le preguntaron a qué se debía y dijo: "Ya sé por qué sufro tanto tiempo". Sus padres le preguntaron: "¿Por qué?". "Porque he calumniado a ese monje y le he acusado falsamente sin que haya tenido nada que ver en este asunto. El culpable fue tal joven".

Al saber esto, mi proveedor vino muy alegre a buscarme y me dijo: "La muchacha no ha podido dar a luz hasta que no ha confesado que no tienes que ver nada con ella, y que ha mentido al acusarte. Y todos los habitantes de la aldea quieren venir aquí, a tu celda, para dar gloria a Dios y pedirte perdón". Al oír esto de mi proveedor, me levanté y huí aquí, a Scitia, para que no me molestase aquella gente. Y este es el motivo por el cual me he instalado aquí».

26 Un día, el abad Macario volvía del pantano a su celda llevando palmas. Y salió a su encuentro el diablo con una guadaña. Intentó herirlo con la guadaña pero no pudo. Y entonces le dijo: «Macario, sufro mucho por tu causa, porque no te puedo vencer. Hago todo lo que tú haces: tú ayunas y yo no como, tú velas y yo no duermo nunca. Sólo hay una cosa en la que tú me superas». «¿Cuál es?», le preguntó el abad Macario. Y el demonio le respondió: «Tu humildad, que me impide el que pueda vencerte».

27 El abad Matoés de Raitu fue, en compañía de un hermano, a la región de Gebala. Vino el obispo del lugar y ordenó presbítero al citado anciano. Y mientras comían, le dijo el obispo: «Padre, perdóname, ya sé que no querías esto, pero me he atrevido a hacerlo para recibir tu bendición».

El anciano le respondió con humildad: «Es cierto que no lo deseaba en absoluto, pero lo que más me cuesta es que tengo que separarme del hermano que vive conmigo. No podré recitar solo todas las oraciones que recitábamos juntos». El obispo le dijo: «Si tú crees que es digno, le ordeno también». El abad Matoés dijo: «No sé si es digno o no; lo único que sé es que es mejor que yo». El obispo le ordenó también, pero uno y otro abandonaron este mundo sin haberse acercado jamás al altar para consagrar la ofrenda.

El anciano decía: «Confío en Dios, que no me juzgará severamente por esta ordenación que he recibido, porque no me he atrevido a celebrar. Este ministerio es para los que viven sin pecado».

28 Decía el abad Matoés: «Cuanto más se acerca el hombre a Dios, más pecador se ve. Por eso, Isaías, al ver a Yahvé decía: "¡Ay de mí que estoy perdido, pues soy un hombre de labios impuros!"». (Is 6,5).

29 Cuando hicieron clérigo al abad Moisés y le pusieron el alba, el arzobispo le dijo: «Ahora has quedado totalmente blanco, abad Moisés». Pero este le respondió: «Externamente sí, señor obispo, pero ¿por dentro?». El obispo quiso ponerle a prueba, y dijo a los clérigos: «Cuando el abad Moisés se adelante hacia el altar, arrojadle fuera y seguidle, para que oigáis lo que dice». Lo echaron fuera diciéndole: «¡Vete de aquí, etíope!». Y él salió diciendo: «Te está bien empleado, negro asqueroso. Si no eres hombre, ¿por qué te has atrevido a aparecer entre los hombres?».

30 El abad Pastor oyó, en una asamblea, hablar del abad Nisterós. Quiso verle y pidió al superior de Nisterós que se lo enviara. El superior no quiso que fuera solo y no le dijo nada. Pocos días después el ecónomo del monasterio pidió al abad permiso para ir a ver al abad Pastor y abrirle su alma. El abad le dio permiso y le dijo: «Lleva contigo a

ese hermano, pues le ha mandado llamar el anciano y por no enviarlo solo he retrasado hasta hoy el enviárselo.

Llegó el ecónomo al abad Pastor, le habló de sus cosas y quedó muy consolado con sus respuestas. Luego el anciano preguntó al hermano: «Abad Nisterós, ¿cómo has llegado a esa tan alta virtud que callas y no te entristeces cuando la tribulación castiga al monasterio?». Después de muchos ruegos del anciano, el hermano le dijo: «Perdóname, Padre, pero cuando entré en el monasterio me dije: "¡Tú y el burro una sola cosa! Se le golpea y no habla, se le injuria y no responde. Haz tú lo mismo". Es lo que se lee en el Salmo: "Una bestia era ante ti, pero a mi, sin cesar, junto a ti, de la mano derecha me has tomado"». (Sal 72, 22- 23).

31 El abad Olimpo de Scitia era esclavo, y todos los años bajaba a Alejandría para llevar a sus dueños lo que había ganado. Estos salían a su encuentro para saludarle, pero el anciano echaba agua en una jofaina y se disponía a lavarles los pies. «Por favor, Padre, ¿no nos hagas sufrir!», le decían. Pero él respondía: «Yo confieso que soy vuestro esclavo y os doy gracias porque me dejasteis libre para servir a Dios. A cambio yo os lavo los pies y recibís el fruto de mi trabajo». Los otros insistían, y como no quería ceder, les dijo: «Si no queréis recibir lo que he ganado, me quedo aquí como esclavo vuestro». Entonces sus dueños, por la gran reverencia que le tenían, le dejaban hacer lo que quería y al volver le llevaban con honor y le daban lo que necesitaba para que pudiese, en su nombre, hacer limosnas y celebrar el ágape. Todo esto le hizo célebre en Scitia.

32 Dijo el abad Pastor: «El hombre, lo mismo que aspira y expelle el aliento, debe respirar continuamente la humildad y el temor de Dios».

33 Preguntó un hermano al abad Pastor: «¿Cómo debo portarme en el lugar donde habito?». Y el anciano le respondió: «Ten la prudencia de un recién llegado y donde quiera que fueres no intentes imponer tu punto de vista. Así vivirás en paz».

- 34 El abad Pastor decía: «Humillarse ante Dios, no darse importancia y postergar su propia voluntad, son las herramientas con las que el alma trabaja».
- 35 Dijo el abad Pastor: «No te estimes a ti mismo, sino imita al fervoroso».
- 36 Contaba el abad Pastor: «Un hermano preguntó al abad Antonio: "¿Qué es el desprecio de sí?". Y el anciano respondió: "Colocarse por debajo de los animales irracionales y saber que ellos no se condenaran».
- 37 Decía el abad Pastor: «La humildad es la tierra pedida por el Señor para ofrecerle el sacrificio».
- 38 Dijo también: «Si el hombre cumple con su deber, no se verá turbado».
- 39 Contaba también: «Los ancianos se sentaron un día para comer y el abad Antonio estaba de pie y les servía. Se dieron cuenta los ancianos y le felicitaron, pero él no respondió nada. Uno le preguntó en secreto: Por qué no has contestado a los ancianos que te alababan?". Y el abad Antonio le dijo: "Si les hubiera respondido, podría parecer que me he deleitado con sus alabanzas"».
- 40 Contaba el abad José: «Estábamos un día con el abad Pastor, y dio el nombre de Padre a Agatón, y le dijimos: "Es muy joven. ¿Por qué le llamas Padre?". Y dijo el abad Pastor: "Sus palabras le han merecido este nombre"».
- 41 Se decía del abad Pastor que nunca opinaba sobre las palabras de otro anciano, pero siempre alababa lo que decía.
- 42 Teófilo, de santa memoria, obispo de Alejandría, vino en cierta ocasión a Scitia. Los hermanos, que estaban reunidos, dijeron al abad Pambo: «Di unas palabras al obispo para que quede edificado de este lugar». Y el anciano respondió: «Si no queda edificado por mi silencio, tampoco lo hará por mis palabras».

43 El hermano Pistor contaba: «Siete hermanos eremitas fuimos a ver al abad Sisoés que vivía en la isla Clysma. Le pedimos que nos dijera algo, pero respondió: "Perdonadme, pero soy un hombre sin instrucción. Pero en cierta ocasión fui a ver al abad Hor y al abad Athre. El abad Hor estaba enfermo desde hacía dieciocho años. Empecé a suplicarles que me dijeran una palabra y el abad Hor me contestó: '¿Qué quieres que te diga? Haz lo que veas. Dios es de aquel que se tiraniza a si mismo con todas sus fuerzas y se hace violencia en todo'. Los dos, el abad Hor y el abad Athre no eran de la misma provincia. Sin embargo, se entendieron a la perfección hasta el fin de su vida. El abad Athre era muy obediente y el abad Hor muy humilde.

Me quedé unos días con ellos para descubrir sus virtudes y vi la conducta admirable del abad Athre. Uno les trajo un pequeño pescado y el abad Athre quiso prepararlo para su anciano, el abad Hor. Tomó un cuchillo y empezó a cortar el pescado, pero en aquel momento el abad Hor le llamó: '¡Athre, Athre!'. Al punto dejó el cuchillo en el pescado a medio cortar y corrió a donde él. Y yo quedé admirado de su gran obediencia, pues no se le ocurrió decir: 'Espera a que termine de cortar el pescado'. Y pregunté al abad Athre: '¿Dónde has aprendido a obedecer así?'. 'No es mía esa obediencia, sino de este anciano'. Y me llevó consigo: 'Ven a ver su obediencia'.

Coció de forma deplorable un pececillo, de manera que quedó en tal estado que no se podía comer. Se lo llevó al anciano, que lo comió sin decir una palabra. El abad Athre le preguntó: '¿Está bueno, Padre?'. Y respondió: 'Muy bueno'. Luego le trajo otro pescado muy bien preparado, y dijo: 'Padre, este pescado está echado a perder, lo he cocido muy mal'. Y el anciano contestó: 'Si, te ha salido un poco mal'. Entonces se volvió a mí el abad Athre, y me dijo: '¿Has visto cómo obedece este anciano?'. Les dejé e hice lo que había visto, según mis fuerzas". Esto nos contó a los hermanos el abad Sisoés, pero uno de nosotros le pidió: "Muéstranos tu caridad diciéndonos una palabra tuya". Y dijo: "El que consiente en no ser nada, ni apegarse a nada, ese cumple toda la Escritura". Y otro hermano le dijo: "Padre, ¿en qué consiste el ser peregrino?". Y respondió: "En callar y decir donde quiera que vayas: 'No me mezclaré en nada'. Esto es vivir como peregrino"».

- 44 Un hermano vino al monte del abad Antonio, para visitar al abad Sisoés, y mientras hablaban le preguntó: «Padre, ¿todavía no has llegado a la altura del abad Antonio?». Y le respondió: «Si tuviese uno sólo de los pensamientos que atormentan al abad Antonio, ardería y me consumiría totalmente como fuego. Pero sin embargo conozco un hombre que, con mucho esfuerzo, puede tener a raya a sus pensamientos».
- 45 Volvió a preguntarle el hermano: «¿Por qué Satanás perseguía así a los Padres antiguos?». Y le dijo el abad Sisoés: «Hoy a nosotros nos persigue más que a ellos, porque su tiempo se acerca, y está asustado».
- 46 Vinieron unos al encuentro del abad Sisoés para escuchar de él una palabra, pero él decía tan sólo: «¡Perdonadme!». Al ver las cestas del anciano, preguntaron a su discípulo Abraham: «¿Qué hacéis con estas cestas?». Y les respondió: «Las vendemos de vez en cuando». Al oírlo, el anciano añadió: «Y también Sisoés come de vez en cuando». Al oírle quedaron muy edificados por su humildad y se fueron llenos de alegría.
- 47 Un hermano preguntó al abad Sisoés: «Me examino y compruebo que mi pensamiento tiende hacia Dios». Y le dijo el anciano: «No es una gran cosa que tu alma esté con Dios. Lo grande es que te consideres a ti mismo como inferior a toda criatura. Esto y la penitencia corporal endereza y conduce al camino de la humildad».
- 48 Sinclética, de santa memoria, dijo: «Es tan imposible salvarse sin humildad como construir un barco sin clavos».
- 49 El abad Hiperequios dijo: «El árbol de la vida está arriba y a él sube la humildad del monje».
- 50 Dijo también: «Imita al publicano para no ser condenado con el fariseo. Imita la mansedumbre de Moisés, para que conviertas la roca de tu corazón en fuente de aguas vivas».

51 El abad Orsio dijo: «Si se usa arcilla cruda en los cimientos, cerca de un río, no durará ni un solo día. Pero si está cocida permanecerá como la piedra. Así es el hombre que posee la sabiduría según la carne y no ha sido cocido por el fuego de la tentación como José, se viene abajo si llega a ocupar un puesto elevado. Lo resume así la palabra de Dios: "Fue agitado por muchas tentaciones entre los hombres". Bueno es que quien conozca sus limitaciones, decline la carga al principio. Los fuertes en la fe se mantienen firmes. Si alguno quiere traer el ejemplo de José, debe decir que no era de esta tierra. ¡Cómo fue tentado!, y además en aquella región donde no había ningún vestigio de culto divino. Pero el Dios de sus Padres estaba con él y le libró de todas sus pruebas. Y hoy está con sus Padres en el Reino de los Cielos. Nosotros, conociendo nuestras limitaciones, luchemos, pues apenas podemos escapar del juicio de Dios».

52 Un anciano que vivía como ermitaño en el desierto, pensaba que practicaba perfectamente todas las virtudes. Y dijo a Dios en su oración: «Señor, muéstrame en qué consiste la perfección del alma para que la practique».

Dios quiso humillarle y le respondió: «Vete a tal archimandrita y haz todo lo que te diga». Antes de que el anciano llegara, Dios se manifestó al archimandrita y le dijo: «Va a venir a verte un anacoreta. Dile que coja un látigo y vaya a cuidar los cerdos». Llegó el eremita, llamó a la puerta, entró en la habitación del archimandrita, y después de saludarse se sentaron. Y el eremita le dijo: «Dime lo que debo hacer para salvarme». Y le contestó el otro: «¿Harás todo lo que te diga?». Y respondió el anciano: «Sí». «Pues bien, toma un látigo y vete a cuidar mis cerdos». Los que le conocían o habían oído hablar de él, al verle cuidar cerdos, decían: «¿Habéis visto a ese santo eremita del que tanto habíamos oído hablar? Se ha chiflado y está poseído del demonio: cuida puercos».

Pero Dios vio su humildad, y que llevaba con paciencia los oprobios, de los hombres y le mandó que volviera a su puesto en el desierto.

53 Un hombre poseído del demonio, que echaba espuma por la boca, abofeteó en el rostro a un monje anciano. Este le presentó al punto la

otra mejilla. Pero el demonio, no pudiendo soportar la quemadura de su humildad, salió inmediatamente del poseso.

- 54 Dijo un anciano: «Cuando te venga un pensamiento de orgullo o de vanidad, examina tu conciencia para ver si guardas todos los mandamientos de Dios: si amas a tus enemigos, si te alegras de los éxitos de tal adversario y te entristeces de sus fracasos y si te consideras un siervo inútil y peor que el último de los pecadores. Si sientes de este modo de ti, y crees que cumples todo esto, no te creas algo, pues un pensamiento de esta clase destruiría todo lo demás».
- 55 Un anciano decía: «No critiques a tu hermano en el fondo de tu corazón, pensando que eres más sobrio, más austero y más inteligente que él. Al contrario, sé dócil a la gracia de Dios en espíritu de pobreza y de verdadera caridad, no sea que exaltado por el espíritu de orgullo pierdas el fruto de tu trabajo. Procura estar sazonado con la sal espiritual de Cristo». (Cf. Col 4,6).
- 56 Dijo un anciano: «El que es honrado y alabado por encima de sus merecimientos, sufre un gran daño. El que nunca fuere honrado por los hombres, será glorificado allá arriba».
- 57 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Es bueno hacer frecuentes metanías?». El anciano le respondió: «Hemos visto que Dios se apareció a Jesús, el hijo de Navé, cuando estaba postrado en tierra».
- 58 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Por qué nos atacan tanto los demonios?». El anciano le respondió: «Porque abandonamos nuestras armas, que son los ultrajes, la humildad, la pobreza y la paciencia».
- 59 Un hermano preguntó a un anciano: «Padre, si un hermano me trae pensamientos mundanos, ¿debo decirle que no me los traiga?». Y el anciano respondió: «No». Y el hermano le preguntó: «¿Por qué?». «No podemos conseguirlo nosotros mismos, respondió el anciano, ¿y se lo vamos a urgir al prójimo? No hagas aquello que tú mismo harás después». E insistió el hermano: «¿Qué debo, pues, hacer?». Y contestó el anciano: «Si nos decidimos nosotros mismos a guardar silencio, esto bastará para el prójimo».

- 60 Preguntaron a un anciano: «¿Qué es la humildad?». Y respondió: «Perdonar al hermano que ha pecado contra ti antes de que te pida perdón».
- 61 Dijo un anciano: «En todo lo desagradable que te suceda no culpes a nadie, sino sólo a ti, diciendo: "Esto me ha sucedido a causa de mis pecados"».
- 62 Un anciano decía: «Nunca he sobrepasado mi rango para subir más alto. Ni me he turbado cuando me han humillado. Mi único pensamiento era rogar al Señor que me despojase del hombre viejo».
- 63 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué es la humildad?». El anciano respondió: «Hacer bien a los que te hacen mal». «Y si no alcanzo esas alturas, ¿qué debo haber?», insistió el hermano. Y contestó el anciano: «¡Huye y escoge el silencio!».
- 64 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Cuál es el trabajo propio del peregrino?». El anciano respondió: «Conozco a un hermano peregrino, que se encontraba en la iglesia en el momento del ágape. Se sentó a la mesa para comer con los hermanos. Pero uno de ellos le dijo: "¿Quién ha invitado a este hermano? Levántate y vete fuera". Y el hermano se fue. Los demás, apenados por su expulsión salieron a buscarle. Y uno de ellos le preguntó: "¿Qué has sentido en tu corazón al ser expulsado y llamado de nuevo?". Y respondió: "Pensé dentro de mí que era como un perro. Se va cuando le echan y entra cuando le llaman».
- 65 Unos fueron a la Tebaida para visitar a un anciano. Llevaban consigo a un hombre atormentado por el demonio para que el anciano le curase. El anciano, después de que se lo pidieron con mucha insistencia, dijo al demonio: «Sal de esa criatura de Dios». Y el demonio respondió: «Salgo, pero te hago esta pregunta: "Dime ¿quiénes son los cabritos y quiénes los corderos?"». Y el anciano le contestó: «Los cabritos son los que son como yo. Quienes sean los corderos, eso Dios lo sabe». Al oírle el demonio, vociferó: «Salgo por esta humildad tuya». Y desapareció al instante.

- 66 Un monje de Egipto vivía en un suburbio de la ciudad de Constantinopla. Un día, el emperador Teodosio, el Joven, pasó por allá, dejó a todos los de su comitiva, y fue, él solo, a la celda del anciano. Llamó a la puerta, le abrió el anciano y se dio cuenta de que era el emperador. Pero lo recibió como si se tratara de uno de sus oficiales. Entraron, hicieron oración y se sentaron. El emperador preguntó al monje: «¿Qué tal los Padres de Egipto?». Y le respondió el anciano: «Todos piden por tu salvación». El emperador miró a su alrededor para ver lo que había en la celda y no encontró más que una pequeña cesta que contenía un poco de pan y una jarra con agua. El monje le dijo: «Come un poco». Mojó los panes, le dio aceite y sal, y comió. Le dio también agua para beber.
- El emperador le dijo entonces: «¿Sabes quién soy yo?». Y el monje le contestó: «Dios sabe quien eres». Y le dijo Teodosio: «Yo soy el emperador Teodosio».
- El monje se postró y le saludó humildemente. Y el emperador prosiguió: «Dichosos vosotros que lleváis una vida segura sin los cuidados de este mundo. Te digo, de veras, que aunque he nacido bajo la púrpura imperial, nunca he saboreado tan a gusto el pan y el agua como hoy. He comido bastante y con buen apetito». A partir de este día, el emperador empezó a visitarle, pero el anciano se escapó y volvió a Egipto».
- 67 Los ancianos decían: «Cuando somos tentados, humillémonos más aún. Pues entonces Dios nos protege al ver nuestra debilidad. Pero si nos gloriamos, nos retira su protección y perecemos».
- 68 El diablo, transformado en ángel de luz, se apareció a un hermano, y le dijo: «Soy el ángel Gabriel y he sido enviado a ti». Pero el hermano le contestó: «Mira no sea que te hayan enviado a otro, porque yo no soy digno de que me envíen un ángel». Y el demonio desapareció al punto.
- 69 Decían los ancianos: «Aunque se te aparezca de verdad un ángel, no le acojas fácilmente, sino humíllate, diciendo: "No soy digno de ver un ángel yo que vivo en el pecado"».

70 Los Padres contaban que un anciano moraba en su celda y sufría fuertes tentaciones. Veía claramente a los demonios y se burlaba de ellos. Al verse vencido por el anciano, el demonio se le presentó y le dijo: «Soy Cristo».

Al verle, el anciano cerró los ojos. Y el diablo le dijo: «Soy Cristo, ¿por qué cierras los ojos?». Y le contestó el anciano: «Yo 'aquí no quiero ver a Cristo, sino en la otra vida». Al oír esto desapareció el diablo.

71 Los demonios quisieron engañar a un anciano y le dijeron: «¿Quieres ver a Cristo?». El respondió: «¡Malditos vosotros y vuestras palabras! Yo creo en el Cristo mío, que nos dijo: "Entonces, si alguno os dice: mirad, el Cristo está aquí o allí, no le creáis"». (Mt 24,23). Al oír esto, los demonios huyeron.

72 Contaban los Padres que un anciano había ayunado setenta y dos semanas seguidas, comiendo tan sólo una vez por semana. Preguntó a Dios el sentido de cierto texto de la Escritura, pero Dios no se lo reveló. Y pensó para sí: «Puesto que me he mortificado tanto sin provecho, iré a preguntárselo a uno de mis hermanos». Y al cerrar la puerta de su celda para salir, le fue enviado un ángel del Señor, que le dijo: «Las setenta semanas de ayuno no te han acercado más a Dios, pero cuando te has humillado para ir donde tu hermano, me han enviado para explicarte ese texto». Y después de explicarle lo que buscaba desapareció el ángel.

73 Decía un anciano: «Si uno da una orden a un hermano con humildad y temor de Dios, esta palabra pronunciada por amor de Dios dispone al hermano a someterse y a hacer lo mandado. Pero si uno da una orden a un hermano sin temor de Dios, sino para hacer sentir su autoridad y como manifestando su dominio, Dios, que ve los secretos del corazón, no permite que el hermano entienda y haga lo que se le manda. Porque aparece muy claro cuando algo se manda por amor de Dios, y cuando se manda de manera autoritaria por propia voluntad. Lo que es de Dios se manda con humildad y en forma de ruego. Lo que se manda con dominio, con irritación y brusquedad, procede del maligno».

- 74 Dijo un anciano: «Prefiero un fracaso soportado con humildad que una victoria obtenida con soberbia».
- 75 Un anciano decía: «No condenes al que te ayuda, pues no sabes si el Espíritu de Dios está en ti o en él. Cuando digo el que te ayuda, me refiero a tu servidor».
- 76 Un hermano preguntó a un anciano: «Vivo con otros hermanos, ¿si veo algo inconveniente, debo hablar?». El anciano le respondió: «Si son mayores que tú o de tu misma edad, tendrás más paz si te callas. Haciéndote pequeño te sentirás mucho más seguro». Y le dijo el hermano: «¿Qué debo hacer, el espíritu me turba?». Y el anciano le contestó: «Si no lo puedes sufrir, avísales una sola vez con mucha humildad. Si no te obedecen, abandona tu pena en la presencia de Dios y El te consolará. El siervo de Dios debe postrarse ante El y abandonarse totalmente a El. Vigila para que tu celo sea según Dios, pero mi opinión es que es mejor callarse. Para ti la humildad es el silencio».
- 77 Un hermano preguntó a un anciano: «¿En qué consiste el progreso de un hombre?». Y el anciano le contestó: «En la humildad. Cuanto más se abaja un hombre más se eleva a la perfección».
- 78 Decía un anciano: «Si alguno dice: "Perdóname", con humildad, quema a los demonios tentadores».
- 79 Decía un anciano: «Si consigues guardar silencio, no lo consideres como mérito tuyo. Cuando te venga esa consideración, di: "Es que soy indigno de hablar"».
- 80 Un anciano dijo: «Si el molinero no tapa los ojos del animal que da vueltas a la muela, éste se desmandará y comerá el fruto de su trabajo. Así, por disposición divina, hemos recibido un velo que nos impide ver el bien que hacemos, para que no nos sintamos satisfechos de nosotros mismos y perdamos nuestra recompensa. Por eso también, de vez en cuando, nos vemos abandonados a muchos pensamientos sucios, para que cuando los veamos nos condenemos a nosotros mis-

mos. Y estos pensamientos son para nosotros un velo que oculta el poco bien que hacemos. Porque cuando el hombre se acusa a sí mismo, no pierde su recompensa».

81 Un anciano decía: «Prefiero ser enseñado que enseñar». Y añadió: «No enseñes antes de tiempo; si no tendrás toda tu vida una inteligencia disminuida».

82 Preguntaron a un anciano: «¿Qué es la humildad?». Y respondió: «La humildad es algo muy grande, divino. El camino de la humildad es éste: entregarse a la penitencia corporal, reconocerse pecador y someterse a todos». Y un hermano preguntó: «¿Qué es someterse a todos?» Y contestó el anciano: «No fijarse en los pecados de los demás, sino considerar siempre los propios y rogar continuamente a Dios».

83 Un hermano preguntó a un anciano: «Dime una sola cosa para que la cumpla y viva». El anciano le respondió: «Si puedes sufrir el ser injuriado y soportarlo, esto es algo grande y que supera a todas las virtudes».

84 Decía un anciano: «El que lleva con paciencia los desprecios, las injurias y las injusticias, puede salvarse».

85 Un anciano dijo: «No tengas demasiada familiaridad con tu abad, ni vayas a verle con excesiva frecuencia, pues estas relaciones engendran confianza y empezarás a desear el primer puesto».

86 Había en una comunidad un hermano que se cargaba sobre sus espaldas todas las faltas que cometían los hermanos, llegando a acusarse hasta de fornicación. Algunos hermanos, ignorando su conducta, empezaron a murmurar contra él: «Tanto mal como hace y no trabaja nada». El abad, que conocía sus obras, decía a los hermanos: «Prefiero una estera de éste con humildad, que todas las vuestras con soberbia». Y para que los juicios de Dios demostrasen quién era aquel hermano, mandó traer todas las esteras que habían fabricado los hermanos y la del hermano. Encendió una mecha y la tiró en medio de ellas. Se quemaron todas las esteras de los hermanos, pero la

del hermano quedó intacta. Al ver esto los hermanos se llenaron de temor, hicieron una metanía ante el hermano y desde entonces le consideraron como un Padre.

87 Preguntaron a un anciano cómo algunos podían decir que habían visto el rostro de los ángeles. Y él contestó: «Dichoso el que ve siempre sus pecados».

88 Un hermano estaba enfadado con otro hermano. Lo supo éste y vino a pedirle perdón. Pero aquél no le abrió la puerta de su celda. Fue el hermano a contar lo sucedido a un anciano, y éste le dijo: «Mira si no conservas en tu corazón una razón que te parezca justa para culpar a tu hermano, y que ella te lleva a reprenderle a él y a justificarte a ti. Tal vez sea esta la causa por la que Dios no movió su corazón para que te abriera la puerta. Yo te aconsejo que si él te ha ofendido, asientes en tu corazón que tú le has ofendido a él y des la razón a tu hermano.

Entonces Dios pondrá en su corazón lo que sea necesario para que viva en buena amistad contigo». Y le contó este ejemplo: «Dos seglares piadosos se pusieron de acuerdo y dejaron el mundo para hacerse monjes. Llenos de celo según la letra, pero no según el espíritu del Evangelio, se castraron por el Reino de los Cielos.

Lo supo el arzobispo y los excomulgó. Ellos, creyendo que habían procedido bien, se indignaron contra él, diciendo: "Nos hemos castrado por el Reino de los Cielos, y él nos excomulga. Apelaremos al arzobispo de Jerusalén". Fueron, le contaron lo sucedido y el arzobispo de Jerusalén les dijo: "Yo también os excomulgo".

Irritados de nuevo, acudieron al arzobispo de Antioquía, le contaron todo y también les excomulgó.

Los hermanos se dijeron entonces: "Vamos al Papa de Roma, y él nos hará justicia". Acudieron pues el Sumo Pontífice, le contaron todo lo que les habían hecho los citados arzobispos, y le dijeron: "Acudimos a ti porque eres la cabeza de todos".

El Papa les respondió: "Yo también os excomulgo y quedáis fuera de

la Iglesia".

Al verse excomulgados por todos se dijeron el uno al otro: "Estos obispos se conciertan y se apoyan unos a otros porque se reúnen en Concilio. Vayamos a san Epifanio, obispo de Chipre, que es varón de Dios y profeta y no tiene acepción de personas". Cuando ya estaban cerca de la ciudad, san Epifanio tuvo una revelación acerca de ellos y mandó a decirles: "No entréis en esta ciudad".

Entonces volvieron en sí, y dijeron: "Somos verdaderamente culpables, ¿por qué tratamos de justificarnos? Pase que aquellos nos excomulgasen injustamente, ¿pero que lo haga este profeta? Tiene que ser porque Dios le ha hecho alguna revelación". Y los dos se reprocharon vehementemente la culpa que habían cometido.

El que conoce los corazones vio que se reconocían de verdad culpables y se lo reveló al obispo Epifanio. Éste les mandó de nuevo un mensajero, les hizo venir a su presencia, les consoló y les admitió en la Iglesia. Luego escribió sobre ellos al arzobispo de Alejandría: "Recibe a estos hijos tuyos que han hecho de verdad penitencia"».

Y añadió el anciano que contó esta historia: «Éste es el secreto de la santidad y lo que Dios quiere: que el hombre arroje sus pecados a los pies de Dios».

Al oír esto el hermano hizo lo que le había enseñado el anciano y fue a llamar a la puerta de su hermano. Éste, apenas le oyó, se arrepintió interiormente y abrió al punto la puerta. Se abrazaron desde el fondo de su corazón, y se estableció entre ellos una profunda paz.

89 Dos monjes, hermanos carnales, vivían juntos, pero el diablo quería separarlos. Un día, el más joven encendió una vela y la colocó sobre un candelabro.

El demonio hizo su trabajo y volcó el candelabro; el hermano mayor montó en cólera y golpeó a su hermano.

Pero éste hizo una metanía y le dijo: «Ten paciencia conmigo que ya la voy a encender de nuevo». Y el poder del Señor bajó y atormentó al demonio hasta la mañana siguiente.

El demonio comunicó a su jefe lo sucedido. Y un sacerdote pagano oyó lo que contaba el demonio y decidió hacerse monje.

Y desde el comienzo de su conversión practicó la humildad más perfecta, pues decía:

«La humildad quiebra toda la fuerza del enemigo, como yo mismo se lo oí a los demonios: "Cuando atacamos a los monjes, si uno de ellos hace una metanía, todo nuestro poder se desvanece"».

Capítulo XVI

De la paciencia

1 El abad Gelasio tenía un códice de pergamino que valía dieciocho sólidos. Contenía el Antiguo y el Nuevo Testamento enteros y estaba colocado en la iglesia, para que los hermanos pudieran leerlo cuando gustasen. Llegó un hermano peregrino, se detuvo en el monasterio, y al ver el códice lo deseó, lo robó y se marchó con él.

El anciano, aunque se dio cuenta de lo que había hecho no le persiguió para prenderlo. El hermano, por su parte, fue a una ciudad, e intentó venderlo. Encontró un comprador y le pidió por él dieciséis sólidos. El comprador le dijo: «Dámelo antes para que lo haga examinar y te lo pagaré después». Y el hermano le dejó el libro para que lo enseñase. El comprador lo llevó al abad Gelasio, para que comprobara si el códice era bueno y si valía ese precio. El anciano le contestó: «Cómpralo, es un buen códice y vale lo que te ha pedido».

Pero el comprador fue al encuentro del hermano y le dijo, no lo que le había dicho el anciano, sino lo que sigue: «Se lo he enseñado al abad Gelasio y me ha dicho que es muy caro y que no vale lo que tú pides».

Al oír esto el hermano le preguntó: «¿Y no ha dicho más el anciano?». «Nada más».

Entonces dijo el hermano: «No quiero ya vender este libro». Conpunjado volvió donde el anciano, le hizo una metanía suplicándole que aceptase el libro, pero el anciano no quería recibirlo. Entonces el hermano le dijo: «Si no lo aceptas, no puedo vivir tranquilo».

Y el anciano replicó: «Si no puedes vivir tranquilo si no lo acepto, lo recibiré». Y el hermano se quedó con el anciano hasta su muerte y se aprovechó mucho de la paciencia de su abad.

- 2 Se tuvo en las Celdas una reunión para cierto asunto, y el abad Evagrio habló en ella. El presbítero del monasterio le dijo: «Sabemos, abad Evagrio, que si estuvieses en tu país, podrías ser obispo o cabeza de un grupo numeroso, pero aquí eres un forastero». Movidado a compunción, no respondió violentamente, sino que inclinando la cabeza y mirando al suelo, escribía en él con el dedo, y dijo: «Así es, Padres: he hablado una vez, pero, como dice la Escritura, no hablaré la segunda».
- 3 El abad Juan el Enano estaba sentado delante de la iglesia. Los hermanos le rodearon y le preguntaron acerca de sus propios pensamientos. Al ver esto otro anciano, lleno de envidia, le dijo: «Tu vaso está lleno de veneno». Y el abad Juan le respondió: «Así es, Padre. Tú dices eso porque sólo ves lo externo. Si vieses lo de dentro, ¿qué dirías?».
- 4 Juan el Pequeño, de la Tebaida, que fue discípulo del abad Amonio, estuvo doce años a su servicio consolándole en sus enfermedades y luego se sentaba junto a él sobre la estera. Pero el anciano no le daba por ello ninguna satisfacción. Y aunque se sacrificó tanto por él, jamás le dijo: «Dios te lo pague». Pero cuando estuvo a punto de morir, en presencia de los hermanos de la región, le tomó la mano y dijo: «¡Dios te lo pague! ¡Dios te lo pague!». Y lo confió a los ancianos diciendo: «Es un ángel, no un hombre».
- 5 Contaban del abad Isidoro, presbítero de Scitia, que si alguno tenía un hermano enfermo, débil o insolente, y quería expulsarlo, él decía: «Tráemelo a mí». Y con su paciencia, curaba el alma de aquel hermano.
- 6 Cuando estaba en Egipto, el abad Macario encontró a un hombre que había traído una bestia de carga en la que iba colocando todo lo que Macario poseía. Macario, como si estuviese de paso, le ayudó a cargar todo lo robado sobre el animal y lo despidió con toda calma, diciendo para sí: «Porque nosotros no hemos traído nada al mundo (1 Tim 6,7). Dios nos lo dio. ¡Hágase su voluntad! ¡Bendito sea siempre el Señor!».

- 7 Un día se reunieron los hermanos en Scitia, y los ancianos quisieron poner a prueba al abad Moisés. Le despreciaron, diciendo: «¿Por qué este etíope viene con nosotros?». El, al oírlo se calló. Terminada la asamblea, los que le habían tratado injuriosamente le dijeron: «¿No te sientes molesto ahora?». Y él respondió: «Turbado estoy, no puedo hablar». (Sal 76,5).
- 8 Paisio, hermano del abad Pastor, tuvo una amistad particular con un monje del exterior. Al abad Pastor no le gustaba, y corrió a decir al abad Amonas: «Mi hermano Paisio tiene una amistad particular y no lo puedo sufrir». El abad Amonas le respondió: «Abad Pastor, ¿vives todavía? Vete a tu celda y métete en la cabeza que hace un año que estás en el sepulcro».
- 9 Decía el abad Pastor: «Cualesquiera que sean tus penas, callando las superarás».
- 10 Un hermano que había sido insultado por otro hermano, acudió al abad Sisoés de Tebas y le dijo: «Ese hermano me ha insultado y quiero vengarme». El anciano le rogaba: «No, hijo. Deja en manos de Dios la venganza». Pero el otro decía: «No descansaré hasta que me haya vengado yo mismo». El anciano insistió: «Hermano, hagamos oración».
- Y el anciano puesto en pie añadió: «Dios mío, ya no necesitamos que te ocupes de nosotros, pues nos vengamos nosotros mismos». «Al oír esto el hermano se echó a los pies del anciano y le dijo: «Ya no tengo nada contra aquel hermano. ¡Por favor, Padre, perdóname!».
- 11 Un hermano vio que un hombre piadoso llevaba a un muerto en una camilla y le dijo: «¿Llevas a los muertos? Ve y aguanta a los vivos!».
- 12 Se decía de un monje que cuanto más uno le injuriaba y le exacerbaba, tanto más se acercaba a él, pues decía: «Esta clase de personas, está hecha para corregir a los que buscan con seriedad la perfección. Pues los que a estos últimos alaban, turban sus almas, porque escrito está: "Los que os alaban, os apartan del buen camino"». (Cf. Is 9,16).

- 13 Un día vinieron unos ladrones a la ermita de un anciano y le dijeron: «Venimos a llevarnos todo lo que hay en tu celda». Y él les dijo: «Tomad todo lo que os parezca bien, hijos». Tomaron todo lo que encontraron en la celda y se lo llevaron. Pero se olvidaron una bolsa que estaba escondida en la celda. El anciano la tomó, y corrió tras ellos gritando: «¡Hijos míos!, tomad esto que habéis olvidado en mi celda». Admirados de la paciencia del anciano, le llevaron de nuevo todo a su celda y todos le hicieron metanías, y se decían unos a otros: «Verdaderamente, es un hombre de Dios».
- 14 Unos hermanos fueron a visitar a un santo anciano que vivía en un lugar desierto. Y junto a la ermita encontraron a un muchacho que cuidaba los rebaños y profería palabras muy groseras. Los hermanos consultaron sus asuntos con el anciano aprovechándose de sus respuestas y luego le dijeron: «Padre, ¿cómo aguantas a estos chicos y no les impides este alboroto?». El anciano les contestó: «Hermanos, creedme, que desde hace varios días estoy pensando en mandarles callar, pero me digo a mí mismo: "Si no aguanto esta bagatela, ¿cómo podría soportar una prueba mayor, si Dios permite que se me presente?". Y por eso no les digo nada, para acostumbrarme a sobrellevar todo lo que me pueda suceder».
- 15 Se cuenta que un anciano que tenía por compañero a un muchacho, vio que hacía algo poco conveniente, y le dijo, una sola vez: «No hagas eso». Pero el joven no le obedeció.

Al ver esto el anciano apartó de sí toda preocupación por lo sucedido y no quiso ser juez del muchacho. El joven cerró con llave la puerta de la habitación donde estaban los panes y dejó en ayunas al anciano durante tres días, pero el anciano no le preguntó: «¿Dónde andas? ¿Qué haces por ahí fuera?». El anciano tenía un vecino que supo lo sucedido, preparó una papilla que le ofreció a través de la ventana, rogándole que la comiera. Y le preguntaba al anciano: «¿Por qué tarda tanto en volver el hermano?». Pero el anciano respondió: «Cuando haya descansado, volverá».

16 Un día unos filósofos quisieron poner a prueba a los monjes. Vieron pasar a uno muy elegantemente vestido y le llamaron: «¡Ven aquí!». Pero él, indignado, les insultó.

Pasó un santo monje, de origen aldeano, y le dijeron: «¡Tú, monje, mal viejo, ven aquí!». Y el monje acudió en seguida.

Le abofetearon, y él les ofreció la otra mejilla. Al punto los filósofos se levantaron, se echaron a sus pies, y le dijeron: «¡Este es un monje de verdad!».

Le hicieron sentar en medio de ellos y le preguntaron: «¿Qué es lo que haces, en este lugar solitario, que no hagamos nosotros? Vosotros ayunáis y nosotros ayunamos. Castigáis vuestros cuerpos y nosotros también lo hacemos. Todo lo que vosotros hacéis lo hacemos también nosotros. ¿Qué hacéis más que nosotros, aquí en el desierto?».

El anciano les contestó: «Ponemos nuestra esperanza en Dios y practicamos la guarda del corazón».

Y le dijeron los filósofos: «Esto no lo logramos nosotros». Y muy edificados le dejaron marchar.

17 Un anciano tenía un discípulo de probada virtud, pero un día que estaba de mal humor lo despidió. El discípulo esperaba sentado fuera. El anciano, al abrir la puerta, le encontró, e hizo una metanía ante él, diciendo: «Tú eres mi Padre, porque tu humildad y paciencia han vencido la volubilidad de mi carácter. Ven dentro, desde ahora tú eres el anciano y el Padre, y yo el joven y el discípulo, porque con tu conducta has superado mi ancianidad».

18 Contaba un anciano que había oído decir a unos santos varones, que había jóvenes que enseñaban a sus ancianos a conducirse en la vida monástica. Y contaron esta historia: «Había una vez un monje borracho, que fabricaba cada día una estera, la vendía en el pueblo vecino, y gastaba en beber todo lo que había cobrado. Vino a vivir con él un hermano, que también fabricaba una estera, pero el anciano la tomaba, vendía las dos esteras y se gastaba en vino el precio de am-

bas. Al hermano únicamente le traía un poco de pan, al anochecer. Esto duró casi tres años, sin que el hermano dijera una sola palabra.

Pero un día el hermano pensó para sí: "Estoy desnudo y como con escasez mi pan. Voy a marchar de aquí!". Pero luego recapacitó: "¿Dónde voy a ir? Me quedaré aquí, viviendo por amor de Dios, en compañía de este monje". Al punto se le apareció un ángel del Señor, que le dijo: "No te vayas. Vendremos a ti mañana.

Aquel día el hermano rogó al anciano: "No te alejes de aquí. Los míos van a venir hoy a buscarme". Cuando llegó la hora en que el anciano solía bajar al pueblo, dijo al hermano: "Ya no vendrán hoy, hijo. Es demasiado tarde".

Pero el hermano le respondió, con toda clase de argumentos, que vendrían. Y mientras hablaba descansó en la paz del Señor. Entonces el anciano lloró amargamente: "¡Ay Dios mío! Cuántos años hace que vivo negligentemente. Tú en cambio, gracias a tu paciencia, alcanzaste la salvación en muy poco tiempo. Y desde aquel día, el anciano dejó la bebida y se convirtió en un monje de probada virtud».

19 Un hermano vivía cerca de un venerable anciano y entraba en la celda de éste y le robaba todo lo que tenía. El anciano se daba cuenta, pero no le reprendía, antes al contrario se esforzaba en trabajar más con sus manos, diciendo: «Creo que este hermano lo necesita». Se exigía a sí mismo un trabajo muy superior al acostumbrado, dominaba su apetito y comía su pan con escasez. Cuando estaba a punto de morir, le rodearon sus hermanos, y viendo al hermano que le robaba, le dijo: «Acércate a mí».

Le tomó las manos y se las besó, mientras le decía: «Hermano, doy gracias a estas manos, pues por ellas voy al Reino de los Cielos». El hermano, movido a compunción por estas palabras, hizo penitencia y llegó a ser un monje muy fervoroso, siguiendo el ejemplo de aquel santo anciano.

Capítulo XVII

De la caridad

- 1 Decía el abad Antonio: «Yo ya no temo a Dios: le amo porque "el amor perfecto expulsa el temor"». (1 Jn 4,18).
- 2 Decía también: «La vida y la muerte nos viene del prójimo. Si ganamos a nuestro hermano, ganaremos a Dios. Si le escandalizamos pecamos contra Cristo».
- 3 El abad Amón, de Nitria, vino a ver al abad Antonio, y le dijo: «Me parece que mi vida es más dura que la tuya, ¿por qué tú eres más famoso que yo?». Y el abad Antonio le respondió: «Porque yo amo a Dios mas que tú».
- 4 El abad Hilarión, vino un día de Palestina al monte del abad Antonio, y el abad Antonio le dijo: «Bienvenido seas, estrella del amanecer». Y el abad Hilarión le contestó: «La paz sea contigo, columna de luz que sostienes el universo».
- 5 El abad Marco preguntó al abad Arsenio: «¿Por qué escapas de nosotros?». Y el anciano le dijo: «Dios sabe que os amo, pero no puedo estar con Dios y con los hombres. Los millones y las minadas de ángeles sólo tienen una voluntad, los hombres tienen muchísimas voluntades. No puedo abandonar a Dios para morar entre los hombres».
- 6 Dijo el abad Agatón: «En cuanto me ha sido posible, nunca me acosté guardando en mi corazón resentimiento contra alguno, ni he permitido que nadie se acostara si tenía algo en contra mía».
- 7 El abad Juan subía un día de Scitia con otros hermanos, pero el guía se equivocó de camino, pues era de noche. Y preguntaron los hermanos

al abad Juan: «¿Qué hacemos, Padre, pues el hermano se ha equivocado de camino, no sea que nos perdamos y muramos?». Y el anciano les dijo: «Si le decimos algo sufrirá mucho. Voy a hacer como que no puedo más, digo que no puedo andar y me quedo aquí hasta mañana». Y lo hicieron así. Los demás dijeron: «Tampoco nosotros seguimos, nos quedaremos contigo». Y se quedaron allí hasta el día siguiente, para no causar pena a aquel hermano.

- 8 Vivía en Egipto un anciano muy conocido y venerado, antes de que llegase allí el abad Pastor. Pero cuando subió de Scitia el abad Pastor con los suyos, los monjes abandonaron a aquel anciano para acudir al abad Pastor. Al saberlo el abad Pastor se puso triste, y dijo a sus hermanos: «¿Qué haremos con este santo anciano, porque los hombres me ponen en apuros al abandonarle para acudir a nosotros, que no somos nada? ¿Cómo podremos curarle?». Y añadió: «Preparad algo de comer, tomad un jarro de vino, y vayamos a comer con él. Tal vez así podamos curar su alma». Tomaron los alimentos que habían preparado y fueron a su encuentro. Al llamar a la puerta preguntó su discípulo: «¿Quiénes sois?». Y dijeron: «Di a tu abad que es Pastor y que deseo recibir su bendición».

El discípulo lo hizo saber al anciano, que le mandó a decir: «Marchaos, pues no tengo tiempo». Los otros se quedaron soportando el calor y le dijeron: «No marcharemos hasta que no hayamos recibido la bendición del anciano». Este, al ver su humildad y perseverancia, les abrió lleno de confusión, y entraron y comieron con él. Y mientras comían, dijo el anciano: «Os digo de veras, que lo que he oído de vosotros está muy por debajo de la realidad. En vuestra obra veo cien veces más». Y desde aquel día fue un gran amigo de ellos.

- 9 Decía el abad Pastor: «Intenta con todas tus fuerzas no hacer mal a nadie y guarda tu corazón casto para con todos».

- 10 Dijo también: «No hay mayor amor que dar la vida por el prójimo. Porque si uno al oír un insulto, pudiendo devolverlo, lucha, vence y no contesta, o si herido en alguna cosa lo lleva con paciencia, sin vengarse del que le ha ofendido, el que así obra, está dando su vida por su prójimo».

11 Un día el abad Pambo caminaba con sus hermanos en Egipto cuando vio a unos seglares que estaban sentados, y les dijo: «Levantaos, saludad y abrazad a los monjes para que os bendigan, porque ellos hablan a menudo con Dios y sus labios son santos».

12 El abad Pafnucio, no bebía vino fácilmente. Caminando un día, encontró una banda de ladrones que estaba bebiendo.

El jefe de los ladrones le reconoció y sabía que no bebía vino, pero al verle tan fatigado por sus muchas penitencias, llenó un vaso de vino, y teniendo en la otra mano una espada desenvainada dijo al anciano: «Si no bebes te mataré». Viendo el anciano que lo hacía por caridad para con él, y queriendo ganarlo para Dios, tomó el vaso y bebió. El jefe de la banda hizo una metanía, diciendo: «Perdóname, Padre, porque te he causado pena».

Y el anciano le dijo: «Confío en que Dios, por este vaso de vino, tendrá misericordia de ti en esta vida y en la otra».

El jefe de los ladrones contestó: «Y yo, confío que en adelante, gracias a Dios, no haré mal a nadie». Y el anciano ganó para Dios a toda la banda de ladrones, porque había renunciado a hacer su voluntad por amor a Dios».

13 Decía el abad Hiperequios: «Libera a tu prójimo de sus pecados, con todas tus fuerzas, pero sin improperios, porque Dios no rechaza a los que se convierten a El. No alimentes en tu corazón palabras de maldad o aspereza contra tu hermano para que puedas decir: "Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos a nuestros deudores"». (Mt 6,12).

14 Dos hermanos vivían en las Celdas, y uno de ellos, anciano, rogaba al otro, que era joven, diciendo: «Vivamos juntos, hermano». Pero el joven respondió: «Padre, soy pecador y no puedo vivir contigo». El anciano insistía: «Sí podemos».

Era un hombre casto, que no toleraba escuchar que un monje tuviera pensamientos impuros. El joven le dijo: «Déjame una semana y luego hablaremos». Volvió el anciano y el joven quiso probarle. «Padre,

le dijo, esta semana he tenido una grave caída. Fui al pueblo para cierto negocio y pequé con una mujer». Y el anciano le dijo: «¿Te arrepientes?». «Si, Padre», dijo el hermano. Y el anciano le respondió: «Yo cargo contigo la mitad de ese pecado». Entonces el hermano repuso: «Ahora sé que podemos vivir juntos». Y así vivieron hasta su muerte.

15 Decía un padre: «Sí uno te pide una cosa y se la das de mala gana, hay mucho amor propio en este don, como está escrito: "Al que te obligue a andar una milla, vete con él dos" (Mt 5,41). Equivale a decir: "Si uno te pide algo dáselo con todo tu corazón y toda tu alma"».

16 Un anciano que había hecho unas cestas y estaba colocando las asas, oyó a otro monje vecino suyo que decía: «¿Qué voy a hacer? Se acerca el día del mercado y no tengo asas para poner a mis cestas». El otro desmontó las asas, que había colocado en sus cestas, y se las llevó a su vecino, diciendo: «Toma, me sobran estas asas, pónselas a tus cestas». Permitió que su hermano terminara su trabajo sin acabar el suyo.

17 Un anciano de Scitia cayó enfermo y quiso comer un poco de pan tierno. Lo supo uno de sus hermanos, que era muy andarín, cogió su melota, puso en ella pan seco, fue a Egipto, lo cambió por pan tierno y se lo llevó al anciano.

Los hermanos se maravillaron al ver aquel pan tierno, pero el anciano no lo quiso probar, pues decía: «Es la sangre de mi hermano». Pero los ancianos le rogaban: «Por amor de Dios, come para que no resulte inútil el sacrificio de este hermano». Y ante sus ruegos accedió a comer.

18 Un hermano preguntó a un anciano: «Conozco dos hermanos: uno practica la hesyquia en su celda, prolonga su ayuno hasta seis días y se impone una ascesis muy dura.

El otro sirve a los enfermos. ¿Cuál de los dos es más acepto a Dios?». El anciano le respondió: «Si el hermano que ayuna seis días se colgase por la nariz, no conseguiría igualar al que sirve a los enfermos».

19 Preguntó uno a un anciano: «¿Por qué, hoy, los que viven la austeridad de la vida monástica no reciben las gracias de los Padres antiguos?». El anciano le respondió: «Porque entonces imperaba la caridad y cada uno arrastraba a su prójimo hacia arriba. Ahora, al enfriarse la caridad, cada uno empuja ,a su prójimo hacia abajo y por eso no merecemos la gracia».

20 En cierta ocasión; tres hermanos marcharon para la recolección y les asignaron una extensión de sesenta modios. Pero uno de ellos cayó enfermo, el primer día, y volvió a su celda. Uno de los que quedaron dijo al otro: «Hermano, ya ves que nuestro hermano se ha puesto enfermo. Haz un esfuerzo por tu parte y yo haré otro tanto y pongamos nuestra confianza en Dios para que gracias a la oración de nuestro hermano llevemos a buen fin el trabajo de los dos y realicemos también el suyo».

Después de terminada la tarea encomendada, y de cobrar el salario, llamaron al tercer hermano y le dijeron: «Ven, hermano, a recibir el precio de tu trabajo». Pero él les respondió: «¿Qué trabajo voy a cobrar si no he segado?».

Y le dijeron los otros dos: «Gracias a tus oraciones hemos terminado todo el trabajo. Ven pues a recibir tu paga». Y se entabló entre ellos una generosa disputa ya que uno decía: «No aceptaré nada por que no he trabajado», y los otros no querían recibir nada si el hermano no aceptaba su parte. Decidieron entonces someterse al juicio de un anciano venerable. El enfermo contó así la cosa: «Fuimos los tres a trabajar al campo para obtener un salario. Al llegar al lugar de nuestro trabajo, el primer día, caí enfermo y volví a mi celda, sin haber trabajado ni un solo día con ellos. Y ahora me apremian diciendo: "Hermano, ven a recibir la paga de un trabajo que no has realizado"».

Los otros dijeron a su vez: «Es cierto que fuimos a la recolección y que se nos confió una extensión de sesenta modios, que a duras penas hubiéramos terminado entre los tres. Pero gracias a las oraciones de este hermano, nosotros dos hemos hecho el trabajo más rápidamente que si hubiéramos estado los tres. Y por eso le decimos:

"Ven a recibir tu paga", y él no quiere aceptarla». Al oír esto el anciano se maravilló y dijo' a uno de los monjes: «Da la señal para que se congreguen todos los hermanos».

Cuando se reunieron todos, dijo el anciano: «Venid, hermanos, y escuchad hoy un juicio según justicia». El anciano les contó todo y condenó al hermano a recibir su paga y a hacer con ella lo que quisiera. Y el hermano partió triste y lloroso como si le hubieran hecho una injusticia.

21 Decía un anciano: «Nuestros Padres tenían la costumbre de acudir a las celdas de los hermanos nuevos que querían iniciar la vida eremítica. Y les hacían preguntas, para que si alguno había sido tentado por el demonio no cayese en las redes del maligno. Y si alguno había sido engañado, lo llevaban a la iglesia. Allí se ponía una jofaina llena de agua, se hacía una oración por el hermano que había sufrido la tentación y todos los hermanos lavaban sus manos en la jofaina. Luego, con ese agua hacían una aspersion al hermano que había sido tentado, y al punto aquel hermano quedaba purificado».

22 Dos ancianos habían vivido muchísimos años juntos y nunca habían tenido ni una sola discusión. Uno de ellos dijo al otro: «Discutamos una vez, como lo hace todo el mundo».

Pero su hermano le contestó: «No sé cómo se discute». El otro le dijo: «Mira, yo pongo un ladrillo entre nosotros, y digo: "Es mío", y tú dices: "No. ¡Es mío"! Y así empieza la discusión». Pusieron en medio el ladrillo y uno de ellos dijo: «Es mío». Y el otro dijo: «No, es mío». Y el primero respondió: «Es verdad, es tuyo. Tómallo y vete». Y se separaron sin poder discutir.

23 Un hermano consultó a un anciano: «Si veo a un hermano del que me han contado alguna culpa, no puedo luego decidirme a recibirle en mi celda. Pero si se trata de un hermano fervoroso, lo recibo con alegría». El anciano le contestó: «Si haces el bien a un hermano virtuoso, éste no se aprovecha mucho de ello. Pero con el otro multiplica tu caridad porque está enfermo».

- 24 Decía un anciano: «Nunca he deseado una cosa que fuese útil para mí si ello entraña algún perjuicio para mi hermano, porque espero que la ganancia de mi hermano es para mi aumento de fruto».
- 25 Un hermano servía a un anciano, y un día le salió a éste una llaga en el cuerpo que dejaba salir mucho pus y olía espantosamente mal. El hermano oía dentro de sí una voz que le decía: «Vete de aquí, que no puedes soportar el hedor de esta podredumbre». El hermano, para vencer esta tentación, tomó un vaso, lavó la herida del anciano y recogió el agua que había empleado en otro vaso. Y cuando tenía sed, bebía de ese agua. Pero sus pensamientos volvían a hostigarle: «Si no quieres marchar, por lo menos no bebas esa porquería». El hermano sin embargo llevaba con valentía la lucha y siguió bebiendo el agua con la que lavaba la herida. Así continuó sirviendo al anciano, hasta que Dios, viendo el amor que ponía en su trabajo, cambió aquella agua sucia procedente del lavado de la herida en un agua purísima y sanó al anciano con una medicina invisible.

Capítulo XVIII

De la clarividencia o contemplación

1 Un hermano fue a la celda del abad Arsenio en Scitia. Miró por la ventana y le vio como en fuego. El hermano era digno de ver aquel espectáculo. Llamó a la puerta y salió el anciano, y al ver el rostro de asombro del hermano, le preguntó: «¿Hace mucho tiempo que estás llamando? ¿Has visto algo?». Y él le respondió: «No». Hablaron entre si y el anciano le despidió.

2 Dijo el abad Daniel, discípulo del abad Arsenio, que su abad le contó como sucedido a otro (aunque él creía que se trataba del mismo Arsenio) que estando en su celda oyó una voz que le decía: «Ven, y te mostraré las obras de los hombres». Se levantó y salió. Le llevaron a un lugar donde estaba un etíope cortando leña para hacer un haz muy grande. Intentó levantar el haz pero no podía y en vez de aligerar el haz cortaba más leña y la añadía a su enorme haz. Un poco más lejos, le enseñó un hombre al borde de un lago. Llenaba de agua un balde y lo echaba en una cisterna agrietada y el agua se escapaba de nuevo al lago.

Y el anciano oyó la voz que le decía: «Ven, que te voy a enseñar otra cosa». Y vio un templo y dos hombres a caballo que llevaban, entre los dos, un tronco atravesado sobre sus monturas. Intentaban entrar en el templo por la puerta, pero no podían a causa del tronco atravesado que llevaban. Ninguno de los dos consentía en colocarse detrás para que el tronco girase 90 grados, y se quedaron los dos fuera del templo. Y al preguntar al anciano qué significa todo aquello, le fue respondido: «Éstos son los que llevan con orgullo el yugo de la justicia. No se humillan para rectificar su conducta y caminar con humildad por el camino de Cristo y se quedan fuera del Reino de Dios. El que cortaba leña, es el gran pecador que no hace penitencia por sus

pecados, ni se aparta de ellos, sino que, al contrario, añade pecados sobre pecados. El que llena de agua la cisterna, es el hombre que hace buenas obras, pero mezcla en ellas otras malas, y por éstas pierde también aquéllas. Es preciso, pues, que el hombre vigile sus propias obras, para que no trabaje en vano».

- 3 Contaba también el abad Daniel: «Nuestro Padre, el abad Arsenio, nos habló de un anciano, tan admirable por su penitencia como por la sencillez de su fe. Por su ignorancia, cayó en el error y decía que el pan que comemos no es el Cuerpo de Cristo sino una figura de él.

Dos ancianos supieron que sostenía esta doctrina, y conociendo su santa vida y su gran virtud, pensaron que no había malicia por su parte y que por ignorancia decía aquello. Fueron a su encuentro y le dijeron: «Padre, hemos oído la opinión de un infiel, que dice que el pan que comemos no es el verdadero Cuerpo de Cristo, sino una representación». Pero el anciano les respondió: «Soy yo el que ha dicho eso». Y se pusieron a enseñarle: «No sostengas eso, Padre, hay que atenerse a la enseñanza de la Iglesia Católica, pues nosotros creemos que este pan es verdaderamente el Cuerpo de Cristo y que este cáliz es verdaderamente la Sangre de Cristo y no una representación. En el principio, Dios tomó barro de la tierra y formó al hombre a su imagen y semejanza y nadie puede decir que no es imagen de Dios, aunque sea incomprendible. Lo mismo sucede con el pan, pues el Señor dijo: "Este es mi Cuerpo", y creemos que este pan es realmente el Cuerpo de Cristo». El anciano contestó: «Si no veo la cosa, no me convenceré de lo que decís». Los ancianos le dijeron: «Pidamos a Dios, durante toda la semana, que nos desvele este misterio y estemos seguros de que Dios lo hará». El anciano acogió con gran alegría estas palabras, y rogaba a Dios, diciendo: «Tú sabes que mi incredulidad no es por malicia, pero si estoy equivocado a causa de mi ignorancia, Señor Jesucristo, dame a conocer la verdad». Por su parte, los dos ancianos, en sus respectivas celdas, rogaban a Dios: «Señor Jesucristo, revela a este anciano el misterio, para que crea y no pierda todo su trabajo». Dios les escuchó a uno y otros.

Terminada la semana acudieron a la iglesia y se sentaron los tres solos aparte en un asiento de juncos atados formando haces. El anciano se

sentó en medio. Y se les abrieron a los tres los ojos del alma, y cuando pusieron los panes en el altar, les pareció, a ellos tres tan sólo, que se encontraba sobre el altar un niño pequeño. Y cuando el sacerdote extendió sus manos para partir el pan, bajó un ángel del Señor, del cielo, con un cuchillo en la mano y partió aquel niño y la sangre la recogió en el cáliz. Y cuando el sacerdote partió el pan en trozos pequeños, también el ángel cortó los miembros del niño en partes pequeñas. Y al acercarse recibió carne ensangrentada. Al verlo se atemorizó, y exclamó: «Creo, Señor, que el pan que está en el altar es tu Cuerpo y el cáliz tu Sangre». Y al punto se convirtió en pan el trozo que llevaba en la mano, como en el sacramento, y lo comió, dando gracias a Dios. Los ancianos le dijeron: «Dios conoce la naturaleza humana. Sabe que el hombre no puede comer carne cruda y por eso transforma su Cuerpo en pan y su sangre en vino para aquellos que le reciben con fe».

Y dieron gracias a Dios porque no había permitido que aquel anciano perdiese el fruto de su trabajo y volvieron a sus celdas con gran alegría.

4 Contaba también el abad Daniel que un venerable anciano, que vivía en el Bajo Egipto, decía, en su gran simplicidad, que Melquisedec era hijo de Dios. Se le hizo saber esto al obispo de Alejandría, Cirilo, de santa memoria, el cual le mandó llamar. Este, que sabía que el anciano era taumaturgo y que Dios le revelaba todo cuanto le pedía, y que sólo por su simplicidad decía esas cosas, usó con él la siguiente estratagema.

Le dijo: «Padre, tengo que consultarte lo siguiente: pienso algunas veces que Melquisedec es hijo de Dios y otras que sólo es un hombre que fue sumo sacerdote. Y en esta incertidumbre, te pido que ruegues a Dios para que se digne revelarte dónde está la verdad». El anciano confiando en la santidad de su vida, le respondió con plena seguridad: «Dame tres días para orar a Dios y te diré lo que me ha revelado acerca de eso». Entró en su celda y se puso a rezar por esa intención. Y a los tres días se presentó de nuevo a Cirilo, de santa memoria, y le dijo: «Melquisedec es un hombre».

El arzobispo le preguntó: «¿En qué se basa tu certeza, Padre?». Y el anciano le dijo: «Dios me ha hecho ver a todos los patriarcas, desde Adán hasta Melquisedec, todos han desfilado delante de mi y un ángel que estaba a mi lado me ha dicho: "Este es Melquisedec". Puedes estar seguro de que esto es así».

El anciano volvió a su celda y él mismo se puso a enseñar que Melquisedec era un hombre. Y el bienaventurado Cirilo se alegró muchísimo.

5 Efrén, de santa memoria, siendo todavía niño, vio en un sueño o revelación que de su boca salía una viña que creció y llenó toda la tierra, tanta era su fecundidad. Todas las aves del cielo venían a alimentarse de ella, pero cuanto más comían, tanto más se llenaba la viña de fruto.

6 Uno de los santos Padres vio en sueños un ejército de ángeles que bajaba del cielo por orden de Dios. Llevaban en sus manos un libro escrito, por dentro y por fuera, y se preguntaron: «¿A quién debemos confiarlo?». Los unos decían a tal, los otros a cual, y el resto de los ángeles, dijeron: «En verdad esos dos que decís son santos y justos, pero no se les puede confiar el libro». Se pronunciaron otros muchos nombres de santos, hasta que dijeron: «Sólo a Efrén se lo podemos confiar». Y vio aquel anciano, a quien se le había revelado todo esto, que los ángeles entregaron el libro a Efrén. A la mañana siguiente se levantó y fue a escuchar las enseñanzas de Efrén y era como una fuente que brotaba de su boca. Y reconoció, el anciano que había tenido el sueño, que lo que salía de los labios de Efrén era obra del Espíritu Santo.

7 Cuando el abad Zenón vivía en Scitia, salió una noche de su celda pensando ir hacia el pantano. Pero se extravió y estuvo tres días y tres noches andando y sufriendo.

Desfalleció y cayó medio muerto. Pero un niño se puso junto a él, ofreciéndole un pan y una jarra de agua, y le dijo: «Levántate y come». Pero Zenón se levantó y se puso en oración, creyendo que se trataba de un fantasma. El niño le dijo: «Has hecho bien».

Pero Zenón oró una segunda y una tercera vez. Y el niño le volvió a decir: «Has hecho bien». El anciano se levantó, tomó lo que se le ofrecía y comió. Y el niño le dijo: «Cuanto más andabas, más te alejabas de tu celda, pero levántate y sígueme». Y enseguida se encontró en su celda.

El anciano dijo: «Entra, y hagamos oración». Y mientras el anciano entraba, el otro desapareció.

8 El abad Juan contaba que, en un éxtasis, un anciano vio a tres monjes en pie al borde del mar. Y oyeron una voz que desde la otra orilla les decía: «Tomad las alas de fuego y venid a mi». Dos de ellos tomaron las alas y volaron a la otra orilla de donde venía la voz. El tercero se quedó inmóvil y lloraba y gritaba con gran fuerza. Un poco más tarde le dieron también alas, pero no eran alas de fuego sino débiles y pobres. Y sólo con grandes trabajos, hundiéndose y levantándose consiguió llegar a la otra orilla. Así es la generación actual: no recibirá alas de fuego, pero si recibe algo serán alas débiles y sin fuerza.

9 El abad Macario habitaba en pleno desierto. Era el único ermitaño que vivía allí, pero más abajo existía otro desierto en el cual moraban muchos hermanos. El anciano contemplaba el camino y vio venir a Satanás, con aspecto de hombre, y encaminarse hacia su celda. Llevaba una túnica de lino muy gastada y llena de agujeros y de cada agujero pendían ampollas.

El anciano le dijo: «¿Dónde vas?». Y contestó: «Voy a hacerme presente a los hermanos». Y el anciano le preguntó: «¿Para qué llevas esas ampollas?». Y respondió el demonio: «Llevo golosinas para los hermanos». «Y, ¿todas son agradables?», preguntó el anciano. Y dijo Satanás: «Si; si la primera no les gusta, les ofrezco otra, y si tampoco les place, una tercera y así sucesivamente. Y malo será que no les agrade alguna de ellas». Dicho esto se alejó y el anciano se quedó observando el camino hasta su vuelta. Cuando volvió, el anciano le saludó: «¡Bienvenido!». Pero el demonio le respondió: «¿Qué bien hay para mí?». Y el anciano le dijo: «¿Qué quieres decir?». Y contestó el diablo: «Que allí todos son santos y nadie me hace caso». Y

le dijo el anciano: «¿No tienes allí ningún amigo?».

Y contestó el demonio: «Sólo tengo allí un hermano que me escucha, pero en cuanto me ve se vuelve una ventolera». El anciano le preguntó: «¿Cómo se llama ese hermano?».

«Theoctisto», respondió. Y dicho esto se marchó. El abad Macario se fue al desierto inferior y al verle los hermanos tomaron palmas y salieron a su encuentro. Y todos ellos prepararon con esmero sus celdas no sabiendo a cuál de ellas acudiría. El anciano preguntó quién de entre ellos se llamaba Theoctisto, y habiéndole encontrado se fue con él a su celda. Theoctisto le recibió con gran alegría y cuando pudieron hablar a solas el anciano le preguntó: «¿Qué tal te va, hermano?». Y él respondió: «Gracias a tus oraciones, bien». E insistió el anciano: «¿No te asaltan malos pensamientos?». «De momento estoy bien», respondió brevemente el hermano, que enrojecía al hablar.

El anciano volvió a la carga: «Hace muchos años que vivo las costumbres ascéticas de este lugar, todos me honran sobremanera y sin embargo en mi vejez no me deja ni un momento en paz el espíritu de impureza». Y Theoctisto replicó: «Padre, también a mí me sucede lo mismo». Entonces el anciano fingió que también le atormentaban otras clases de pensamientos con el fin de hacerle confesar todo, y le dijo: «¿Cómo ayunas?».

«Hasta la hora de nona», respondió el otro. Y le dijo el anciano: «Ayuna hasta la noche, mortifícate, aprende de memoria los Evangelios, medita en el fondo de tu corazón el resto de la Escritura, y si te viene un pensamiento culpable, no mires abajo sino al cielo y Dios al punto vendrá en tu ayuda». Y después de haber puesto al hermano en el buen camino, Macario volvió a su soledad. Y en el camino se encontró de nuevo con el demonio, y le preguntó: «¿Dónde vas otra vez?».

Y respondió Satanás: «A hacerme presente en la mente de los hermanos». Y se fue. A la vuelta, le preguntó de nuevo el anciano: «¿Cómo van los hermanos?». Y el diablo respondió: «Mal». Y el anciano insistió: «¿Por qué?». «Porque todos son santos. Y lo peor es que mi

único amigo, el único que me obedecía, no sé cómo ni por qué se ha rebelado, no me obedece y se ha convertido en el más santo de todos. Por eso he jurado no volver a poner los pies allí por mucho tiempo». Luego se marchó, dejando al anciano. Este entró en su celda adorando y dando gracias a Dios Salvador.

- 10 El abad Macario, para animar a los hermanos contaba: «Una vez vino con su madre un niño poseso, que decía a su madre: "Vámonos de aquí". Pero ella le contestaba: "No puedo tenerme en pie". Y le respondió su hijo: "Yo te llevaré". Y quedé admirado de los métodos del demonio para apartarlos de este lugar».
- 11 El abad Macario hablaba a los hermanos de la destrucción de Scitia: «Cuando veáis una celda edificada junto al pantano, sabed que se acerca la destrucción de Scitia. Cuando veáis en ella árboles, está ya a punto de comenzar su ruina. Cuando veáis en ella niños, tomad vuestras melotas y marchad».
- 12 El abad Moisés vivía en Petra. Un día fue tentado violentamente de impureza y no pudiendo resistir en su celda acudió a abrirse con el abad Isidoro. El anciano le recomendó que volviese a su celda, pero el abad Moisés se resistió y le decía: «No puedo, Padre». El abad Isidoro lo tomó consigo y lo llevó a la terraza, y le dijo: «Mira hacia el oeste». Y dirigiendo la vista en esa dirección vio una muchedumbre de demonios en desorden preparándose para la lucha. El abad Isidoro le dijo de nuevo: «Mira hacia oriente». Miró y vio una multitud innumerable de ángeles en la gloria. Y el abad Isidoro le dijo: «Todos estos son enviados para que nos ayuden. Los que vienen de occidente son nuestros enemigos. Pero los que nos socorren son mucho más numerosos que los que nos combaten». Entonces el abad Moisés dio gracias a Dios, se llenó de confianza y volvió a su celda.
- 13 Decía, en Scitia, el abad Moisés: «Si guardamos los mandatos de nuestros Padres, os prometo de parte de Dios que los bárbaros no llegarán aquí. Pero si no los guardamos, este lugar será devastado».
- 14 Un sacerdote, de nombre Plego, muy fervoroso, con frecuencia celebraba misas en el sepulcro de san Nino obispo y confesor. Llevaba,

con la ayuda de Cristo, una vida santa y empezó a pedir a Dios que le mostrase la naturaleza del Cuerpo y de la Sangre de Cristo. Pedía esto, no por falta de fe, como suele ocurrir, sino por la gran piedad de su corazón. Desde su niñez fue educado en la ley divina, y por amor del Supremo Rey dejó su patria y sus campos natales para aprender los misterios de Cristo lejos de allí. Y así, encendido de amor, cada día ofrecía los sagrados dones y pedía se le mostrase lo que latía bajo las especies de pan y vino. No porque dudase de que se trataba del Cuerpo de Cristo, sino porque quería ver a Cristo como ningún mortal puede contemplarlo aquí en la tierra.

Un día, celebrando con devoción una misa solemne, según su costumbre, se arrodilló y dijo: «Te ruego, Señor Omnipotente, que me muestres a mi, el más pequeño de tus sacerdotes, la naturaleza del Cuerpo de Cristo y que vea con mis ojos su cuerpo aquí presente y en forma de aquel niño, que en otro tiempo llevó en su seno su madre Maria».

Y estando orando así, un ángel bajado del cielo le dijo: «Levántate y date prisa, si quieres ver a Cristo. Se presenta cubierto con vestido corporal el mismo que engendró la Santísima Virgen». Entonces, el venerable sacerdote, pálido, levantó su rostro del suelo y vio al niño, Hijo del Padre, que siendo niño mereció llevar en sus brazos el anciano Simeón. Y el ángel le dijo: «Ya que quisiste ver a Cristo, al que antes consagrabas bajo las sagradas especies, ahora míralo con tus ojos, tócalo con tus manos».

Confiado en el encargo celestial, el sacerdote tomó al niño en sus temblorosos brazos y unió su pecho al pecho de Cristo. Después, unido en fuerte abrazo a Dios, oprimió con sus labios los santos labios de Cristo. Y hecho esto, colocó de nuevo sobre el altar los miembros sagrados del Hijo de Dios, y cubrió con el alimento celestial la mesa de Cristo. Y de nuevo, puesto de rodillas, pidió a Dios que se dignase volver a su aspecto primero. Y terminada su oración, se levantó del suelo y encontró que el Cuerpo de Cristo había recobrado su forma anterior, como se lo había pedido.

15 Los hermanos estaban, un día, sentados alrededor del abad Moisés, y éste les dijo: «Los bárbaros van a llegar hoy a Scitia, levantaos y

huid». Y ellos le dijeron: «Y tú, Padre, ¿no huyes?». Y respondió: «Yo, hace mucho tiempo que espero este día, para que se cumpla la palabra de Nuestro Señor Jesucristo, que dice: "Todos los que empuñan la espada, a espada perecerán"». (Mt. 26,52).

Los hermanos le dijeron: «No huiremos. Moriremos contigo». Y él les contestó: «Eso no es asunto mío. Cada uno vea lo que debe hacer». Estaban con él siete hermanos y le dicen: «Los bárbaros han llegado». Y en un momento los mataron.

Uno de los hermanos, sin embargo, atemorizado huyó y se escondió detrás de un montón de esteras de palma y vio siete coronas que bajaban y coronaron al abad Moisés y a los seis hermanos que murieron con él.

16 Un día, el abad Silvano quiso marchar a Siria, y su discípulo Marco le dijo: «Padre, no quiero marchar de aquí y no te dejaré marchar. Espera aquí otros tres días». El abad Silvano se quedó, y al tercer día su discípulo Marco descansó en paz.

18 El abad Juan, que había sido condenado al exilio por Marciano, contaba que un día acudieron de Siria para ver al abad Pastor y consultarle acerca de la dureza del corazón. El anciano no sabía griego, ni encontramos intérprete. Pero al ver nuestra pena, empezó a hablar en griego y nos dijo: «El agua por naturaleza es blanda y la piedra dura. Sin embargo, si se coloca encima de la piedra un recipiente de agua para que caiga gota a gota sobre la piedra, la piedra será perforada. También la palabra divina es suave y nuestro corazón duro. Pero, si el hombre escucha a menudo esta palabra, su corazón se abrirá al temor de Dios».

18 Decía el abad Pastor: «Escrito está: "Como jadea la cierva tras las corrientes de agua, así jadea mi alma, en pos de ti, mi Dios" (Sal 42,1). En la soledad los ciervos devoran muchas serpientes, y como el veneno les quema, se apresuran a llegar a la fuente y al beber apagan la quemadura del veneno. Lo mismo ocurre con los monjes que viven en el desierto. El veneno de los demonios malignos les quema y por eso desean el sábado y el domingo acercarse a las fuentes de

las aguas, es decir al Cuerpo y a la Sangre de Nuestro Señor Jesucristo, para purificarse de toda amargura de los ángeles malos».

19 Uno preguntó al abad Pastor: «¿Qué significa lo que está escrito: "Mirad que nadie devuelva a otro mal por mal"?». (1 Tes 5,15). Y el abad Pastor respondió: «Esta pasión tiene cuatro grados: el primero se da en el corazón, el segundo en la mirada, el tercero en la lengua y el cuarto es hacer mal por el mal recibido. Si puedes purificar tu corazón no llegará a la mirada. Cuida también de no hablar, pero si hubieras hablado, corrígete enseguida, para que no devuelvas mal por mal».

20 San Basilio, obispo, contó: «En un monasterio de monjas, había una que simulaba locura y posesión diabólica. Y hasta tal punto este error era común que ninguna de sus compañeras quería comer con ella. Había elegido su modo de vida en la cocina, de la que no salía nunca, y cargaba con todo el trabajo de este oficio. Como dice el proverbio, era la esponja de toda la casa y mostraba con sus obras lo que leemos en los libros santos: "Si alguno entre vosotros se cree sabio según este mundo, hágase necio, para llegar a ser sabio" (1 Cor 3,18). Llevaba la cabeza envuelta en trapos viejos y así realizaba su trabajo, mientras que las otras religiosas velaban su tonsura con un capuchón.

Ninguna de las cuatrocientas monjas la vio jamás comer, pues en toda su vida nunca se sentó a la mesa. Nunca aceptó el menor trozo de pan y se conformaba con las migajas que recogía al limpiar las mesas y al limpiar los pucheros. A nadie hizo el menor mal, nadie le oyó la menor queja y nunca habló a nadie ni poco ni mucho. Maltratada y odiada por todas, soportaba la maledicencia de toda la comunidad. Entonces, un ángel se presentó a un santo varón llamado Pioterio, monje de gran virtud, que había vivido siempre en el desierto y que aquellos días se encontraba en Porfiria, y le dijo: "¿Te crees alguien y santo porque llevas este género de vida en el desierto? Vete a Tabena, al monasterio de las monjas y encontrarás allí una que lleva una corona sobre su cabeza y sábetete que es mejor que tú. Ella ha luchado sola, día y noche, contra todo un pueblo, y su corazón jamás

se ha apartado de Dios. Tú que vives en la soledad y no ves a nadie, permites que tu mente y tus pensamientos vaguen por todas las ciudades». Al punto fue al citado monasterio y pidió a los superiores de los hermanos que le introdujesen en la casa de las monjas. Enseguida se le dio permiso, dado que era un hombre de toda confianza por la austeridad de su vida.

Además era ya de mucha edad. Entró y manifestó su deseo de ver a todas las hermanas, pero no vio la única por la cual había venido. Finalmente dijo: "Traedme a todas, pues me parece que falta alguna". "Tenemos una, le dijeron, dentro, en la cocina, pero está loca". Así llamaban a las posesas. El dijo: "Traedla para que la vea". Al oírlo fueron a buscarla. Ella no quería ir, según creo porque se temía algo o porque tal vez había tenido una revelación divina. Las hermanas le dijeron: "San Pioterio quiere verte". Era un varón de gran fama. En cuanto se presentó la religiosa y vio su cabeza envuelta en aquellos trapos, el anciano se echó a sus pies, diciendo: "Dame tu bendición".

Pero ella, a su vez, se echó a los pies del santo y le dijo: "Bendíceme tú a mi Padre". Todas las hermanas admiradas dijeron: "No te sometas a una tal humillación; esta que ves es una loca". Pero San Pioterio dijo a las hermanas: "Vosotras sois las locas. Esta es mi Amma (madre) y vuestra Amma. Este es el nombre que se les da allí a los grandes espirituales. Que Dios me conceda la gracia de ser encontrado digno de ella en el día del juicio".

A estas palabras, todas se precipitaron a los pies de la hermana confesando cada una sus pecados contra ella. Una se acusaba de que mientras limpiaba un plato le había echado agua sucia. Otra llorando se acusaba de haberle llenado las narices de mostaza. Y todas las demás contaban las ofensas de toda clase que le habían infligido. El santo se fue después de haber rogado por todas. Pocos días después, no pudiendo soportar tanta gloria, abrumada por los honores y por las excusas de sus hermanas, abandonó ocultamente el monasterio. ¿Dónde fue? ¿Hacia qué región se dirigió? ¿Cómo murió? Nadie lo supo jamás».

21 Pablo el Simple, de feliz memoria, discípulo del abad Antonio, contó a los Padres lo que sigue: «Un día, fue a un monasterio para visitar e instruir a los hermanos. Después de haberse enfervorizado mutuamente entraron en la iglesia de Dios para celebrar la sinaxis del modo acostumbrado. El beato Pablo miraba a todos los que entraban en la iglesia y consideraba en qué estado de ánimo entraba cada uno. Dios le había concedido la gracia de ver el estado de las almas como nosotros nos vemos el uno al otro el rostro. Veía también sus ángeles alegres por causa de ellos. Todos entraron con un rostro luminoso y brillante, excepto uno que tenía todo su cuerpo negro y oscuro. Los demonios lo escoltaban a un lado y otro y lo arrastraban hacia sí, pues le habían atado una soga a la nariz. Su santo ángel le seguía desde lejos, triste y lúgubre. Pablo se puso a llorar y a golpearse el pecho, y se sentó delante de la iglesia lamentándose amargamente por la suerte de aquel que se había aparecido de aquella manera. Los que habían notado su cambio tan brusco de actitud, sus lágrimas y su pena, le preguntaban y le rogaban que les dijese la causa de todo aquello y les contase lo que había visto. Temían que hubiese visto en todos ellos algo digno de reprensión y que esto fuera la causa de su abatimiento. Y le urgían para que entrase en la sinaxis con ellos. Pero Pablo les rechazó y se negó a entrar. Se quedó fuera postrado y llorando amargamente por aquel que había visto entrar de aquella manera.

Poco después, concluida la asamblea, Pablo examinó de nuevo a los que salían y vio salir a aquel hermano negro y oscuro con un rostro luminoso y el cuerpo brillante. Los demonios que hacia poco le sujetaban, le seguían ahora de lejos y su ángel iba junto a él, animoso, contento y alegre. Entonces Pablo saltó de alegría, bendijo a Dios, y se puso a gritar: "¡Oh misericordia y bondad inefable de Dios! ¡Oh piedad divina y bondad infinita!".

Corrió a colocarse en un sitio elevado y gritó con voz fuerte: "Venid y ved qué terribles y maravillosas son las obras de Dios, 'que quiere que todos los hombres se salven' (1 Tim 2,4). Venid, adorémosle y postrémonos ante Él, diciendo: 'Tú solo eres capaz de perdonar los pecados". Al oír estas voces acudieron todos queriendo saber de que se trataba.

Una vez reunidos todos, Pablo contó lo que había visto al entrar en la iglesia y lo que había sucedido después. Luego preguntó a aquel hombre cuál era la causa que había producido un cambio tan súbito y tan radical. Aquel hombre, descubierto por Pablo, habló delante de todos con absoluta franqueza: "Soy pecador y he vivido mucho tiempo en la impureza hasta hoy. Al entrar hace un momento en la iglesia de Dios, he oído la palabra del profeta Isaías que estaban leyendo, aunque era más bien la voz de Dios que se manifestaba a través de él y decía: 'Lavaos, limpiaos, quitad vuestras fechorías de delante de mi vista, desistid de hacer el mal, aprended a hacer el bien. Así fuesen vuestros pecados como la grana, cual la nieve blanquearán.

Si aceptáis obedecer, los bienes de la tierra comeréis' (Is 1,16-19). Yo, proseguí, impuro, muy compungido por estas palabras y llorando en el fondo de mi corazón, he dicho a Dios: 'Oh, Dios, que has venido al mundo a salvar a los pecadores y que has prometido por las palabras del profeta lo que se acaba de leer, cúmplelo en mí que soy un indigno pecador. Te prometo ahora y te doy mi palabra y proclamo desde el fondo de mi corazón que en adelante no cometeré más esa falta, renuncio a toda iniquidad y te serviré en lo sucesivo con una conciencia pura. Por tanto, Señor, hoy y en esta hora, recíbeme a mí, que hago penitencia, te evoco y renuncio a todo pecado'. Con esta promesa, dijo, he salido de la iglesia, resuelto en no hacer nada malo en presencia del Señor". Al oír esto, todos gritaron a plena voz: 'Cuán numerosas tus obras, ¡oh Yahvé! Todas las has hecho con sabiduría". (Sal 104,24).

Así pues los cristianos conocen por las Sagradas Escrituras y las revelaciones divinas, cuán grande es la bondad de Dios para con aquellos que acuden piadosamente a El y limpian por la penitencia sus culpas anteriores. Pues no solamente no son obligados a expiar sus antiguos pecados, sino que además obtienen los bienes prometidos. No desesperemos pues de nuestra salvación, pues si Dios ha prometido por el profeta Isaías que los que se han dejado arrastrar por el pecado serán lavados de nuevo, y se tornarán blancos como la lana y la nieve, y serán llenos de los bienes celestiales que están en la celestial Jerusalén, también ha prometido con juramento por el profeta Ezequiel: "Soy un Dios vivo, dice el Señor, ¿acaso me complazco yo en la

muerte del malvado -oráculo de Yahvé- y no más bien en que se convierta de su conducta y viva?"». (Ez 18,23).

- 22 Un día, Zacarías vino a ver a su abad Silvano, y lo encontró en éxtasis con las manos levantadas al cielo. Al ver esto, cerró la puerta y se fue. Volvió al mediodía y luego hacia las tres de la tarde, y lo encontró de la misma manera. Hacia las cuatro, llamó a la puerta, entró y encontró al abad Silvano descansando. Y le dijo: «Padre, ¿qué te ha sucedido hoy?». Y él le contestó: «Hijo mío, estoy muy cansado». Pero Zacarías se echó a sus pies diciendo: «No te dejaré hasta que me hayas dicho lo que has visto». El anciano respondió: «He sido llevado al cielo y he visto la gloria de Dios, y he estado allí hasta ahora en que me han devuelto a la tierra».
- 23 Decía santa Sinclética: «Escrito está: "Sed prudentes como serpientes y sencillos como palomas, para que conozcamos sabiamente los lazos del demonio". La Escritura nos manda hacernos prudentes para que no ignoremos los ataques y malas artes del enemigo. La sencillez de la paloma, por el contrario, indica la humildad y la pureza que debe presidir nuestra vida».
- 24 Decía un Padre: «Un día, los ancianos se habían reunido en asamblea y hablaban de cosas de edificación. Entre ellos estaba un vidente que vio a los ángeles aplaudiendo a los hermanos. Pero cuando la conversación degeneró en profana, los ángeles se alejaban y unos puercos malolientes se revolcaban entre ellos y los manchaban. Cuando de nuevo hablaban cosas edificantes, los ángeles volvían y les felicitaban».
- 25 Un anciano dijo: «Escrito está: "¡Por los tres crímenes de Tiro pasaré y por los cuatro seré inflexible!" (Amós 1,9). Los tres primeros son: pensar mal, consentir en ello y hablar de ello. El cuarto es obrar. En esto no se detiene la cólera de Dios».
- 26 Se contaba de un venerable anciano de Scitia, que cada vez que los hermanos construían una celda, iba alegremente con ellos, ponía los cimientos y no se marchaba hasta que estuviese terminada del todo.

Pero un día en que salía para construir una celda, parecía muy triste. Los hermanos le preguntaron: «¿Por qué estás triste y afligido, Padre?». Y él les contestó: «Hijos míos, porque este lugar va a ser devastado: he visto que el fuego se encendía en Scitia. Los hermanos tomaron palmas para apagarlo y a fuerza de golpes de palma consiguieron apagarlo. De nuevo se incendió y otra vez los hermanos lo apagaron golpeándolo con sus palmas. Se encendió por tercera vez y se extendió a toda Scitia, y esta vez ya no se pudo apagar. Por eso estoy triste y afligido».

- 27 Dijo un anciano: «Está escrito: "Florece el justo como la palmera" (Sal 91,13). Este texto significa que el fruto de las buenas obras es elevado, recto y dulce. La médula de la palmera es blanca e indivisa y es el principio de toda su actividad. Lo mismo ocurre con el justo: su alma es sencilla y mirando tan sólo a Dios. Es blanca, pues está iluminada por la fe, y es principio de toda la actividad y está rodeada de púas que constituyen una fortaleza contra el diablo».
- 28 Decía un anciano: «La Sunamita recibió a Eliseo porque no tenía trato con ningún hombre. La Sunamita es figura del alma y Eliseo del Espíritu Santo. Cuando el alma se aparta de la confusión y perturbaciones del mundo, viene a ella el Espíritu Santo y entonces puede engendrar, aunque sea estéril».
- 29 Un Padre dijo: «Los ojos de los puercos, por una disposición natural, están vueltos necesariamente hacia la tierra sin que puedan mirar al cielo. Lo mismo sucede al alma del que es atraído por la dulzura de los placeres una vez que cae en el fango de la lujuria: difícilmente puede mirar a Dios o gustar de las cosas divinas».
- 30 Un anciano, muy notable entre los videntes, afirmaba: «La fuerza de arriba que he visto bajar sobre el bautizado, la he visto bajar también sobre el hábito del monje en el momento de su consagración a Dios».
- 31 Un anciano, al que se había concedido la gracia de ser vidente, decía: «He visto a un hermano, en un monasterio, que estaba en su celda meditando. Llegó el demonio y se quedó a la puerta de la celda. Y

mientras el hermano meditaba no consiguió entrar, pero cuando dejó de hacerlo, entró el demonio».

32 Un anciano decía que había pedido a Dios que le mostrase los demonios, pero le fue revelado: «No necesitas verlos». El anciano insistía: «¡Señor!, tú me puedes proteger con tu gracia». Dios le abrió los ojos y vio a los demonios que rodeaban al hombre como abejas, rechinando sus dientes contra él. Pero los ángeles de Dios les reprendían ásperamente.

33 Contó un anciano que tenía dos hermanos vecinos, el uno extranjero y el otro de la región. El extranjero era un poco negligente y el otro era muy fervoroso. Murió el extranjero, y el anciano, su vecino, que era vidente, vio una gran multitud de ángeles que venía a buscar su alma. Y cuando llegó a la puerta del cielo, se le hizo un pequeño juicio. Y llegó una voz de arriba que decía: «Es cierto que fue un poco negligente, pero abridle la puerta por haber vivido lejos de su país». Luego murió el nativo y vino a acompañarle toda su familia. El anciano se extrañó de que no viniesen los ángeles a recoger su alma y postrándose en la presencia de Dios, dijo: «Aquel extranjero mereció tanta gloria a pesar de ser tan negligente y éste a pesar de su fervor no ha merecido nada semejante». Y una voz le respondió: «Este hermano, que era muy observante, ha abierto los ojos antes de morir y ha visto llorar a todos sus parientes y se ha consolado con ello. Aquel extranjero, fue un poco negligente, pero no ha visto a ninguno de los suyos junto a él y se echó a llorar. Y Dios quiso ser su consolador».

34 Uno de los Padres contó que un ermitaño vivía en el desierto de Nílopólís y le servía un laico muy fiel. En la ciudad vivía también un hombre rico, pero poco piadoso.

Murió el rico, y toda la ciudad, con el obispo a la cabeza, le acompañó al cementerio, llevando lámparas. Salió de la ciudad el servidor del eremita para llevarle, como de costumbre, sus panes y lo encontró devorado por una fiera. Entonces se echó en tierra en la presencia de Dios, y dijo: «No me levantaré de aquí hasta que el Señor no

me explique por qué aquel impío ha tenido todo ese acompañamiento en su entierro y en cambio este anacoreta, que ha servido a Dios noche y día, ha terminado de esta manera».

Y un ángel del Señor bajó a decirle: «Este impío ha hecho algunas cosas buenas y ha recibido su recompensa en este mundo, para no tener ningún descanso en el otro. En cambio este ermitaño, aunque faltillas, al fin y al cabo era un hombre, y lo ha pagado aquí para que sea hallado puro delante de Dios». Y consolado con estas palabras se levantó glorificando a Dios por sus juicios, que siempre son justos.

35 Los santos Padres de Scitia profetizaron sobre la última generación: «¿Qué hemos hecho nosotros?». Uno de los más eminentes entre ellos, llamado Squirión, respondió: «Nosotros hemos guardado los mandamientos de Dios».

«Y ¿qué harán, le preguntaron, los que vengan después de nosotros?». Y dijo: «Realizarán la mitad de nuestro trabajo». Y le volvieron a preguntar: «¿Qué harán los que vengan detrás de éstos?». A lo cual respondió: «La generación venidera no hará ninguna buena obra. Veo sus tentaciones y los que las superen serán mejores que nosotros y que nuestros Padres».

36 Uno de los ancianos contó esta historia: «Una virgen de avanzada edad, había adelantado mucho en el temor de Dios. Yo le pregunté sobre los motivos de su conversión y ella llorando me dijo: "Siendo todavía niña, Padre venerable, tenía un padre virtuoso y de carácter amable, pero muy débil y enfermo físicamente. Tenía que cuidarse mucho y por eso sus convecinos apenas le veían. Cuando por casualidad estaba sano, llevaba a casa los frutos de su cosecha, pero la mayoría del tiempo la enfermedad le retenía en el lecho. Y como hablaba muy poco, los que no le conocían, le creían mudo. Por el contrario, mi madre era muy curiosa, y la más infame de todas las mujeres de esta región. Esparcía por todas partes su charlatanería de tal modo que se hubiera creído que todo su cuerpo era lengua.

Era fuente continua de disputas para mucha gente y se emborrachaba con hombres disolutos. Gastaba todo lo que había en casa como una

pésima meretriz, hasta el punto de que no nos hubiera bastado una fortuna colosal, ya que mi padre le había confiado la administración de la casa.

Degradaba su cuerpo con toda clase de vergüenzas y pocos habitantes del pueblo habían podido escapar a su pasión. Jamás tuvo la menor enfermedad, ni nunca tuvo la menor molestia o el más pequeño dolor, desde que nació hasta el día de su muerte, conservando su cuerpo sano y hermoso. Murió mi padre, agotado por una larga enfermedad. Enseguida, el cielo se cubrió, la lluvia, el trueno y los relámpagos turbaron la atmósfera. La lluvia que no dejó de caer, ni de día ni de noche, nos obligó a dejar el cadáver tres días sobre el lecho sin poderle dar sepultura. Los habitantes del pueblo movían la cabeza admirándose de que su maldad hubiera sido ignorada de todos, y decían: 'Ciertamente era un enemigo de Dios, pues ni la tierra quiere recibir su cuerpo'.

Sin embargo, para que su cuerpo descompuesto no impidiese el acceso a la casa, lo enterraron como pudieron, bajo la lluvia y la amenaza de tempestad. Después de estos acontecimientos, mi madre se relajó todavía más y abusó de los placeres sensuales con la mayor desvergüenza. Transformó nuestra casa en un prostíbulo y vivió en la lujuria y los placeres. Siendo yo todavía muy niña, y estando sin dinero, murió mi madre a lo que a mí me parece sin ningún temor, y tuvo unos funerales magníficos y hasta el sol se quiso sumar al cortejo. Después de la muerte de mi madre, ya no era una niña y me turbaban los deseos y excitaciones sensuales.

Un día, al atardecer, como suele ocurrir, me puse a considerar el género de vida que debería elegir. ¿Imitaría a mi padre, que había vivido con modestia, mansedumbre y sobriedad? Pero enseguida me venía el pensamiento de que no había conseguido nada bueno y que toda su vida se había consumido en la desgracia y en las enfermedades, y que al llegar el final de su vida ni la tierra había querido darle sepultura. Si esta vida de perfección junto a Dios era buena, ¿por qué mi padre, que la había elegido, había tenido que sufrir tanto? Y pensaba que era mejor vivir como mi madre, abandonarse a los deleites, a la lujuria y a los placeres sensuales. Ella no dejó escapar

ninguna infamia, y murió, después de haber pasado toda su vida en la embriaguez, sin mal ni dolor alguno. Así pues, debía vivir como mi madre. Vale más fiarse de sus propios ojos y atenerse a la evidencia, y no desaprovechar ningún placer.

Y satisfecha, pobre de mí, de haber acertado al orientar mi vida, cayó la noche y me dormí en seguida. Y se me presentó un individuo de gran estatura y de horrible aspecto, que me atemorizó con su mirada. Con ojos llenos de cólera y con una voz áspera, me ordenó: 'Dime los pensamientos de tu corazón'. Su vista y su actitud me hacían temblar y no me atrevía a mirarle. Con una voz todavía más fuerte me mandó confesara mis preferencias.

Yo, pulverizada por el terror, había olvidado todos mis pensamientos y decía que no sabía nada. Pero él, a pesar de mi negativa, me recordó todo lo que había rumiado en el fondo de mi corazón. Yo estaba confundida y me puse a rezar y le suplicaba que me perdonase, contándole lo que había dado lugar a tales pensamientos. El me dijo: 'Ven a ver a tu padre y a tu madre. Luego elegirás el género de vida que quieras', y me arrastró llevándome de la mano.

Me condujo a una llanura inmensa en la que había gran número de huertos y en ellos una gran variedad de árboles con frutos de todas clases. Todo era allí muy hermoso, más de lo que se puede decir. Mi padre vino a mí encuentro, me abrazó y me llamó hija. Yo le rodeé con mis brazos y le pedí quedarme con él. 'No puedes quedarte aquí, me dijo, pero si quieres seguir mi ejemplo volverás dentro de poco tiempo'. Yo insistía en quedarme, pero mi guía me tomó de nuevo por la mano y me dijo: 'Ven, voy a enseñarte a tu madre que arde en el fuego para que aprendas lo que tienes que apartar de tu vida'. Me encontré, de pronto, en una casa sombría y sin luz, llena de ruidos y agitación. Mi guía me mostró un horno ardiente lleno de pez en ebullición. Sobre el horno se inclinaban unos seres de aspecto terrible. Miré al fondo y vi a mi madre hundida hasta el cuello en el horno, ardiendo, rechinando sus dientes, rodeada de gusanos hediondos. Al verme lanzó un alarido: 'Hija mía, sufro estos tormentos por mis propias acciones. Consideré locura todo lo que significaba austeridad y no esperaba ser torturada por mis fornicaciones y adulterios. No

creía que la embriaguez y la lujuria estaban castigadas, y ahora, a cambio de un poco de placer, estoy en este infierno sufriendo estas terribles penas. ¡Tanto sufrimiento por tan poco placer! Ves lo que me ha sucedido por haber despreciado a Dios: me han alcanzado toda clase de males.

Hija mía, éste es el momento de ayudarme, de acordarte de que te he criado. Si has recibido de mi algún bien, hazme este servicio. Ten piedad de mí que ardo y me consumo en este fuego. Ten piedad de mí que desfallezco en este suplicio. Hija mía, ten piedad de mi, alarga tu mano y sácame de este lugar'. Yo rehusé a causa de sus guardianes, pero mi madre insistió llorando: 'Hija mía, ayúdame y no desprecies las lágrimas de tu madre. Acuérdate de mis sufrimientos el día de tu nacimiento y no me abandones, que me estoy quemando en este fuego'.

Esta vez me conmovió y lloré y experimenté un sentimiento muy humano y empecé a gritar y sollozar de compasión. Los que estaban en mi casa se levantaron, encendieron las luces y me preguntaron la causa de tanto ruido. Les conté lo que había visto y tomé definitivamente la decisión de seguir el ejemplo de mi padre. La infinita misericordia de Dios me había dado la certeza del castigo que espera a los que quieren vivir en el pecado".

Instruida así por una visión, esta dichosa virgen nos enseña que la recompensa de las buenas obras es grande y que los castigos de una vida escandalosa son espantosos. Tomemos también nosotros decisiones buenas a fin de poseer la felicidad eterna».

37 Un anciano contaba esta historia que aconteció aun obispo para que por ella aumente nuestra confianza y nos entreguemos a las cosas de Dios para nuestra salvación.

«Se hizo saber al obispo que vivía con nosotros (y él mismo fue quien lo contó), que entre las señoras de la buena sociedad había dos cristianas que vivían casi en la impureza. Esta noticia turbó al obispo. Temió otras cosas semejantes, y se puso a suplicar a Dios, rogándole le aconsejara, y he aquí lo que mereció ver. Después de la terrible y divina consagración, se acercaron todos para recibir los sagrados

misterios, y el obispo veía tras los rostros el estado del alma de cada uno y a qué clase de pecados estaba entregado. Los rostros de los pecadores eran negros. Algunos estaban como quemados por el calor, con ojos enrojecidos y sanguinolentos. Los justos estaban vestidos de blanco y tenían rostros luminosos. Los unos ardían y se consumían al recibir el Cuerpo del Señor. Para los otros se convertía en una luz que al entrar por la boca iluminaba todo el cuerpo después de comulgar. Entre la multitud se encontraban gentes que habían abrazado la vida eremítica y personas casadas.

El obispo los vio a todos de la manera dicha. Luego se volvió y empezó, él mismo, a distribuir la comunión a las mujeres para conocer el estado de sus almas. Vio también rostros negros, rojos y sanguinolentos y rostros luminosos. Entre las mujeres se acercaron las dos señoras que habían sido denunciadas al señor obispo. Para ellas había recibido de modo especial el don de leer en los rostros. Las vio, pues, acercarse a los sagrados misterios revestidas de una vestidura blanca con un rostro luminoso y digno. Cuando recibieron el Cuerpo de Cristo se volvieron totalmente resplandecientes.

Por segunda vez el obispo volvió a empezar su oración habitual y oró a Dios, pues deseaba muchísimo conocer el significado de las revelaciones que había recibido. Se le presentó un ángel del Señor que le mandó preguntase lo que quisiera. El santo obispo quiso saber enseguida qué pasaba con aquellas dos señoras: "¿Esa primera acusación es verdadera o falsa?". El ángel le aseguró que era verdad todo lo que le habían dicho acerca de ellas.

Y el obispo preguntó: "Pues entonces, ¿por qué al recibir el Cuerpo de Cristo sus rostros resplandecieron, y su vestidura blanca alcanzó un brillo extraordinario?". El ángel respondió: "Se han arrepentido de su mala conducta y se han alejado de las ocasiones con gemidos y lágrimas, y han hecho limosnas a los pobres. Por su confesión merecieron ser asociadas al número de los santos. Habían prometido no volver a caer en estos pecados si obtenían el perdón de sus culpas. Y por eso han obtenido esa transformación divina, así como el perdón de sus faltas. En adelante viven en el buen camino, con piedad y justicia".

El obispo dijo entonces que se extrañaba, no de su transformación -esto ocurría con mucha gente- sino del don que Dios les había hecho, primero eximiéndolas totalmente del castigo y luego al dignarse concederles una tal gracia. El ángel le contestó: "¡Tienes razón al admirarte, pues no eres más que un hombre. Nuestro Dios y Señor, que es también tuyo, es por naturaleza bueno y misericordioso para con los que se apartan de sus propias faltas y se acercan a Él reconociéndolas. No les deja que vayan al suplicio, antes bien apaga su cólera contra ellos y se digna colmarles de honores. 'Porque tanto amó Dios al mundo que le dio a su Hijo único' (Jn 3,16), el cual siendo los hombres sus enemigos, eligió morir por ellos mismos. Dios perdona a los que abandonan el pecado y se hacen siervos suyos por la penitencia, y les da a gozar los bienes que les tiene preparados. Sábetes que ninguna falta del hombre es superior a su clemencia, con tal de que por la penitencia y las buenas obras se borren las culpas pasadas. Dios es infinitamente misericordioso, conoce la debilidad de vuestra raza, la fuerza de las pasiones, el poder y la astucia del demonio. Perdona a los pecadores como a hijos suyos y espera con paciencia que se corrijan. Se compadece de los que se convierten y acuden a su bondad como si de enfermos se tratase. Les libra de sus penas y les da los bienes que tiene preparados para los justos".

El obispo dijo al ángel: "Explícame, por favor, las diferencias de los rostros y en qué clase de pecados ha caído cada uno de ellos, para que así me vea libre de mi ignorancia".

El ángel le dijo: "Los que tienen el rostro radiante y alegre son los que viven sobriamente en castidad y justicia. Además son sencillos, compasivos y misericordiosos. Los que tienen el rostro totalmente negro son esclavos de la fornicación y de los malos deseos. Se entregan a las malas acciones y a toda clase de delitos. Los que aparecen enrojecidos y sanguinolentos, viven en la impiedad y la injusticia. Son calumniadores, blasfemos, mentirosos y asesinos".

El ángel siguió diciendo: "Ayúdales si deseas su salvación. Has merecido alcanzar lo que pedías en tu oración: la visión de las faltas de tus discípulos y la posibilidad de hacerles mejores invitándoles a la penitencia por consejos y súplicas. Todo ello por Aquel que ha muerto

por ellos y ha resucitado de entre los muertos, Jesucristo Nuestro Señor. Puesto que tienes celo, fuerza y amor para con Cristo tu Señor, vela sobre ellos para que se aparten de sus pecados y se vuelvan hacia Dios. Muéstrales claramente a qué clase de pecados están sometidos, para que no desesperen de su salvación. Las almas que se arrepienten y se vuelven hacia Dios se salvarán y participarán en el banquete del siglo venidero. Y tú, alcanzarás una recompensa muy grande imitando a tu Señor, que dejó el cielo y vivió en la tierra para la salvación de los hombres"».

38 Decía uno de los Padres: «Hay tres cosas que son preciosas para los monjes y a las que debemos acercarnos con temor, temblor y gozo espiritual. Son: la participación en los sagrados misterios, la mesa común y el lavatorio de los pies». Y ponía este ejemplo: «Un día, un venerable anciano que tenía visiones, comió con varios hermanos. Y mientras comían, el anciano, que estaba sentado a la mesa, vio en una aparición que unos hermanos se alimentaban de miel, otros de pan y otros de estiércol. Se extrañó en su interior y se puso a rogar a Dios: "Señor, revélame este enigma: en la mesa se pone la misma comida para todos, pero a la hora de llevársela a la boca parece transformarse, y los unos tienen miel, otros pan, otros estiércol". Y una voz que bajo del cielo, le respondió: "Los que comen miel son los que en la mesa se sientan con respeto, temor y alegría espiritual. Oran sin cesar y su oración sube como incienso a Dios. Por eso comen miel. Los que comen pan son los que reciben los dones de Dios con acción de gracias. Los que comen estiércol son los murmuradores que dicen: esto es bueno y aquello malo".

Hay que evitar estos pensamientos y glorificar a Dios ofreciéndole nuestra alabanza con el fin de cumplir el texto de la Escritura: "Por tanto, ya comáis, ya bebáis, o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo para gloria de Dios"». (I Cor 10,31).

Capítulo XIX

De los santos ancianos que hacían milagros

- 1 El abad Dulas, discípulo del abad Besarión, contó: «Caminábamos junto a la orilla del mar. Yo tenía sed y dije al abad Besarión: "Padre, tengo mucha sed". El anciano, después de hacer oración, me dijo: "Bebe agua del mar". El agua se convirtió en dulce y bebí. Luego puse un poco en un vaso por si volvía a tener sed. Al ver el anciano lo que había hecho, me dijo: "¿Para qué llevas ese vaso?". Y le contesté: "Perdona Padre, es por si vuelvo a sentir sed". Y dijo el anciano: "Dios que está aquí, está en todas partes"».
- 2 En otra ocasión, obligado a atravesar el río Crisoroan, Besarión hizo oración y lo pasó a pie enjuto. Yo, lleno de admiración, me postré ante él y le pregunté: «¿Qué sentías en tus pies cuando andabas sobre las aguas?». Y el anciano respondió: «Sentía el agua hasta los talones, el resto era sólido debajo de mis pies».
- 3 En otra ocasión, íbamos de camino para visitar a un anciano cuando se puso el sol. Y el anciano oró diciendo: «Te pido, Señor, que se detenga el sol hasta que llegue donde tu siervo». Y así sucedió.
- 4 Un día, vino un poseso a Scitia y se hizo por él oración en la Iglesia. Pero el demonio no salía porque era duro. Los clérigos del lugar se dijeron unos a otros: «¿Qué hacemos contra este demonio? Nadie puede echarlo más que el abad Besarión, pero si le hablamos de ello no querrá venir a la iglesia. Vamos a hacer lo siguiente: mañana vendrá Besarión a la iglesia y antes de que entre nadie, sentaremos aquí al poseso. Cuando entre el anciano nos levantaremos para rezar y le diremos: "Padre, despierta a este hermano"». Lo hicieron así. Por la mañana, después de la llegada del anciano, los clérigos se pusieron en pie para la oración y dijeron a Besarión: «Padre, despierta-

le». El abad Besarión le dijo: «Levántate y sal fuera». El demonio salió enseguida del hombre y éste quedó instantáneamente curado.

5 Un día, en Egipto, los ancianos hablaron al abad Elías del abad Agatón: «Es un buen hermano», le decían. «Si, es bueno para su generación», replicó el anciano. E insistieron los ancianos: «Y en relación con los antiguos, ¿qué?». Y respondió el abad Elías: «Ya os he dicho que para su generación era un buen monje. Pero entre nuestros antepasados, he visto en Scitia un hombre que podía detener el sol en el cielo como Josué, el hijo de Nun». Al oír esto los hermanos se quedaron admirados y dieron gloria a Dios.

6 El abad Macario, el Grande, venia de Scitia con un cargamento de cestas. Cansado del camino, se sentó y oró diciendo: «¡Oh Dios!, tú sabes que no puedo más». Y al punto se sintió levantado en el aire y se encontró junto al río.

7 En Egipto, había uno que tenía un hijo paralítico. Lo llevó a la celda del bienaventurado Macario y lo dejó a su puerta llorando. El anciano miró y vio al muchacho llorando. «¿Quién te ha traído hasta aquí?», preguntó. «Mi padre me ha arrojado aquí, y se ha marchado», contestó el muchacho. Y el anciano le dijo: «Levántate y vete a unirte con él». Al punto, el muchacho se levantó curado y se unió a su padre. Y juntos volvieron a su casa.

8 Contó el abad Sisoés que mientras estaba en Scitia con el abad Macario, fueron a la recolección con él siete hermanos. Una viuda recogía espigas detrás de nosotros y no dejaba de llorar.

El anciano llamó al dueño del campo y le preguntó: «¿Qué le pasa a esta mujer? No deja de llorar». El hacendado le dijo: «Su marido recibió en depósito una cierta cantidad, y ha muerto sin decirle dónde la había colocado. Y el dueño del dinero quiere reducir a la esclavitud a ella y a sus hijos».

El anciano le dijo: «Dile que venga a vernos en el momento de más calor, al lugar donde tenemos la siesta». Vino, y el anciano le preguntó: «¿Por qué lloras sin parar?». «Mi marido ha muerto, dijo ella.

Había recibido una cierta cantidad en depósito y no me ha dicho, en el momento de su muerte, donde lo había escondido». El anciano le dijo: «Ven, enséñame la tumba de tu marido». Tomó consigo a los hermanos y la siguió.

Cuando llegaron al sitio donde habían enterrado el cuerpo, el anciano dijo a la mujer: «Puedes volver a tu casa». Mientras los hermanos oraban, el anciano llamó al muerto: «¿Dónde has colocado el dinero que habías recibido?». «Lo he escondido en casa, al pie de la cama», respondió. «Duerme de nuevo hasta el día de la resurrección», le ordenó el anciano. Al ver esto, los hermanos se echaron a sus pies, pero él les dijo: «Esto no ha sucedido por causa mía, sino por la de esa viuda y sus huérfanos. Lo verdaderamente grande es que si un alma está sin pecado, como Dios quiere, puede pedir todo lo que desea y lo conseguirá». Luego fue en busca de la viuda y le dijo dónde se encontraba el depósito. Ella lo tomó para devolverlo a su dueño y liberar a sus hijos. Y todos los que tuvieron conocimiento de este milagro dieron gloria a Dios.

9 El abad Milesio pasaba un día por un lugar donde se encontraba un monje al que habían detenido como homicida. El anciano habló con el hermano, cayó en la cuenta de que era víctima de una calumnia y dijo a los que le habían detenido: «¿Dónde se encuentra el muerto?», y se lo enseñaron. Se acercó al cadáver y dijo a los asistentes: «Orad». Luego levantó las manos al cielo y el difunto resucitó. Y delante de toda la gente, el anciano le preguntó: «Dinos quién es el que te ha asesinado». «Entré en la iglesia para encomendar un dinero al sacerdote, se levantó y me mató. Luego se echó al hombro mi cuerpo y me arrojó en la celda de ese Padre. Por favor, quítale el dinero y dáselo a mis hijos». Entonces el anciano le dijo: «Vete, y duerme de nuevo hasta que el Señor venga a despertarte». Y al punto volvió a descansar en el Señor.

10 Un grupo de hermanos vino a ver al abad Pastor. Y uno de los parientes del anciano tenía un hijo a quien el demonio había vuelto la cabeza del revés. Cuando el padre vio la afluencia de monjes, tomó a su hijo, pero se quedó fuera llorando. Uno de los ancianos salió

casualmente fuera y le preguntó: «¿Por qué lloras, buen hombre?». «Soy pariente del abad Pastor, contestó. Mi hijo acaba de sufrir esta desgracia. Quisiera enseñárselo al anciano para que lo cure, pero no quiere recibirnos. Si se entera de que estoy aquí enviará a alguien para que nos despida. Pero al veros llegar me he atrevido a venir. Ten compasión de mi, Padre, y haz lo que creas conveniente. Haz entrar al niño y orad por él». El anciano le hizo entrar con él y usó de esta artimaña: en vez de llevarle directamente al abad Pastor, se dirigió primero a los hermanos más jóvenes y les dijo: «Haced la señal de la cruz sobre este niño». Luego, después de haber conseguido que todos los monjes, por su orden, hiciesen sobre él la señal de la cruz, se lo presentó, en último lugar, al abad Pastor, que no quiso tocarlo. «Tú, también, Padre, haz lo que hemos hecho todos», le suplicaban los hermanos. El anciano se levantó gimiendo, y oró así: «Dios mío, salvad a esta criatura; que no la domine el enemigo». Luego hizo sobre el niño la señal de la cruz, y lo devolvió sano a su padre.

- 11 Uno de los Padres contó, que un abad de nombre Pablo, natural del Bajo Egipto, pero que moraba en la Tebaida, tomaba en sus manos los áspides, culebras, serpientes y escorpiones y los partía por la mitad. Al ver esto algunos hermanos, hicieron que les hiciese una metanía, y le preguntaron: «Dinos, ¿qué has hecho para merecer esta gracia?». El les respondió: «Perdonadme, hermanos, pero si uno es puro, todas las criaturas se le someten, como le sucedía a Adán en el Paraíso, antes de desobedecer el mandato de Dios».

- 12 Cuando Juliano el Apóstata dirigía su expedición a Persia, envió un demonio a Occidente para que lo antes posible le trajese una cierta respuesta. Pero cuando el demonio llegó cerca de la celda de cierto monje se quedó diez días inmóvil. No podía seguir adelante, porque aquel monje no cesaba de orar ni de día ni de noche. Y volvió con las manos vacías a quien le había enviado. «¿Por qué has tardado tanto?», le preguntó Juliano. «He tardado tanto y he vuelto sin haber logrado nada, porque durante diez días he esperado que el monje Publio dejara de orar, para que yo pudiese pasar. Pero no cesó de orar y no he podido pasar y he tenido que volverme sin hacer nada».

Entonces el impío Juliano montó en cólera, y gritó: «A mi vuelta me vengaré». Pero pocos días después, por providencia divina, pereció y enseguida uno de los generales que le acompañaban vendió todos sus bienes y los repartió entre los pobres. Luego fue a ver al anciano Publio y llegó a ser un monje famoso, perseverando así hasta el fin de su vida.

- 13 Un hombre vino un día con su hijo a ver al abad Sisoés, que vivía en el monte del abad Antonio. Pero el niño murió en el camino. Sin turbarse en absoluto, con una gran confianza, el padre se lo llevó al anciano. Se postró con su hijo ante el anciano como para hacer una metanía y pedirle su bendición. Luego el padre se levantó dejando al niño a los pies del anciano y salió fuera de la celda. El anciano, que no sabía que el niño estaba muerto, pensó que continuaba haciendo su metanía, y le dijo: «¡Levántate y sal fuera!». Al punto el niño se levantó y salió. Al verlo su padre se quedó estupefacto y entró para echarse a los pies del anciano y explicarle lo sucedido. Al saberlo el anciano se puso muy triste pues no quería haberlo hecho, y el discípulo del anciano rogó al padre que no lo contara a nadie, antes de que el anciano hubiese muerto.
- 14 En cierta ocasión, Abraham, el discípulo del abad Sisoés, fue tentado por el demonio. El anciano, al verlo caído, se levantó y elevando las manos al cielo dijo: «Dios mío, quieras o no, no te dejaré hasta que lo hayas curado». Y se curó el hermano.
- 15 Un anciano que vivía en una ermita próxima al Jordán, tuvo que refugiarse en una gruta a causa del excesivo calor. Encontró en ella un león que empezó a rugir y rechinar los dientes. Pero el anciano le dijo: «¿Por qué te pones así? Aquí hay sitio para los dos. Si no quieres que estemos juntos, no tienes más que salir». Esto no agradó al león y se fue.
- 16 Un anciano subió de Scitia a Terenut y se detuvo allí algún tiempo. Al ver la severidad de su ayuno le ofrecieron un poco de vino. Otros, al conocer su género de vida le presentaron un poseso. Pero éste se puso a gritar y a maldecir al anciano, diciendo: «¿Me traéis a

este bebedor de vino?». El anciano, por humildad, rehusaba expulsar al demonio, sin embargo, para avergonzarle, dijo: «Creo en Cristo que antes de que termine de beber mi vaso de vino saldrás de él». Y en cuanto el anciano empezó a beber, el demonio aulló: «¡Me quemas!». Y antes de que el anciano apurase su vaso de vino, salió el demonio del poseso por la gracia de Cristo.

- 17 Uno de los Padres envió a su discípulo a sacar agua. El pozo estaba muy lejos de la celda y el discípulo se olvidó de llevar consigo una cuerda. Al llegar al pozo, y caer en la cuenta de que no tenía cuerda, el hermano se puso en oración y dijo: «¡Oh pozo! ¡Oh pozo! El abad me ha mandado que llene de agua esta jarra». Y enseguida subió el agua hasta el borde del pozo. El hermano llenó su jarra y luego el agua recobró de nuevo su anterior nivel.

Capítulo XX

De la extraordinaria vida de varios Padres

1 El abad Dulas contó: «Un día que caminaba por el desierto con el abad Besarión, llegamos a una gruta. Entramos en ella y encontramos a un hermano sentado que tejía una estera de palmas. Pero no quiso mirarnos, ni nos saludó, ni nos dijo una sola palabra. El anciano me dijo: "¡Salgamos de aquí! Tal vez no está el ánimo de este hermano para hablar con nosotros". Salimos y fuimos a ver al abad Juan.

A la vuelta, al pasar de nuevo por la gruta, me dijo el anciano: "Entremos a ver al hermano, tal vez Dios le haya inspirado que nos dirija la palabra". Entramos y vimos que descansaba en paz. Y el abad Besarión me dijo entonces: "Vamos a recoger ese cuerpo. Dios nos ha enviado para que lo amortajemos". Y al amortajarlo nos dimos cuenta de que se trataba de una mujer. Y el anciano me dijo lleno de admiración: "Mira cómo luchan las mujeres contra el demonio en el desierto, mientras nosotros nos degradamos en las ciudades". Luego seguimos nuestro camino glorificando a Dios que así protege a los que le aman».

2 El abad Vindemio contaba que el abad Macario le había relatado la siguiente historia: «Estando en Scitia llegaron dos jóvenes peregrinos. A uno de ellos empezaba a salirle la barba y al otro no le había salido todavía. Se acercaron a mí y me preguntaron: "¿Dónde está la celda del abad Macario?". Yo les respondí: "¿Qué queréis de él?". "Hemos oído hablar de él y hemos venido a Scitia para verle". Yo les dije: "Yo soy". Me hicieron una metanía y dijeron: "Queremos quedarnos aquí". Al ver que eran débiles, sin duda eran ricos, les dije: "No os podéis quedar aquí". Y el mayor me respondió: "Bueno, si no podemos quedarnos aquí iremos a otra parte a vivir". Entonces me hice esta reflexión: "¿Por qué los voy a rechazar y escan-

dalizarlos? La observancia hará que ellos mismos la abandonen". Les dije pues: "Venid, construid vuestra celda, si podéis".

"Enséñanos, tan sólo, como se hace y la edificaremos". Les di un pico, una cesta llena de pan, sal y les enseñé la roca diciendo: "¡Cavad aquí! Luego iréis a buscar la madera junto al pantano. Cuando hayáis echado el tejado podréis vivir aquí". Yo creí que se iban a escapar a la vista del trabajo, pero en vez de ello me preguntaron: "¿Y qué haremos aquí?". "Tejeréis palmas" les dije, y tomando algunas hojas de palmera, les enseñé a empezar las esteras y cómo había que coserlas. Y añadí: "Haréis también cestos. Los entregareis a los guardianes de la iglesia y ellos os traerán pan". Luego les dejé.

Hicieron con paciencia todo lo que les había dicho y pasaron tres años sin venir a verme. Yo intentaba tranquilizar mi alma turbada por este pensamiento: "¿Qué harán, me preguntaba a mí mismo, que no vienen a tratar las cosas de su alma? Los que viven lejos vienen a verme y éstos que están tan cerca no vienen. Sin embargo tampoco creo que acudan a ningún otro Padre y sólo acuden a la iglesia para recibir la oblación, y nunca dicen nada". Ayuné toda una semana haciendo oración a Dios y pidiéndole me diese a conocer lo que estaban haciendo. Luego me levanté y fui a ver como vivían. Llamé, me abrieron y me saludaron sin decir ni media palabra. Después de hacer oración, me senté.

Entonces el mayor hizo una señal al más joven para que saliera y se puso a tejer palmas en silencio. Hacia la hora de nona, dio una señal y entro el más joven. Coció una papilla y a una señal el mayor preparó la mesa, puso tres panecillos y se sentó sin decir palabra. Yo dije: "Vamos a comer". El joven trajo también una jarra y bebimos. Al caer la tarde me dijeron: "¿Te vas?". "No, les dije, dormité aquí". Extendieron una estera para mí en uno de los lados de la celda y prepararon la suya en otro rincón.

Se quitaron el cinturón y el escapulario y se tendieron el uno junto al otro para dormir ante mis ojos. Mientras descansaban, yo rogaba al Señor que me revelara su conducta y entonces se abrió el techo de la celda y apareció una gran luz, como en pleno día, pero ellos no se dieron cuenta. Cuando le pareció que yo me había dormido, el ma-

yor despertó al otro hermano, se levantaron, se pusieron el cinturón y elevando las manos al cielo se mantuvieron de pie sin decir nada. Yo les veía a ellos, pero ellos no me veían a mí. Y los demonios vinieron a atacar al más joven como si fuesen moscas. Algunos se le posaban en la misma boca, pero vi un ángel de Dios con una espada de fuego que le protegía y alejaba los demonios. En cuanto al mayor, los demonios ni siquiera conseguían acercarse. Al amanecer los dos hermanos volvieron a acostarse. Yo hice entonces como que me despertara y ellos hicieron lo mismo. El mayor me dijo tan sólo estas palabras: "¿Quieres que recitemos doce salmos?". "Sí", le contesté.

El más joven recitó cinco salmos, seis versículos y un aleluya. A cada palabra suya salía de su boca una luz que subía al cielo. Igualmente, cuando el mayor abrió sus labios para la salmodia, salió de él como una columna de fuego que se elevó hasta el cielo. Yo también, recitaba de memoria, como ellos, una parte del Oficio divino. Luego les dejé, diciendo: "Rogad por mí". Hicieron una metanía en silencio. Supe así que el mayor era perfecto y que al menos el enemigo le hacía la guerra todavía. Pocos días después, el mayor descansó en el Señor y tres días más tarde le siguió su hermano». En adelante, cuando los hermanos venían a ver al abad Macario, éste los llevaba a la celda de los dos hermanos, y les decía. «Venid a visitar el martirio de los dos jóvenes peregrinos».

3 Dos Padres rogaban a Dios que les mostrase qué grado de santidad habían alcanzado. Y oyeron una voz que les decía: «En tal pueblo de Egipto encontraréis a un seglar, Eucaristo, y a su mujer María. Vosotros no habéis llegado a su altura». Los dos ancianos acudieron a aquel pueblo, y después de preguntar encontraron la casa de aquel hombre y se personaron allí. Estaba en ella la mujer, y le preguntaron: «¿Dónde está tu marido?». Ella respondió: «Mi marido es pastor y guarda sus corderos». Y les hizo entrar. Al caer el día, volvió Eucaristo con su rebaño.

Al ver a los ancianos, echó agua en un barreño para lavarles los pies, pero ellos le dijeron: «No probaremos nada hasta que nos hayas dicho cuáles son tus buenas obras».

Eucaristo les dijo con humildad: «Soy pastor y ésta es mi mujer». Los ancianos insistían pidiéndole que les revelase todo, pero el otro se resistía. Por fin le dijeron: «El Señor nos ha enviado a ti». Al oír estas palabras Eucaristo se atemorizó, y dijo: «Recibimos estos corderos de nuestros padres, y de lo que nos producen, gracias a Dios, hacemos tres partes: una para los pobres, otra para ayudar a los peregrinos y la otra para nosotros. Me casé con mi mujer pero no la he tocado, sigue virgen y dormimos separados. De noche nos vestimos de saco y de día usamos estos vestidos. De eso, hasta ahora, nadie ha sabido nada». Al oír estas cosas los Padres se maravillaron mucho y volvieron a sus celdas glorificando a Dios.

4 Macario, el egipcio, vino una vez a Scitia al monte Nitria, al monasterio del abad Pambo, en un día de celebración eucarística. Los ancianos del monasterio le pidieron: «Padre, di a los hermanos unas palabras de edificación».

Pero él les dijo: «No he llegado a ser monje, pero he visto algunos monjes». Y prosiguió: «Estaba un día en mi celda de Scitia y mis pensamientos me urgían: "Levántate, vete al desierto y considera bien lo que allí vas a ver". Durante cinco años resistí, diciendo: "No sea que venga del demonio esta sugerencia". Pero como el pensamiento no desaparecía, marché al desierto y encontré allí un estanque con una isla en medio. Todos los animales del desierto venían allí a beber y en medio de ellos vi a dos hombres desnudos. Y me eché a temblar, pues creí que eran fantasmas. Al adivinar mi temor, me dijeron: "No temas, también nosotros somos hombres". Les dije: "¿De dónde sois? ¿Cómo habéis llegado a este desierto?".

"Estábamos en un monasterio, dijeron, y nos pusimos de acuerdo para abandonarlo hace cuarenta años". Uno de ellos era de Egipto y el otro había venido de Libia. Me hicieron algunas preguntas: "¿Cómo va el mundo? ¿Vienen siempre a su tiempo las crecidas del Nilo? ¿La gente tiene todo lo necesario?". "Sí", les respondí y a mi vez les pregunté: "¿Cómo podré llegar a ser monje?". Ellos me respondieron: "Si no se renuncia a todas las cosas de este mundo, no es posible llegar a ser monje". "Yo, les dije, soy muy débil y no puedo vivir como vivís vosotros". "Si no puedes hacer lo que nosotros hace-

mos, quédate en tu celda y llora tus pecados". Les pregunté todavía: "En invierno tendréis que pasar mucho frío, y en verano al mediodía tiene que arder vuestro cuerpo". Y ellos me contestaron: "Dios nos ha hecho el favor de no sentir ni el frío ni el calor". "Por eso os he dicho yo que no he llegado a ser monje. Perdonadme, hermanos"».

- 5 En la época en la que el abad Sisoés vivía solo en el monte del abad Antonio, el hombre que les servía estuvo mucho tiempo sin venir, y durante diez meses no vio a nadie.

Andando por el monte, encontró a un hombre de Tarán que cazaba animales salvajes. «¿De dónde vienes?», le preguntó el anciano, «¿cuánto tiempo hace que estás aquí?». «Para hablarte con franqueza, hace once meses que estoy en el monte y no he visto a nadie más que a ti».

Al oír esta respuesta, el anciano se volvió a su celda, se golpeó el pecho y dijo: «Mira, Sisoés, creías que habías hecho algo y no has llegado a realizar lo que ha hecho este seglar».

- 6 El abad Sisoés, cuando estaba en su celda, cerraba siempre la puerta. Se contaba de él que el día de su muerte, estando rodeado de Padres, su rostro brillaba como el sol, y les dijo: «Viene el abad Antonio». Y poco después: «Llega el coro de los profetas». Y de nuevo su rostro se puso más resplandeciente, y dijo: «Viene el coro de los Apóstoles». Y su rostro brilló aún dos veces más y parecía estar hablando con alguno. Los ancianos le suplicaron: «¿Con quién hablas, Padre?», y les respondió: «Los ángeles han venido a buscarme y les pido que me dejen un poco más para hacer penitencia». Los ancianos le dijeron: «Padre, no necesitas hacer más penitencia». Pero él les contestó: «En verdad, no tengo conciencia de haber empezado a hacer penitencia». Todos comprendieron entonces que era perfecto. De nuevo su rostro se puso brillante como el sol y todos tuvieron miedo. Pero él les dijo: «Mirad, viene el Señor, y dice: "Traedme ese vaso de elección del desierto"». Y al punto entregó su espíritu. Y se puso brillante como un relámpago, y aquel lugar se llenó de suavísimo olor.

7 Decían del abad Hor: «Nunca ha mentado, jamás hizo ningún juramento, nunca maldijo a nadie, jamás habló a nadie si no era necesario».

8 El abad Hor decía a su discípulo: «Cuida de no traer a esta aldea ninguna palabra profana».

9 Dos venerables ancianos caminaban un día por el desierto cercano a Scitia y oyeron el murmullo de una voz que salía de la tierra. Encontraron la entrada de una caverna, entraron en ella y descubrieron allí a una santa virgen muy anciana, que yacía enferma. Y le preguntaron: «¿Cuándo has llegado aquí y quién se ocupa de ti?», ya que no vieron a nadie en la cueva, sino tan solo a ella que estaba enferma. «Hace treinta y ocho años que vivo en esta cueva, sirviendo a Cristo, sin que me haya faltado nada, y no vi a ningún hombre hasta hoy. Dios os ha enviado para que enterréis mi cuerpo». Y dicho esto descansó en paz.

Los Padres dieron gloria a Dios y regresaron a sus celdas después de dar sepultura a aquel pequeño cuerpo.

10 Un ermitaño salió al desierto vestido sólo con un saco de lino. Después de tres días de marcha, subió a una roca y vio a un hombre que parecía como una bestia, en medio de una pradera verde. Bajó sin que le viera y se abalanzó sobre él. Pero el anciano, como estaba desnudo y no podía sufrir el olor a hombre, a duras penas pudo escapar de sus manos y huyó. El hermano salió tras él gritando: «Espérame, que te sigo por amor a Dios». Pero el otro se volvió y le dijo: «Y yo te huyo por amor de Dios también».

El hermano se quitó la túnica y continuó la persecución. Al ver el anciano que se había quitado el vestido, se detuvo y cuando estuvo cerca le gritó: «Cuando te despojaste de lo que venía del mundo, te he esperado». «Padre, dijo entonces el hermano, dime una palabra para salvarme». Y el otro le contestó: «Huye de los hombres, calla y te salvarás».

11 Un ermitaño contó a los padres de Raitú, allí donde se encuentran las setenta palmeras, donde Moisés se detuvo con su pueblo cuando salió

de Egipto, lo que sigue: «Pensé, cierto día, que debía adentrarme en el desierto, pues tal vez encontrase a alguien que viviese en él antes que yo sirviendo a Nuestro Señor Jesucristo. Después de andar cuatro días con sus noches, descubrí una gruta. Me acerqué, miré al interior y vi a un hombre sentado. Llame, según la costumbre de los monjes para que saliera y poder saludarle, pero no se movió pues había descansado en paz.

Yo entré sin dudarlo, pero en cuanto toqué su espalda se descompuso y se convirtió en polvo. Mirando alrededor vi que colgaba su túnica, pero apenas la toqué se redujo también a polvo. No sabiendo qué pensar de todo esto, salí de allá y continué mi marcha por el desierto. De nuevo encontré otra gruta y vi huellas de pasos. Apresuré mi marcha, llegué a la cueva, llamé pero nadie contestó. Entré y no encontré a nadie. Salí, y me quedé junto a la puerta, pensando que el siervo de Dios, donde quiera que estuviese, no tardaría en volver. Empezaba a oscurecer, cuando vi llegar a una manada de búfalos y entre ellos se encontraba desnudo el siervo de Dios, a quien los pelos cubrían las partes deshonestas del cuerpo. Se me acercó, creyendo que era un espíritu, y se puso en oración, pues, por lo que me dijo después, había sufrido mucho a causa de los espíritus. Adivinando lo que pensaba, le grité: "¡Siervo de Dios, yo también soy un hombre! Mira las huellas de mis pasos, tócame, soy de carne y sangre".

Terminó su oración con un amén, luego me miró, se tranquilizó y me hizo entrar en la cueva. Y me preguntó: "¿Cómo has llegado hasta aquí?. He venido a este desierto para encontrar a los siervos de Dios y Dios no me ha negado lo que deseaba". Y a mi vez le pregunté también: "¿Cómo has venido hasta aquí? ¿Cuánto tiempo hace que vives aquí? ¿Cómo te alimentas? ¿Cómo puedes prescindir del vestido y vivir desnudo?". El me respondió: "Vivía en un monasterio de la Tebaida y mi oficio era tejer lino, pero me vino el pensamiento de marchar para vivir solo.

'Podrás, me insinuaba, encontrar la paz, recibir a los peregrinos y ganar más con el producto de tu trabajo'. En cuanto acepté este proyecto, lo puse por obra. Partí pues y construí una ermita a la que venían a traerme trabajo.

Cuando reunía una suma de dinero importante me apresuraba a repartirla entre los pobres y peregrinos. El demonio, nuestro enemigo, envidioso de mí, como siempre, entonces, ahora y después, vio con malos ojos la recompensa que me preparaba al apresurarme a ofrecer a Dios el fruto de mi trabajo, y maquinó el arrebátármela.

Vio a una virgen consagrada que me encargó unos vestidos, vio cómo los hacía y se los entregaba y le metió en la cabeza que me encargara otros. Pronto empezamos a tratar con frecuencia y vino después la confianza, las familiaridades, los apretones de manos, las bromas, las comidas juntos. Finalmente llegó el concebir, el dolor y el pecado. Permanecí durante seis meses en ese estado miserable y después pensé: 'Sea hoy, mañana o dentro de unos años, seré entregado a la muerte y empezarán los suplicios eternos. Si uno viola a la mujer de un hombre merece con toda justicia las penas eternas. ¿Qué será del que ha profanado a una esposa de Cristo?'. Y así, a escondidas, me refugié en este desierto, dejando todas mis cosas a aquella mujer. Encontré esta cueva, esta fuente y esta palmera que me da doce racimos de dátiles.

Cada mes me brinda un haz de dátiles que me bastan para treinta días y durante ese tiempo madura otro racimo.

Después de mucho tiempo creció mi cabellera y como mis vestidos se caían a pedazos, con ella cubro las partes menos honestas de mi cuerpo". Le pregunté si al principio no había encontrado dificultades, y me dijo: "Al principio he sufrido mucho del hígado, hasta el punto de no poder levantarme para rezar los salmos. Postrado en el suelo, clamaba al Altísimo. Un día que estaba en mi celda muy deprimido, con un fuerte dolor y sin poder salir, vi a un hombre que entró, se colocó a mi lado y me preguntó: '¿Qué te pasa?'. Esto me confortó un poco y le dije: 'Me duele el hígado'. E insistió: '¿Dónde te duele?'. Le señalé el lugar y con los dedos de su mano juntos y extendidos, me abrió el costado como con un escalpelo. Me quitó el hígado, me enseñó las heridas, afeitó con su mano el hígado y depositó las raspaduras en un lienzo. Luego lo volvió a colocar y cerró mi costado. 'Ya está curado', me dijo, 'sirve como conviene a Nuestro Señor Jesucristo'.

Desde entonces gozo de buena salud y vivo aquí sin más molestias". Le supliqué insistentemente que me permitiese quedarme en el desierto interior, pero el me dijo: "No podrás soportar el ataque de los demonios". Yo acepté su parecer y le pedí que orase por mí antes de despedirme.

Lo hizo así y nos dijimos adiós. Todo esto lo he contado para vuestro aprovechamiento.»

12 Otro anciano, que por méritos propios había merecido ser nombrado obispo de Oxirinco, contó lo siguiente. Decía que se lo había oído a otro, pero la verdad es que se trataba de él: «Un día, pensé que debía penetrar en el desierto interior, hacia la parte del oasis, en el territorio de los Macicos, pues tal vez encontrara algún siervo de Dios.

Con algunos panecillos y un recipiente de agua para cuatro días me puse en camino. Transcurridos los cuatro días se agotaron mis provisiones. ¿Qué hacer? Hice un acto de confianza en Dios y decidí continuar. Aguanté otros cuatro días sin comer nada, pero mi cuerpo ya no podía soportar el ayuno y la fatiga del camino. Vino el desaliento y me deje caer en el suelo. Alguien vino, tocó con sus dedos mis labios, como un medico moja los ojos con saliva, y al punto recobré mis fuerzas y me parecía como si no hubiese caminado ni padecido sed. Al sentir esa fuerza en mí, me levante y continué andando por el desierto.

Pasaron otros cuatro días y la fatiga me hizo desfallecer de nuevo. Elevé mis manos al cielo y el hombre que me había confortado la primera vez pasó de nuevo sus dedos por mis labios y me devolvió las fuerzas.

Al cabo de diecisiete días descubrí una cabaña, una palmera y un hombre al pie de ella. Sus cabellos, totalmente blancos, le servían de vestido. Su aspecto era espantoso y empezó a orar en cuanto me vio. Después del amén, cayó en la cuenta de que yo era un hombre, me tomó la mano y me preguntó: "¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Todavía existe el mundo? ¿Hay todavía persecuciones?". Yo le contesté: "Es por ti, verdadero siervo de Nuestro Señor Jesucristo, por lo que recorro el desierto. Gracias al poder de Cristo han cesado las

persecuciones, pero te ruego me digas cómo has llegado aquí". El me respondió llorando: "Era obispo y en el curso de una persecución fui sometido a tortura durante largo tiempo. Por fin no pude resistir y sacrifiqué a los dioses. Pero volví en mí, confesé mi pecado y me condené a morir en este desierto. Hace cuarenta y nueve años que vivo aquí, alabando a Dios y pidiéndole que perdone mi pecado. El señor me alimenta con esta palmera y he tenido que esperar cuarenta y ocho años para tener la certeza íntima de mi perdón. Este mismo año se me ha concedido".

Después de decirme todo esto en medio de un mar de lágrimas, se levantó de pronto, salió de prisa y estuvo largo tiempo en oración. Al terminar volvió a mi lado. Miré su rostro y me eché a temblar pues parecía como de fuego. "No temas nada, me dijo, Dios te ha enviado para amortajar mi cuerpo y darle sepultura".

Apenas terminó de decir estas palabras extendió sus manos y sus pies y expiró. Desgarré mi túnica y guardé una mitad para mí. Con la otra mitad envolví el santo cuerpo y lo amortajé. Terminado el entierro, la palmera se secó y la cabaña se vino abajo. Lloré durante mucho tiempo, pidiendo a Dios que me devolviese de una u otra manera aquella palmera para que pudiese parar en aquel lugar el resto de mi vida, pero no se produjo lo que yo pedía y me dije a mí mismo: "No es voluntad de Dios".

Hice oración y me puse en camino hacia el mundo. El hombre que me había tocado los labios apareció de nuevo y me devolvió las fuerzas. Gracias a él pude llegar de nuevo hasta el lugar donde residían mis hermanos, a los que he contado esta historia para invitarles a no desesperar nunca de sí mismos, sino a encontrar a Dios por la penitencia».

- 13 Un hermano preguntó a un anciano: «¿Qué es lo que salva, la reputación o las obras?». «Las obras», respondió el anciano, y añadió: «Conozco un hermano cuya oración es escuchada inmediatamente. Un día le vino la idea de ver el alma de un pecador y la de un justo en el momento de su salida del cuerpo. Dios no quiso contristarle y en el momento en que cierto día estaba en su celda, entró un lobo y lo

arrastró fuera tirándole de su hábito. El hermano se levantó, siguió al lobo, y éste le condujo a una ciudad y le dejó abandonado allí. El hermano se acomodó fuera de la ciudad en una ermita cuyo ocupante tenía fama de ser un anacoreta muy observante. Estaba enfermo y esperaba la hora de su muerte. El hermano vio que hacía grandes preparativos de cirios y luminarias para ese ermitaño, como si sólo por él Dios protegiese a los habitantes de aquella ciudad y les concediese el pan y el agua. "Si el anciano se va", decían, "todos vamos a morir".

Cuando llegó la hora de la muerte, el hermano vio a un demonio que se colocó encima del moribundo con un tridente de fuego y oyó una voz que decía: "Puesto que esta alma no me ha dejado ni una hora de descanso en ella, no tengo compasión en arrancarla". El demonio colocó el tridente de fuego sobre el pecho del ermitaño y atormentó por un buen rato al monje para extirparle el alma. Después de ver esto, el hermano entró en la ciudad.

Encontró tirado en el suelo a un vagabundo enfermo que no tenía a nadie que le atendiera. Se quedó con él un día entero. Cuando le llegó la hora de morir, el hermano vio al arcángel san Miguel y al arcángel san Gabriel que bajaban para recoger su alma. El uno se colocó a su derecha y el otro a su izquierda y ambos invitaban al alma a salir, pero ésta no salía. Se diría que no quería abandonar al cuerpo.

Entonces Gabriel dijo a Miguel: "¡Toma el alma y vámonos!". Pero Miguel le respondió: "El Señor nos ha recomendado insistentemente que la hagamos salir suavemente, no podemos pues arrancarla por la fuerza".

Luego Miguel gritó con voz potente: "¡Señor! ¿Qué quieres hacer de esta alma, que no accede a salir?". Entonces se oyó una voz que decía: "Envía a David con su arpa y a todos los que cantan salmos a Dios en Jerusalén, para que el alma oiga la salmodia y salga bajo el encanto de su voz".

Bajaron todos alrededor del alma cantando himnos, y el alma salió, se sentó en las manos de san Miguel y de este modo subió al cielo con gran alegría».

14 El mismo anciano contó que un Padre fue un día a la ciudad para vender las cestas que había fabricado. Las desembaló y por azar se instaló a la puerta de un rico que estaba a punto de morir. Allí sentado, el anciano vio llegar unos caballos negros montados por unos negrazos terribles que llevaban en sus manos un bastón de fuego.

Llegados a la puerta, ataron sus caballos y entraron todos a gran velocidad. Al verlos, el enfermo lanzó un grito horrible: «¡Señor, ayúdame!». Pero los demonios le respondieron: «¿Ahora que el sol deja de brillar para ti es cuando te acuerdas de Dios? ¿Por qué no le buscaste antes de hoy, cuando gozabas del esplendor del día? Ahora ya no hay para ti ni esperanza ni consuelo».

15 Los Padres hablaban de cierto Macario, que fue el primero que estableció una ermita en Scitia. Es un rincón del desierto a más de un día y noche de camino de Nitria. Se corre un gran peligro para llegar allí y basta una pequeña equivocación para exponerse a errar a la aventura en el desierto. Los que vivieron allí eran todos varones perfectos. Un imperfecto no aguantaría mucho tiempo en aquel terrible lugar. Es de una aridez extrema y no se encuentra allí ni siquiera lo necesario. El Macario en cuestión era un hombre de ciudad y se unió un día a Macario el Grande. Como tenían que atravesar el Nilo se embarcaron en un navío. Subieron también al barco dos tribunos con gran magnificencia, con sus carros recubiertos de placas de cobre, tirados por caballos con bridas de oro. Les seguían algunos soldados y esclavos que llevaban collares y cinturones de oro. Los tribunos vieron sentados en un rincón a los dos monjes vestidos con viejos hábitos, y se admiraron de su pobreza. Uno de ellos le dijo: «Dichosos vosotros que os burláis del mundo».

Macario, el de la ciudad, le contestó: «Es verdad, nosotros nos reímos del mundo, pero el mundo se ríe de vosotros. Aunque sin quererlo, has dicho una gran verdad, pues nosotros dos nos llamamos "dichosos" (Macario)». El tribuno fue movido a compunción por aquellas palabras.

Vuelto a su casa, se despojó de sus vestidos y tren de vida, y empezó a vivir como un monje, haciendo grandes limosnas.

16 El abad Macario, el Grande, contó que caminando un día por el desierto encontró en el suelo la cabeza de un muerto. La tocó con una rama de palmera y el cráneo empezó a hablar. Yo le pregunté: «¿Quién eres?». La cabeza aquella respondió al anciano: «Era sacerdote de los ídolos, al servicio de los paganos que moraban aquí. Y tú eres el abad Macario, lleno del Espíritu Santo de Dios.

Cada vez que te compadeces de los que están en el infierno y oras por ellos, son aliviados un poco». Yo le pregunté: «¿En qué consiste ese consuelo?». La calavera me respondió: «Cuanto dista el cielo de la tierra otro tanto hay de fuego debajo de nuestros pies y sobre nuestras cabezas. Y sumergidos en el fuego no nos podemos ver cara a cara ni con el más cercano; pero cuando oras por nosotros, el uno puede ver el rostro del vecino y en eso consiste nuestro alivio».

El anciano dijo llorando: «¡Maldito el día de su nacimiento si es este el alivio del suplicio!». Y añadió: «¿Hay tormentos peores que éstos?». La cabeza contestó: «Debajo de nosotros existen todavía suplicios mayores».

«¿Para quién?», pregunté. Y la calavera respondió: «Nosotros, que no hemos conocido a Dios, disfrutamos de un poco de misericordia, pero los que le conocieron y renegaron de El, y no hicieron su voluntad, éstos están debajo de nosotros». Después Macario tomó el cráneo y lo enterró.

17 Cierta día, el abad Macario oraba en su celda y oyó una voz que le decía: «Macario, todavía no has llegado a la altura de esas dos mujeres que viven en la ciudad». A la mañana siguiente, se levantó, tomó su bastón de palmera y se encaminó a la ciudad. Llegó al sitio que buscaba y llamó a la puerta. Le abrió una de las mujeres y le hizo pasar dentro de la casa. Después de sentarse, invitó a las dos mujeres a que se sentaran a su lado. El anciano les dijo: «Me he tomado un gran trabajo en venir a veros. Explicadme vuestro modo de vivir y las obras que hacéis».

Pero ellas dijeron: «Créenos, esta misma noche la hemos pasado con nuestros maridos. ¿Qué buenas obras hemos podido hacer?».

Pero el anciano insistía en que le descubriesen su género de vida. Entonces ellas le dijeron: «No tenemos ninguna relación con el mundo, pero se nos ocurrió casarnos con dos hermanos carnales. Desde hace quince años vivimos en la misma casa y nunca hemos reñido, ni nos hemos dirigido la más mínima palabra desagradable, sino que hemos transcurrido todo este tiempo en paz y concordia. Hemos pensado alguna vez entrar en algún monasterio de vírgenes, pero consultados nuestros maridos se opusieron. Como no hemos podido conseguir su aprobación, nos hemos comprometido delante de Dios a no pronunciar palabras, ni tener conversaciones de mundo hasta la hora de nuestra muerte». Al oír esto el abad Macario dijo: «Verdaderamente el ser virgen o casada, monje o seglar, no importa nada. Dios concede a todos el Espíritu Santo».

18 Contaban los Padres, a propósito de un santo anciano, que caminando por el desierto vio a dos ángeles que le acompañaban, el uno a la derecha y el otro a su izquierda.

Mientras andaban encontraron en el camino un cadáver. El anciano, a causa del hedor que despedía, se tapó las narices y los ángeles hicieron lo mismo. Avanzaron un poco y entonces el anciano les preguntó: «¿También vosotros sentís el olor?». Ellos le respondieron: «De ninguna manera, pero nos hemos tapado la nariz por causa tuya. No sentimos el olor del estiércol de aquí abajo, pues no llega hasta nosotros, pero sentimos el hedor de las almas que viven en pecado».

Capítulo XXI

Treinta y siete sentencias que envió el abad Moisés al abad Pemenio. Quien las cumpla estará libre de pena

- 1 Dijo el abad Moisés: «El hombre debe estar como muerto para cualquier compañero suyo, es decir, morir para su amigo, para que nunca le juzgue en nada».
- 2 Dijo también: «El hombre debe mortificarse y evitar todo mal, antes de abandonar su cuerpo, para que no dañe a ningún hombre».
- 3 Decía también: «Si el hombre no graba en su corazón que es pecador, Dios no le escucha». Y un hermano le preguntó: «¿Por qué es tan importante sentirse pecador?». Y el anciano le contestó: «Si uno tiene presentes sus pecados, no ve los pecados de su prójimo».
- 4 Dijo también el anciano: «Si el hombre no acompaña su trabajo con la oración, trabaja en vano». Y un hermano preguntó: «¿Cómo se junta trabajo y oración?». Y el anciano le respondió: «Cuando un hombre renuncia a su propia voluntad, entonces se reconcilia con Dios, y Dios acepta su oración. Y dejamos de orar por aquello que hemos hecho». Y otro hermano preguntó: «¿Qué es lo que más importa en cualquier trabajo del hombre?». Y el anciano contestó: «Dios es quien ayuda. Porque escrito está: "Dios es para nosotros refugio y fortaleza, un socorro en la angustia siempre a punto"». (Sal 46,2).
- 5 Preguntó un hermano: «¿Qué le aprovechan al hombre las vigiliass y el ayuno?». El anciano le dijo: «La vigilia y el ayuno humillan al alma, porque escrito está: "Ve mi aflicción y mi penar, quita todos mis pecados" (Sal 25,18). Si el alma soporta esos trabajos, Dios tendrá, a causa de ellos, misericordia».

6 Un hermano preguntó al anciano: «¿Qué debe hacer el hombre ante cualquier tentación que le venga, o en cualquier pensamiento que le sugiera el enemigo?». Y el anciano dijo: «Llorar en la presencia de la inmensa bondad de Dios, para que le ayude. Y enseguida encontrará descanso si ruega rectamente, porque escrito está: "Yahvé está por mí, no tengo miedo, ¿qué puede hacerme el hombre?"». (Sal 118,6).

7 De nuevo preguntó el hermano: «Un hombre castigó a su siervo por una falta que hizo, ¿qué debe decir el siervo?».

El anciano le contestó: «Si es un buen siervo, dirá: "He pecado, ten compasión de mí"». El hermano insistió: «¿Nada más?». Y respondió el anciano: «No. En cuanto reconoció su culpa y dijo: "He pecado", su señor se compadecerá de él. El fin de éstos no es juzgar a su prójimo. Cuando la mano del Señor mató a los primogénitos de Egipto, "no había casa donde no hubiese un muerto"». (Ex 12,30).

«¿Qué significa esta palabra?», preguntó el hermano. El anciano le dijo: «Si miramos nuestros pecados no veremos los pecados del prójimo. Es estúpido que un hombre que tiene un muerto en su casa, lo abandone para ir a llorar ante el difunto de un vecino. Dar tu vida por el prójimo consiste en cargar con tus pecados y no pensar este hombre es bueno y aquél malo, en no hacer mal a nadie, ni pensar mal de nadie, ni despreciar al que obra mal, ni aprobar al que hace mal al prójimo, ni alegrarte con él. Esto es dar la vida por tu prójimo. Y no reprendas a nadie, antes di: "Dios conoce a cada uno". No obedezcas al detractor ni te alegres con él en su detracción. No obedezcas al que reprende a su prójimo, pues está escrito: "No juzguéis para que no seáis juzgados" (Mt 7,1).

No tengas enemistad con ningún hombre ni la conserves en tu corazón. No odies al enemigo de tu prójimo y no consientas en tus enemistades. No desprecies al enemigo de tu prójimo y tendrás paz. Consuélate a ti mismo pensando que el tiempo del esfuerzo es corto y el descanso eterno, gracias al Verbo de Dios. Amén».

8 Dijo otro anciano: «Por ti ha nacido el Salvador. Por ti, para que te salvases vivió el Hijo de Dios, se hizo hombre permaneciendo Dios,

se hizo niño, se hizo lector y tomando el libro leyó en la sinagoga: "El Espíritu del Señor sobre mí, porque me ha ungido. Me ha enviado a anunciar a los pobres la Buena Nueva" (Lc 4,18). Se hizo subdiácono, pues "haciendo un látigo con cuerdas echó a todos fuera del Templo, con las ovejas y los bueyes" (Jn 2,15). Se hizo diácono, "tomando una toalla se la ciñó. Luego echó agua en un lebrillo y se puso a lavar los pies de los discípulos" (Jn 13,45). Se hizo presbítero y se sentó en medio de los maestros enseñándoles. Se hizo obispo, "tomó pan y pronunciada la bendición, lo partió y dándoselo a sus discípulos..." (Mr 26,26). Por ti fue flagelado, crucificado y murió y resucitó al tercer día y subió al cielo. Por ti sufrió toda clase de dolores y todo lo hizo bien para salvarte, y tú ¿no toleras el sufrir nada por El? Seamos sobrios, vigilantes, oremos y hagamos su voluntad para que nos salvemos. ¿No fue vendido José a Egipto, tierra extranjera? ¿No condenaron a muerte a los tres jóvenes en Babilonia? Sin embargo, Dios los protegió, los acogió y los glorificó, porque le temían. El que entrega su alma a Dios, ya no tiene voluntad propia, sino espera los deseos de Dios y ya no sufre. Pero si quieres hacer tu voluntad, y no colaboras con Dios, te cansarás mucho».

9 Preguntó un hermano al abad Pastor: «¿Qué significa ese pasaje de la Escritura: "No os preocupéis del mañana"» (Mt 6,34). El anciano le dijo: «Esto se refiere al hombre que aquí abajo padece tentación y desfallece, para que no piense cuánto tiempo durará este estado, sino que lo de hoy, y lo de cada día, lo haga con generosidad y mire confiadamente el futuro».

10 Preguntó un hermano al abad Juan: «¿Cómo un alma que tiene sus propias faltas, no se avergüenza de hablar mal de su prójimo?». El anciano le respondió con esta parábola: «Era un hombre pobre que tenía mujer. Vio otra mujer más hermosa y también se casó con ella. Las dos estaban desnudas. Estaban en un lugar donde se celebraba un mercado y le rogaron las dos: "Queremos ir contigo al mercado". El las metió en un tonel, las subió a una barca y así llegaron al lugar. Al mediodía, una de ellas, al ver que la gente se había ido, salió en silencio y rápidamente del tonel, y encontró en un sirio cercano unas ropas viejas, se cubrió con ellas y se puso a pasear tranquilamente.

La otra que estaba dentro desnuda, decía al marido: "Mira esa meretriz, va desnuda y no le da vergüenza". Y el marido le contestó amargamente: "¡Oh maravilla!, ésa cubrió su desnudez y tú en cambio totalmente desnuda no te da vergüenza el acusar a la que está vestida". Así es el detractor, que no ve sus propias faltas, y critica siempre las ajenas».

11 Unos hermanos dijeron al abad Antonio: «Queremos escucharte una palabra con la que podamos ser salvos».

Pero el anciano replicó: «Ya habéis escuchado la Escritura, con eso os basta». E insistieron: «Queremos oírte a ti, Padre». El anciano les contestó: «Oísteis al Señor que dice: "Al que te abofetee en la mejilla derecha, preséntale también la otra"». (Mt 5,39).

Ellos le dijeron: «Eso no lo podemos cumplir». El abad Antonio les dijo: «Si no podéis presentarle la otra mejilla, al menos llevad con paciencia la bofetada de la primera».

Y contestaron: «Tampoco podemos hacer eso». El anciano les vuelve a decir: «Si tampoco podéis hacer esto, al menos no preferáis el golpear al ser golpeados».

Dícenle los hermanos: «Tampoco nos es posible hacer esto». Entonces el anciano dijo a su discípulo: «Prepara una medicina para estos hermanos porque están muy enfermos». Luego dirigiéndose a ellos les dijo: «Si no podéis ni esto, ni aquello, ¿qué puedo hacer con vosotros? Lo que necesitáis es mucha oración».

12 El abad Juan contó a unos hermanos: «Eran tres filósofos amigos, y uno de ellos al morir encomendó a los otros a su hijo, el cual al llegar a la juventud cometió adulterio con la mujer de su tutor. Descubierta su delito fue arrojado fuera. Más tarde, aunque profundamente arrepentido y hecha penitencia, no le concedieron que volviese, sino que le dijeron: "Vete, estate tres años entre los condenados que trabajan en las minas y luego te perdonaremos tu culpa". Al volver al cabo de los tres años, le dicen de nuevo: "Vete otros tres años y paga dinero para que te insulten y te injurien". Y así gastó otros tres años. Y de nuevo le dijeron: "Vete a Atenas a aprender filosofía". A

la puerta de la ciudad se sentaba un viejo filósofo que se burlaba de los que entraban en ella. Injurio también al joven, pero éste se echó a reír. Entonces el anciano le dijo: "¿Cómo es esto, que te insulto y te echas a reír?". El joven le dice: "¿Cómo quieres que no me ría, si durante tres años he estado pagando dinero por padecer injurias, y hoy tú me las ofreces gratis? Por eso me río". Y el anciano le rogó: "Sube y entra en la ciudad"». Después de contar esta historia, el abad Juan, dijo: «Esta es la puerta del Señor y nuestros Padres, por muchas injurias alegrándose en ellas, entraron por ella».

- 13 Contaba el abad Juan a propósito del alma que quiere hacer penitencia: «En una ciudad había una bellísima meretriz que tenía muchos amantes. Un varón de alta alcurnia le dijo: "Prométeme que guardarás castidad y me caso contigo". Ella se lo prometió, se casaron y la llevó a su casa. Los amantes la buscaban y al saber que se había casado con un hombre de tanta categoría, dijeron: "Si vamos a la puerta de la casa de un hombre tan poderoso y llega a saber lo que pretendemos sin duda nos castigará».

Vayamos pues por la puerta trasera, lancemos el silbido acostumbrado y ella bajará y no correremos ningún peligro". Al oír ella la señal, taponó sus oídos, entró dentro de su casa y se cerró por dentro». Así habló el anciano y añadió que la meretriz era el alma, los amantes los vicios, el jefe o príncipe Cristo, su casa la mansión eterna del cielo y los que silbaban los perversos demonios. Si el alma es casta y fiel, siempre acude a Dios.

- 14 Dijo el abad Pastor: «En el Evangelio está escrito: "El que no tenga espada que venda su manto y compre una" (Lc. 22,36). Esto significa: "El que tenga paz que la deje y se prepare para la lucha"». Se refería a la lucha contra el diablo.

- 15 Decía también: «Un anciano vivía en Egipto en una celda y le servían un hermano y una joven. Un día vinieron los dos a ver al anciano. Se hizo tarde y no podían regresar a sus casas, y entonces el anciano puso su estera entre ambos a la hora de descansar. El hermano no pudo resistir la tentación, violó a la muchacha y a la mañana siguien-

te se marchó. Al saberlo el anciano, previendo lo que sucedería más tarde, optó por callar de momento. Siguieron sirviendo al anciano, que no demostraba estar atribulado y se preguntaron el uno al otro: "¿Crees que el anciano se dio cuenta de nuestro pecado o no?". Movidos a penitencia acudieron al anciano y le preguntaron: 'Santo anciano, ¿caíste en la cuenta de cómo nos sedujo y venció el enemigo o no?'. Y él contestó: "Sí, me di cuenta, hijos". Y ellos insistieron: "Y, ¿qué pensabas en el momento de nuestra caída?". Y les respondió el anciano: "Mi pensamiento en aquel momento estaba puesto en Cristo crucificado. Estaba en pie llorando por mí y por vosotros. Y como prometí al Señor vuestro arrepentimiento y penitencia, os aconsejo que para vuestra soberbia insistáis en estos sentimientos de arrepentimiento y de dolor". Aceptaron la regla de penitencia que les impuso el anciano, y trabajaron y lucharon intensamente cada uno de ellos, hasta que pudieron ser vasos de elección».

- 16 Un filósofo preguntó a san Antonio: «¿Cómo puedes vivir contento, Padre, si prescindes del consuelo que proporciona la lectura de libros?». El respondió: «Mi libro, filósofo, es la naturaleza de las cosas creadas por Dios, y siempre que quiero, Dios me suministra los libros que deseo leer».
- 17 Uno llegó a la celda del abad Macario con el calor del mediodía, devorado por la sed y pidiendo agua para beber. «Bastante tienes con esta sombra, le dijo Macario, que muchos caminantes y navegantes la necesitan ahora mismo y no pueden disfrutar de ella».
- 18 Estando tratando de la continencia con el citado abad Macario, éste dijo: «Ten confianza, hijo, pues yo durante veinte años consecutivos no me he saciado ni de pan, ni de agua, ni de sueño. El pan lo tenía tasado, el agua medida y en cuanto al sueño me inclinaba furtivamente contra la pared pero en seguida despertaba.»
- 19 Un hermano preguntó a un anciano si debía comer con los hermanos a los que acudía a visitar. Y el anciano le respondió: «No comerás con mujer».

- 20 Un hermano preguntó al abad Isidoro de Scitia acerca de los pensamientos impuros. El anciano le contestó: «El que venga un pensamiento impuro que nos distrae y conturba, pero que no nos arrastra a la acción, no ayuda sino que es obstáculo para la virtud. El varón vigilante atacado por ellos, al punto acude a la oración.»
- 21 El mismo anciano acerca de esos mismos pensamientos, respondió: «Nosotros no tenemos pensamientos, pues somos semejantes a los animales. Pero así como el enemigo pide lo que no es suyo, nosotros debemos cumplir lo que es propio nuestro. Perseveremos en la oración y el enemigo huirá. Entrégate a la contemplación de Dios y vencerás. La perseverancia en el bien es señal de victoria. Lucha y serás coronado.»
- 22 Dijo un anciano: «El hombre que tiene siempre presente su muerte, a todas horas vence el desaliento».
- 23 Decía la abadesa Sinclética: «Nuestro enemigo es vencido más fácilmente por aquellos que nada poseen. Porque a éstos no tiene por donde atacarles. Muchos, por el contrario, fueron vencidos ante la angustia y la tentación que los apartaba de Dios, al serles arrebatados el dinero y demás posesiones».
- 24 Dijo también: «Los que con grandes trabajos y peligros del mar amasaron grandes riquezas, cuanto más tienen más desean, y no estiman en nada lo que ya poseen. Por eso nosotros, por amor de Dios, renunciamos a tener aun lo necesario».
- 25 Decía un anciano: «El que admite en su alma deseos perniciosos, es como el que oculta el fuego entre las pajas».
- 26 Dijo un anciano: «Si das a alguno un consejo de vida eterna, dáselo con lágrimas y compunción. En caso contrario no se lo des, no sea que resulte inútil apresurándote a salvar a otros con palabras ajenas. Pero al impío Dios le dice: "¿Qué tienes tú que recitar mis preceptos, y tomar en tu boca mi alianza?" (Sal 50,16). Di pues: "Soy un perro. Aún más, el perro es mejor que yo, pues ama a su dueño y no será llevado a juicio"».

- 27 Preguntó un hermano a un anciano: «¿Por qué el alma ama la inmudicia?». El anciano le respondió: «El alma ama muchas pasiones corporales, pero el espíritu de Dios es quien la retiene. Por tanto, debemos llorar y prestar atención a nuestras miserias. Viste como María se inclinó llorando hacia el sepulcro y al punto la llamó el Señor. Así le sucederá a nuestra alma».
- 28 Un hermano preguntó a un anciano: «¿En qué consiste el pecado?». Y le contestó el anciano: «Se da el pecado cuando el hombre tiene en nada sus delitos e intenta enseñar a los demás. Por eso dice el Señor: "Hipócrita, saca primero la viga de tu ojo, y entonces podrás ver, para sacar la brizna del ojo de tu hermano"». (Mt 7,5).
- 29 Un hermano le preguntó a un anciano: «¿Qué debo hacer pues me desanimo ante un pequeño esfuerzo?». El anciano le dijo: «Considera cómo José, siendo joven en Egipto, tierra donde se daba culto a los ídolos, sobrellevó varonilmente las tentaciones y Dios le glorificó hasta el final. Y mira a Job que no cesó nunca en el temor de Dios ~ y nadie consiguió apartarle de su esperanza en El».
- 30 Un soldado preguntó a un anciano si Dios acoge al penitente. El anciano, después de haberle instruido con mucha doctrina, le dijo finalmente: «Dime, querido, ¿si se te rompe la capa, la tiras?». Y el soldado respondió: «No, la coso y la sigo usando». Y el anciano le arguyó: «Si tú tratas de ese modo a tu propio vestido, ¿Dios no va a perdonar a su propia imagen?».
- 31 Había un hermano en las Celdas que después de terminada la misa, cuando el sacerdote despedía a los asistentes, esperaba a que salieran todos, para que alguno le invitara a comer. Un día, al terminar la reunión, salió el primero de todos y corrió hacia su celda y al verlo el sacerdote se admiró mucho. Y cuando a los siete días volvió a la celebración eucarística, le abordó: «Dime, de verdad, hermano, ¿por qué motivo, tú que siempre te quedas el último, en la reunión de la semana pasada saliste el primero de todos?». Y el hermano respondió: «Porque antes no cocinaba y esperaba a que alguno me invitara a comer. Pero la semana pasada, antes de venir a la iglesia, me pre-

paré unas pocas lentejas, y por eso al terminar la misa salí antes que los demás». Al oír esto, el sacerdote dio el siguiente aviso: «Antes de venir a la iglesia para la misa, preparaos algo de comer, para que así con este motivo os deis prisa en volver a vuestras celdas».

- 32 En una ocasión, vino el juez de cierta región al territorio del abad Pastor y acudieron los habitantes del lugar a pedirle que intercediese ante él. El anciano les dijo: «Dadme tres días e iré». El abad hizo oración al Señor diciendo: «Señor, no me concedas esa gracia. Si no, no me dejarán en paz y no podré vivir aquí, en este lugar». El anciano habló al juez, pero éste le dijo: «Padre, ¿pides gracia para un ladrón?». El anciano se alegró de no haber obtenido ante el juez el favor que había pedido, y se volvió a su celda.
- 33 Decían los Padres: «Cuando Moisés entraba en la nube, hablaba con Dios. Cuando salía de ella, con el pueblo. Así también, cuando el monje está en su celda habla con Dios, cuando sale de ella está con los demonios».
- 34 Vino un joven a buscar al abad Macario para que le librase del demonio. Y mientras estaba fuera esperando, llegó un hermano de otro monasterio y pecó con aquel joven. Al salir el anciano vio al hermano abusando de aquel muchacho, pero no le reprendió, pues pensó: «Si Dios que los creó, los ve y tiene paciencia con ellos, cuando si quisiera podría anonadarlos, ¿quién soy yo para corregirlos?».
- 35 Contaban que un anciano vivía en el Bajo Egipto y le servía un seglar fiel. El hijo de éste cayó enfermo y rogaba intensamente al anciano para que fuese a orar por el muchacho. Se levantó el anciano y se fue con él. El seglar se adelantó y entró en su casa diciendo: «Venid al encuentro del ermitaño». El anciano los vio de lejos que salían con lámparas encendidas y se dio cuenta de que venían a su encuentro. Se quitó los vestidos, los metió en el río y se puso a lavarlos quedando él desnudo. El seglar que le servía, se avergonzó al verle desnudo y dijo a los que le acompañaban: «Volved, porque este Padre ha perdido la cabeza». Y acercándose al anciano le dijo: «¿Por qué has hecho esto? Todos decían, este anciano lo que tiene es un demonio». Y el eremita le respondió: «Eso es lo que yo quería escuchar».

36 Unos ancianos preguntaron al abad Pastor: «¿Si vemos pecar a un hermano, debemos corregirle?». Y el abad Pastor les respondió: «Yo pienso primero si es necesario pasar por allí, y si veo a alguno que comete alguna falta, sigo adelante sin decirle nada, pues está escrito: "Lo que han visto tus ojos, no te apresures a llevarlo a juicio" (Prov 25, 78). Por eso os digo que si no lo tocáis con vuestras manos no juzguéis. En cierta ocasión un hermano se precipitó en esto y le pareció que otro hermano había pecado con una mujer. Y abrumado por esta idea, pensando que estaban abrasados, fue y llamó a la puerta a puntapiés, diciendo: "Ya está bien". Y se encontró con que eran haces de trigo. Por eso os he dicho que si no lo tocáis con vuestras manos, no juzguéis».

37 Se contaba de un hermano que vivía en el desierto y que hacía muchos años que era engañado por el demonio, aunque él creía que era un ángel. De vez en cuando iba a verle su padre carnal, que un día llevó consigo un hacha de doble filo, diciéndose a sí mismo: «Al volver traeré un poco de leña». Al saberlo uno de los demonios dijo al hijo: «Mira, viene el diablo disfrazado como si fuera tu padre, y trae un hacha de dos filos en su saco para matarte. Tú, ya prevenido por mí, quítale el hacha y lucha con él». Llegó el padre, como de costumbre, y tomando el hijo el hacha, golpeó a su padre y lo mató. Y al punto se echó sobre él el espíritu maligno, y lo ahogó.

Capítulo XXII

Apotegmas resumidos que prueban la gran virtud de los santos Padres del desierto

- 1 Se le preguntó a un anciano: «¿Cómo debe ser el monje?». Y contestó: «A mi modesto entender, solo ante el Solo».
- 2 Preguntaron a un anciano: «¿Por qué tengo miedo cuando voy al desierto?». Y respondió: «Porque vives todavía».
- 3 A un anciano le preguntaron: «¿Qué hay que hacer para salvarse?». El siguió tejiendo las palmas sin levantar los ojos de su trabajo, y contestó: «Lo que estás viendo».
- 4 Le preguntaron a un anciano: «¿Qué haces para no estar nunca desanimado?». Y contestó: «Espero la muerte cada día».
- 5 Uno preguntó a un anciano: «¿Por qué me desanimo continuamente?». Y respondió: «Porque no has visto todavía la meta».
- 6 Preguntaron a un anciano: «¿Cuál es el trabajo del monje?». Y él contestó: «El discernimiento».
- 7 Un hermano preguntó a un anciano: «¿De dónde vienen mis tentaciones de impureza?». Y el anciano respondió: «De comer demasiado y de dormir demasiado».
- 8 Se le preguntó a un anciano: «¿Qué debe hacer un monje?». Y respondió: «Practicar el bien y abstenerse de todo mal».

- 9 Los ancianos decían: «La oración es el espejo del monje».
- 10 Decían los ancianos: «No hay nada peor que juzgar».
- 11 Los ancianos decían: «No hay que hacer jamás ninguna concesión a los pensamientos».
- 12 Decían los ancianos: «La humildad es la corona del monje».
- 13 Los ancianos decían: «A todo pensamiento que re venga, dile: "¿Eres de los nuestros, o vienes del enemigo?". Y ciertamente él lo confesará».
- 14 Los ancianos decían: «El alma es una fuente: si profundizas se hace más limpia; si arrojas en ella estiércol, se ensucia».
- 15 Decía un anciano: «Yo creo que Dios no es injusto cuando saca de la prisión o arroja en ella».
- 16 Un anciano dijo: «El camino de Dios consiste en hacerse violencia en todo».
- 17 Dijo un anciano: «No empieces a hacer nada sin que antes hayas examinado tu conciencia, para saber si lo que vas a hacer es según Dios».
- 18 Un anciano decía: «Si un monje ora tan sólo cuando está en pie para la oración, no ora nunca».
- 19 Dijo un anciano: «He estado luchando durante veinte años contra un pensamiento para ver a todos los hombres como si fueran uno solo».
- 20 Decía un anciano: «De todas las virtudes la más excelente es la discreción».

- 21 Uno preguntó a un anciano: «¿Cómo adquiere el alma la humildad?». Y respondió: «Estando atenta tan sólo a sus propias faltas».
- 22 Decía un anciano: «Lo mismo que el suelo no puede caer más bajo, así también el humilde no puede caer».
- 23 Decía un anciano: «No he dejado que me reprendan en todo aquello que me ha llamado la atención».
- 24 Un anciano dijo: «Es vergonzoso para un monje haber dejado sus bienes, haber dejado su patria por el Señor, para ir al fin al infierno».
- 25 Decía un anciano: «Esta generación no se ocupa del hoy sino del mañana».
- 26 Un anciano decía: «Nuestro trabajo consiste en hacer arder la leña».
- 27 Dijo un anciano: «No te dejes enredar por las preocupaciones».
- 28 Decía un anciano: «La humildad no se enfada, ni enfada a nadie».
- 29 Dijo también: «Una vida ordenada, en la celda, colma de bienes al monje».
- 30 Un anciano dijo: «Desgraciado el hombre cuya reputación es mayor que sus obras».
- 31 Un anciano dijo: «La desenvoltura y la risa se parece al fuego que arde en el cañaveral».
- 32 Un anciano decía: «El que se hace violencia por Dios es igual a un confesor de la fe».

33 Dijo también: «Cuanto más loco se haga uno por el Señor, tanto más sabio le hará el Señor».

34 Un anciano decía: «Un hombre que tiene siempre ante los ojos la muerte supera siempre la falta de valor».

35 Dijo un anciano: «Esto es lo que Dios examina en el hombre: el pensamiento, la palabra y la obra».

36 Dijo también: «El hombre necesita esto: temer el juicio de Dios, odiar el pecado, amar la virtud y orar continuamente a Dios».

A Él pertenece el honor, la gloria y la soberanía por los siglos de los siglos. Amén.